

AMALIA DOMINGO SOLER

LOS ALBORES
DE LA
VERDAD



Pasado a PDF por Mari y Jacob

Índice

- 1 -De los editores al lector
- 2 -Todo tiene su historia.
- 3 -Al Espíritu de Miguel Vives
- 4 -¡Una santa!
- 5 -A una mujer (carta abierta)
- 6 -Los amigos del Espacio
- 7 -La excomunión
- 8 -A Felipe Senilosa (poesía y prosa)
- 9 -¡Por amor!
- 10 -Sombra... más sombra
- 11 -Los libros de Allan Kardec (poesía)
- 12 -A Felipe Senillosa (poesía)
- 13 -Consecuencias del ayer
- 14 -Efectos del anatema
- 15 -A una espiritista (carta abierta)
- 16 -Hay que creer
- 17 -Mi despertar (poesía)
- 18 -De capa caída
- 19 -¡Qué bueno es amar!
- 20 -Deudas del ayer
- 21 -¡Quién lo creyera!
- 22 -¡Cuántas miserias!
- 23 -Las grandes sacerdotisas
- 24 -Amores del alma
- 25 -Un crimen por amor
- 26 -La justicia eterna
- 27 -Carta abierta a mi hermano en creencias M. Torres (Teófilo)

- 28 -Odio de siglos
- 29 -¡Los grandes de ayer!
- 30 -A una mujer (poesía)
- 31 -¡Ay del que cae!
- 32 -Un episodio
- 33 -Los incendiarios
- 34 -Doble tragedia
- 35 -Todo tiene su historia
- 36 -Los inseparables
- 37 -A la memoria de Allan Kardec (poesía)
- 38 -A una joven espiritista (carta primera)
- 39 -A la memoria de Allan Kardec (poesía)
- 40 -No hay dolor sin historia
- 41 -¡Hay que pagar!
- 42 -La muerte
- 43 -A una joven espiritista (carta segunda)
- 44 -A Miguel Vives (poesía)
- 45 -¡Desear... es vivir!
- 46 -La honra
- 47 -A Miguel Vives (poesía)
- 48 -Plegarias
- 49 -A una joven espiritista (carta tercera)
- 50 -¡Qué horrible es la venganza!
- 51 -Impresiones tristes
- 52 -¡Todo lo descubre el tiempo!
- 53 -Un enemigo
- 54 -Juzgar por las apariencias
- 55 -La verdadera santidad

56 -El mal engendra el mal

57 -¡La inmensidad!

58 -¡Horas de sol!

59 -Una flor en la tumba de un ángel

60 -La igualdad eterna

61 -Se debe entrar por la puerta, pero no por la ventana

62 -Saldos de cuentas

63 -El color del cristal

64 -Todo llega a su tiempo

65 -A los buenos obreros del Espiritismo Eudaldo Pagés y Felipe Senillosa (poesía)

66 -¡Cuánta sombra!

67 -A la memoria del médium parlante Eudaldo Pagés (ponía)

68 -Los falsos médiums (poesía)

PRÓLOGO

Quien se preguntare por qué los escritos de Amalia conservan la misma lozanía que los dirigidos a su propia generación, como los publicados a través de los distintos periódicos, el enigma de esa atemporalidad posiblemente radique en los sucesos que sobre escenas de la vida real solía tomar entre la información de los principales órganos de la prensa.

Dueña de elegante estilo, trasunta su pluma una profunda convicción. Acompañada de médiums amigos acostumbraba indagar sobre estos casos al Padre Germán (Saint Germain des Prés), su sapiente consejero, descubriendo conmovedoras enseñanzas que concluyen por convertirse en un espejo que a todos de algún modo refleja.

Ya en las postrimerías de este siglo mecanicista y descreído y consecuente con sus lectores, esta Editora se complace en dar a conocer un nuevo trabajo de compilación extraído de Los Albores de la Verdad, periódico espiritista barcelonés dirigido por J. Esteban Marata, a quien entrega sus artículos entre 1903 y 1909.

Su actuación en el periodismo la inicia en 1872 con una nota aparecida en El Criterio Espiritista, de Madrid, dirigido por Albérico Perón. Radicada en Barcelona desde 1876, desarrolla desde allí su prédica en defensa de sus ideales, incluso desde los grandes medios; pero será el 22 de marzo de 1879, con el lanzamiento de La Luz del Porvenir, el que marque un acontecimiento relevante, "Semanao Espiritista redactado por Mujeres. Fundado y dirigido por doña Amalia Domingo y Soler", editado en Gracia por Juan Torren, en la calle del Cañón 9.

La censura, pronta a hostigarlas ideas progresistas, ha de clausurarle por cuarenta y dos semanas, siendo en el ínterin sustituido por Eco de la Verdad, que alcanza a publicar veintiséis números.

La Luz del Porvenir tuvo distintas épocas, la primera hasta 1899; la editada en Alicante y dirigida por Chaminade aparece en enero de 1907, "Periódico Quincenal Espiritista, órgano del Centro de Estudios Psicológicos La Caridad", calle de San Cristóbal Nº 10, Villena.

Años más tarde se traslada a Valencia, bajo la dirección de Bartolomé Bohorques, calle de Espartero 7, como "Mensuario Ecléctico Espiritista y Filosófico". La Federación de Cataluña, en homenaje a la fundadora dispone desde la primitiva sede de la calle del Cañón, un nuevo lanzamiento de La Luz del Porvenir (1912), que dirige Francisco Ventura, mereciendo más adelante los auspicios de la vieja Federación Espiritista Española, para desaparecer con el estallido de la Guerra Civil (1936-39) y posterior establecimiento del fascismo.

Su vida y su pensamiento han sido magníficamente logrados por sus principales biógrafos: Amalia Domingo y Soler en el periodismo y las Letras Españolas, estudio crítico y literario por Ethi Gilbert, Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1953 y La Cronista de los Pobres:

Amalia, por César Bogo, Ediciones CEA, Buenos Aires, 1971. No obstante, diremos que Amalia Domingo y Soler, n. en Sevilla 1835, m. en Barcelona 1909, está considerada como la escritora más conocida de las letras espíritas, a la vez que como la más carismática y frondosa; la Enciclopedia Ilustrada Espasa Calpe, t. XXVIII p. 1849, la elige por su prosa y verso entre la brillante generación de escritores españoles del 98.

Sus obras, muchas de ellas de origen mediúmnico, han conocido en España y América innumerables ediciones. Quien no recuerda El Espiritismo Refutando los Errores del Catolicismo, Memorias del Padre Germán, Te Perdono y Memorias de Amalia, a las que se suman una serie de recopilaciones realizadas en la Argentina, las que rescatan buena parte de su vastísima producción periodística y obran desde un principio junto a su bibliografía, tales como Ramos de Violetas (1903), Sus más Hermosos Escritos (1913), Hechos que Prueban (1956) y Refutaciones de Amalia (1961). Resta desear a la nueva colección idéntica aceptación por el empeño investigativo y la autenticidad de sus temas.

FLORENTINO BARRERA

Buenos Aires, 1993.

TODO TIENE SU HISTORIA

I

UN BEBÉ DE CUARENTA Y SEIS AÑOS. — Uno de los casos más raros de la humana naturaleza acaba de hacerse público por medio de la prensa, con motivo del fallecimiento de un bebé que apenas si representaba dos años, y sin embargo hacía ya cuarenta y seis que había nacido.

El hecho ocurrió en el Hospicio de Westburg, en Wiltshire, según lo refiere la prensa británica.

El niño nació sano y robusto en el benéfico establecimiento de dicha población; pero a los doce meses o poco más se interrumpió por completo su desarrollo físico y mental, y aunque algún tiempo después le pusieron polleritas, conforme a su edad, ha vivido cuarenta y seis años sin crecer ni desarrollarse intelectualmente, jugando y necesitando siempre del cuidado de una niñera. Hablaba bien y claro, pero con voz infantil y con las incorrecciones propias de la infancia.

Un amigo mío, me envió el suelto anterior, suplicándome que si me era posible averiguase el porqué de un estado infantil tan prolongado, que indudablemente debería ser el epílogo o, mejor dicho, la continuación de alguna historia, y yo, interesada también en dicho asunto, aproveché la primera ocasión que tuve para preguntar al guía de mis trabajos la causa de aquel efecto tan doloroso, y el Espíritu, por conducto de una médium de toda mi confianza, me contestó lo siguiente:

II

"Los delirios amorosos, las impacencias y las violencias de las pasiones, los deseos vehementes y las exigencias del Espíritu mal educado, se suelen pagar muy caro, porque todo lo que traspasa los límites del respeto y de la consideración, en el mismo arrebató, en el mismo atolondramiento, lleva aparejado su ineludible castigo, y el Espíritu de ese bebé de cuarenta y seis años, sin ser un criminal de oficio, sin haberse teñido jamás las manos con sangre, sin haber firmado nunca ninguna sentencia de muerte, se ha precipitado tantas veces por la pendiente de las pasiones, ha querido ser tan absoluto en todos sus actos, que hasta para lo más dulce ha empleado la violencia y semejante proceder le ocasionó caídas mortales, mas cuanto que, deseando ser dichoso, soñando con ser amado, para lograrlo empleó todos los medios que podían servirle a los fines de llegar cuanto antes al punto deseado.

"En una de sus encarnaciones anteriores perteneció a la Iglesia romana, y era uno de sus príncipes más renombrados; amante de las mujeres, tenía un verdadero serrallo en varios conventos, y acostumbrado a ser obedecido y acariciado, le llamó vivamente la atención que una joven viuda con un niño de un año, pobre y enfermiza, pero de familia muy

distinguida, rechazara sus proposiciones amorosas con la mayor firmeza; él rogó, suplicó, le ofreció montes de oro, la amenazó con acusarla de hereje y entregarla al tribunal de la Inquisición. Todo fue inútil, ella se obstinó en su negativa, y él entonces se enamoró de ella locamente, y viendo que con súplicas nada conseguía, ordenó a sus familiares que registrasen la casa de la honrada joven con el fin de comprobar si se hallaban en ella libros prohibidos. Se realizó el registro y, naturalmente, nada se encontró, y como los esbirros emplearon tan malos modos, amenazándola con separarla de su hijo si se llegaba a probar su herejía, la infeliz madre se amedrentó, oprimió a su hijo contra su corazón y como lo amamantaba, para consolar al niño que lloraba viendo llorar a su madre, le acercó más a su pecho para darle el licor de la vida, que en aquellos instantes se trocó en jugo ponzoñoso, en veneno activo, que no mató al niño, pero que inutilizó su organismo, quedando como asfixiado; su madre comprendió después su imprudencia y descuido; llamó a varios médicos, pero todas las medicinas que se le hicieron tomar al niño fueron ineficaces, y eso que lo visitaron los galenos más afamados, porque el príncipe de la Iglesia, el causante de aquella desgracia, acudió solícito a consolar a su víctima, y ella aterrorizada con las amenazas de los esbirros de separarla de su hijo, dejó de ser tan esquiva, y al fin su adorador consiguió lo que deseaba, llegando a quererla con delirio, lo mismo que al niño, que no creció y vivió cuarenta y seis años en el estado más lamentable. Su madre murió joven y sus últimas palabras fueron dirigidas al príncipe de la Iglesia, encargándole que velara por su hijo, ya que él había causado su desgracia. Él le prometió no abandonarle jamás, y cumplió su palabra, rodeándole de todas las comodidades; aunque aquel niño viejo no podía disfrutarlas, se tranquilizaba su conciencia haciéndole vivir en un pequeño paraíso, y su último sentimiento al dejar la Tierra, fue no llevarse con él al niño viejo, mas a éste nada le faltó, pues tenía rentas sobradas para estar bien servido.

"Cuando el príncipe de la Iglesia llegó al Espacio, la madre de su víctima le salió al encuentro diciéndole: El que con el agua del amor lava sus manchas, merece ser perdonado. Yo te perdono, yo te amo, yo velaré por ti eternamente, y mi hijo también te perdonará porque le has amado mucho.

"Yo sabré corresponder a vuestro cariño —dijo el pecador arrepentido—, yo volveré a la Tierra a sufrir el martirio que le hice sufrir a tu hijo, y después de haberlo sufrido me creeré digno de ti y de él.

"Cuando el Espíritu del príncipe de la Iglesia se encontró bastante fortalecido, volvió a la Tierra a pagar su deuda, pero no estuvo desamparado, porque la mujer que él tanto había querido, ya estaba en la Tierra y era la superiora del hospicio donde él nació y vivió, recibiendo de ella maternales cuidados.

"Las culpas cometidas por amor, aunque tienen su expiación correspondiente, siempre ésta es más soportable, porque en medio de las espinas brotan algunas flores. Las expiaciones que son horribles, son las que provienen de los crímenes cometidos por odios implacables, por venganzas terribles. Huid de los odios, y no queráis nunca beber la hiel de la venganza, porque es un líquido corrosivo que produce dolores irresistibles. Adiós".

Tiene razón el Espíritu: el odio debe ser el peor de todos los tormentos; desgraciado de aquel que se siente dominado por su fatal influencia. Todos los infiernos inventados por las religiones son paraísos comparados con el tormento del odio; el odio es el Satanás de todos los tiempos, en cambio el amor es el aliento de Dios.

AL ESPÍRITU DE MIGUEL VIVES

Hermano mío: Muy grata me ha sido tu comunicación, porque se parece, como se parecen dos gotas de agua, a las cartas que me escribías cuando estabas en la Tierra. En aquellas consoladoras epístolas y en la comunicación que me has enviado por conducto de tu médium, se encuentra el mismo espíritu de amor y el deseo vehementísimo de dejar este mundo para extasiarse con las maravillas del Espacio, llamándote vivamente la atención y sintiendo hondamente que yo no sueñe con ese momento supremo de la desencarnación, con el desprendimiento de mi yo pensante, dejando sin pena alguna un cuerpo viejo y maltrecho.

Dices que sólo los réprobos podrán sentir aversión y temer a dicha hora, pero que las almas de los justos, de los buenos, de los que han trabajado difundiendo la verdad del Espiritismo y no han guardado odios ni rencores, sabiendo sufrir y perdonar a sus enemigos, para esas almas es placer y es dicha inefable verse libres sin tener cárcel que les aprisione ni cadenas que les impidan gozar de su ansiada libertad.

Dices muy bien: los buenos están bien en todas partes, pero falta lo mejor, Miguel: el ser bueno; el tener el íntimo convencimiento de que puede uno figurar en la lista de los impecables. Cuando falta la profunda convicción de que se poseen grandes virtudes, no puede halagar la vista de la causa, en la cual saldrán a relucir todos nuestros defectos.

Tú, que siempre has sido un enamorado del Más Allá, no porque te creyeras impecable, sino porque amabas tanto al último Redentor, que creías que en premio de tu inmenso amor Él te cubriría con su manto y a su sombra bendita adorarías a Dios en espíritu y verdad. Tú soñabas siempre con esa hora suprema de dejar un cuerpo inservible revistiéndote con una vestidura luminosa, y, soñabas con morir porque tu alma, verdaderamente religiosa, veía en sus sueños las maravillas del infinito, pero todas las almas, Miguel, no están a la misma altura. Se conoce que tú llevas ya muchas existencias entregado al fervor religioso, consiguiendo tu Espíritu elevarse sobre las miserias humanas. Tú has estado en la Tierra, pero la Tierra no te ha dominado con sus penalidades y privaciones. Tú has dicho: quiero ser libre para seguir las huellas de mi Maestro y Señor, y como has sabido emplear tus fuerzas mentales, has sido libre rodeado de míseros esclavos; pero ese triunfo sobre uno mismo, no todos pueden conseguirlo, Miguel; es una obra titánica sustraerse al medio de miserias que nos rodea, de angustias, ansiedades y dolores.

Yo, desde niña, sin tener entonces la menor idea de la vida futura, le concedía a la hora de morir excepcional importancia, y siempre decía: Yo quisiera morir entre flores para llevarme de la Tierra un recuerdo grato. Pensaba con horror en los infelices que morían en el hospital, porque me hacía cargo de que tenían que morir desesperados.

Cuando luego más tarde estudié el Espiritismo, me dije a mí misma: Ya tenías tu razón en conceder tanta importancia a la hora de morir; para ese viaje se necesita llevar un buen equipaje de virtudes, de abnegaciones, de sacrificios, de amores infinitos, y como

desgraciadamente no me creo poseedora de bienes tan preciosos, por eso no sueño con deleite en mi viaje al Espacio, pues sin pertenecer a la legión de los réprobos, se pueden tener tantos defectillos (al parecer insignificantes) que, vistos con el microscopio de la verdad, quizá sean defectos muy grandes.

Cada Espíritu tiene su modo de ser y su manera de subir a los cielos, y de descender hasta el abismo. El mío se empequeñece extraordinariamente si se ve rodeado de males innumerables, de miserias inacabables, de luchas en las cuales se pierde hasta la dignidad; entonces me veo tan pequeña, que si no fuera por el Espiritismo, diría, como dijo el Dante a la puerta de su infierno: ¡No hay esperanza!

Yo no pierdo la esperanza de mi redención, pero veo tan lejos la tierra prometida, que murmuro tristemente: ¡qué camino tan largo tengo aún que recorrer! Sólo se acorta ante mis ojos tan inmensa distancia cuando estoy en la cumbre de una montaña y ante mis ojos no veo más que el cielo y las ciudades que duermen a mis pies. Entonces se opera en mi Espíritu un cambio radical. Dejo en las callejas de la ciudad donde habito, mis temores, mis zozobras, mis agonías, mis luchas por la existencia, mi vieja envoltura, y me parece que tengo un cuerpo muy pequeñito, pero sano y ágil. Creo de buena fe que he nacido de nuevo, y mirando al cielo, sin ver otra cosa que me distraiga, me digo a mí misma: ¡Qué hermoso será morir así!, sin recuerdos penosos, sin remordimientos, sin temores de ninguna especie, entrar en el Espacio sonriendo como deben sonreír los justos y ver luz, ¡mucha luz, el mar del infinito con sus innumerables mundos! Dejar esta cárcel de la Tierra, ¡qué felicidad tan inmensa! ¡No ver las nubes del pasado! ¡No ver más que los resplandores del porvenir! En esos momentos, Miguel, sí que pienso en la muerte con verdadero deleite.

Como medicina para mi Espíritu y para mi cuerpo, abrumado por la nieve de los años y el plomo de una enfermedad crónica, fui ayer, con mi familia adoptiva, a pasar el día en la cumbre del Tibidabo, y allí, contemplando un cielo sin nubes, me fui desprendiendo lentamente de todos mis recuerdos terrenales, ¡tan dolorosos, tan amargos, tan llenos de punzantes espinas! Y mientras más miraba al cielo, más tranquilidad adquiría mi Espíritu y más se aflojaban los lazos que le unen a mi débil cuerpo; y entonces, Miguel, hablaba contigo y te decía: Tienes razón, Miguel, no se debe temer al momento de morir. Dejar la sombra y entrar en la luz, ¡qué hermoso debe ser! Lo que yo siento ahora debe ser un ensayo de la escena final del drama de mi actual existencia. Yo sonreiré entonces, como sonrío ahora, me apartaré por un poco de tiempo de las turbulencias terrenales, no tendré que atender a las exigencias materiales ¡que tanto abruma, que tanto pesan!, y que le obligan a uno a caer repetidas veces sin tener quien le ayude a llevar su cruz (al menos visiblemente).

¡Quién pudiera, querido Miguel, pasar muchas horas en la cumbre del Tibidabo!... ¡Allí mi alma se engrandece, allí comprendo mejor la omnipotencia de Dios! Allí me olvido de mí misma, no veo mis defectos, no veo más que las alas de mi pensamiento que se extienden y llevo con ellas a mundos mejores, donde salen a mi encuentro los redentores y los sabios de otras épocas.

Cada Espíritu, Miguel, necesita de un medio distinto para elevarse sobre su propia miseria;
yo necesito para adorar a Dios la cumbre de una montaña, mucho cielo... y ¡mucho luz! ...

¡UNA SANTA!

I

Hace algunos días, se me presentó una señora muy simpática, de mediana edad, vestida con elegante sencillez, me saludó, se sentó, me miró fijamente y me dijo así:

—Ni usted me conoce, ni yo la conozco; es decir, yo la conozco de nombre, porque creo que hace muchos años que escribe usted en la prensa espiritista.

—Efectivamente, desde el año 73 del siglo pasado que me he consagrado a la propaganda del Espiritismo por medio de mis escritos.

—Yo, se lo advierto, ni soy espiritista ni quiero serlo, pero hoy se ha muerto junto a mi casa una niña de cinco años, que se cayó a la calle desde el balcón de un piso tercero y la desesperación de su pobre madre ha abierto nuevamente la honda herida que atraviesa mi corazón, porque hace dos años que perdí a mi hija y vivo sin vivir, tratando de olvidar lo que no tiene remedio; trabajando sin descanso de día y de noche, y sólo así consigo aturdirme, pero hoy al ver a la pobre niña muerta y a su madre loca de dolor, vi mi casita, mi hogar querido, me pareció que corría por los jardines, saltando tapias, buscando a mi hija (que no llegué a verla) y una amiga de usted me dijo: Vaya usted a ver a Amalia, cuénteles sus penas, que tal vez ella la pueda consolar; y aquí me tiene usted, sin saber cómo he venido, porque, se lo repito, ni soy ni quiero ser espiritista; así es que las palabras tuyas no me consolarán, porque no hay peor sordo que aquel que no quiere oír.

—Ni yo me tomaré el trabajo de consolarla, porque soy muy avara de mi tiempo y lo empleo útilmente, no gastando pólvora en salvas.

—Hace usted muy bien.

—Mas si usted me cuenta cómo perdió a su hija, yo preguntaré a los Espíritus y con la comunicación que obtenga escribiré un artículo que servirá de útil enseñanza al que busque en el Espiritismo luz y verdad.

—Sí, sí, sí le contaré lo ocurrido, porque parece que alguien me dice: Habla mujer, habla.

—Quizá el mismo Espíritu de su hija.

— ¡Ah si fuera verdad tanta belleza! Pero de mi pobre hija sólo quedan sus cenizas.

—Para usted sí, para mí no.

—En fin, le diré, que yo me casé muy joven, tuve tres hijos, perdí a mi esposo y me volví a casar, y si bueno fue mi primer marido, inmejorable fue el segundo, que quiso a mis hijos como si fueran suyos, sobre todo a mi Elvira que era su ojito derecho, lo que la niña decía era lo que se hacía en mi casa, y ella era tan buena, tan humilde, tan honrada, tan trabajadora y amante de los pobres que todo le parecía poco para darlo a los necesitados. Nos tenía a todos hechizados; todo su afán era visitar a los pobres vergonzantes, y cuando

yo quería llevarla al teatro y comprarle algún vestido, me decía: Mamá, déjate de superfluidades y emplearemos ese dinero en obras buenas. Lo reunía todo, carácter risueño, complaciente, sus hermanos la adoraban, no le diré más que hace dos años que ha muerto y no se quieren quitar el luto. Todo en mi casa era paz y alegría, cuando en mala hora, fuimos a pasar un día en el campo; se desencadenó una tempestad horrorosa, nos mojamos hasta los tuétanos, llegamos a casa con la ropa pegada al cuerpo, y Elvira se acostó enseguida temblando convulsivamente, se le complicaron no sé cuántas enfermedades y estuvo seis meses postrada en el lecho sin movimiento; el médico ordenaba que la vistiéramos y tuviéramos durante el día sentada en un sillón, y hasta el alimento había que ponérselo en la boca, la levantábamos en brazos por la noche y hasta que la vestíamos no se podía mover de la cama.

—Y ella ¿llevaba el mal con paciencia?

—Ya lo creo; ella nos reñía a todos porque decía que no sabíamos sufrir, que había que tomar las cosas con calma y resignación y a todos nos animaba y alegraba con sus felices ocurrencias. Una noche se sintió más decaída que de costumbre, me costó más trabajo desnudarla, la acosté y a la mañana siguiente mi marido y yo, como siempre, arreglamos el comedor, preparé el almuerzo para todos y al momento de subir al entresuelo para levantar y vestir a Elvira oí unos gritos espantosos, subí no sé cómo los pocos escalones que había para llegar al cuarto de mi hija y ¡me encontré con su cama vacía!... La infeliz tullida se había levantado, había subido a la terraza, que tenía un tramo de escalera, la puerta que daba a la terraza estaba abierta y Elvira, que no se podía mover, se había apoyado en la baranda, dando a su cuerpo el empuje suficiente para saltar sobre ella y caer a la calle. Yo no sé qué sentí, sólo recuerdo que salté al jardín de la torre de al lado, y que fui saltando tapias y vallados buscando a mi hija que estaba en la calle muerta, sin que una gota de sangre manchara su blanca bata.

Enloquecí por completo, y cuando recobré la razón mi hija ya estaba enterrada. ¿Cómo se levantó? ¿Cómo se vistió? ¿Cómo pudo subir la escalera que conducía a la terraza? ¿Cómo tuvo fuerzas suficientes para dar el salto mortal? No lo sé; mi marido desde aquel día padece de unos ataques nerviosos que le dejan como muerto, mis hijos no quieren dejar su luto, y yo... siempre me hago la misma pregunta: ¿Quién levantó a mi hija? ¿Qué fuerza desconocida le dio la agilidad necesaria para lanzarse a la calle? Yo me vuelvo loca y no saco nada en claro; me dicen que el Espiritismo me daría luz en este asunto, pero yo no quiero esa luz.

—Pues no hay otra para descubrir los misterios que guarda el ayer.

—Es que yo no quiero creer que mi hija antes de ser una santa haya sido un demonio, eso nunca; mi hija nació santa y no puede tener una historia de crímenes.

—Señora: yo soy muy avara del tiempo, y creo que ahora usted y yo lo perdemos lastimosamente; el relato que usted me ha hecho me servirá de tema para mis trabajos literarios y medianímicos. Yo le enviaré la comunicación que me den los Espíritus (si es que puedo obtenerla) pues no a todas las preguntas suelen contestar, y usted hará lo que su

inteligencia le permita hacer, ¿negará, creará, dudará? Yo habré cumplido con mi deber, que no es otro que el de propagar las verdades del Espiritismo.

La señora se levantó, me saludó, dejándome su tarjeta, y yo a los pocos días le envié la adjunta comunicación. ¿Qué efecto le ha causado? No lo sé.

II

"¡Cuántas historias tristes! ¡Cuántos dramas ocultos! ¡Cuántos misterios encierran las tumbas! Esa madre infeliz cree que ha llevado en sus entrañas el cuerpo divino de una santa, la ve en su imaginación con su blanca túnica, con su dulce sonrisa, sin que la sangre manchara su pálida faz al chocar su cuerpo contra el duro suelo; ha visto después su tumba cubierta de flores, han resonado en sus oídos las bendiciones de muchos pobres agradecidos, ve a su familia que no olvida a la joven suicida y la madre repite: ¡No, no hay duda, mi hija era una santa!...

En parte tiene razón, porque Elvira es un Espíritu verdaderamente arrepentido de sus crímenes de ayer y no perdona medio ni ocasión de hacerse amar por sus relevantes virtudes, y ya hace mucho tiempo, mucho, que encarna en la Tierra para ser un ángel de bondad, pero ¿siempre fue así? No; en época lejana fue un capitán de bandidos que no manchaba sus manos con la sangre de sus víctimas, pero que gozaba con los excesos que cometía su cuadrilla, y cuando sus compañeros incendiaban las casas robadas y arrojaban desde la altura los cuerpos de sus vencidos, él gozaba viendo caer a los infelices muertos o vivos que chocaban contra las piedras; amaba la destrucción, los incendios le producían goces inexplicables, hasta que una de sus víctimas se encargó en el Espacio de despertar sus sentimientos, un Espíritu que con la envoltura de mujer le amó en la Tierra y perdonó su locura homicida, consiguiendo que el bandido implacable se convirtiera en un ser generoso que ya no tiene otra aspiración que devolver bien por mal, y todo le parece poco para ser útil a sus semejantes, mas sus buenos propósitos no han conseguido borrar aún los muchos odios de sus enemigos; éstos le rodean, le asedian y martirizan si pueden, pero Elvira no se rinde en la lucha y no perdona medio de purificarse por el sufrimiento; ella ayuda a sus verdugos para morir violentamente, ella conoce que aún debe mucho y goza saldando sus cuentas; más de una vez ha chocado su cuerpo contra las piedras y aún volverá a morir violentamente, pues no merece morir en su lecho tranquilamente quien ha gozado viendo exterminar a seres inocentes. En su última caída tomó una gran parte su voluntad de concluir con un estado de postración que no podía sufrir.

Ella trataba de no molestar a su familia y como sus esfuerzos se estrellaban contra sus miembros paralizados sufría horriblemente y pedía a Dios un momento de energía y de fuerza vital para romper las cadenas del dolor. Sus enemigos le ayudaron y realizó su vehemente deseo de acabar de una vez su padecimiento. ¡Su pobre madre dice que su hija era una santa! Déjala con su piadosa ilusión, su misma hija le hará ver la realidad de la vida eterna del Espíritu a su debido tiempo. Has hecho bien en no insistir en proporcionar tal conocimiento; ese trabajo no te pertenece, es el Espíritu de su hija el que lo llevará a cabo.

Adiós".

III

De mucha enseñanza es la comunicación que he obtenido y por ella me convengo una vez más de lo útil que es no conocer nuestro pasado mientras estamos en la Tierra; porque si nos viéramos con los andrajos que hemos llevado en otras existencias, la vergüenza y el remordimiento no nos dejarían vivir, porque no hay tormento mayor que despreciarse uno a sí mismo. Cuando se adquiere el triste convencimiento de que todas nuestras penalidades son las consecuencias de nuestros desaciertos, ¡con cuánta tristeza nos contemplamos, con cuánta amargura vamos contando los desdenes de los unos, los desengaños que nos ocasionan los otros, las angustias que nos cuesta el sostenimiento de la vida, por lo cual decimos: Dios es justo!

Cada labrador recoge la cosecha que le corresponde, no destroza el pedrisco más árboles que aquellos que no deben dar frutos. ¡Dios es justo, su ley es inmutable; no padecen los inocentes, padecen los culpables! ¿Soy uno de los muchos criminales que burlaron la persecución de la justicia humana? ¿Quizá me levantaron un artístico mausoleo? ¿Tal vez alguien escribió sobre mármoles y bronces nuestra historia gloriosa? Mas, ¿qué son las vanidades humanas?... Burbujas de jabón que un niño deshace con un soplo, castillos de naipes que bambolean y caen, nubes de humo que la brisa más leve desbarata. Si así no fuera, ¡Dios no sería justo!

A UNA MUJER

(Carta abierta)

Amiga mía: Mucho me complace que mis escritos lleven a tu alma el convencimiento de que nuestra actual existencia es un capítulo, más o menos interesante, de nuestra interminable historia, cuyo prólogo lo escribimos en la noche del tiempo, y cuyo epílogo no lo escribiremos jamás.

Me dices en la tuya: "Precisamente me habla usted de una cosa en la cual me he fijado durante el tiempo que vengo analizando cuanto me rodea. Sí, amiga mía; lo que me dice de las simpatías y antipatías, debo decirle que me he encontrado no una vez, sino varias veces, con personas tan antipáticas para mí, que me han hecho sentir una repulsión indescriptible, teniendo que emplear toda mi fuerza de voluntad para no aparecer orgullosa y mal educada, conociendo al mismo tiempo que mi antipatía no tenía razón de ser; reconociendo que aquellas personas estaban dispuestas a sacrificarse por mí en un caso extremo. En cambio, he sentido otras veces la imperiosa necesidad de crearme amistades con algunas personas que me atraían de un modo verdaderamente extraordinario; como me ha sucedido con usted, que me decidí a escribirle porque necesitaba mi alma relacionarse con la suya. ¿Por qué? No lo sé. ¿Usted lo sabe?"

Sí, amiga mía, lo sé; tu Espíritu está sediento de luz y hambriento de verdad; y en mis escritos has encontrado algo de lo que tú necesitas. A ti no te hacen falta conocimientos científicos, ya los tiene tu Espíritu; lo que necesitas adquirir es sentimientos, esperanza, fe, pero no esa fe ciega que acepta todos los absurdos de las religiones porque están escritos en libros sagrados, no; la fe que debe iluminar tu inteligencia y tranquilizar tu ánimo, es la fe nacida de tu observación, de tus estudios sociológicos, de tus investigaciones analíticas; de tu modo de mirar todo cuanto te rodea, tienes que decir: Hemos vivido ayer y viviremos mañana.

Hay que aceptar la existencia de Dios y Dios no puede haber hecho una cosa tan imperfecta, como es la existencia del hombre si no tuviera un pasado y un mañana.

Este mundo es un valle de lágrimas, como dicen los católicos romanos en su Salve; no hay placer que no tenga el reverso del dolor, pues como decía muy bien Bartrina en su Silogismo:

Si al ser feliz creo serlo
 sufro en mi dichoso estado,
 porque me hace desgraciado
 sólo el miedo de perderlo,
 y si estoy bien sin saberlo,
 pues no lo sé, no lo estoy.
 Así, mañana como hoy,
 ser feliz nunca podré,

pues si lo soy no lo sé...
si lo sé...ya no lo soy.

Y este estado de zozobra, este temor y esta angustia, ¿puede ser la última palabra de Dios? ¡Imposible, absolutamente imposible! Cuando vemos un ser honrado, bueno, generoso, que se desvive por su familia y por todos los seres que le rodean en su vida social; que no siembra más que beneficios, y en cambio no recoge más que ingratitudes que envenenan su existencia, y que para ese veneno no hay antídoto, pues aunque dice un cantar:

Le dije a un sabio doctor
si curaba desengaños,
y me respondió: Los años
alivian algo el dolor.

El alivio es tan leve, que se puede decir que las heridas de las ingratitudes nunca se cierran, sus bordes están entreabiertos y la sangre brota sin que el cauterio de la reflexión cierre la herida; y a esta lucha sin tregua, a este dolor incesante ¿se le puede llamar vida? No; la vida tiene que ser más armónica, más dulce, más llena de satisfacciones y de lógicas esperanzas. El amor de los padres no puede ser un sacrificio continuo, sin tener más recompensa que la indiferencia de los hijos.

El hombre tiene que reposar en los brazos de sus deudos, tiene que recoger la semilla que ha sembrado: su cosecha no puede ser siempre destrozada por el pedrisco de la ingratitud. ¿Había Dios de crear una raza de cocodrilos —como decía Dumas (padre)— que no hicieran otra cosa que devorarse los unos a los otros?

No, amiga mía, no; cuantas más imperfecciones encuentres en los seres que trates, más debes convencerte de que estamos en la Tierra, como están los criminales en los presidios, sujetos a una condena más o menos larga, y así como muchos penados salen de las penitenciarías cuando han cumplido el tiempo de su castigo, así los terrenales salimos de la Tierra con una hoja de servicios más o menos manchada, pero salimos para volver más tarde a pagar nuevas deudas, hasta conseguir nuestra completa rehabilitación.

Hazte siempre este cargo: no busques el convencimiento de la vida eterna del Espíritu en las comunicaciones de los seres de ultratumba, que en esto como en todas las manifestaciones de los invisibles, hay mucho que estudiar y mucho que desechar para no caer en el error de nuevas supersticiones. Bueno es buscar la comunicación de los Espíritus, porque una comunicación buena es un tesoro inapreciable, es un sol del infinito, es una fuente de agua divina que calma la sed de los sedientos pecadores; pero antes que evocar a los Espíritus, hay que adquirir el racional convencimiento de que nuestra actual existencia es la continuación de nuestra historia, razón por la cual encontramos tantas anomalías, porque los hechos responden muchas veces a causas desconocidas para nosotros; sembramos amores y recogemos desdenes; dispensamos protección y los protegidos nos crucifican, si pueden; nos sacrificamos por la humanidad y ésta premia nuestros desvelos con la burla y el escarnio y cierra los ojos y los oídos para no ver nuestros "inventos" ni oír nuestras palabras de esperanza y redención.

Amiga mía: sigue estudiando en la humanidad, libro interesantísimo que siempre presenta nuevos episodios, y ten la íntima convicción de que algún lazo nos debe haber unido en otro tiempo, lazo que se reanuda hoy con nuestra mutua simpatía.

LOS AMIGOS DEL ESPACIO

I

NADIE SE MUERE... — Santiago Sanz, tabernero de la calle de la Cava Baja, intentó suicidarse anoche arrojándose al paso de un automóvil en la calle Crespo; pero la persona que lo guiaba logró desviar la dirección del vehículo, no haciendo éste más que rozar a Sanz. A los pocos momentos, en la calle Mayor, se arrojó el mismo tabernero al paso de un tranvía, y también el conductor pudo parar antes de atropellarlo, cuando ya estaban las ruedas tocándole. Detenido, se le condujo a la Delegación, y entonces dijo que iba a beber agua, pasando a la habitación próxima, sacando un enorme cuchillo que llevaba en la faja para clavárselo en el vientre, pero no pudo por tercera vez lograr su propósito, porque fue advertido a tiempo por los funcionarios de la Delegación.

Mucho me llamó la atención el suelto que antecede a estas líneas, y pensé inmediatamente que Santiago Sanz tenía una historia interesantísima, cuando buscando con tanto afán la muerte no la encontraba. Yo no me daba cuenta de si le pasaba lo que decía Camprodón en Flor de un día: "Tomé parte en la pelea, / y me convencí señora, / que mi tumba bienhechora, / encuentra quien la desea"; no acertaba a comprender el porque no podía morir aquel ser tan desesperado, pero que indudablemente voluntades más poderosas que la suya le alejaban del borde del abismo, y como útil estudio le pregunté al guía de mis trabajos sobre el frustrado suicida, contestándome éste lo siguiente:

II

"Estás en lo cierto al creer que ese infeliz no está solo; efectivamente, no lo está, ayer sembró tan buena semilla, que hoy recoge sazonados frutos.

"En su existencia anterior perteneció al ejército francés, era un oficial, un simple subalterno, que pasaba completamente desapercibido entre sus compañeros, porque había empezado su carrera de soldado raso y llegado a ser oficial porque sí, por muerte de muchos compañeros, sin que ningún jefe se hubiese interesado por él; su carácter retraído, sus hábitos de humildad le separaban de los demás oficiales, en cambio, los soldados le querían, porque él era muy bueno para ellos.

"Debido a una conspiración descubierta a tiempo fueron encausados cuatro jefes, pero como la justicia es tan ciega, condenaron a cuatro inocentes y dejaron libres a los verdaderos culpables, que pertenecían a distinguidas familias, y a la sombra de sus pergaminos cometieron delitos que hubieran quedado impunes si Santiago, que era muy observador y justiciero, no se hubiera presentado a los generales que condenaron a cuatro inocentes, dos a ser fusilados y otros dos a trabajos forzados toda la vida, y con una energía de que nadie le hubiera creído capaz acusó a los verdaderos culpables, y empleó tanta elocuencia, presentó datos tan irrecusables, que los jueces vieron a pesar suyo que habían estado expuestos a cometer la más cruel de las injusticias, y procedieron con justicia castigando a los verdaderos conspiradores y dejando libres a los que nunca habían faltado a

su deber; y Santiago, después de haber sido tan útil y evitado un crimen, se retiró a su casa desengañado de las miserias humanas, muriendo tranquilamente ni envidiado ni envidioso.

"En la Tierra vivió como viven las violetas, escondido entre las hojas de sus relevantes virtudes, humilde y leal para con todos sus semejantes; y grande fue su sorpresa cuando al llegar al Espacio encontró a sus antiguos compañeros que él había salvado de la deshonra y de la muerte, quienes le rodearon solícitos e hicieron comprender que se vive eternamente, y no sólo encontró a los que él había salvado, estaban otros Espíritus que le prodigaron sus sinceras felicitaciones, eran los guías espirituales de sus inocentes compañeros, y esos Espíritus no abandonan a Santiago, y éste en sus horas de tribulación encuentra en todos ellos decidida protección; por eso no pudo efectuar su desesperado deseo, por eso no pudo morir violentamente, porque tiene quien le ame, porque tiene amigos en el Espacio, y los amigos del Espacio no saben olvidar. Dichosos los seres que como Santiago han escrito una página en su historia cuyas letras están formadas con preciosas flores, flores que no perderán nunca ni sus delicados colores ni su penetrante aroma. — Adiós".

III

¡Qué hermoso es el pasado de Santiago; qué bueno es ser bueno!, como dice el Espíritu del Padre Germán.

Decía Horacio "que todo lo que no es claro, no es bello", y como en el Espiritismo la claridad de la verdad es tan viva y tan refulgente, por eso son tan bellas sus enseñanzas.

Decía madama de Staël que "comprenderlo todo, es perdonarlo todo, y que a esta comprensión se llega muy tarde después de haber sufrido mucho". Pero estudiando racionalmente el Espiritismo se acorta mucho el camino de la comprensión; hasta ahora, no hay ninguna escuela filosófica que presente a nuestra vista tan dilatados horizontes y nos ofrezca ejemplos tan admirables para reconocer y admirar la grandeza de Dios. El Espiritismo nos demuestra, como dice un escritor inglés, que: "No somos un individuo, no somos un hombre o una mujer en el sentido ordinario de estas palabras, somos una incesante corriente de hechos que engendran experiencias, somos una serie inacabable de imágenes de todo cuanto hemos hecho y de todo cuanto hemos sido, desde el más profundo y más terrorífico pasado de la eternidad a donde no ha llegado ni puede llegar la mirada del hombre".

El Espiritismo nos dice que: "amar en realidad no es más que vivir, y que la falta de amor nos lleva a la muerte".

Si esto nos dice el Espiritismo, si esto nos manifiestan los Espíritus en sus comunicaciones, ¡bendita sea la hora que comencé a estudiar las obras espiritistas!

El que aprende a querer, aprende a perdonar, y no conceptuando a ningún ser enemigo nuestro, comenzaremos a vivir en brazos de la Paz, de la Justicia y del Amor.

LA EXCOMUNIÓN

Esta mañana, me sorprendió la visita de mi amiga Sara, a la que yo creía muy lejos de Barcelona, veraneando en un pueblecillo escondido entre montañas, donde según ella me había asegurado, se vivía en un pequeño paraíso, por la frondosidad de sus bosques y la abundancia de sus manantiales, de los cuales brotaba un agua cristalina tan sumamente fría, que era una delicia saciar la sed con ella, abundando las frutas más sazonadas y las legumbres más tiernas, siendo los habitantes de aquel delicioso rinconcito del mundo, gentes sencillas y cariñosas cuyo trato era agradabilísimo; así es que al verla entrar me sorprendí y le pregunté con verdadero interés:

—¿Qué tienes, Sara? ¿Cómo tú por estas tierras? ¿Cómo has dejado tu pequeño paraíso?

—¿Paraíso? —replicó Sara con acento desabrido—, infierno querrás decir.

—¿Qué me cuentas?

—Lo que oyes; me han echado del pueblo.

—¿A ti?

—¡A mí! ...

—¿Y por qué?, si tú eres un ser verdaderamente inofensivo que no has perdido todavía la gracia del bautismo, como dicen los beatos.

—Pues ya verás. Tú sabes que mi marido y mis hermanos son republicanos, pero que lo son sin hacer alardes escandalosos; bastante tienen con su trabajo los unos y con sus estudios los otros; pero, hija, en mala hora fueron unos chicos estudiantes compañeros de mi hermano Antonio, que celebraron una reunión al aire libre, en el campo, y nunca lo hubieran hecho. Al día siguiente, que era domingo, en la misa mayor el cura nos excomulgó a toda la familia, incluso a los amigos de mi hermano, encargando a los habitantes del pueblo que nos negaran el pan, el vino, la carne, las legumbres, las aves, todo cuanto nos fuera necesario para alimentarnos, porque debíamos morir de hambre y de sed, porque las fuentes debían secarse al llegar nosotros en busca de agua; te digo, Amalia, que nunca he oído más barbaridades, y yo me impresioné de tal manera, que mi marido inmediatamente nos hizo salir a todos del pueblo, sin perjuicio de entablar querrela contra el cura; pero, ¡ay, qué horrible es la excomuni6n, qué palabras, qué amenazas, qué maldiciones, no sólo para nosotros, sino también para nuestros hijos y nietos, hasta la quinta generaci6n! ¡Yo estoy aterrada!

—Mira, no hables más; parece mentira que una mujer como tú, de tan buen sentido, rodeada de una familia tan ilustrada, haga caso de semejantes paparruchas. Tú, ¿crees en Dios?

—Ya lo creo, ¿cómo no he de creer?

—Y crees tú ¿que Dios pueda maldecir a sus hijos? ¿Serías tú capaz de maldecir a tus pequeñitos?

—¡Yo.... hijos de mi alma, si los quiero más que a mi vida!

—Y tú ¿te crees mejor que Dios?

—No digas disparates, ¿cómo he de creer yo semejante cosa?

—Pues entonces, reflexiona que las maldiciones de ese pobre cura atribuidas a Dios no tienen valor alguno, son un atajo de mentiras y necedades que debes perdonar y compadecer, que harta desgracia tiene de estar ciego en medio de tanta luz.

—Todo lo que quieras, pero hija, la excomunión hace temblar.

—A los inocentes como tú, pero no a los pensadores; no me haría temblar a mí, convencida como estoy de la grandeza y de la justicia de Dios. Dios no excomulga a sus hijos, les da tiempo indefinido para engrandecerse y perfeccionarse.

—Y tantos infelices como viven en la miseria y la degradación, ¿no están excomulgados? Porque mira que hay seres que, si van por agua al mar, el mar se seca, y yo he pensado estos días si pesará sobre ellos la excomunión de la Iglesia romana.

—No, Sara, no; pesa sobre ellos la excomunión de sus crímenes de ayer, de sus atropellos, de sus odios, de sus rencores, de sus venganzas, de sus malas pasiones, esa es la única excomunión que pesa sobre la humanidad, pero no hay ninguna religión con poder bastante para disponer del porvenir del hombre; éste es libre, puede llegar a imitar a Cristo o a Nerón, para eso tiene el gran patrimonio del tiempo, para subir hasta los cielos o descender hasta los abismos. Las religiones emplean sus malas artes en esclavizar a los pueblos, aprovechando la ignorancia de las multitudes; pero los siglos pasan, los sabios de otros mundos encarnan en la Tierra para comenzar la educación y la instrucción de las muchedumbres y los astrónomos enseñan a los pueblos las nuevas Biblias del infinito y desaparecen los cielos y los ángeles, los infiernos y los demonios, y en su lugar aparecen los mundos girando en el espacio, los dioses se hunden y Dios se presenta a los observatorios astronómicos llevando en su diestra el cáliz divino que guarda el agua de la vida universal. Créeme, Sara, las religiones, con sus amenazas y sus maldiciones aterradoras, son los fuegos artificiales del oscurantismo, los castillos de fuego con que los pirotécnicos entretienen a los niños; las religiones pretenden entretener y amedrentar a los ignorantes. Tú no perteneces a ellos, tú eres buena, sencilla y amas la luz de la verdad. No temas, pues, a las excomuniones de ninguna iglesia, teme únicamente a la excomunión de tus injusticias, pero como tú eres buena, sonríte dichosa en brazos de tu marido y de tus hijos y ruega por los desgraciados que desconocen la justicia de Dios.

A FELIPE SENILLOSA

(Poesía escrita en el mes de junio de 1904)

I

Yo bendigo a Senillosa
que sólo el progreso anhela,
¡qué fundación tan hermosa
la fundación de su Escuela!

Idólatra del progreso
rindiendo culto al saber
aparta del retroceso
al hombre y a la mujer.

Yo le admiro y considero
lo que vale su labor;
es un excelente obrero
de la viña del Señor.

¡Emplea su tiempo tan bien!
¡Si todos fueran como él! ...
sería este mundo un edén,
sería la Tierra un vergel.

Dar al niño y al adulto
la necesaria instrucción,
hacer que en el hombre inculto
se despierte la razón.

Para que anhele saber,
para que empiece a sentir,
sabiendo que fue su ayer
base de su porvenir.

Y que el presente es un puente
que hay sobre el río de la vida,
donde luchan frente a frente
el justo y el homicida.

Y van los hombres luchando,
en el dolor aprendiendo,
y van sus deudas pagando

y virtudes adquiriendo.

Y si estos conocimientos
se adquieren en la niñez,
los divinos mandamientos
que dictó el Supremo Juez,

no serán menospreciados,
y los débiles vencidos
no serán abandonados
ni se verán oprimidos.

¡Bendito sea Senillosa
que sólo el progreso anhela!
¡qué fundación tan hermosa
la fundación de su Escuela!

II

Estos versos fueron escritos al fundarse la Escuela Dominical Espiritista, cuyo iniciador fue Senillosa, que escribió dos libros admirables para la enseñanza de los alumnos, y no contento con la Escuela Dominical, fundó la Escuela Nocturna que ha sostenido hasta su desencarnación, ocurrida el 6 de octubre de 1906.

Con la desaparición de Senillosa, pierden los obreros una escuela donde encontraban el pan del alma en una enseñanza muy práctica puesta al alcance de sus inteligencias, por la entendida profesora Dolores Zea de Torrubia, que tiene un modo especial para hacerse entender, granjeándose el cariño de sus discípulos, consiguiendo de éstos lo que se propone: que en poco tiempo aprendan mucho.

El espacioso salón del Centro "La Buena Nueva", su biblioteca y su secretaría, eran locales insuficientes para contener el gran número de obreras y obreros que acudían por la noche a recibir las primeras nociones de la enseñanza. ¡Qué cuadro más hermoso y más animado presentaba entonces el gran salón! ¡Cuántas jovencitas, alegres y sonrientes, parecían mariposas revoloteando en torno de la luz de la ciencia! ¡Cuántos muchachos escribiendo afanosos sus primeros palotes! . . . ¡Cuánta vida, cuánta animación! . . . ¡Cuánto movimiento imprimía a la inteligencia la voluntad de un hombre amante de la ciencia y de la verdad! . . . Y en breves momentos, ¡qué cambio tan triste! ...

¡Senillosa! Aquel hombre que había vivido consagrado a la ciencia, que había gastado todas sus energías estudiando, investigando, preguntando a los Espíritus sobre la vida del Más Allá, luchando con una dolencia crónica que le consumía lentamente, de pronto, se agravó su mal, le aumentaron sus dolores, y dejó su envoltura en completa descomposición, ascendiendo su Espíritu para tomar posesión de sus tierras del infinito, tierras fértiles cultivadas con sus buenas obras, porque Senillosa, hombre impresionable, amó mucho a los pobres y a los niños. Cuando veía a un niño o niña anémicos, se interesaba enseguida y le

preguntaba cómo vivía, cuánto ganaba y durante una temporada le daba el jornal que la niña o niño ganaba, diciéndole: "No trabajes, reposa, recobra fuerzas".

El vacío que deja Senillosa tardará mucho tiempo en llenarse, porque era hombre que valía mucho, mucho más de lo que él dejaba conocer, porque no sé si por desengaños, o por la especialidad de su carácter, era muy reservado, no se prodigaba, huía de las exhibiciones, se contrariaba profundamente si se le obligaba a presidir alguna reunión; cuando él se expansionaba, cuando él se mostraba comunicativo, era en las sesiones espiritistas, pero en sesiones de estudio, a las que no asistían más que cuatro o cinco personas. Entonces Senillosa se transfiguraba, reflejaba en su rostro el contento, abría un pequeño cuaderno donde traía escritas varias preguntas y comenzaba su diálogo con el Espíritu que se comunicaba por conducto de una buena médium. Entonces Senillosa crecía, él era de un cuerpo mediano, pero se transformaba en gigante; su espaciosa frente se iluminaba, las alas de su pensamiento se extendían, y confieso ingenuamente que yo disfrutaba en aquellos momentos lo que no me es posible expresar. Yo traté con mucha intimidad a Manuel Ausó y a Fernández Colavida, verdaderos colosos del Espiritismo, por su profunda sabiduría, por su clarísimo entendimiento, por su razón perfectamente equilibrada, pero al lado de Senillosa, me parecía, al recordarlo, que aquellos dos sabios eran niños muy pequeñitos, y Senillosa un Espíritu superior que no pertenecía a este mundo. Yo creo que Senillosa aquí vivía sin vivir, le faltaba aire, le faltaba el medio que necesitaba su maravillosa inteligencia, la vida de aquí no era su vida, puesto que él no gozaba con lo que gozamos los demás. Él no se presentaba tal cual era, sino en el seno de la intimidad, entonces, ¡cuán bien hablaba, qué bien discutía con el Espíritu, qué diálogos tan interesantes entre el sabio de aquí y el sabio de allá! Jamás olvidaré aquellas sesiones íntimas; cuando se terminaban yo no me daba cuenta exacta de si estaba en la Tierra o me hallaba en el Espacio.

Senillosa merece que un buen cronista escriba largamente sobre su vida, consagrada en gran parte al bien de la humanidad; yo en estos momentos no puedo consagrarle más que un recuerdo de admiración y gratitud. El egoísmo humano se apodera de mi ser, y siento su ausencia (que en verdad no debería sentirla), porque aquí Senillosa no vivía, éste no era su mundo y ahora ya está en su patria, Espíritus de luz deben rodearle y darle la bienvenida, pero. . . ¡aquí hace tanta falta! . . .

Adiós, Senillosa; adiós Espíritu de otro mundo mejor; terminó tu condena, olvido por un instante mi egoísmo y ¡bendigo la hora de tu libertad, mas ay, qué pronto te has ido!...

¡POR AMOR!

I

El director de Los Albores de la Verdad me entregó la conmovedora carta que trascibo a continuación:

Gijón, 10 de octubre de 1906. Sr. D. Jacinto Esteva Mareta

Mi queridísimo hermano en creencias y entrañable amigo: Estamos en ésta consternados por una horrible desgracia que acaba de acaecernos en una persona de la familia, la más querida, la de conducta más intachable, a poco de terminar con gran lucimiento la carrera de medicina y cuando era la ilusión de todos nosotros como médico inteligente. Era el que ayer, 8 de octubre, desencarnó, hijo de una hermana de mi madre, inseparable de mí, de veintiséis años de edad. Su hermano Luis Álvarez, hace unos quince días compró una yegua (es teniente de caballería) para su servicio, y se ausentó de ésta dejándola al cuidado de su hermano que tenía gran afición a montar. El domingo 7 del corriente, salió a las cuatro de la tarde contra el gusto de todos que, sin saber por qué, nos esforzamos en que no montara, y después de media hora de paseo por el pueblo, sin poder saber el motivo, la yegua echó a correr y al dar la vuelta en una calle asfaltada resbaló, recibiendo aquél un golpe tan grande en la cabeza que, después de veinte horas de la agonía más horrible y en un continuo quejido, su Espíritu se desligó de la materia pasando al Espacio. (Su Espíritu guía le ampare).

Al correr —dicen los que le vieron— iba diciendo: "Llegó la mía, llegó la mía..." Iba pálido y sin sombrero.

Hay en este suceso los antecedentes siguientes:

- 1.) El viernes por la noche, la madre de uno de sus amigos, algo sonámbula natural, soñó que Jorge (tal era su nombre) era muerto por la yegua. Esto me hace creer que estaba dispuesto así.
- 2.) La tenacidad de todos en que no montara, cuando venía haciéndolo desde días atrás sin reparo.
- 3.) Que al salir le sacaron una fotografía y él les dijo: "Conservadla bien, porque hoy me mata la yegua".
- 4.) Al pasar frente a nuestra casa, otro amigo le volvió a retratar, momento en el que dijo: "La otra me la sacas en el suelo".

A los cinco minutos de esto último, la yegua se caía y él quedaba agonizante. Aún hay más, la fuerza irresistible que sentía por montar, pues llegó a la cuadra y no encontró al cochero por ninguna parte, y viendo que la puerta no cedía, rompió una ventana, saltó por ella y desde adentro consiguió lo que se proponía. Al escribirle ésta, mi querido amigo, excuso decide qué es lo que más le agradecería en este mundo y dudo se le vuelva a presentar

ocasión más propicia de servirme y darme un consuelo, así como a su atribuladísima madre que hace poco perdió a su esposo y éste era su hijo más querido. Yo le ruego, en nombre de todos, en nombre de nuestra amistad sincera, de nuestras creencias comunes que pidan al guía de sus trabajos una relación de esta desgracia, cosa que no dudo conseguirán, porque verá nuestro interior y que no es satisfacer una curiosidad, sino recibir un consuelo y hacer por la causa, pues le agradeceré que en el número que salga de Los Albores de la Verdad me envíen unos cincuenta ejemplares, para darlos a sus numerosos amigos, que también están consternados.

Al hoy libre Espíritu de mi primo Jorge Álvarez le tenía yo iniciado en el Espiritismo y le gustaba ocuparse de él; además, presentaba alguna mediumnidad que yo había tratado de desarrollar...

Que sus Espíritus amigos le hayan recibido y tranquilizado en el Espacio, haciéndole ver la verdad del estado en que se encuentra.

Reciba usted mil gracias anticipadas y no dude que un imposible que usted me pida, querido amigo, veré de realizarlo. No me abandone y complázcame en todo este asunto. Se lo agradeceré con toda el alma y créame que no me puede dar mayor prueba de amistad.

Su verdadero amigo incondicional,

JUAN DEL CASTILLO.

II

La carta, en verdad, no puede ser más interesante y sentimental; morir un joven en la plenitud de la vida, cuando había logrado realizar sus sueños, cuando sus estudios asiduos le habían proporcionado todas las glorias de un hombre honrado, en breves momentos todo se había evaporado como nubecillas de humo, y lo más notable, es que parecía que Jorge, sin él darse cuenta, deseaba que llegase el instante fatal de desaparecer de la Tierra, cuando en ella todo le sonreía.

Deseosa de complacer a mis hermanos Esteva y del Castillo, pues el primero me rogó encarecidamente que pidiera inspiración el guía de mis trabajos, dado que deseaba enviar a nuestro hermano una aclaración de lo sucedido para tranquilizar a la familia. Me apresuré a pedirle a mi médium su valiosa cooperación, ya que nuestro trabajo (el de ella y el mío), serviría de lenitivo a varios seres desconsolados. Unimos nuestros pensamientos, pedimos fervorosamente una buena asistencia y el Espíritu dijo lo siguiente:

III

"¡Por amor! . . . ¡Cuántos desaciertos se cometen por amor! El amor es vida y muerte, el amor es sombra y luz, el amor es agua que fertiliza y fuego que destruye cuanto toca, mas el amor es siempre el mismo; el amor es el arpa divina que según los Espíritus que hacen vibrar sus cuerdas, así produce los sonidos; el amor es una ley, y de las trasgresiones de esa ley, no tiene el amor la culpa, la tienen los hombres; cada ser, según su temperamento, según su adelanto, según su vehemencia, así manifiesta sus sensaciones y sus impresiones

amorosas, y Jorge, por amor ha sido culpable, y seguirá siéndolo hasta conseguir lo que desea, que es el perdón de su primera culpa.

"En su encarnación anterior era un joven de todas prendas, digno, pundonoroso, trabajador, no tenía ningún vicio, pero... ¡era pobre!, su posición era modestísima, era un empleado del Estado, humilde y desconocido, para su desgracia. Frente a su casa vivía una familia opulenta, un matrimonio con una hija sencilla y buena, hermosísima, candorosa, que era el encanto y el orgullo de sus padres, que soñaban con casarla con un título de Castilla, pero que ella, más demócrata que aquéllos, se enamoró de Jorge, de su joven vecino, que ayer se llamaba de igual modo. Jorge conoció enseguida la impresión que había causado en la hermosa Catalina y dio rienda suelta a su cariño. Estrechó sus relaciones de vecindad con los padres de su amada, y creyendo que éstos no le rechazarían les pidió la mano de Catalina, la que estaba contentísima con su petición, pero sus padres le dijeron a Jorge: - Para nuestra hija, un príncipe nos parece poco, hazte cargo si la daremos a un infeliz como tú, que no ganas lo necesario para sostenerte. Desecha tal locura, y en gracia de tu honradez y de tus buenas cualidades no te cerramos las puertas de esta casa y, aun te protegeremos, si vemos que te convences de que era una locura querer unir tu oscura suerte con la de nuestra hija, que tiene la dote que puede llevar una reina.

"Jorge no se dio por resentido, antes, al contrario, pidió perdón por su osadía, y puesto de acuerdo con Catalina siguió visitando la casa, manifestando la más completa indiferencia para su amada. Su estratagema le valió la confianza y hasta la compasión de los padres de Catalina, que a veces decían: ¡Qué lástima que sea tan pobre..., es tan bueno, tan sufrido!

"Catalina, por su parte, aleccionada por Jorge, disimulaba perfectamente sus amoríos y todo iba marchando a gusto de todos. Llegó el verano y la opulenta familia se fue a una casa de campo, invitando a Jorge a que fuera a pasar un domingo con ellos. Jorge aceptó contentísimo el ofrecimiento, llegó a la casa de campo muy de mañana y se encontró con otros invitados, quienes iban a salir de romería montados en briosos caballos, incluso Catalina, quedándose sus padres, ya que iban otros parientes para guardar a la joven. Salió la comitiva alegre y satisfecha, visitaron la ermita, comieron opíparamente, jugaron, bailaron, y se les pasó el tiempo de un modo tan agradable que hasta el anochecer no pensaron en el regreso. Montaron todos a caballo y como es imposible entre muchos guardar la debida compostura, los unos fueron al galope y los otros al paso. Catalina y Jorge fueron de los primeros y corrieron hasta verse solos, muy lejos de sus acompañantes, echaron pie a tierra y se arrojaron en brazos el uno del otro. ¡Eran tan jóvenes... se querían tanto!... que no querían separarse, y locos, delirantes, sintiendo lo que jamás habían sentido, se unieron sus cuerpos, como se habían unido sus almas...

"Él, pronto se dio cuenta de su delito, ella no, en aquellos instantes no se daba cuenta de que vivía, no veía más que a él. Jorge la dijo: Subiremos los dos a mi caballo, pues iremos mejor. Ella le obedeció y él siguió al trote, haciéndose la siguiente reflexión: ¿Qué nos guarda la vida a ella y a mí? Un infierno; sus padres no me la darán por esposa, son demasiado rígidos para perdonarla y la encerrarán en un convento. Lo hemos gozado y perdido todo, bien podemos morir, y guiando el caballo hacia otro camino en el que él

había visto por la mañana un precipicio, lanzó al mismo, recibiendo los tres la muerte instantáneamente, estrechando él en sus brazos a su amada, a la que no quiso perder en vida, prefiriendo que muriera con él, antes que la entregaran a otro hombre o la encerraran en un monasterio. Pecó por amor al abusar de su inocencia y de su candidez, y fue asesino por su inmenso amor.

"Al verse en el Espacio, al darse cuenta de que se vive eternamente, él no se arrepintió de su delito; ella sí lamentó su flaqueza, vio la desesperación de sus padres, y aunque éstos habían sido egoístas, no queriendo entregarla a un hombre pobre, también pecaron por amor a su hija; no sabían amar de otra manera, y los perdonó y compadeció, procurando darles consuelo, diciéndole a Jorge que su locura era imperdonable, que rechazaba su amor manchado con un doble crimen, y Jorge, que seguía adorándola, le dio palabra de pagar con cien vidas sus desaciertos y locuras amorosas y la muerte que le ocasionó a ella, hasta conseguir su perdón y la restitución de su amor, volviendo a la Tierra y eligiendo por padres a los que fueron anteriormente padres de Catalina, pues ellos debían también pagar su egoísmo, especialmente la madre, cumpliéndose los deseos de Jorge: Él ha muerto como pidió morir, sufriendo el tormento que le hizo sufrir a su amada, sufriendo más aún, porque ellos murieron instantáneamente, y Jorge, en cambio, padeció muchas horas de agonía, pero soñaba con ellas, en sus sueños se veía muerto, junto a un caballo, y tan seguro estaba de morir así, que bien claro lo demostró a sus amigos. Los crímenes por amor, pronto son perdonados; Catalina le perdonará porque verá que Jorge ha pecado por amor, y a su pobre madre le fue bien castigado su amoroso egoísmo que quería ayer para su hija un príncipe. ¡Ay de aquellos que rinden culto al becerro de oro! Para ellos es el crujir de huesos y el rechinar de dientes. — Adiós".

IV

De gran enseñanza es el relato dado por el Espíritu; tiene razón al decir que: ¡Ay de aquellos que rinden culto al becerro de oro! Los padres de Catalina han sido la causa de tantas desgracias; dichosos los Espíritus que saben comprender lo que vale un verdadero amor; para ellos son los mundos de luz. Jorge será mañana un Espíritu feliz, porque ha amado mucho, y sólo ha pecado por amor.

SOMBRA...MÁS SOMBRA

I

No pasa un solo día que no reciba alguna carta contándome algún suceso doloroso y suplicándome que averigüe, si es posible, el porqué de un determinado acontecimiento.

No siempre puedo complacer a mis hermanos, unas veces porque no tengo médiums disponibles o porque los Espíritus se niegan a contestar categóricamente, respondiendo de un modo evasivo, incoherente, que deja lugar a la duda, y otras, porque no creen prudente ocuparse de historias terribles, y me dicen: "No te acerques demasiado al fuego, que puedes quemarte". Y efectivamente, más de una vez me ha sucedido ponerme enferma escribiendo algunos relatos de crímenes cometidos en la noche del pasado.

Hace algunos días me escribió un espiritista residente en una gran ciudad de la República Argentina, quien entre otras cosas me decía lo siguiente:

"Vivían en esta población un matrimonio con tres hijos, el mayor de diez años, la esposa próxima a dar a luz su cuarto vástago y eran todos ellos, incluso la madre de ella, un modelo de buenas costumbres: todos se amaban entrañablemente.

"Una noche, estando los niños y la anciana acostados, el esposo fuera de casa y la señora cosiendo tranquilamente en el comedor, junto a una mesa en la cual había un gran quinqué lleno de petróleo que esparcía una hermosa luz; no se sabe por qué, la señora se levantó y en mala hora tomó el quinqué, el que cayó de su mano derramándose el petróleo que se inflamó instantáneamente, y ella procuró apagar las llamas con tan mala suerte, que ardieron sus faldas y loca, sin saber lo que hacía se lanzó a la calle pidiendo socorro. A sus gritos, a sus lamentos acudieron los vecinos y uno de ellos la cubrió con una manta de lana, pero las llamas, de más de dos metros de altura, eran tan voraces, que hirieron a varios individuos, y la primera víctima sólo sobrevivió cuatro horas, sufriendo agudísimos dolores, pero como conservó todo su conocimiento, encargó a su familia y vecinos que la perdonaran y que velaran por sus pobres hijos, muriendo resignadamente diciendo: ¡Señor, Señor, cúmplase tu santa voluntad!

"La muerte de dicha señora ha llamado poderosamente la atención, porque era muy buena, madre excelente, hija cariñosa, esposa amantísima, y todos, unánimemente, decían que no merecía morir como ha muerto; pero como yo sé que cuando se muere tan desgraciadamente, causa muy justa ocasiona tan terrible efecto, a usted acudo, no por curiosidad, sino por estudio, por aprender en esa gran historia de la humanidad. Pregunte usted, Amelia, pregunte usted, que ante esas desgracias irremediables debemos los espiritistas entregarnos a las más profundas meditaciones".

Soy del mismo parecer de mi amigo y hermano en creencias; así es que en cuanto he tenido ocasión oportuna he preguntado a un Espíritu, y él, valiéndose de una buena médium, me ha dicho lo siguiente:

II

"Hacéis bien en preguntar, porque nadie nace sabiendo, y aun cuando algunos sabios encarnan en la Tierra, no olvidéis nunca que su sabiduría abulta lo que un grano de mostaza, y su ignorancia es más voluminosa que vuestro sistema planetario.

"El Espíritu que ha usado últimamente la frágil envoltura de una mujer, y que demostró tener más virtudes que defectos, en una de sus pasadas existencias perteneció al sexo fuerte y adquirió justo renombre por ser un gran orador sagrado, por ser una lumbrera en la cátedra del Espíritu Santo, por ser un ministro de Dios de conducta intachable, probo, generoso, compasivo, esclavo de sus deberes profesionales, sin que una mancha cayera nunca sobre su blanca vestidura, tan desprendido, tan desligado estaba, al parecer, de los goces terrenales; su morada suntuosa era una casa de oración, allí nunca se escucharon risas profanas, ni se entregaron sus moradores a ninguna expansión material; eran más los días de ayuno, que los días de hartazgo, y al morir el prócer eclesiástico, si no se le hizo santo le faltó muy poco, dado que eran proverbiales su austeridad y su sumisión a los mandatos de la Iglesia; y sin embargo, aquel santo varón, modelo de buenas costumbres, estranguló a sus cuatro hijos en el momento de nacer. Desde muy joven, se apoderó de una pobre campesina, hermosa como las primeras ilusiones, sencilla y buena, obediente y sumisa a los mandatos de su señor; de una cabaña escondida entre montes, pasó a una casita oculta entre el espeso ramaje de un bosque centenario, y allí, en compañía de una pobre mujer sordomuda, vivió algunos años adorada de su señor y dueño, que era aquel ministro de Dios de quien no se sabía la menor debilidad mundana.

"En aquel ignorado retiro él era dichoso, pero siempre temblaba ante la idea de que se descubriera su debilidad, y, para evitarlo, cuando ella le dijo que iba a ser madre, él menudeó sus visitas para asistir a su alumbramiento, y sin que ella lo notase estranguló al niño al nacer y lo enterró él mismo, para borrar todo vestigio de su crimen; pero no se quedó tranquilo, podían ser descubiertos los restos, así es que, los tres hijos que vinieron después, él después de estrangularlos en el momento de nacer, los arrojó al fuego y aventó sus cenizas, habiendo momentos en que hasta ella le estorbaba, temiendo siempre que se descubrieran sus crímenes; pero ella era tan hermosa, tan sencilla, tan sumisa a su voluntad, que no tuvo valor para asesinarla. Cuando ella murió, él respiró con más tranquilidad, y se entregó a las prácticas religiosas con místico entusiasmo, martirizó su cuerpo, dominó sus indómitas pasiones, aspiró a ser santo, y pensaba con horror en aquella mujer que durante algunos años le cautivó con sus hechizos, y en cuanto a sus hijos, los consideraba como frutos del pecado, y creía buenamente que había cumplido con su deber estrangulándolos al nacer y aventando después sus cenizas, para que no quedara el menor rastro de ellos.

"Así pensó mientras estuvo en la Tierra, pero al volver al Espacio se horrorizó de sí mismo, si bien tenía en descargo que no había gozado con sus crímenes, pues los había cometido por sus escrúpulos religiosos, y esto le valió mucho para no ser tan responsable de sus hechos, pero él mismo se condenó a volver a la Tierra para morir entre las llamas cuatro veces seguidas y sufrir más de lo que sufrieron sus hijos, puesto que a ellos les quemaron sus cuerpos inertes.

"He aquí por qué en esta encarnación ha dado comienzo al saldo de sus cuentas, siendo sus hijos los Espíritus que el ministro de Dios arrojó lejos de sí; en esta existencia se unieron a su asesino para despertar su sentimiento, siendo carne de su carne y huesos de sus huesos.

"Ya ves si tenía una causa poderosa la desgraciada muerte de la madre de familia, que ayer quemó a sus hijos y hoy se ha separado de ellos con el más profundo sentimiento. Hacéis bien en preguntar el porqué de lo que os parece extraordinario; el ayer es el padre del presente, y el porvenir es el heredero eterno, tanto de los justos como de los criminales. Adiós".

III

Indudablemente el estudio del Espiritismo es el que nos suministra los datos necesarios para estudiar con aprovechamiento y procurar por todos los medios imaginables ser buenos de verdad, sin engaños ni supercherías.

El infinito nos parece corto plazo para demostrar nuestra gratitud a los seres de ultratumba por el bien que nos hacen con sus revelaciones, y sólo deseamos ser grandes por nuestra sabiduría y por nuestra bondad.

¡Seres de ultratumba, bendito seáis, benditas sean vuestras comunicaciones; por ellas llegaremos a ser sabios y a ser buenos!

LOS LIBROS DE ALLAN KARDEC

Quemados en Barcelona hace cuarenta y cinco años

Se quemaron los libros
de las verdades,
(que cometen los hombres
mil necedades).

Volaron sus cenizas
por los espacios,
entrando en las cabañas
y en los palacios.

Algunas hojas sueltas
fueron leídas;
y sus sabias lecciones
bien comprendidas.

Todo lo extingue el fuego
menos la idea;
el pensamiento vence
siempre a la tea.

Todo se quema; todo,
(menos lo eterno);
nieve son las hogueras
del hondo averno.

Y la verdad es eterna
porque es Dios mismo;
hoy lleva un nuevo nombre:
¡Espiritismo!

Y son sus enseñanzas
tan racionales,
y son todas sus leyes
tan naturales,

que es preciso aceptarlas
sin restricciones,
que la lógica misma
son sus razones.

¡Quemad libros, ilusos!
(¡vana tarea!)

surgió de sus cenizas,
potente idea.

¡Idea grande, sublime!
de Dios emblema;
que es el Espiritismo
la Ley Suprema.

A FELIPE SENILLOSA

Cuando el dolor nos acosa
poco se puede decir;
sólo se piensa en gemir
con ansiedad dolorosa.

Hoy de un alma generosa
lamentamos el viaje,
se llevó por equipaje
un merecido renombre,
y es justo que a un grande hombre
se le tribute homenaje.

Era un alma Senillosa
serena y equilibrada,
reflejando su mirada
una vida poderosa;
con actividad pasmosa
se ocupaba en indagar,
inquirir y analizar,
y yo afirmo en mi sentir,
que si valió en su decir,
valió más en su callar.

Yo muy poco le traté,
pero algo le comprendí,
no era habitante de aquí.

¿Por qué vino?, no lo sé,
sin duda en castigo fue:
tenía gran sabiduría
y amarga melancolía,
tal vez porque veía en sueños,
horizontes más risueños
y soles de más valía.

Yo no sé, porque al mirarle,
decía entre mí: ¿Quién será?
¿Qué culpa aquí pagará?
Es un sabio, y admirarle
debemos; y tributarle
respeto grande, profundo,
pues no pierde ni un segundo

preguntándole a la ciencia,
si Dios en su omnipotencia
le dio la vida a este mundo.

¿A este mundo? Digo mal,
a los mundos que palpitan
en el éter y se agitan
por la ley universal.

¿Tendrá la vida un final?
¿Podrán las humanidades
ir descubriendo verdades,
preguntando eternamente
si es la causa inteligente
el alma de las edades?

Esto y mucho más pensaba
contemplando a Senillosa
cuya actividad asombrosa
envidiada y admiraba.

En lo poco que él hablaba
mucho y muy bueno aprendí;
Definiciones le oí,
que jamás olvidaré.

¿Por qué tan pronto se fue?
Mas no se fue, vive en mí.
Yo le siento en torno mío,
le escucho sin él hablar,
y él ha venido a llenar
de mi vida un gran vacío;
no es locura ni extravío,
de mi turbada razón,
palpita mi corazón
por un muerto que está vivo:
libre está, el que fue cautivo,
ya no gime en la opresión.

Genio, dime desde ahí,
qué culpa ayer cometiste,
dime qué mal paso diste
que descendiste hasta aquí.

Yo siempre he creído que en ti
había un misterio profundo,

que tu talento fecundo
había dado óptimos frutos,
rindiéndote sus tributos
los hombres de mundo en mundo.

¿Terminó ya tu expiación?
¿En el templo de la gloria,
han borrado de tu historia
la marca de rebelión?

¡Oh! Sí; de tu redención
tengo tal seguridad,
que te veo en la inmensidad
yendo del progreso en pos,
interpretando de Dios
¡la suprema voluntad!

CONSECUENCIAS DEL AYER

I

Hace pocos días recibí las cartas que transcribo a continuación:

Cayey (Puerto Rico), octubre de 1906.

Sra. Da. Amalia Domingo y Soler.

Barcelona

Estimada hermana en creencias: Cuando llegó hasta mí la noticia con todos sus detalles del sangriento drama ocurrido en esta población el domingo 23 de setiembre próximo pasado, me hice el propósito de hacerle algunas líneas, no con el objeto de satisfacer una frívola curiosidad, sino porque he pensado que podría ser de útil enseñanza para muchos, saber algo del ayer de esos dos Espíritus que, en la flor de su juventud, y de una manera tan trágica, fueron quebrados los hilos de sus existencias.

Historiemos: María Collazo Vázquez, virtuosa y agraciada joven que había cumplido quince primaveras, encanto de su hogar y querida de cuantos la conocieron y trataron, porque a su modestia iba unida la nobleza de sentimientos, cayó herida por un disparo de arma, penetrándole la bala por la sien derecha, falleciendo a los pocos instantes.

Un joven llamado Manuel Cárdenas, bastante considerado por sus buenos comportamientos para con su familia y compañeros de la fábrica donde trabajaba, sentía, según rumores, un apasionado amor por su prima, y días antes de cometer el horrible crimen le había declarado su pasión amorosa de una manera seria y formal; pero parece que ella no estaba dispuesta a acceder a sus proposiciones, exponiéndole cariñosamente sus excusas y razones diciéndole que ella lo quería como a su propio hermano: desinteresadamente.

No satisfecho el Joven, concibió el más criminal proyecto, cual era borrar del libro de los vivos a la cándida e inocente niña, que ignoraba lo que pasaba por la mente de su primo, devorado ya por la funesta pasión de los celos.

No tardó en llegar el momento por él deseado. Provisto del arma fatal, salió en busca de su víctima, hallándola en casa de un tío suyo, y después de cruzar algunas frases con ella, aprovechó un descuido y le disparó.

Segundos después se oyó otra detonación muy cerca de la casa. Manuel se había disparado un tiro en el mismo lugar donde había herido a su víctima. Después de crueles sufrimientos, falleció en el hospital de este pueblo al cabo de ocho días.

Pregunte, Amalia, pregunte al guía de sus trabajos literarios, si puede dar una explicación de lo sucedido, para enseñanza de aquellos que aún se obstinan en negar las causas que producen tan desastrosos efectos. Su hermano,

ANTONIO RIVERA ORTÍZ.

Cayey (Puerto Rico), 30 de setiembre de 1906. Sra. Amalia Domingo Soler.

Barcelona

Apreciada hermana en creencias: ¡Cuántos casos acontecen en esta humanidad extraviada!

Un drama sangriento, una tragedia espantosa, un crimen horrendo, en fin, tiene desconsoladas a dos familias de esta localidad.

Un joven de corta edad —casi un niño, Manuel Cárdenas Collazo— puso fin a la existencia de una candorosa señorita —casi una niña también, María Collazo— porque no quería corresponder a sus relaciones amorosas. Con un tiro de revólver que le descerrajó le interesó la sien izquierda, produciéndole la muerte instantánea.

Perpetrado ese crimen, el joven atentó también contra su vida. Con la misma arma mortífera trató de suicidarse, disparándose sobre la sien, pero el proyectil le penetró en la parte baja del oído, no logrando el fin deseado por él.

Este caso tuvo lugar la noche del domingo 23 de este mes, y el 24, mientras la envoltura material de la candorosa María era conducida a la necrópolis acompañada de una numerosa concurrencia que formaba su fúnebre cortejo, el Infeliz se retorció en un lecho del hospital.

Entre los dos los ligaba un vínculo familiar y no dudo que entre esos dos Espíritus debe haber una historia que data del pasado.

Él es huérfano de padre, y ella lo era de madre, pero su padre, que es un hombre de alguna reputación moral, no sólo está desconsolado, sino loco de pena. Y la madre del joven, que también es una señora apreciada por todos, está igualmente desconsolada, tanto por el caso trágico como por la falta de su querido hijo, que era una parte de su sustento y de su vida.

Y creo que no estaría de más que consultara usted sobre la historia de esos dos Espíritus, pues debe haber algo que contar y que pueda servir de algún alivio para esos padres hoy desconsolados, por ignorar la causa que ha originado y producido ese efecto desastroso.

También le adjunto un recorte de la prensa diaria que tenía guardado con ese fin para que usted lo lea y vea si puede sacar de él algún provecho.

Suyo affmo.

FAUSTINO ISONA.

II

Queriendo complacer a mis hermanos y dar al mismo tiempo útil enseñanza a los lectores de la prensa espiritista, me puse en relación con el guía de mis trabajos, obteniendo la siguiente comunicación:

III

"Hacéis bien en preguntar el porqué de tantos crímenes y de tantas desgracias, porque todo tiene su historia (y bien dolorosa, por cierto). María Collazo, que era en su última existencia

un ángel de bondad, no fue en su penúltima encarnación poseedora de tantas virtudes; muy al contrario, era una mujer hermosísima, encantadora, sus ojos tenían un encanto especial, verla y amarla era todo uno, había que seguir sus huellas, había que escuchar con verdadero arrobamiento el eco de su voz armoniosa, voz acariciadora, voz que prometía todos los goces que ofrecen las huríes en el paraíso de Mahoma; en su cuerpo no había un defecto, pero... era verdaderamente un sepulcro blanqueado, porque. . . ¡no tenía corazón!, no amaba más que el lujo, la ostentación, la riqueza con todos sus goces y sus caprichos satisfechos; viajes, pero los viajes con todas las comodidades y superfluidades más costosas. De familia modesta, ella desató los lazos que la unían a sus parientes; sin padre ni madre, dio rienda suelta a su vida aventurera, entregándose en brazos del vicio, pero de un vicio deslumbrador, viviendo en un palacio con una numerosa servidumbre, lujosos carruajes y briosos caballos.

Entre los galanteadores se presentó Conrado, un joven millonario que cayó rendido ante aquella Magdalena (sin arrepentir) y tanto la quiso, y se enamoró de ella tan ciegamente, que le ofreció su nombre y su amor; ella, le contestó que quería ser libre como las aves, que no estaba dispuesta a dejar su método de vida aventurera, pero Conrado estaba tan enamorado de ella, que se propuso redimirla, por medio de su amor, y no la dejaba ni a sol ni a sombra, la seguía por todas partes, le proporcionaba las sorpresas más agradables, y ella pagaba con una sonrisa hechicera los continuos sacrificios de Conrado, quien la llevó a viajar con el lujo de una reina, y tanto gastó y tantas locuras hizo por aquella mujer, que se arruinó por completo y le dijo a ella: Todo lo he perdido por ti, pero no me importa, hasta mi vida te diera si tú me la pidieras como prueba de amor.

La cortesana lanzó una ruidosa carcajada, diciéndole con el mayor desdén: Con el cadáver de un hombre no se compran piedras preciosas ni perlas de Golconda, el oro es la llave que abre todas las puertas del mundo, los pobres son un estorbo en la sociedad (al menos a mí me estorban), y volviendo la espalda dejó a Conrado en el salón, quien sintió un dolor agudísimo en el corazón y tambaleándose como si estuviera ebrio, salió a la calle, anduvo algunos pasos, llegó de nuevo a la puerta del palacio de la opulenta cortesana y apuntando una pistola a su sien, cayó diciendo: ¡Maldita seas! Ella, en cambio, no tuvo ni una lágrima ni una oración para aquel hombre que la había amado tanto, siguió su vida aventurera y murió joven, rodeada de una turba de admiradores.

En aquella existencia no pagó ninguna de sus muchas deudas; pero... no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla; en el Espacio se encontró con Conrado, que la seguía amando y odiando a la vez, porque su Espíritu estaba en completa turbación, y sólo una idea le atormentaba, no haberla matado a ella antes de suicidarse él, y encarnó nuevamente para realizar su proyecto. La cortesana arrepentida de sus extravíos, guiada y aconsejada por su guía y otros Espíritus, volvió a la Tierra con el firme propósito de ser buena y borrar con sus virtudes sus culpas de ayer; pero Conrado la seguía de cerca; pariente de ella, la requirió de amores, y ella no accedió a sus ruegos; él entonces se vengó de la impúdica cortesana y de la casta niña: la mató, porque sólo para matarla volvió Conrado a la Tierra; turbado se suicidó, turbado volvió a encarnar, y turbado ha cometido su doble crimen, matando a la niña inocente y matándose él porque ya su existencia no tenía objeto, y en el

Espacio seguirá amando y odiando a la mujer que algún día le hará feliz con su amor. Él la quiere hace ya muchos siglos, pero ella siempre ha sido ingrata con él. Sólo Dios sabe el porqué de su ingratitud; la historia de los Espíritus comenzó en la noche del tiempo; cuando nos preguntáis por el pasado de alguno de ellos, sólo os podemos referir los sucesos más recientes, porque si a contar fuéramos lo que ha hecho cada uno desde que se dio cuenta que existía, no habría médiums suficientes para contestaros, ni tendríais tiempo para reposar durante la noche, ocupados de continuo en trasladar al papel la historia de la humanidad, historia a la que ningún historiador ha tenido acceso.

"Para satisfacer el justo deseo de los que te han preguntado por qué Manuel mató a María, ya te hemos dicho lo suficiente adiós".

IV

Efectivamente, el anterior relato dice el porqué de la tragedia ocurrida últimamente en Cayey, y puede servir de lección utilísima a muchas mujeres que sólo buscan en el hombre una mina de oro para satisfacer insanos caprichos, dado que no es necesario ser cortesana; hay muchas mujeres que pasan por honradas y son la perdición de sus maridos haciéndoles gastar más de lo que ganan y, tal vez, ¡cuántas quiebras, cuántos suicidios! Cuántas fugas de hombres respetables que se alejan de su patria arruinando a muchas familias de la clase media.

¡Maldita sed de oro! En el desierto de la vida, las barras de ese metal codiciado no apagan la sed del peregrino; en cambio, un Manantial de agua cristalina escondido entre peñas devuelve la vida al moribundo: el amor es un manantial divino; feliz el hombre que calma su sed con el amor.

EFFECTOS DEL ANATEMA

I

Irún, 19 de octubre de 1906. Sra. Doña Amalia Domingo.

Barcelona

Muy señora mía y hermana en creencias: Un favor le voy a pedir si es que se puede hacer.

A Irún ha venido a vivir un matrimonio de Francia con una hija que es mujer-niña y que llama la atención; tiene treinta y dos años, es mujer por su estatura, muy ancha de cuerpo, desarrollo natural como las demás mujeres, bien parecida de cara, buen cabello negro y ojos pequeñitos. Esta mujer-niña nació buena y sana de todos sus órganos y miembros, mas a la edad de siete meses una noche empezó a llorar a eso de las doce, callándose de pronto sin saber por qué, pues la madre no le dio el pecho otra ni cosa porque no quería; pasó muchos días sin mamar ni llorar ni tomar nada, quedando su cuerpo hecho un arco, pues la cabeza tocaba casi con el espinazo, y al mismo tiempo ciega; le pusieron un aparato para ver si quedaba derecho su cuerpecito, lo cual consiguieron, pero de muslos abajo quedó inútil por completo, por lo cual no se puede tener en pie, pues tiene que estar sentada o acostada, desarrollándose el resto del cuerpo hasta hacerse una mujer como otra cualquiera, pero quedando todas sus facultades en la imbecilidad, motivo por el cual para nada le sirve su cuerpo.

La vista, a la edad de diez años volvió a adquirirla, quedando sus ojos tan pequeños que llaman la atención en un cuerpo tan desarrollado y con semejante estatura; su habla y sus juegos son infantiles; con cualquier papel, juguetes o bolos se entretiene lo mismo que las demás niñas. Si como estudio puede servir esto, le suplico pregunte al guía de sus trabajos, a ver si puede dar algunos antecedentes sobre este pobre Ser para que sirvan de enseñanza.

Mande usted como guste a este su atento y s. s. y hermano en creencia que le desea paz y justicia en compañía de todos sus hermanos.

VICENTE LÓPEZ.

II

La lectura de la carta que antecede a estas líneas, es verdaderamente digna de un profundo estudio; por mi parte la he leído repetidas veces, y en cuanto he tenido ocasión, he preguntado el porqué de una existencia tan dolorosa, y como los Espíritus ven que no me guía otro móvil que aprender para enseñar, rara vez dejan de contestar a mis preguntas, y esta vez, después de algunos días de espera, me respondieron lo siguiente:

III

“Los anatemas y las excomuniones de la religión romana han causado numerosas víctimas, porque ha habido épocas en la Tierra en las que una parte de sus habitantes han sido creyentes fanáticos aceptando ciegamente todo cuanto decían los ungidos del Señor.

“Hace mucho tiempo que una mujer joven y bella, huérfana de padres y dueña de una gran fortuna, escuchó las frases y los juramentos de un rico judío, quien después de satisfacer sus lúbricos deseos abandonó a la mujer crédula que dio oídos a sus falsas promesas. La joven engañada pertenecía a una gran familia muy devota, por cierto, y ella también creía ciegamente en la eficacia la absolución o de la excomunión que sobre ella lanzara un sacerdote; debiendo ocultar su delito a sus poderosos parientes, se hecho a los pies de un ministro de Dios, que tenía fama de ser un hombre muy recto y fiel observador de las leyes divinas. La joven seducida quería a todo trance salvar la vida del ser que se agitaba en sus entrañas, y no encontrando mejor consejero que el referido sacerdote, a él acudió en demanda de protección y consejo. Le contó detalladamente todo lo que le había sucedido, y cuando le dijo que su seductor era un rico judío, la ira del ministro de Dios no tuvo límites, diciéndole a la joven pecadora que estaba condenada a sufrir eternamente las torturas del infierno, si en el momento de nacer su hijo no lo estrangulaba, para aplacar la cólera divina.

La infeliz pecadora prometió martirizar su cuerpo, dar sus bienes a los pobres, pero matar a su hijo le era completamente imposible; no prometía lo que no podía cumplir, porque ella adoraba al ser que llevaba en sus entrañas. El ministro de Dios no tuvo para aquella infeliz una palabra de consuelo; le lanzó todas las maldiciones y todos los anatemas que pueden aterrorizar y enloquecer al hombre más fuerte, cuanto más a una débil mujer, que creyó buenamente que la tierra se abriría a sus pies para tragársela. La desdichada se separó del confesionario tambaleándose como si estuviera ebria, y cayó en brazos de su nodriza, que la sacó del templo con muchos apuros. La buena mujer era la única que sabía la desgracia de su amada niña, con prudencia la hizo salir de la ciudad y en una casa de campo la rodeó de los más tiernos cuidados; pero la joven estaba herida de muerte; las más horribles convulsiones agitaban su débil organismo; y a su debido tiempo dio a luz una niña, que heredó la espantosa enfermedad de su madre; ésta vivió poco tiempo, aterrada por las amenazas del sacerdote, y murió en brazos de su nodriza, diciendo que estaba rodeada de llamas que la envolvían por completo, no sintiendo más sino que aquellas llamas alcanzasen y devorasen a su tierna hija, la que vivió muchos años como vive hoy la mujer-niña, por la cual has preguntado.

"En el Espacio se aclaran muchos misterios y se solucionan grandes problemas; la joven seducida, amparada y protegida por su guía espiritual y por otros Espíritus, reconoció que había pecado, pero que no existían las llamas del infierno, y que estaba redimida de su culpa por lo que había amado a su hija.

"El irascible ministro de Dios también se convenció al desencarnar que había sido muy cruel, que sus anatemas y sus maldiciones habían causado muchas víctimas, y volvió a la Tierra para sufrir lo que había hecho padecer a la joven seducida y a su inocente hija.

"La mujer-niña que hoy vive sin vivir, es el Espíritu de aquel implacable ministro de Dios que tan mal cumplió con su sagrado ministerio; compadeced a la mujer-niña, es un Espíritu que tiene una historia muy triste, y por lo mismo necesita de la compasión de todos; que sus padres tengan paciencia, convencidos de que, si ese Espíritu les ha escogido para que le ayuden a llevar su cruz, es porque en otro tiempo fueron sus humildes servidores que le ayudaron a difundir el terror y simulaban en la iglesia las llamas terroríficas del infierno en las novenas consagradas a la memoria de los difuntos pecadores.

"Cada Espíritu busca a sus familiares; por eso la mujer-niña que ayer hizo tantas víctimas con sus anatemas y sus excomuniones, buscó para su actual encarnación Espíritus amigos que le ayudaran a llevar el peso de su cruz. Adiós".

IV

¡Cuánto daño ha hecho el fanatismo religioso! Demos gracias a Dios que hoy las religiones van perdiendo su poderío; hoy se aprecian en todo su valor las definiciones que de la fe ha hecho el distinguido escritor, señor Madreño, quien dijo así:

"La fe, tal como la enseñan y practican las religiones, no es fe, sino bozal puesto al entendimiento desde la cuna. Toda fe tiene por base una creencia, y toda creencia debe ser razonada y fundada en hechos de observación y de lógica.

"Una creencia debe ser la convicción propia de un conocimiento.

"La lógica constituye la fuerza matemática del pensamiento. Y la lógica es lo que siempre ha faltado en todas las enseñanzas religiosas".

¡Bendito sea el progreso, y bendito sea el estudio razonado del Espiritismo!

A UNA ESPIRITISTA

Carta abierta

Hermana mía: Principias tu carta diciéndome: "Mi querida Amalia: En Los Albores de la Verdad me he informado de la desencarnación de nuestra buena hermana Cándida (¡dichosa ella!), aunque a ti no te lo parecerá así, pues, como tienes ese apego a este pícaro mundo, quizá no la envidies, pero sientas su ausencia".

Muchas veces me has dicho lo mismo, hermana mía, extrañándote muchísimo que propagando tanto el Espiritismo y escribiendo en su prensa desde el año 73 del siglo pasado, no tenga vivos deseos de dejar este mundo para solazarme en el Espacio, disfrutando de sus maravillas; y yo te contesto que también tuve mi época de soñar con vivir allá mucho mejor que aquí, pero mi continuo trato con los Espíritus me ha hecho cambiar de opinión.

Desde el año 73 de la centuria pasada he oído comunicaciones todas las semanas, y en largas temporadas me he puesto al habla con los Espíritus los domingo, jueves y viernes de cada semana, oyendo, además, comunicaciones familiares e instrucciones para mis trabajos literarios tantas veces como lo he necesitado. He oído a médiums admirables, con los cuales se han comunicado Espíritus muy sabios y algunos de ellos muy buenos; he escuchado a médiums sencillos, de escasas facultades medianímicas, y de tantos Espíritus como se han puesto en relación conmigo; sólo dos Espíritus me han dicho que eran completamente felices en el Espacio, que ni una pequeña nube nublaban el sol esplendente de su felicidad. Y ¿quiénes eran esos dos Espíritus? El uno fue en la Tierra una mujer de pueblo llamada Trinidad, tan pobre, que muchos días no tenía un pedazo de pan para calmar el hambre que la hacía temblar de frío, y débil, enfermiza, sufriendo todas las penalidades que da la miseria, pues, como decía muy bien el marqués de Bedmar, "el oro no da la felicidad, pero la miseria sí da la desgracia".

Trinidad olvidaba sus penas para consolar las de los demás, y sabiendo por experiencia que donde no hay harina, todo es mohína, fundó una sociedad cuyos socios estaban obligados a dar diez céntimos semanales, y, según la cantidad que se reunía, Trinidad compraba panes de tres libras de primera clase y los repartía entre los innumerables necesitados que ella conocía o bien entregaba varios de ellos a uno o más socios para que éstos auxiliaran a sus pobres. La caridad de Trinidad no se satisfacía con esto; asidua visitante del Hospital de la Santa Cruz, reclamaba la compañía de varias espiritistas para que éstas a su vez visitaran a los enfermos y les dieran consuelo en el lecho de dolor; y aun hizo más: organizó una agrupación de niñas y niños, para que éstos llevaran dulces y juguetes a los enfermitos que lejos de sus padres no tenían quienes les acariciaran y velaran su sueño, y acudía solícita a visitar a muchas familias que gemían en la mayor miseria, llevándoles lo que recogía con sus peticiones, no molestándose cuando las personas de recursos la recibían mal porque ella les decía: Tienen que darme esto o aquello para unos pobrecitos que no tienen cama donde dormir; vengan conmigo y lo verán; y Trinidad no se cansaba de pedir y de dar, y enferma,

con la dolencia que la llevó al sepulcro, aún subía hasta los pisos cuarto y quinto a llevar un consuelo y una esperanza, hasta que al fin cayó rendida en su lecho de muerte en medio de la mayor miseria.

Pues bien, este Espíritu cuando se comunicó dijo que era tan dichoso, que había encontrado a tantos seres amigos en el Espacio, que se había visto rodeado de tantos soles, que estaba como avergonzado y no sabía dónde esconderse, porque todo él era luz, luz brillantísima, y como estaba acostumbrado a verse en la Tierra tan pequeñito, tan mal vestido, se preguntaba con asombro: ¿Pero yo soy Trinidad? A esta pregunta tan ingenua y tan inocente, contestó el Espíritu del Padre Germán lo siguiente: "No disfruta ese Espíritu de todo el bien que le corresponde, porque se perturbaría; hay que irle dando en pequeñas dosis su fabulosa herencia. Trinidad será un sol en el Espacio, y los médiums videntes que la vean dirán, en su ignorancia, que han visto a Dios; ella se asombra de su propia luz y en la luz ha vivido siempre".

El otro Espíritu que ha dicho repetidas veces que es dichoso, que ante él se abren los mundos de la luz, es Lorenzo Barbieri, el espiritista que durmió muchas noches en el suelo por ceder su cama, con mantas y sábanas, a un pobre enfermo. Y cuando Barbieri enfermó y los socios del Centro Barcelonés le colocaron en una cama pagada por ellos en el Hospital de la Santa Cruz, recuerdo que en una de mis visitas lo encontré inquieto, nervioso, malhumorado, y al preguntarle qué tenía, me dijo así:

—Estoy muy disgustado.

—¿Por qué?

—Porque sé que pagan por esta cama tres pesetas diarias y siento muchísimo que se gasten conmigo lo que podrían aprovechar otros infelices. ¿Por qué no he de estar yo como están los demás enfermos del Hospital?

—Porque aquel que se acostó en el suelo por ceder a un enfermo su cama, merece ser atendido por sus hermanos: ¿Qué menos se le puede dar a un hombre como tú, que un lecho en un hospital y la compañía de sus hermanos dos o tres horas al día?

—Ya veo que es usted como los demás; pues yo me avergüenzo de estar aquí, quitando a otros pobres un pedazo de pan.

Barbieri no murió como él soñaba, pero su despertar fue como el de Trinidad; repite hasta la saciedad que es dichoso y que trabaja activamente visitando los hospitales para envolver con sus fluidos a los que gimen en el lecho de dolor, y que ante él se abren mundos esplendentes y que Espíritus que a él le parecen dioses le rodean y le dan la bienvenida, yendo de sorpresa en sorpresa viendo siempre nuevas maravillas, pero que de pronto retrocede y mira hacia la Tierra y desciende a sus abismos de dolor, sintiendo remordimiento por haber olvidado a los terrenales al ver tanta luz, tantas magnificencias y tantos seres hermosísimos de los que él no tenía la menor idea.

Ya ves, hermana mía, cómo escasean los Espíritus felices oriundos de la Tierra; mas también, aunque he escuchado comunicaciones verdaderamente admirables por sus fundamentos científicos, por sus principios de la más sana moral, siempre he encontrado en el fondo de ellas un algo melancólico, razón por la cual no me seduce la idea de cambiar de domicilio, porque, sin falsa modestia, comprendo lo que valgo, y si bien por esta vez no he cometido ningún crimen ni he sufrido persecución por la justicia, aprovechando en un trabajo útil los muchos siglos que he perdido en los garitos y en los lupanares, reconozco en mí tantos defectos pequeñitos, que comprendo perfectamente que mi entrada en el Espacio no será triunfal; este convencimiento de mi pequeñez, adquirido por la experiencia y por el estudio que vengo haciendo del Espiritismo desde hace muchos años, es lo que me obliga a no desear mi traslación al Espacio; no es por apego a este mundo, donde tanto he sufrido; es para tener más tiempo disponible a efectos de saldar cuentas atrasadas (que debo tener muchas), pues en el largo período de setenta y un años he sufrido tantas decepciones y vivido tan contrariada, que no es posible expresarlo aunque escribiera muchos tomos en folio sobre el mismo tema.

Deja de creer, pues, hermana mía, que me halaga mi permanencia aquí. Conceptúame como un enfermo al que le dan una medicina muy amarga y que éste la toma con la esperanza de aliviar su dolencia; pues esto es lo que me sucede a mí; cada año es para mi alma una pócima amarguísima, pero si en ese año pierdo uno de mis defectos y adquiero una buena cualidad, ¡bendita sea mi estancia en este mundo, bendito sea el tiempo empleado en mi regeneración!, porque para entrar en el reino de los cielos, no bastan los aplausos de las multitudes, se necesita el agradecimiento de los afligidos.

Trinidad y Barbieri no brillaron en el mundo de las letras, antes que ellos regresaron al Espacio grandes escritores espiritistas, y recuerdo que al comunicarse el vizconde de Torres Solanot, dijo así: "Os hago saber que mi guía en el infinito ha sido el Espíritu de aquel hombre humilde que pasó toda su vida guiando un carretón lleno de piezas de tejidos. Ferrer ha sido mi consejero. . . ¡Cuánto le debo! Yo no estoy en la sombra, ¡pero él está en la luz, es un sol que ilumina mi camino! ¡Quién lo creyera; de qué distinta manera se aprecian aquí los trabajos de los terrenales!"

Ya ves, hermana mía, cómo se expresaba el escritor insigne que consagró toda su vida al estudio del Espiritismo, que nunca fue sordo al lamento de los desvalidos, pues tenía su limosnero, Salvador Hernández, para que consolara a los vencidos, haciendo el bien en secreto, y, a pesar de tener grandes virtudes, necesitó de aquel humilde obrero que en el Espacio fuera el sol que iluminara su camino.

Se estará muy bien allá, cuando se haya cumplido bien aquí.

HAY QUE CREER

—Créeme, Amalia, que te envidio — me decía mi amiga Catalina hace pocos días.

—¿Y por qué?, porque lo que es mi vida tiene poco que envidiar: vieja, enferma y pobre, te aseguro que no sé por qué me envidias.

—Envidio tu fe, tu fe que es inmensa, tu fe que es indestructible en la creencia de que los muertos resucitan y siguen tratándonos como si no se hubieran muerto. Mira que se necesitan tragaderas para creer semejantes paparruchas. Y que no hay quien te apee de tu burro. Aún recuerdo cuando le dijiste a todo un señor magistrado del Tribunal Supremo, que, aunque todos los espiritistas de este mundo dijeran que el Espiritismo era una farsa más o menos ingeniosa, tú dirías siempre que los muertos hablan con los vivos, que la comunicación de los Espíritus es innegable, que lo que tú habías visto y oído, te había convencido hasta la saciedad de la verdad del Espiritismo.

—Veo que tienes buena memoria, que recuerdas palabra por palabra mi conversación con el incrédulo magistrado, y lo que dije entonces lo diré siempre, porque cada uno habla de la feria según le va en ella, como dice un vulgar adagio.

—Pero no podrás negarme que la comunicación de los Espíritus se presta a innumerables supercherías.

—Se presta si se buscan las supercherías, pero como yo no las he buscado no las he hallado.

—Dime, ¿tú no has evocado al Espíritu de tu madre, a la que tanto querías?

—No, jamás; esperé dieciocho años a que ella viniera espontáneamente; tenía en tanto su comunicación que no me quise exponer a un engaño.

—Luego, tú confiesas que hay engaños en las comunicaciones.

—¿Es que no hay engaños en la Tierra? ¿Para qué nos sirve nuestro entendimiento? Para evitarlos; mas, en el mismo engaño se encuentra la verdad de la comunicación. ¿Qué es la comunicación? La prueba inequívoca de que hay una inteligencia que se apodera de un médium y éste habla muchas veces de lo que no entiende y en distinto lenguaje del que usa habitualmente. Una cosa es la comunicación (la que es innegable), y otra la identidad del Espíritu que se comunica; la identidad es muy discutible, la comunicación es una verdad; poco importa que el Espíritu dé un nombre supuesto: un Espíritu habla y se relaciona con nosotros, y ante un hecho hay que decir: esto es verdad.

—Para ti, sí; para mí, no.

—Claro está que no hay peor sordo que aquel que no quiere oír, y tú perteneces a esos desgraciados.

—¿Desgraciados?

—Sí, desgraciados; ¿quieres mayor desgracia que vivir entre tinieblas a las que uno mismo se las forja? Voy a referirte un hecho que ha ocurrido últimamente. Un espiritista enfermo de neurastenia fue a un pequeño centro de curación, donde se practican algunas curas verdad por medio del magnetismo y la trasmisión del pensamiento. Una médium vidente y auditiva le dijo al espiritista enfermo:

—¿Se le ha muerto a usted algún hijo?

—No, señora, ninguno.

—Es extraño; en fin, quizá sea hijo de otra existencia, porque me dice: Dile a mi padre que velo por él, y que le doy cuanto le puedo dar con mi benéfica influencia. Es un niño muy pequeñito.

El espiritista quedó muy pensativo y de pronto exclamó: ¡Cómo he perdido la memoria, Dios mío! No recordaba que el primer hijo que tuvo mi esposa murió algunas horas después de haber nacido.

—Dime tú, ahora, si este hombre podrá dudar de la verdad de la comunicación. En aquel grupo nadie lo conocía, trasmisión de pensamiento no pudo haber porque el enfermo no recordaba a su primer hijo, y, sin embargo, la médium lo vio.

—Ya es curioso lo que me cuentas.

—Es más que curioso, Catalina, es una prueba innegable de la comunicación de los Espíritus.

—¿Y hay muchos casos así?

—Innumerables. Conocí a una señora valenciana, mujer muy distinguida, verdaderamente aristócrata, que perdió a su esposo y a su único hijo que contaba dos años al morir. Ella estudió, devoró las obras de Allan Kardec y de otros escritores espiritistas, probó ser médium escribiente y no logró trazar ni una letra, estaba desesperada, ella quería a todo trance comunicarse con su hijo o su marido, y todas sus pruebas resultaban inútiles. Una amiga suya viendo su desesperación y su incredulidad, la llevó a una reunión de humildes pescadores, donde nadie la conocía. Se concentró una médium y dirigiéndose a la madre desolada le dijo así: No llores, tu hijo está junto a ti y te acaricia, te da muchos besos.

—¿Y cómo es ese niño? ¿Va vestido de blanco como se presentan los ángeles? —dijo la señora con marcada ironía.

—No, no; no va vestido de blanco, lleva una blusita de muselina que tiene un dibujo blanco y negro formando cuadritos, lleva un cinturón negro y unas botitas blancas, viejas y sucias. Al oír estas palabras la señora lanzó un grito agudísimo y perdió el conocimiento; la descripción que hacía de su hijo no podía ser más exacta, el niño en su capricho de enfermo, en sus últimos días no quiso quitarse ni el vestido ni las botas y su madre, respetando su voluntad, lo enterró con la blusita de cuadros blancos y negros y las botitas blancas, viejas y sucias.

—Esto me llama más la atención y casi, diré, como tú, que hay que creer.

—Sí, Catalina; hay que creer en la comunicación de los Espíritus, en lo que no hay que creer es en la infalibilidad de los mismos; la comunicación es innegable, es la verdad eterna y debe estudiarse, porque es la ciencia del infinito.

MI DESPERTAR

Que me dormiré en la Tierra
y despertaré en la gloria;
palabras que en mi memoria
un Espíritu grabó.

¡Qué despertar tan hermoso
entonces mi alma tendría!
¡Cuánta mi dicha sería! ...
Pero, ¿la merezco? No.

Que para entrar en la gloria
se ha de ser bueno, muy bueno,
y con ánimo sereno
saber sufrir y luchar.

Amando a todos los seres
con amor grande, profundo,
sin olvidar un segundo
de que vivir es amar.

Todos tienen en la Tierra
un ídolo preferido,
y yo también lo he tenido:
en las flores hallo a Dios.

Yo, contemplando las flores,
siento una emoción inmensa,
y mi alma se agita y piensa
que ha de ir del progreso en pos.

Hoy, contemplando una planta
gentil, esbelta y florida,
cuyo perfume da vida,
sentí mis sienes latir.

Y al ver el arco que forma
al peso de tantas flores,
recordé antiguos amores
y no sé, pensé en morir.

Recordando las palabras
del Espíritu que dijo:
que yo al morirme, de fijo,
tendría un grato despertar.

Pues me dormiría en la Tierra
y despertaría en la gloria.
¿Será verdad tal victoria?
¿Podré yo en la gloria entrar?

¿Encontraré arcos de flores
como el que forma esta planta,
que hoy hasta el cielo levanta
su perfume embriagador?

Con qué placer te contemplo,
¡oh, reina de las violas!
tus delicadas corolas
guardan suspiros de amor.

Yo pienso en Dios al mirarte
y al aspirar tu fragancia,
mi alma acorta la distancia
que hoy la separa de Dios.

Creo que estoy cerca, muy cerca
del gran Ser Omnipotente,
y pienso que eternamente
¡iré del progreso en pos!

DE CAPA CAÍDA

—Desengáñate, Amalia — me dice mi amigo Alfredo Hinojosa — el Espiritismo va de capa caída, como se dice vulgarmente, cuando se pierde el entusiasmo por los ideales políticos o religiosos que en un tiempo tuvieron decididos adeptos y campeones de buena fe.

—¿Y en qué te fundas para decir y creer que el Espiritismo va de capa caída?

—En lo que veo, en lo que observo, pues no se necesita ser muy lince para ver que ya no existen aquellos centros espiritistas que florecieron en el último tercio del siglo pasado. ¿Dónde está la Federación Espiritista Española que atraía en Madrid la atención general? ¿Dónde está el Centro de Alicante al que daba carácter y valía el sabio D. Manuel Ausó? ¿Dónde está el Centro de Zaragoza al que daba vida el general Bassols? ¿Dónde el Centro de Pamplona, donde el general Lacalle dejó grata memoria? Y tantos otros centros establecidos en Cádiz, Sevilla, Murcia, Lérida y Barcelona, porque si bien en la ciudad condal tratáis de conservar el sacro fuego, ¡qué diferencia de las sesiones que dirigía Fernández Colavida a las que hoy celebráis en el Centro Barcelonés, en "La Buena Nueva", en "La Esperanza", en "Amor y Ciencia" y en otros grupos familiares!; desengáñate y confiésate vencida. Alguien dijo hablando de las religiones: los dioses se van; pues en el Espiritismo podéis decir también: los maestros se van. ¿Podrás negar que se han ido Domingo de Miguel, José Amigó y Pellicer, Miguel Vives, el general Bassols, el general Lacalle, el vizconde de Torres Solanot, González Soriano, Manuel Ausó y otros muchos espiritistas que sostenían la bandera del Espiritismo?

—¿Cómo quieres que niegue lo que es innegable? Los maestros se han ido, es verdad; pero todos han dejado discípulos, y algunos de ellos muy aventajados, de los que no te cito sus nombres para no cometer una torpeza, porque si nombro a unos y olvido a otros, sería injusta y a sabiendas no quiero cometer injusticias. Ya se sabe que en todas las épocas ha sucedido lo mismo, los redentores, los filósofos, los astrónomos y los naturalistas, todos los grandes hombres que han servido a la gran causa social, todos han ido desapareciendo, pero han quedado sus discípulos, los continuadores de sus trabajos religiosos, filosóficos, científicos, sociológicos, y se puede decir lo que dijo la poetisa Carolina Coronado, una vez que se vio gravemente enferma: Se va mi sombra, pero yo me quedo; las sombras corpóreas desaparecen, pero las enseñanzas de los sabios y de los buenos las multiplican los herederos de los grandes hombres, los alumnos que asistieron a sus cátedras de religión, de filosofía, de ciencia universal; y los maestros del Espiritismo no podían eximirse de cumplir la ley natural que consiste en nacer, en crecer y en morir cuando se acaban las fuerzas vitales; pero como el hombre es un compuesto de carne y Espíritu, la carne se disgrega, pero el Espíritu, éste no pierde ni un átomo de su Ser, y a su debido tiempo continúa su trabajo desde el Espacio inspirando a los continuadores de su obra.

—Te explicas como un libro, pero, ¿están los centros espiritistas tan florecientes como antes?

—Y el Espiritismo, ¿necesita acaso que funcionen grandes centros?

—Pues si no los necesita, ¿por qué los espiritistas beben los vientos por fundarlos?

—No todos los espiritistas son partidarios de las grandes reuniones; por regla general, los más estudiosos, los más entendidos, los más científicos, organizan pequeños grupos de seis, ocho o diez individuos a lo sumo, porque comprenden que es imposible la unidad de pensamientos en un centenar de personas, y sin un recogimiento absoluto, sin una atención profunda, sin un deseo vivísimo de conocer lo desconocido, es inútil reunirse y evocar a los Espíritus pidiéndoles manifestaciones extraordinarias, porque obtendrán un resultado negativo en sus peticiones.

—Entonces, ¿no son necesarios los centros espiritistas?

—Para hacer los primeros llamamientos, para despertar la atención pública, para comenzar la propaganda del Espiritismo, son de absoluta necesidad, porque en ellos se aprenden las primeras letras del alfabeto espiritista; pero cuando después de deletrear más o menos tiempo, se llega a leer de corrido, ya no es necesario asistir a la escuela. Por ejemplo, cuando los niños van al colegio y adquieren los conocimientos más indispensables de la primera enseñanza, ¿no pasan después a otras clases superiores y abandonan por completo las aulas de su niñez? Pues esto les sucede a muchos espiritistas, asisten a los centros mientras aprenden en ellos, y, cuando según su entender, ya saben lo necesario, estudian en sus casas, forman pequeños grupos y enseñan a su vez lo que han aprendido. Yo, por mi parte, soy muy partidaria de los centros espiritistas; para mí son las iglesias del Espiritismo donde se reúnen, por regla general, los desheredados, los afligidos, los sedientos de amor, los hambrientos de justicia; el espiritista que sacia su sed con sus lágrimas, sueña con las sesiones dominicales, en las que los Espíritus le aconsejan el perdón de las ofensas, el amor al prójimo, vistiendo al desnudo y consolando al afligido, dándole las más dulces esperanzas para su entrada en el Espacio, si en todas las situaciones de su vida ha pasado más en el cumplimiento de su deber que en su goce personal. Para los desgraciados los centros espiritistas son verdaderos oasis en el árido desierto de sus vidas. Yo hace cerca de cuarenta años que concurro a ellos y mi gusto sería morirme en una sesión escuchando las consoladoras frases de un Espíritu transmitidas por un buen médium; pero no porque yo los considere un refugio moral para los vencidos he de creer que son de absoluta necesidad para el engrandecimiento del Espiritismo. El Espiritismo tiene vida propia, nació con el primer hombre que se desprendió de su cuerpo, en este o en otro mundo. Aquel Espíritu desprendido de su grosera envoltura se debió poner en relación con los deudos que dejó, en esta o en otra región del Universo; y como los trenes del infinito siempre llevan sus coches llenos de pasajeros, los unos que vienen y los otros que van, la comunicación de los desencarnados con los encarnados continúa sin interrupción, haya centros espiritistas o no. Además, no debemos los espiritistas asemejarnos a muchos hombres que reducen su patria al terruño donde nacieron y la provincia a que pertenece su aldea la creen superior a todas las naciones. Nosotros debemos tener más elevación de miras; si ahora en España no hay los grandes centros espiritistas que florecieron en otras épocas, ¿es acaso España la única nación civilizada de este mundo? No; hay muchos pueblos más adelantados que la fanática

España, y en ellos florece el árbol del Espiritismo tan frondoso, tan corpulento que se puede decir lo que dijo un poeta:

Árbol que llega con su copa al cielo y llena el mundo con su inmenso aroma.

En Italia, Inglaterra, Francia, la República Argentina, México, Brasil, Cuba, Puerto Rico, los Estados Unidos, en todas partes se estudia el Espiritismo, con más o menos aprovechamiento, pero se estudia al fin. Así es que el Espiritismo no va de capa caída porque en España no tengamos en la actualidad los maestros que tuvimos en otra época. Todo llega a su tiempo; cuando hagan falta nuevos adalides ya se presentarán para su alistamiento en este rincón del mundo Tierra, como se están presentando en otras naciones donde se crean centros y periódicos espiritistas en gran número.

La patria de los espiritistas es el Universo, las patrias pequeñas quédense para los infusorios de Bartrina, que creían que fuera de su gota de agua, no había espacio.

—Ya veo, que aquel que no se consuela, es sólo porque no quiere.

—Es que yo no me consuelo tontamente. ¿Crees tú, que en la actualidad no retoñan las raíces del Espiritismo en España? El carro va por la arena y no produce ruido, pero, el carro ni su hunde ni se detiene, y muchísimas familias que antes se reían del Espiritismo, hoy realizan sesiones espiritistas y creen en la comunicación, porque sirve de médium el más incrédulo de todos ellos.

—Me gustaría asistir a una de esas sesiones familiares.

—Cuando quieras, te haré escuchar a una médium parlante de toda mi confianza.

¡QUÉ BUENO ES AMAR!

I

Me dicen los Espíritus que, si aún permanezco en la Tierra, a pesar de mi avanzada edad, de mis continuas dolencias y de mi lucha incesante para poder vivir bajo techado y alimentar mi cuerpo enfermizo, es porque tengo que escribir mucho todavía para consolar y complacer a todos aquellos que me dirijan preguntas en las cuales yo comprenda que tienen sed de verdad los que me piden consejos y luz espiritual.

Hace algunos días que me escribió una señora espiritista, diciéndome lo siguiente:

Querida Amalia: Por un acto inhumano muy vulgar, por desgracia, en nuestra humanidad, han colocado en mis manos a un niño recién nacido, al cual estoy criando con biberón. Lo dejaron en la puerta de mi casa en un día de los más fríos del pasado invierno. Emocionada por tan trascendental hallazgo, no me he cuidado de averiguar nada de lo que espiritualmente se relaciona con él; hoy, más tranquila y reflexionando sobre el caso, parece que me inducen a que te pregunte, por si tuvieras la bondad de investigarlo, ¡porque le amo tanto!...

Cuando me creí sola e infecunda, viene este ser con su sonrisa a iluminar mi hogar y a cerrar con sus besos las hondas heridas de mi corazón, heridas producidas por los rudos golpes de la vida; ha venido tan a tiempo este niño a pedirme mis cuidados y mi amor, que quisiera que uno de los destellos del Padre Germán me orientara, sin que sea mi ánimo saciar pueril curiosidad, sino el buen propósito de redoblar más mi amor hacia este ser, por el cual estoy dispuesta a sacrificarme hasta conseguir criarlo e instruirle en los consoladores principios que a ti y a mí nos alientan y sostienen en la ruda batalla de la vida.

¿Este niño es un caso de prueba? Si lo es, bienvenido sea, si viene a purificar con ello su Espíritu y el mío. ¿Viene a cumplir algún encargo de la ley suprema? Bendito sea Dios que me concede esta gracia, y si estamos unidos por anteriores existencias y la simpatía lo ha traído hasta mi regazo, yo seré su madre más solícita, puesto que en mi corazón sentía la imperiosa necesidad de exteriorizar los puros y maternales sentimientos de los cuales están poseídas todas las mujeres, exceptuando algunas infelices a las cuales hay que compadecer.

La madre que ha separado de su lado a este niño, privándole de su maternal calor, me inspira una profunda compasión, y respeto los secretos que le hayan obligado tal vez a desprenderse de su hijo. Espero la tuya con ansia, y te lo repito, no es la curiosidad la que me guía, es que a mí me parece que este niño es mío, mío, sí; ¡le quiero tanto!...

Como es natural, me interesó vivamente el contenido de la carta anterior, y en cuanto tuve ocasión oportuna pregunté a un Espíritu sobre dicho asunto, obteniendo la siguiente comunicación:

II

"Veo que continuamente te dirigen preguntas sobre asuntos interesantes, y tú, con la mejor voluntad, nos preguntas a nosotros, estableciéndose así la comunicación directa entre los vivos y los muertos, relaciones que han existido de toda eternidad, pero que ahora se han vulgarizado gracias al progreso realizado en todas las clases sociales, que ha hecho perder su preponderancia a los iniciados en los misterios divinos, descendiendo de su alto pedestal los grandes sacerdotes que guardaban en sus templos las revelaciones de los Espíritus, los que siempre se han comunicado con los terrenales, porque es precisa esa relación directa entre los que os creéis vivos y los que llamáis muertos.

"No es aún la comunicación medianímica lo que será con el trascurso de los siglos; es aún muy defectuosa por tener que hacerse varias transmisiones, dado que a veces el Espíritu comunicante transmite la comunicación que le da otro Espíritu, y al repetirla al médium, éste da cuenta de lo que le dicen y ya es la tercera transmisión que se hace de aquella comunicación, pero algo es algo; todo lo grande, principia por la unión de los átomos, como sucede con los mundos; de igual manera la comunicación entre los habitantes de la Tierra y los moradores del Espacio, ha tenido su comienzo en manifestaciones de aparente escasa importancia, tales como golpes, movimiento de objetos, nidos extraños, luces movibles que han tenido necesariamente que llamar la atención de los más indiferentes, haciendo pensar a los hombres sensatos que han tenido que fijarse en aquellos fenómenos y decir: La nada, nada produce. Estos ruidos, estos golpes, estos focos luminosos que brotan en diversos puntos, son efectos de alguna causa, y de una causa inteligente; y han preguntado, indagado e inquirido hasta obtener lo que ya tenéis: conversaciones sostenidas con los Espíritus, muy interesantes, instructivas algunas de ellas, por más que los medios de que ahora disponéis son muy imperfectos, deficientes, pero ya llegará la época en que no se necesiten mediadores entre vosotros y nosotros. Cada cual hablará con sus deudos, con sus discípulos directamente. ¿Cómo? ¿De qué manera? ¿Hablando? ¿Escribiendo? ¿Apareciendo con la última envoltura que usó en la Tierra? Los detalles son lo de menos, el hecho positivo es del que nos debemos ocupar; pero mientras llega esa época dichosa de la comunicación directa, preciso es que os conforméis con las transmisiones actuales.

Decía uno de vuestros célebres escritores que "una obra traducida le parecía un papiro de Flandes vuelto del revés". Esto puede aplicarse a la mayor parte de las comunicaciones que recibís de ultratumba, pero todo necesita su trabajo y su tiempo para ser apreciado en su justo valor. Sigue, por lo tanto, preguntando a los Espíritus el porqué de muchos acontecimientos que os sorprenden y despiertan vuestro más vivo interés y presta consuelo a muchos que lloran en la oscuridad.

"Una mujer, que soñaba con ser madre, te pregunta si el niño que dejaron a la puerta de su casa ha sido alguna vez algo suyo; puedes decirle que sí; que ha sido carne de su carne y huesos de sus huesos en la última encarnación, en la que perteneció a la nobleza y, engañada y seducida por un magnate que no le podía dar su nombre, porque ya se lo había dado a otra mujer, al comprender ella que iba a ser madre, confió el secreto de su deshonra a su hermano mayor y éste, compadecido de su infortunio, la llevó lejos de su patria y en un lugarejo escondido entre montañas asistió a su alumbramiento, y tomando al recién nacido lo hizo llevar a un asilo benéfico, lo arrojó al montón de los niños sin nombre, y la joven

madre, por más que le pidió de rodillas que le devolviera su hijo, aunque la dejase abandonada en medio de la calle, rogó inútilmente; volvió a su palacio con el corazón hecho trizas, no podía ver a un niño pequeñito sin que fuera acometida de horribles convulsiones, y todo el tiempo que permaneció en la Tierra lloró por su hijo, y murió llamándole. Cuando en el Espacio comprendió que seguía viviendo, halló a su hijo perdido y olvidó con sus caricias todo cuanto había sufrido, prometiéndole su guía que en premio de su constante recuerdo tendría más tarde en sus brazos al niño perdido que, en cumplimiento de su expiación, llevaba ya muchas encarnaciones viéndose arrojado del seno materno, teniendo que ser amado por caridad, por compasión; no era digno por sus hechos pasados de reposar tranquilo en los brazos de una madre amorosa; por eso en su actual existencia lo dejaron abandonado, sin recomendación alguna, pero como era acreedora a ser madre la que en su encarnación anterior no pudo serlo, a no ser el tiempo de la gestación, hoy le entregan a su hijo de ayer para que su alma pueda gozar de las inefables delicias maternas.

Merece ser madre, razón por la que ha recobrado a su hijo, pues durante muchos años le llamó en sus sueños y en sus horas de vigilia y en memoria suya vistió a muchos huérfanos y amparó a numerosos desvalidos. Que recoja la cosecha de su siembra de ayer, que ame a ese huerfanito, que para que le ame y le guíe, y le eduque y le instruya, se lo han entregado; que goce en su buena obra, pues amparar a los huérfanos es la acción más meritoria y que más puede engrandecer al Espíritu. Adiós".

III

¡Qué historia tan conmovedora y tan interesante! Contenta quedará la mujer generosa que ha recogido en sus brazos al pequeño náufrago que, en el mar de la vida, a merced de las olas, a no ser por ella hubiera muerto ante las rocas de la caridad oficial, que almacena niños — como decía Eusebio Blasco — para dejarlos morir de hambre.

¡Dichosas las almas buenas que saben amar!

DEUDAS DEL AYER

I

Un espiritista de Buenos Aires me escribió hace pocos días enviándome el recorte de un periódico, diciéndome: "Que tenga a bien pedir al guía de mis trabajos si le es posible explicarnos por qué ese joven por casarse se volvió ciego voluntariamente; si se hubiera suicidado, ni siquiera le hubiese enviado el suelto, porque en un momento de locura se puede atentar contra la existencia; pero, en cambio, este caso es digno de estudio y creo que su explicación será muy provechosa".

El suelto dice así:

UN SACRIFICIO POR AMOR. — Los periódicos italianos dan cuenta de un suceso verdaderamente extraordinario ocurrido recientemente en Palermo.

Un joven de la buena sociedad de aquella población, se enamoró de una señorita ciega perteneciente también a lo más florido de la sociedad palermitana. La ciega, muy buena y muy hermosa, estaba dotada de un Espíritu elevado y de una inteligencia nada vulgar.

El joven, llamado Ernesto Barini, visitaba con gran frecuencia la casa de la ciega, acabando por declarar a la joven su pasión. Rosa Venelli, que según II Pópulo, de Napoles, tiene diecisiete años y cuya enfermedad incurable es la gota serena, enamorada también de Ernesto, como los ciegos pueden enamorarse, por el timbre de la voz y la mayor o menor delicadeza de sentimientos que el lenguaje revela, hubo de negar su correspondencia amorosa al apasionado pretendiente.

Insistió éste una y otra vez en sus aspiraciones, sin obtener resultado favorable y sin lograr que Rosa explicara los motivos de su insistente oposición a aceptar las relaciones; mas tan grande fue la tenacidad del galanteador, que por fin la ciega, descubriendo el secreto, dijo:

—Yo no me atrevo a corresponder al amor que usted me ofrece, porque como mis ojos carecen de luz, es lo más probable que, cuando usted menos piense, se sienta deslumbrado por otras pupilas, ya que las mías no pueden deslumbrarle.

—¿Es ésa la sola causa de su negativa? — preguntó Ernesto.

—La única — respondió Rosa.

A la madrugada del siguiente día, Ernesto salió al campo y se tendió en la hierba, de cara al Oriente, y cuando el disco enrojecido del sol empezaba a levantarse en el horizonte, Ernesto fijó en él sus ojos. Así permaneció hasta las doce, sin apartar la vista del astro.

Cuando se levantó, ante sus pupilas, que lloraban enrojecidas, flotaban grandes masas de sombras. Repetida la misma operación al otro día, el atentado se consumó por completo: La ceguera se había apoderado de la retina de Ernesto. Entonces, como lo que era, ciego, se dirigió a tientas a la casa de Rosa, y tomándole la mano le dijo:

—Ya soy ciego como usted. ¿Quiere usted aceptarme por esposo?

La ceremonia nupcial se ha celebrado con gran pompa, y el suceso es el tema de todas las conversaciones en la patria del Dante.

Los jóvenes de Palermo, queriendo significar su admiración a este mártir del amor, le han obsequiado con originales y ricos presentes al pie de los cuales figuran sentidas dedicatorias.

Probablemente el caso de Ernesto Barini, por el valor que acusa, por lo abnegado, por lo grande que es en sí, no tiene ejemplo en la historia de los sacrificios realizados en aras del amor. Se comprende hasta la entrega de la vida, pero la inmersión voluntaria en las tinieblas eternas, el desplome tácito en la noche sin aurora, la caída reflexiva en el espantoso mundo de la negrura, no, no tiene adjetivo que pueda expresar el heroísmo que encierra la acción llevada a cabo por el joven palermitano.

II

Confieso ingenuamente que me ha causado profunda impresión la lectura del anterior relato, porque como dice muy bien el periodista italiano, se comprende muy bien la entrega de la vida en un momento de desesperación, pero la inmersión voluntaria en las tinieblas eternas es superior a todos los sacrificios realizados en aras del amor, y deseando aclarar este amoroso misterio, he preguntado al guía de mis trabajos, obteniendo la comunicación siguiente:

III

"Comprendo el asombro que os ha causado a todos, la heroicidad de Ernesto Barini, Espíritu que ha entrado en el camino del adelanto y que tiene una conciencia tan purificada que no le duelen prendas para cumplir con su deber.

"En su anterior encarnación, no era Ernesto tan bueno como ahora; se enamoró de una hermosa joven, pidió su mano, se comenzaron los preparativos de la boda y él, antes de celebrar su enlace, emprendió un viaje relacionado con sus intereses comerciales, en tanto que su prometida arreglaba sus galas de desposada. Una tarde salió ella con su familia al campo para visitar una quinta de su propiedad en la que pensaba pasar su noche de boda, y cuando estaban todos ultimando el decorado de la cámara nupcial, se cubrió el cielo de negras nubes, rugió el trueno y cayó un rayo en el gran comedor de la quinta, causando muchos daños, mas sin ocurrir desgracias personales. Las señoras se desmayaron y la heroína de la fiesta, la hermosa joven que miraba ruborizada su lecho de novia, también cayó al suelo lanzando un grito aterrador, y cuando pasó el hecho, vio su familia con espanto que la gentil Adelina tenía los ojos desmesuradamente abiertos, pero sin vida: ¡se había quedado ciega! ...

"La ciencia fue impotente para devolverle la vista, y cuando su prometido volvió, quedó aterrado al ver a Adelina, pues no parecía la misma, dado que los ojos le habían quedado tan abiertos, enrojecidos siempre por el llanto, y su rostro tenía una expresión tan dolorosa

que no se la podía mirar sin sentir una angustia indefinible. Ernesto se espantó de tal modo, que huyó despavorido, sin dirigirle a su prometida una palabra de consuelo. Adelina comprendió enseguida que su prometido no se casaría con ella, y no se engañó. Ernesto abandonó la ciudad, escribiendo antes al padre de Adelina, pidiéndole perdón por no tener valor para unirse con su hija, y que, aunque deploraba lo ocurrido, le era imposible vivir unido a una mujer que era el símbolo del dolor, a la que no podía mirar sin sentir una verdadera desesperación.

"El padre de Adelina trató de ocultar a su hija la resolución de Ernesto, pero ella le dijo: Padre mío, quiero saberlo todo, esta incertidumbre me mata, quiero la realidad, todo es preferible a la duda que me atormenta. Entonces su padre le leyó la carta y Adelina lloró amargamente diciendo: He perdido la luz de mis ojos y la luz de mi alma; ahora sí que viviré en la sombra; pero su martirio no duró mucho tiempo, se fue consumiendo lentamente y murió sin exhalar una queja, encargando a sus padres que averiguaran donde estaba Ernesto y que le escribieran diciéndole que le perdonaba de todo corazón.

"El desolado padre cumplió religiosamente la última voluntad de su hija, y Ernesto al recibir la noticia de la muerte de Adelina, lloró amargamente, mucho más cuando leyó: Me encargó mi hija al morir que os hiciera saber que os perdonaba de todo corazón. En honor de la verdad, Ernesto vivía muriendo desde que huyó de su prometida; en ninguna parte estaba contento y la sombra de la pobre ciega le perseguía por todas partes: la veía en sus horas de sueño y de vigilia, y tenía momentos en que temía perder la razón. Así es que su malestar aumentó al enterarse de su muerte, sintiéndose tan pequeño y tan humillado ante su inocente víctima, que murió al poco tiempo muy contento de ello, porque creía que en la tumba quedaba sepultado el todo de nuestro Ser.

Mas, ¡cuál fue su asombro cuando se encontró en el Espacio con Adelina!, siendo ella la que lo hizo despertar, haciéndole comprender su verdadero estado. Ernesto entonces le ofreció seguirla eternamente y ser su esclavo, hasta borrar con su sacrificio el horrible tormento que le había causado, pero ella le contestó: Tal vez, con el trascurso de los siglos, un día nos podamos unir, pero por ahora será imposible, porque yo he de volver a la Tierra repetidas veces para quedarme ciega; porque yo he dejado a muchos hombres sin luz en sus ojos cuando era dueño y señor de muchos vasallos; yo no imponía la pena de muerte, pero en cambio les quemaba los ojos a mis súbditos rebeldes con hierros candentes; y cuando perdí mis hábitos de ferocidad dejaba ciegos a los pájaros para que cantaran en mis jardines y me recrearan en mis horas de aburrimiento, y como he de vivir ciega, tengo el íntimo convencimiento de que rechazaré tus protestas de amor, porque recordaré vagamente el tormento que he sufrido.

"Ernesto y Adelina volvieron a la Tierra, y Adelina es la joven italiana que rechazó a su amador, temiendo que él le fuera infiel, y Ernesto, arrepentido sinceramente de su crimen de ayer, se propuso demostrar a Adelina su verdadero arrepentimiento, perdiendo voluntariamente la luz de sus ojos para vivir al lado de su víctima de ayer. Ernesto es un Espíritu que ha dado un paso gigante, no se puede pedir más, no cabe mayor sacrificio, ha

perdido lo más bello, lo más necesario para la vida sólo por demostrar su amor y su arrepentimiento a la que generosamente ayer le perdonó su infame proceder.

"Ernesto es un Espíritu decidido, es un alma bien templada, se ha propuesto ser grande y ha dado el primer paso. Querer es poder. Adiós".

IV

Es verdaderamente interesante la comunicación que he obtenido; si todos los culpables tuviéramos el valor suficiente para borrar con nuestros actos heroicos los crímenes cometidos ayer, la Tierra sería dentro de poco tiempo un verdadero paraíso, ¡pero los sacrificios cuestan tanto!, que vamos dejando para mañana el saldo de nuestra larga cuenta.

¡QUIÉN LO CREYERA!

I

SOLDADO LOCO. — De nuestro corresponsal. — El cadáver de un niño. — Ferrol, 20. — Hace días, encontrándose en el cuartel de Nuestra Señora de los Dolores, un soldado de Infantería de Marina vio flotar sobre las aguas un bulto y se apresuró a recogerlo, resultando ser el del cadáver de un niño que estando bañándose sufrió un accidente y pereció ahogado. Tan grande fue la impresión recibida por el soldado, que enfermó gravemente, ingresando en el hospital, volviéndose ayer loco. — Noisidio.

Una amiga mía —que no es espiritista— que duda de todo, hasta de la sombra que produce su cuerpo, me envía desde Huelva el suelto que antecede a estas líneas, diciéndome en su carta:

"Ya sabes que yo no soy como tú, que en todo lo que sucede, sea próspero o adverso, ves una causa anterior y siempre estás relacionando el pasado con el presente. Yo, en cambio, ni en el presente creo, puesto que el presente es tan rápido, que un segundo que transcurre ya pertenece al tiempo pasado, y es inútil hacer proyectos porque esto rara vez se realiza. Pues bien, a pesar de que yo vivo sin darle valor al tiempo que pasa, la impresión del soldado que se volvió loco recordando al niño ahogado, me ha llamado muchísimo la atención, porque un soldado de marina, por razón natural no ha de tener la timidez de una niña ni de un seminarista que desde pequeño viviese en el seminario. Un soldado, sea de mar o de tierra, tiene que estar habituado a impresiones violentas y no puede asustarse ante el cadáver de un niño, cuando en su vida accidentada tantos muertos suelen rodearle en determinados casos; y yo, que me he reído de ti y de tus historias, ¡para que veas!, hoy te pregunto con verdadero interés, mejor dicho, te suplico que preguntes a tus amigos de allende la tumba, por qué ese soldado ha perdido la razón, interés que no me explico satisfactoriamente, pero que lo siento porque pienso constantemente en esos dos seres que no he conocido, pero cuya suerte tanto me preocupa, en particular el soldado, porque el niño ya dijo su última palabra. Ahora, sé generosa, no me devuelvas con tu silencio la burla inocente que he hecho de tus creencias. Mi franqueza es la mejor garantía de mi sencillez e incredulidad. Pero, ¿qué quieres?, cuando menos se piensa salta la liebre. Yo, que he leído tanto de Espiritismo y siempre he dicho —nada de nada—, ahora con cuatro palabras transmitidas por el telégrafo, me tienes pensativa y deseosa de encontrar el cabo de esta madeja enredada que llamamos vida".

II

La carta de mi buena amiga me causó muy grata impresión, porque despertar la curiosidad en un ser indiferente ya es mucho, ya es dar el primer paso en la senda del estudio y del análisis, y queriendo aprovechar el buen estado de su ánimo he procurado preguntar a un Espíritu el porqué de un efecto que, indudablemente, tiene su causa, y causa poderosísima: porque un hombre avezado a las fatigas de la vida no parece que deba tener una

sensibilidad tan extremada que pierda la razón ante un hecho natural, puesto que los niños que se ahogan son muchos cuando en su inexperiencia se lanzan al mar sin nadie que cuide de ellos.

Guiándome esta vez, como me guía siempre, el buen deseo de estudiar, de aprender y de enseñar al mismo tiempo, un Ser de ultratumba me ha contestado lo siguiente:

III

" ¡Quién lo creyera!, esto dirás, y dirá tu amiga cuando se entere de mi comunicación. ¡Quién lo creyera! El principio de esta tragedia es un hecho tan vulgar, tan insignificante, al parecer, que creemos hasta imposible que se pague un delito que cometen la mayoría de los hombres. No se cree, no, que el desenfreno y el libertinaje —moneda corriente en el mercado de la vida—, tengan a veces tan fatales consecuencias; mas sin embargo las tienen, pues no hay mal paso que no tenga su correspondiente condena, y si os fijarais un poco en cuanto os rodea, veríais que mucho debéis haber pecado, cuando vivís en la Tierra tan mal, ya que no hay familia que no llore, sea por un motivo o por otro; las causas son diversas, pero los efectos se parecen entre ellos como dos gotas de agua. Ansiedades, angustias, zozobras, inquietudes, temores y llanto abundante con el cual laváis las manchas de vuestro ayer.

"El niño ahogado y el soldado loco, eran en otro tiempo dos íntimos amigos, dos inseparables que el uno no daba un paso sin la aprobación del otro. El niño de hoy, al que llamaremos Anselmo, se enamoró perdidamente de una joven de buena familia, y sin él explicarse la causa, nada dijo de sus amores a su amigo Tello, ocultó cuidadosamente sus citas amorosas y sus escapadas nocturnas a su excelente amigo, guardando ansioso el placer delirante de su amor primero; pero llegó un momento en que ebrio de felicidad Anselmo le dijo a Tello: Perdóname, he tenido secretos para ti, y me arrepiento de ello; amo y soy amado, hasta el punto de que por efecto de mi locura amorosa pronto tendré un hijo, al que quiero legitimar, y tú serás el padrino de mi boda; hoy conocerás a la elegida de mi corazón.

"¿Qué sintió Tello al oír la declaración de su amigo? ¡Quién lo sabe! Lo cierto es que conoció a la joven que debía unirse con Anselmo, y en vez de ayudarle en su buena obra de devolver la honra a la mujer deshonrada, puso en juego todos los ardides para separarlo de aquella infeliz, pintando con los más negros colores la caída de la pecadora por amor; le dio falsos informes de su vida pasada, despertó la duda y la sospecha en la mente de Anselmo y éste, dejándose llevar por los consejos de Tello, le dijo a su víctima: Te he conocido a tiempo, sé de tus pasados extravíos, no tengo, pues, que devolverte tu honra perdida, pues ésta la perdiste al dar tus primeros pasos con otros hombres.

"La pecadora por amor no exhaló la menor queja, pero emprendió resueltamente el camino que la llevó a la orilla del mar, arrojándose a él para ocultar su desliz —su único desliz— entre las olas; pero un marinero que estaba a bordo de un falucho, se arrojó tras de ella y la sacó inmediatamente del agua; la infeliz no tuvo tiempo de ahogar su cuerpo, pero se ahogó su razón, y lanzando ruidosas carcajadas dio a luz un robusto niño, quien nació muerto,

ahogado en el vientre de su madre, según dijeron los médicos que asistieron a su alumbramiento. Ante el niño muerto y la madre loca, Anselmo creyó volverse loco, y Tello, horrorizado de su obra, se marchó al interior de la India, como huyendo de sí mismo, donde vivió poco tiempo atormentado por sus remordimientos.

"Anselmo también murió joven, perseguido por su misma culpa.

"Anselmo y Tello se encontraron en el Espacio, lamentándose de su crimen y formalizando el pacto de volver a la Tierra: Anselmo para morir ahogado como su hijo y Tello para enloquecer como la víctima de sus calumnias.

" ¡Quién lo creyera!, ¿no es verdad?... y, sin embargo, es cierto, el niño y el soldado han saldado una cuenta, pero muchas le quedan aún por saldar a los dos. Adiós".

IV

Tiene razón el Espíritu: ¡quién lo creyera!... ¡Son tantas las mujeres que son deshonradas e infelices! ¡Caen tantas en el abismo de la prostitución por el olvido del primer hombre que las engañó! ...

Para los seductores de oficio, el mundo tiene plácemes y hasta les rinde tributos de admiración, y para las víctimas de esos Tenorios no hay una lágrima de compasión. Pero hay un adagio que dice: Dios castiga sin palo ni piedra, y en la Tierra hay muchas familias que viven en un manicomio sin poderse entender los unos con los otros, estando la razón de ello en que se reúnen los verdugos y las víctimas del ayer para saldar sus cuentas. No hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla. Dichosos de aquellos que puedan decir: ¡Ya he pagado todas mis deudas!, pues para ellos brillará el sol de la felicidad, porque sólo los buenos tienen derecho a ser felices.

¡CUÁNTAS MISERIAS! ...

—Estamos verdaderamente en la época del terror —me decía mi amiga Guillermina—; ¡dichosas bombas, que difunden la desolación y la muerte!

—Toda la vida hemos estado a merced de los criminales —le respondió mi amigo Jaime, hombre muy formal, cansado de vivir hasta lo sumo.

—No, hombre, no; como ahora nunca; no me puede usted negar que antes se vivía con más tranquilidad.

—El que viviera, señora, el que viviera; lo que es yo puedo asegurarle que, desde que tengo uso de razón, todas las noches, al acostarme, he dicho con amargo desaliento: ¡Cuántas miserias! ...

—Pero, hombre de Dios, no quiera usted volver lo blanco negro; veinte años atrás, la dichosa dinamita no había difundido la muerte por calles y plazas como la difunde ahora.

—Señora, está usted en un error; las bombas han producido numerosas víctimas desde que el mundo es mundo.

—¿Qué está usted diciendo? Vaya, vaya, que le examine un alienista, pues su cabeza no funciona bien.

—¡Ojalá no funcionara! Pero tengo mis cinco sentidos muy cabales; lo que sucede es que usted se lamenta del estrago que causan las bombas cargadas de dinamita y de otras sustancias explosivas, y yo me refiero a otras bombas más perjudiciales todavía.

—¿Más perjudiciales todavía?

—Sí, mucho más.

—No le comprendo.

—Mejor para usted, porque su ignorancia me demuestra que no ha recibido nunca ningún anónimo.

—¡Ay!, no; ¡gracias a Dios! ...

—Pues entonces no sabe usted de lo que se ha librado.

—Pero yo creo que un anónimo se desprecia.

—Sí, se desprecia después de habernos destrozado el corazón.

—¿Ha sido usted víctima de alguno de ellos?

—Sí, señora; yo era el hombre más feliz de la Tierra y por un anónimo he sido, soy y seré el más infeliz de los mortales; por eso le digo que hay bombas peores, mucho peores que las que se tiran en las calles.

—Es que las bombas que se tiran en las calles causan numerosas víctimas.

—Y acaso los anónimos, ¿no las causan? ¿Sabe usted el trastorno que se produce en una familia que ayer no recelaban los unos de los otros, y que gracias a un papelucho infame el marido desconfía de la mujer, la mujer del marido, los hijos de sus padres y los padres de sus hijos?

—Hombre, hombre, ¡no tanto, no tanto!

—¿Cómo qué no?, señora, no trate usted de un asunto que desconoce por completo.

—Pues por lo mismo que afortunadamente lo desconozco, le pido que me diga lo que sucede en una casa donde explota esa clase de bomba que va dentro de un sobre.

Y Guillermina se sonrió.

— ¡Ah!, señora, usted se ríe, porque no ha temblado ante un aviso o una revelación, por la cual uno se cree deshonorado. Yo hace muchos años que me casé, muy enamorado, con una mujer muy bella, muy rica y muy buena; vivimos algún tiempo en un paraíso, ella y yo nos complementábamos el uno con el otro; el padre de mi esposa era un revolucionario incorregible; mi esposa adoraba a su padre, y como él siempre estaba cerca del patíbulo, ella sufría lo indecible con la vida errante que llevaba el autor de sus días. Mis ideales políticos eran completamente opuestos a los de mi suegro, y mi esposa rehuía siempre de hablarme de su padre, respetando yo su prudencia filial. Llegó un día en que ella me dijo que tenía una compañera de colegio enferma, que la dejara ir a velarla por haber sido la amiga íntima de su niñez. Yo, como la quería tanto, y estaba tan seguro de su acrisolada virtud, no tuve inconveniente en dejarla ir a hacer una obra de caridad y ella, contentísima con mi condescendencia, me acariciaba jurándome un amor eterno y corriendo presurosa a cumplir con su deber de hermana de la caridad. Así pasaron muchos días, ella estaba triste, preocupada, y yo la reconvenía por su tristeza, diciéndole que también la amistad tiene sus límites, cuando una mañana recibí un anónimo que sólo decía: "Tu mujer te engaña, no vela a su amiga, vela a su amante". Al leer estas dos líneas me quedé helado, pero tuve valor bastante para disimular y nada le dije a mi esposa, pero aquella noche cuando salió la seguí muy de cerca, y vi que, efectivamente, no entraba en la casa de su amiga, que habitaba un semipalacio, sino que se metió por unos callejones que salían a los barrios bajos, y allí la perdí de vista. No me desesperé, porque siempre he creído que la gran ciencia de la vida es esperar. Al día siguiente, llegó mi esposa tratando de disimular su turbación, yo hice lo mismo y pasamos el día engañándonos mutuamente. A la noche ella se marchó, y yo, pretextando un negocio urgente, salí antes que ella, y la esperé, muy envuelto en mi capa y con un sombrero de mi ayuda de cámara que me calzaba hasta las orejas. La seguí muy de cerca dispuesto a no perderla de vista, pisándole los talones, como suele decirse; aquella noche fui más afortunado: la seguí por un laberinto de estrechas callejuelas, hasta que se detuvo ante una casucha de pobrísima apariencia, y tan abstraída iba mi esposa en sus pensamientos, que no sintió mis pasos ni se fijó en mí. Llamó suavemente y la puerta de la casucha se abrió sin ruido, y al entrar ella entré yo también, derribando al suelo a un hombre que trató de lanzarme a la calle; ella entonces se volvió y sin verme, porque reinaba

la más completa oscuridad, me reconoció y me dijo: Por lo que ames en el mundo, déjame subir sola, si mi padre te ve, se morirá de espanto.

Yo no hice caso de su súplica y le dije: —Quiero saber la verdad. —Todo lo sabrás, pero no entres conmigo. Yo la empujé y ella comenzó a subir una estrecha escalera, hasta que llegamos ante una puerta que ella empujó, Y los dos entramos en un aposento donde había un lecho ocupado por un hombre, y otro hombre sentado junto a una mesa leía a la luz de una lámpara en un gran libro; ella se puso delante de mí y con voz ahogada me dijo: ¡Por Dios, que no te vea! Pero yo la separé violentamente y me arrojé sobre el lecho para reconocer al hombre que lo ocupaba; éste, que parecía aletargado, se despertó de improviso, trató de incorporarse y sin duda me reconoció enseguida, porque exclamó con voz angustiada: ¡Jaime, no me pierdas! Aquel hombre, ¡era el padre de mi esposa!, el revolucionario incorregible a cuya cabeza se había puesto un gran precio. Yo me quedé helado, mi esposa quiso hablar, quiso contarme muchas cosas, pero su padre le impuso silencio, diciéndole: ¡Ven, hija mía, ven, que yo me muero! Y efectivamente, abrazó a mi esposa con ademán convulsivo, quiso estrechar después mi diestra, pero su mano ya no tuvo fuerza, su brazo cayó inerte, ¡había muerto! ...

Mi esposa no quiso separarse del cadáver de su padre; el hombre que le acompañaba era un ayudante de órdenes, que le quería como a un padre. Yo estaba aterrado, porque veía abierto ante mis pies un abismo. A la madrugada conseguí que mi esposa besara a su padre por última vez y la conduje a nuestra casa, volviéndome yo junto al cadáver para arreglar todo lo concerniente al entierro. Cuando todo estuvo terminado, y ya que derramando mucho dinero todo se arregla pronto, volví al lado de mi esposa, la que estaba abatidísima; me confesó su yerro, esto es, que tuvo miedo de que yo delatara a su padre, quien había cometido grandes crímenes, asaltando varias ciudades; comprendía que había obrado mal, y al mismo tiempo al considerar que mi presencia había acelerado la muerte de su padre, me miraba con horror. Yo, por mi parte, sentía el aguijón de los celos, pensando en el ayudante del difunto, y corté por lo sano, diciéndole: Lo mejor que podemos hacer es separarnos; yo no puedo tener confianza en ti, y tú tienes que abrigar la duda de si yo aceleré la muerte de tu padre. Los dos tenemos riquezas suficientes para no necesitar el uno del otro. Ella no me contestó ni sí ni no; y yo me marché a viajar, no volviendo a verla más. Ahora bien, ¿tengo razón para decir que un anónimo es una bomba que estalla dentro de un hogar?

—Ya lo creo que la tiene —dijo Guillermina con tristeza— es usted muy desgraciado.

—Y mucho más lo sería si no fuera porque, si no fuera aconsejado por Amalia, estudio el Espiritismo, sino con aprovechamiento, con buena voluntad, habiendo conseguido alejar de mi mente la venganza que tenía prometida si lograba encontrar al autor del anónimo que destruyó por completo mi felicidad.

—¿Ya no desea usted vengarse?

—No, porque no quiero añadir otro eslabón a la cadena de mis desventuras; comprendo que cuando he sido víctima de tamaño infortunio, ¡sabe Dios lo que yo habré hecho anteriormente! Lo que no puedo apartar de mí es el horror que me inspira un anónimo, y

cuando lanzan una bomba en medio de la calle, me pregunto a mí mismo: ¿Qué bomba hará más estrago, la que se lanza dentro de un hogar tranquilo o la que se arroja entre la multitud? ¿Qué será más dolorosa, la destrucción de unos cuantos cuerpos o la desesperación de un alma que pierde en un segundo la fe en el amor que llenaba su vida?...

Ay de aquel que dice amargamente contemplando este mundo: ¡Cuántas miserias, cuántas miserias!...

LAS GRANDES SACERDOTISAS

—Yo no sé cómo se las componen algunas mujeres, que tienen tanta disposición y desenvoltura para presentarse en público y arengar a las multitudes para que derriben todo lo existente — me decía mi amiga Luisa muy entusiasmada.

—Cada cual viene a este mundo con su gracia particular.

—No digas eso, mujer, no digas eso, que algunas vienen, como yo, por ejemplo, que no servimos más que para echar chiquillos al mundo y emplear todo nuestro tiempo en las ocupaciones más vulgares, como es, amamantar a los pequeñuelos y estar siempre con las manos en el agua lavando pañales y haciéndoles papilla cuando son más grandecitos.

—Y al cuidado minucioso de los hijos ¿le llamas tú ocupaciones vulgares?

—Sí, mujer, porque amamantar a los chiquillos lo hacen las mujeres más insignificantes.

—Efectivamente; pero como sólo con pan no se mantiene el hombre, las madres, si son como deben ser, al mismo que amamantan a sus hijos les prodigan esas atenciones, esos cuidados, esos desvelos que ayudan a vivir a los pequeñitos. ¿Dónde hay cuadro más hermoso y conmovedor que cuando el niño quiere dar sus primeros pasos, ver a la madre con qué delicadeza, con qué dulzura lo va sosteniendo por debajo de los brazos, pasando horas y horas obedeciendo a su pequeñuelo, que le hace ir y volver en distintas direcciones, sin que su paciencia se agote, sin que se queje del tiempo que pierde? Muy al contrario, nunca se cansa de complacer al exigente tiranuelo, gozando lo indecible en ir despertando su inteligencia, enseñándole a señalar al cielo con su dedito índice, diciéndole: ¿Dónde está Dios, hijo mío? Y el inocente se sonríe y levanta su diestra, diciendo con su expresivo ademán, que Dios está en la altura. Y a este trabajo incesante de una madre amorosa, ¿tienes valor de llamarle una ocupación vulgar? No digas disparates; las grandes sacerdotisas del templo del progreso son las madres de familia. Decía Castelar: "Educad a la mujer y tendréis hombres". De la mujer depende el engrandecimiento de los pueblos, sólo de ellas, porque son las que inculcan en los niños los primeros rudimentos de la moral, del sentimiento, de la compasión, de la piedad, del amor a todas las especies, desde el insecto hasta el hombre. La mujer es el arca santa que lleva dentro de sus entrañas a los redentores de los pueblos. Todos los libertadores de la humanidad, todos los que han consagrado su existencia al bien de sus semejantes, todos han nacido de mujer; le es indispensable al hombre valerse de ella para hacer su entrada en este mundo; ella pone la primera piedra en todos los monumentos que immortalizan las acciones meritorias del hombre.

—Bueno; si yo no te contradigo de que sea la mujer un elemento necesario para el desarrollo del hombre, pero con lo que no estoy conforme es que unas sean aptas para brillar entre las multitudes y otras no sirvamos más que para criar a los chiquillos, pasando toda la vida en la más enojosa monotonía, porque, en realidad, ¿qué alicientes tiene la existencia de una mujer que se levanta y se acuesta sin hacer otra cosa en todo el día que

bregar con chiquillos, los unos traviesos, los otros enfermizos, capaces de acabar la paciencia al mismo Job, en tanto que otras mujeres se dedican a escribir y hablan en público, siendo aclamadas y celebradas por su talento, por su elocuencia, por su disposición para resolver las cuestiones más arduas? Lo que es yo, francamente, no estoy conforme con esta diferencia de aptitudes, que unas sirvan únicamente para amas de cría y otras sean tan entendidas que lleguen a ponerse la toga del magistrado y cubran su cabeza con el birrete de doctora en ciencias o en medicina o en la especialidad que hayan estudiado. Si Dios fuera justo no consentiría tales injusticias. Vamos a ver, ¿por qué yo no he de tener la facilidad que tienes tú para escribir más de lo que escribió el Tostado, que, según cuentan, fue un teólogo español que se pasó la vida escribiendo, y yo para escribir una carta tengo que hacer un borrador correspondiente, porque si no lo hago así, escribo disparates a granel. Desengáñate, Amalia, lo que es los dones espirituales están muy mal repartidos.

—Si no se mira más que la existencia presente, casi tienes razón en lo que dices; pero como una encarnación no es más que un capítulo de la eterna historia del Espíritu y las encarnaciones no son más que eslabones de la interminable cadena que forman las múltiples existencias de aquél, no son más que un número de hojas del gran libro de su vida, y, por consiguiente, como cada encarnación es una continuación de la anterior existencia, las aspiraciones y aptitudes del Espíritu responden a su pasado, no a su presente; éste es una página de la cual ya ha hecho el borrador el Espíritu durante su permanencia en el Espacio.

—¿Qué quieres decir?

—Que sí, que el Espíritu cuando viene a la Tierra ya trae trazado su itinerario, al menos en los puntos principales y más interesantes de su vida terrena; y como cada Espíritu tiene su historia particular, esta historia sigue desarrollándose en consonancia con lo que ha conquistado antes, con su adelanto moral e intelectual. El Espíritu que durante muchos siglos se ha dedicado a escribir con más o menos aprovechamiento y lucimiento literario, éste, aunque venga con el enojoso traje de mujer, no se amolda a la vida pacífica del hogar doméstico y lucha entre la libertad que disfrutó ayer y la opresión de las atenciones que exige el cuidado de una numerosa familia y lentamente se va amoldando al plan de su presente; pero muchas veces no se adecua lo suficiente, y así se ven esas mujeres que no saben atender su casa, que descuidan sus deberes domésticos por ineptitud, porque no saben desarrollar las cualidades que son necesarias para cumplir como esposa y como madre de familia, y en cambio no titubean en hablar en público, dirigir periódicos, en dar su parecer sobre cuestiones políticas, mujeres que han equivocado el camino, como dice el vulgo, pues serían hombres de provecho, y con la cultura femenina están como los peces fuera del agua.

Así es que no culpes a Dios porque crea a mujeres muy doctas y a otras muy sencillas y hasta ignorantes. Dios crea a los Espíritus y a todos les da el mismo patrimonio: tiempo indefinido para engrandecerse, para conocer y a preciar cuánto encierra el Universo en sus innumerables mundos; y cada Espíritu emplea su tiempo según le parezca, porque no hay dos Espíritus que piensen de igual manera, y, por consiguiente, cada uno vive y se desarrolla en el medio que se crea con su trabajo y con sus especiales aspiraciones; mas

nunca creas que valen más las mujeres que escriben que las que no saben dictar una carta, pues estas últimas, si son buenas madres de familia, son las grandes sacerdotisas que offician en el templo del progreso, son Espíritus que cumplen con su misión dignamente; en cambio, las mujeres que están más contentas en la redacción de un periódico que en la cocina de su casa, éstas viven de prestado si se han creado familia y no cumplen con su deber ni como hombres ni como mujeres. Son Espíritus descontentos, aventureros, que no tienen en realidad ni casa ni hogar, y necesitan reencarnar repetidas veces para posesionarse del cumplimiento de sus deberes. No envidies, no, a las mujeres que emborronan papel, si al emborronarlo se alejan de la cuna de sus hijos.

—¿De manera que tú crees que la misión de la mujer no es otra que velar el sueño de sus hijos?

—¿Y dónde hay ocupación más hermosa que la de educar a los niños, y quién puede educarlos mejor que su madre?

—No creía yo que te entusiasmaran tanto las madres de familia.

—Mira, Luisa, no siempre lo grande es bueno; pero lo bueno siempre es grande, y bueno es el amor inmenso de las madres que sólo viven para sus hijos; ellas y sólo ellas son las grandes sacerdotisas del templo del progreso.

AMORES DEL ALMA

I

Dicen los pesimistas que el matrimonio es la prosa del amor; otros aseguran que para el hombre el matrimonio no es más que una mujer menos que desear. Decía Bartrina, en sus intencionados arabescos: "¿Por qué no me das un beso? Pues, por eso", esto es, porque el beso era pedido; otros aseguran que el matrimonio es posesión sin deseo; pero el suelto que transcribo a continuación deshace los anteriores argumentos:

LA DESESPERACIÓN DE UN MARIDO ENAMORADO. — Con mucha frecuencia se oye decir que han pasado los tiempos de los amores románticos, que ningún hombre tiene abnegación suficiente para sacrificarse por una mujer y que ya los grandes dolores se sufren sin violencias y se olvidan. Sin embargo, no puede hacerse esta afirmación tan absoluta, como lo prueba el triste suceso que vamos a relatar, acaecido en un pequeño y pintoresco pueblo de la provincia de Málaga, Alhaurín de la Torre.

Un vecino de dicha población, Antonio Barrionuevo Becerra, había contraído matrimonio, hace tiempo, con una joven que poseía esa belleza singular, delicada y fuerte, de rasgos tradicionales, propia de las mujeres andaluzas.

Ana Fernández Luque, que tal era el nombre de la muchacha, quería al mozo, trabajador, honrado y bueno, y éste sintió siempre por su esposa un cariño que podría calificarse de un verdadero enamoramiento. Pero el idilio fue de pronto interrumpido de un modo inesperado y fatal.

Atacada de una súbita enfermedad, falleció Ana el 1 de agosto último, después que se habían agotado para curarla todos los auxilios de la ciencia.

La impresión del marido fue tremenda; su dolor, triste y silencioso, no admitía ningún consuelo. Era una de esas penas hondas de amor que la musa popular ha inmortalizado en coplas angustiosas. Desde aquella fecha, Antonio no tuvo ni un instante de tranquilidad ni de sosiego ...

Pensó marcharse del pueblo, pues decía que le era imposible vivir sin su esposa y que todos los lugares le recordaban su felicidad perdida. Así, luchando con sus pensamientos, decidió marcharse a Málaga con el pretexto de buscar una colocación, pero, en realidad, con otros propósitos más desesperados.

Una vez en la capital, compró una pistola de dos cañones y pastillas de sublimado corrosivo, alquilando después un carruaje para regresar a Alhaurín. Aproximadamente un kilómetro antes de llegar al pueblo despidió al cochero, dirigiéndose a pie al cementerio por sendas extraviadas. Animado por su fatal resolución, saltó la tapia del cementerio, encaminándose al sepulcro donde su esposa dormía el sueño eterno. Allí sacó una botella con agua, disolviendo una pastilla de dos gramos de sublimado corrosivo; pero no soportó el veneno, resultando inútil su tentativa.

Entonces, el desgraciado Barrionuevo hizo uso de la pistola, disparándose dos tiros en el corazón. El infeliz y enamorado esposo cayó al suelo, herido de muerte, junto a la tumba de la mujer amada. Algunos momentos después, fue recogido moribundo, siendo ineficaces todos los socorros médicos. Puede suponerse la emoción que produjo el desgraciado fin de estos amores.

En todo el pueblo se comenta con sentimiento piadoso la funesta resolución de Antonio Barrionuevo.

II

El relato que he copiado demuestra que no todos los matrimonios son la prosa del amor; y llamándome la atención el suicidio de Antonio Barrionuevo, he preguntado al guía de mis trabajos, quien me ha contestado lo siguiente:

III

"Pobre mundo es el vuestro, donde no se concibe que exista el verdadero amor y sí, únicamente, el delirio de los deseos no satisfechos. En parte tenéis razón los que os asombráis de ver suicidarse a un hombre por haber perdido a su mujer legal; pero en lo acontecido a ese suicida no hay nada de extraordinario, no hay más que el despertar de un alma, el primer paso de un Espíritu que por primera vez ha sentido la dulcísima emoción de su primer amor.

"El suicida y su esposa hace muchos siglos que se encuentran en la Tierra, y siempre les ha unido el lazo de la amistad, el más íntimo y fraternal compañerismo: juntos han peleado en los campos de batalla; juntos han hecho diferentes estudios; juntos se han lanzado a la vida aventurera y siempre el suicida ha sido más arrojado y pendenciero que su amigo Adrián, quien era más pacífico, más pensador, aconsejando a su compañero prudencia y templanza; pero sus consejos parecían escritos en la arena; se borraban de la mente del suicida, quien muy dado a los galanteos y a las aventuras amorosas, siempre estaba persiguiendo o era perseguido por maridos celosos y amantes contrariados.

"El suicida, que entonces se llamaba Martín, era muy amigo de tomar el fruto del cercado ajeno; le gustaba desbaratar casamientos y desunir matrimonios bien avenidos, sin respetar a los individuos de su propia familia ni a sus más íntimos amigos; y no era porque se enamorara de alguna mujer, no; hacía el mal por entretenimiento, por distraerse, por salir de la monotonía de una existencia en la cual todo le sobraba: juventud, riquezas, salud, hermosura física, porque era un arrogante joven cuya gallardía, valor y arrojo llegaban a la temeridad. Duelista afortunado, era temible en los desafíos, porque siempre salía vencedor, y fueron muchos los hombres que mató en lucha honrosa, ya que nunca apeló a torpes traiciones, siempre mató cara a cara.

"Su amigo Adrián entró en relaciones con una joven de muy buena familia, pidiéndola a sus padres, que dieron el sí muy contentos, pues Adrián era un hombre de bien; pero al enterarse Martín de su propósito, se propuso por mero pasatiempo deshacer aquel noviazgo, consiguiendo lo que deseaba en muy poco tiempo. Como era lógico, Adrián le pidió una

satisfacción por su deslealtad. Martín le contestó con la punta de su espada, porque se batieron a muerte y Adrián cayó muerto a los pies de Martín; éste se encogió de hombros y se marchó a viajar sin acordarse de la prometida de su amigo. Hacía el mal por el mal mismo.

"Adrián, en el Espacio, perdonó sinceramente a Martín, y se propuso despertar sus sentimientos, porque Martín no era malo en el fondo, sino presuntuoso, vanidoso, quería llamar la atención por sus victorias amorosas, quería ser un héroe de novela, irresistible para las mujeres y temible para los hombres; pero su sentimiento amoroso dormía en el sueño más profundo; no creía en nada, a las mujeres las despreciaba por volubles y a los hombres los compadecía cuando los veía ciegamente enamorados, diciendo como ha dicho después uno de vuestros poetas refiriéndose a la vida: ¡Penar tanto por tan poco!"

"Dejó la Tierra poco después que Adrián, creyendo que con su último suspiro concluía toda su historia; así es que, al contemplar su cuerpo siendo pasto de los gusanos y viéndose al mismo tiempo fuera de su marmórea sepultura, su asombro no tuvo límites, creyó que había perdido la razón en lugar de perder la vida, y al oír la voz de Adrián, su sorpresa y espanto aumentaron extraordinariamente, pasando mucho tiempo sin que se diera cuenta exacta de su verdadero estado. Al fin se convenció de la muerte de su cuerpo y de la eterna vida de su alma, y entonces escuchó los consejos de Adrián y de su guía, dándose palabra a sí mismo de renunciar para siempre a sus pasadas locuras y buscar un alma que le amara. Adrián le ofreció llevarlo a puerto y, para ello, volvió a la Tierra con la envoltura hermosísima de una mujer sencilla y buena, llevando tras de sí a Martín, quien no podía vivir sin aquel Espíritu que le había dicho: ¡Yo te salvaré!"

Éstos fueron ayer los que últimamente se llamaron Ana y Antonio. Éste, por vez primera, sintió latir su corazón animado y fortalecido por la llama del amor; por eso al perder a su compañera le fue la vida una carga insoportable, cortando el hilo de su existencia porque en realidad no podía vivir sin ella, la que había logrado despertar sus sentimientos, derritiendo el hielo de su corazón petrificado por el hastío, ya que tras de fáciles placeres el hombre se hastía hasta de sí mismo. El suicidio de Antonio es en cierto modo perdonable, puesto ¡qué menos podía hacer que morir al perder a la mujer que le había hecho dichoso despertando sus sentimientos y convirtiendo al bruto en hombre apasionado!... y, por otra parte, como Antonio no merece ser dichoso, porque ha destruido la paz de muchos hogares y ha hecho morir a muchos hombres y llorar a muchas madres, ahora, llegará a las puertas de la felicidad como le sucedió últimamente, y, al pasar el dintel, una mano invisible le hará retroceder y las puertas se cerrarán dejándole aturdido y desesperado; pero el saldo de su larga cuenta se concluirá y entonces se unirá con su ángel bueno, y los dos unidos serán un modelo de amor y de progreso, porque son dos Espíritus que no han figurado en la historia de la criminalidad y de la barbarie.

Ana es un Espíritu mucho más elevado que el de Antonio, pero éste, vehementísimo en sus pasiones, se ha levantado con tal empuje de su postración, que quiere ganar el tiempo perdido, no doliéndole llegar al sacrificio para ser digno de su ángel bueno. Ya ves cómo en la Tierra se comenta lo que, en sí, es lo más sencillo y lo más natural, pero como no miráis

el fondo de las cosas, al quedaros en la superficie, podéis decir como decía uno de vuestros sabios: Sólo sé, que no sé nada. Adiós".

IV

Tiene razón el Espíritu, que miramos sin ver más que las apariencias de las cosas; por eso el estudio del Espiritismo es tan necesario a la humanidad, porque ya es hora que sepamos que lo que parece más extraño y más inverosímil es la consecuencia natural de nuestros hechos anteriores, pues todo cuanto acontece está dentro de las leyes divinas y humanas: leyes que en nuestra ignorancia desconocemos; nos pasa como a los ciegos, ellos no ven la luz, y, sin embargo, la luz llena el Universo y a su calor se debe la vida universal.

UN CRIMEN POR AMOR

I

Un antiguo espiritista me escribió lo siguiente: "Un joven de este pueblo tuvo que marchar a Filipinas en unión de otros muchos soldados, y en una de las primeras acciones en que tomó parte fue herido por una bala, entrándole por la sien derecha y saliéndole por la izquierda, quedando ciego instantáneamente, dado que, la cavidad de los ojos le quedó vacía, sin causarle otro estrago, pues apenas si se observa por donde pasó la bala. Curado en el hospital fue repatriado, y desde Barcelona, acompañado de un cabo, fue conducido a este pueblo y entregado a sus padres, causando profunda lástima el verle en el estado tan deplorable en que venía. Él lo sufre con paciencia y resignación, y como se halla iniciado en el Espiritismo por mí, desearía saber la causa que le ha producido tanta desdicha, a efectos de sobrellevar mejor su infortunio. Y con el fin de que nos sirva de estudio una historia más, si usted lo cree prudente, pregunte al guía de sus trabajos literarios si puede darnos explicación de la causa de este hecho tan doloroso".

Hasta aquí mi antiguo amigo, al que deseaba complacer, al igual que al pobre ciego; pero estaba perpleja, sin saber qué hacer, porque los Espíritus suelen contar episodios de la vida de los que dejaron su cuerpo en la fosa; pero de los que están entre nosotros ya es muy distinto, porque hay historias tan horribles que los encarnados no pueden saberlas, dado que el dolor y la humillación les haría sucumbir; ésa es la razón de que no respondan a las preguntas de muchos desventurados. Con esta pregunta no sabía qué hacer; pero un Espiritu, viendo mi perplejidad, me dijo así:

II

"Haces bien en retenerte y en reflexionar sobre lo que te piden, porque no siempre lo bueno es bueno, esto es, no siempre la comunicación con los Espíritus es útil y provechosa para el interesado. Cuando los encarnados ignoran los hechos de su ayer, causa muy poderosa debe existir para que los hombres no puedan levantar una punta del velo que cubre su pasado; pero hay historias de historias y hay Espíritus mejor preparados que otros; y a los sedientos de justicia y a los hambrientos de verdad les suele servir de consuelo y les suele dar aliento conocer la causa productora de su mal. En estas condiciones se encuentra ese joven ciego; por eso te diré en breves palabras por qué hoy está sin luz y por qué se resigna con su desgracia.

"En su encarnación anterior era marinero, pero tan ilustrado, tan inteligente, tan servicial, tan amigo de cumplir con su deber que el capitán del buque donde él prestaba sus servicios lo llegó a querer entrañablemente. Siendo Guzmán su servidor más fiel, le servía de secretario, le confiaba las misiones más delicadas, tanto a bordo como en tierra, y para el capitán era como su hijo, no un tripulante. Llevaba el capitán en todos sus viajes a su única hija Edelmira, huérfana de madre, joven muy hermosa y orgullosa, a la cual Guzmán adoraba como a una santa. Comprendía, desde luego, que nunca podría ser suya; pero él la

amaba y decía, como dijo después uno de vuestros poetas: “Se quiere porque se quiere, se adora porque se adora”. Su pasión iba creciendo, aumentando de tal modo, que al saltar a tierra en un puerto de la India, sabiendo que en aquel punto había un sabio nigromántico que daba filtros para unir voluntades y líquidos que causaban males incurables, él fue a verle, le contó sus cuitas, diciéndole: “Yo amo a una mujer que no puede ser mía; es hermosa, rica y sueña con un Nabab de las Indias, para que éste le dé su nombre y su amor; pero si se quedara ciega, dejaría de soñar, y entonces, ¡quién sabe si no será mía! Quitadle la luz de sus ojos y yo le daré la luz de mi amor”.

El nigromántico, le dio a Guzmán una botellita muy pequeña a cambio de una gran cantidad de oro, diciéndole: “Cuando ella duerma, deja caer sobre sus párpados dos gotas de este licor y en sus ojos cesará la vida sin sufrir dolor alguno, quedarán paralizados”. Guzmán esperó la ocasión oportuna para cometer su crimen, llevándolo a cabo sin encontrar el menor obstáculo, una tarde calurosísima en que Edelmira dormía la siesta, reclinada en un diván, en la cámara de su padre, el cual estaba en tierra arreglando el trato del cargamento de sedas que había de llevar en su buque.

"Edelmira tardó en despertarse, y al hacerlo lanzó un grito horrible; comprendía que estaba despierta y que no veía. ¿Qué era aquello? Nadie le encontró la explicación. La vieron algunos médicos y todos decían lo mismo: Hay parálisis; pero ¿qué causa la había producido?... He aquí el problema; problema al que nadie le encontró solución. Y Guzmán demostró tanto sentimiento, se convirtió con tanta abnegación en esclavo de la hermosa ciega, que la joven llegó a encontrar agradable su compañía; él era su lector, él le daba el brazo para pasear, tanto a bordo como en tierra; y el padre, viendo la adoración que tenía Guzmán por Edelmira, él mismo aconsejó a su hija que se casara con él. Edelmira aceptó la proposición de su padre, no sintiendo por Guzmán más que gratitud; pero en el triste estado en que se encontraba no podía aspirar a realizar sus antiguos sueños.

"Guzmán y Edelmira fueron felices, todo lo que se puede ser en la Tierra, y como él la adoraba, no le veía los defectos que ella tenía, porque era muy orgullosa y muy descontenta; ¡pero era suya, dormía en sus brazos! El adivinaba sus menores deseos; velaba su sueño, ponía el alimento en su boca, y así vivieron muchos años, muriendo ella primero, siguiéndola él pocos días después, porque sin ella no pudo vivir.

"En el Espacio se enteró Edelmira de todo y sintió por Guzmán un odio terrible; no le perdonó su crimen por amor; pero él le dijo: “Tú me perdonarás cuando me veas sufrir todas las existencias que tú quieras el dolor de no ver; fui criminal, confieso mi delito; pero yo no podía vivir sin ti”. Y cumpliendo su palabra, en esta encarnación buscó el medio de quedarse ciego; ella está en el Espacio y le compadece, y se acerca a él predispuesta al perdón. Dile a ese pobre ciego que evoque al Espíritu de Edelmira, que ella acudirá a su llamado, pues predispuesta se halla a perdonarle, porque un criminal por amor merece ser perdonado. Adiós".

Dice muy bien el Espíritu: Los crímenes por amor deben ser perdonados. ¿Qué es el amor en la Tierra? ¡Una locura! Y los locos son irresponsables de los crímenes que cometen.

Indudablemente que Guzmán y Edelmira serán mañana dos agentes del progreso: él porque ha amado mucho, y ella porque ha compadecido al loco y ha perdonado su crimen por amor.

LA JUSTICIA ETERNA

I

En El Mundo Latino leí el suelto que transcribo a continuación, impresionándome tanto con su lectura, que pregunté al guía de mis trabajos el porqué de tan doloroso suceso.

CASAMIENTO IN EXTREMIS. — Un juez bruto. — El Daily Mail da extensa cuenta de un casamiento in extremis que acaba de consumarse en Nueva York en circunstancias trágicas.

Dos novios estaban ocupados en abrir varias cajas que contenían sus regalos de boda, cuando inopinadamente se disparó un revólver envuelto en un paquete que el novio tenía en la mano. El proyectil hirió a la novia en pleno pecho.

Conducida al hospital, declararon los médicos que la herida era mortal. Al conocer su situación, la joven solicitó que la casasen inmediatamente con el autor involuntario de su muerte. Este fue conducido al hospital, y el policía que había practicado su detención le sirvió de testigo. La joven esposa in extremis suplicó que pusiesen a su esposo en libertad; pero el juez, inexorable, dispuso que le llevasen a la cárcel mientras ella agonizaba.

El relato no puede ser más conmovedor ni más interesante, porque estar tocando la felicidad, realizar el sueño de dos almas enamoradas y en menos de un segundo conducir a la novia al hospital y al novio a la cárcel, es verdaderamente espantoso; es descender del cielo al infierno. ¡Pobres víctimas! ...

II

"Sí, víctimas de su ayer —me dice un Espíritu. El periodista califica al juez de bruto y de inexorable. ¡Pobres ciegos de la Tierra!, no juzguéis, pues camináis entre sombras y caéis en el abismo.

"Lo ocurrido es tan justo, es tan merecido el castigo que los dos han recibido, que no han hecho más que pagar una deuda terrible; escúchame con atención. La joven que ha muerto asesinada involuntariamente, hace muchos años, muchos, que se encontraba en la Tierra, perteneciendo también al bello sexo, hija única de los condes de Monte Rey; era la niña mimada de sus padres y de sus poderosos parientes, a quienes todo les parecía poco para la hermosa joven, la que era realmente hermosísima, de cuerpo, pero no de alma.

Leonina no reconocía más ley que sus caprichos, y como sus padres no veían sus defectos, éstos se acrecentaron con el homenaje de sus adoradores. Entre ellos figuraba el conde del Castillo, que se enamoró ciegamente de Leonina; ésta, no le quería, pero el conde era tan rico, tan poderoso, ofrecía tantas ventajas llevar su nombre, y tanto le aconsejaron sus padres que no desperdiciara matrimonio tan ventajoso, que Leonina aceptó por brillar más en la sociedad de lo que ya brillaba; su futuro esposo le ofrecía una dote de reina, muchos soberanos no tenían los dominios que el conde puso a los pies de su amada y en joyas le

entregó fabulosos tesoros, y cuando se casó Leonina, fue su boda un verdadero acontecimiento histórico, tantos fueron los magnates que acudieron desde lejanos países para tomar parte en los festejos, bailes y cacerías que dispuso el conde para celebrar dignamente su enlace con la hermosísima Leonina.

"Las fiestas duraron varios días y entre los caballeros que asistieron a ellas estaba Oscar de Silva, joven noble muy distinguido que se sintió subyugado por la espléndida hermosura de la joven desposada. Esta, también se fijó en Oscar de Silva, bailaron juntos, y aunque sus labios no hablaron, sus ojos y sus manos dijeron cuanto habían de decir, quedando los dos plenamente convencidos de que se amaban. Se siguieron tratando, guardando la más prudente reserva; él estaba enamorado de su hermosísima compañera y ella poseía tan perfectamente el arte del disimulo, que nadie llegó a sospechar jamás de su fidelidad conyugal, a pesar de que ella y Oscar estaban cada día más enamorados el uno del otro, sufriendo muchísimo al verse privados de sus entrevistas amorosas, porque el conde era la sombra de Leonina, no se separaba de ella: mientras más rendido estaba él, más indiferente se encontraba ella, por más que lo disimulaba como una actriz consumada. Pero aquella lucha no podía continuar, se cansó de sufrir la penosa persecución de su marido que le decía muchas veces: No sé qué encuentro en ti; sólo sé que mi amor aumenta y el tuyo disminuye. Leonina entonces le miraba como ella sabía mirar y el conde la abrazaba y le decía: ¡Mírame siempre así!

"Oscar de Silva, por su parte, estaba celoso de la felicidad del conde del Castillo, y le propuso a Leonina acabar de una vez con aquel tormento, matando al hombre que les estorbaba para alcanzar su felicidad. Leonina, que también pensaba deshacerse de su marido, encontró admirable el inicuo plan de su amante, entre los dos concertaron hacerlo morir en una cacería. Se preparó la fiesta, a la que asistieron muchos nobles, y Oscar de Silva empleó sus malas artes para llevar al conde del Castillo a un bosque en seguimiento de un jabalí y allí hirió mortalmente a su confiada víctima, tirándole a un despeñadero, donde exhaló su último suspiro el más enamorado y confiado de los hombres. Se le atribuyó después el asesinato a un villano, que estaba de mozo en las caballerizas del conde, el que murió en patíbulo para alejar toda sospecha que pudiera recaer sobre Oscar de Silva.

"Él se fue a viajar y Leonina se retiró a un convento a pasar el primer año de su viudez, uniéndose luego con el elegido de su alma, sin que nadie dudara de su virtud, ya que fueron los dos tan disimulados y tan prudentes y supieron contener de tal modo los arrebatos de su pasión, que su matrimonio causó verdadera sorpresa; y así como Leonina en su primera época de casada iba de fiesta en fiesta y de baile en baile, al unirse con su idolatrado Oscar se retiró del gran mundo y vivió consagrada a su inmenso amor. Muchos años fueron felices, se complementaban el uno al otro; el cielo de su felicidad no lo empañó la más ligera nube, dejando la Tierra ella primero y después él, rodeados del respeto y la mejor consideración social: su crimen pasó completamente desapercibido; la justicia humana ignoró siempre el asesinato cometido por Leonina y Oscar, pero en el Espacio se convencieron que habían sido unos miserables, que eran dos criminales que habían

usurpado lo que no les pertenecía y sus horas felices tenían que pagarlas con muchas horas de agonía.

"Volvieron a la Tierra Oscar y Leonina y en esta existencia se amaron; ella preparó sus galas de desposada, y cuando estaban más embebidos contemplando sus regalos de boda, él la hirió a ella involuntariamente y el sacerdote bendijo su unión, separándolos el juez, que, dominado por una fuerza superior a su voluntad, redujo a prisión al inocente de hoy y al culpable de ayer. Adiós".

III

Muchísimo te agradezco, buen Espíritu, la comunicación que me has hecho; es de gran enseñanza; tienes razón, no debemos juzgar quienes caminamos entre sombras. A cuántas consideraciones se presta el relato que me has hecho. . .

No me abandones nunca, buen Espíritu; quiero escribir hasta el último momento de mi actual existencia; quiero brindar mucha luz, para vivir mañana rodeada de los resplandores que difunde la luz de la verdad.

CARTA ABIERTA

A mi hermano en creencias M. Torres (Teófilo)

Hermano mío: Desde que te vi la primera vez —hace ya muchos años— dije entre mí: Este hombre guarda mucho más debajo de la tierra que encima, refranejo popular de Andalucía, con el cual se quiere expresar que no siempre la inteligencia del hombre se manifiesta en toda su lucidez, y que, como fruto a medio madurar, necesita su tiempo para llegar a su sazón completa.

Yo he seguido paso a paso tu vida literaria y he escuchado con avidez tu fácil y elocuente palabra siempre que he estado cerca de ti, y me he ido diciendo a mí misma: No me engañé en mi juicio, lo que estaba debajo de tierra, ya va saliendo a la superficie; esta inteligencia dará óptimos frutos. Y mi profecía se ha cumplido: Tu Ensayo de Espiritismo científico y racional y tu Religión futura es de lo mejor que se ha escrito en España; no se puede decir más en menos líneas. Tú sabes escribir, porque escribes para todos, que es lo más difícil, dado que se escriben muy buenos libros para los sabios, para quienes tienen una biblioteca selecta, pero no para las medianías y los ignorantes; y como en España hay doce millones de habitantes que no saben leer, y los seis millones restantes no todos poseen buenos diccionarios ni se dedican a profundos estudios, los libros escritos con un lenguaje muy elevado, empleando frases que no comprende la vulgaridad, en lugar de ser su lectura provechosa, es más bien un manjar indigesto, porque se lee sin comprender lo que se está leyendo, y aunque el escrito sea admirable por su fondo y por su forma, no puede apreciarse su inmensa valía desconociendo el significado de una gran parte de sus palabras.

Tú, en cambio, descienes hasta los pequeñitos de inteligencia y las cuestiones más arduas, los asuntos más serios los tratas de una manera tan sencilla, tan natural, penetran tan a fondo tus observaciones que instruyes deleitando.

¡Dices tanto en tan pocas palabras!, describes tan admirablemente la filosofía espiritualista moderna en tan cortas líneas, que te felicito con toda mi alma por tu modo de expresarte, porque no se puede decir más al describir la sustancia espiritual.

Tú dices: "La sustancia espiritual, que unida al átomo es energía, pasa a ser vida en el protoplasma, luego tendencia en el vegetal, sensación en el animal inferior, instinto inteligente en el vertebrado, inteligencia instintiva en el salvaje y llama amorosa en el hombre superior. Este es el concepto de Universo según la filosofía espiritualista moderna". ¡Cuántos libros se han escrito sobre este mismo tema! Y tú haces el resumen de todos ellos con el más sencillo laconismo.

Hablando del progreso en el porvenir, dices: "Un derecho y un deber serán comunes a todos los hombres, constituyendo los fundamentos del organismo social venidero. Tales son: el derecho de vivir y el deber de trabajar".

Tu pequeño libro es, en mi concepto, uno de los libros más grandes que se han escrito en nuestros días sobre la vida ultraterrena. Es tan profundo el asunto del que te ocupas respecto al viaje que hace el alma por las regiones del infinito, y lo describes con un lenguaje tan al alcance de todas las inteligencias, que te pareces a Cervantes en tu admirable modo de escribir. Para mí, eres el Cervantes del Espiritismo.

Desde la temprana edad de diez años vengo leyendo con conocimiento de causa, y en sesenta y un años de lectura algo se aprende. Yo te aconsejo que aproveches tu tiempo y escribas cuanto te sea posible para bien de la humanidad, porque vale más un pequeño libro tuyo, que muchos tomos en folio de renombrados sabios, y en premio a tus desvelos, cuando dejes la Tierra, antes de elevarte a otras regiones oirás una voz armoniosa que te dirá dulcemente: Mira tu obra. Te detendrás un momento y verás en la superficie de este mundo un reguero de luz formado por tu libro La Religión futura.

ODIO DE SIGLOS

I

Dice un antiguo adagio que quien con lobos anda, a aullar aprende, y de ahí viene que cuando uno de nuestros más íntimos amigos tiene predilección por esto o por aquello, nosotros le seguimos sin apercibirnos muchas veces de lo que hacemos, pero la verdad es que le imitamos fielmente.

Yo tengo la monomanía de buscar historias, cuentos y relaciones — como dicen los ciegos que venden romances en Andalucía— en todo ser que se diferencia de los demás, y mi amiga Dionisia, siguiendo mis huellas, donde quiera que va, ve lo que no ve la generalidad. Ha estado algunos meses fuera de Barcelona, y en cuanto volvió, vino a verme, diciéndome:

—Me he acordado muchísimo de ti.

—¿Sí?, me alegro, señal de que no me olvidas.

—No, ya sabes que yo no tengo mis afectos prendidos con alfileres; y además, que como las dos buscamos lo que otros no buscan, nuestro cariño tiene raíces más hondas, por la analogía de nuestras aspiraciones y sentimientos; y te he recordado principalmente en una casa de salud donde permanecí algunas horas acompañando a una amiga mía que está paralítica. Estando hablando con ella, sentí voces, gritos, risotadas, lamentos, ¡qué sé yo!, una serie de ruidos a cuál más discordes y desagradables. Me levanté, dominada por la curiosidad, y me asomé a una ventana, desde la cual vi lo siguiente: Un jardín inmenso, muy verde y frondoso, en el que muchas enfermas convalecientes disfrutaban en la contemplación de variadas flores y de bosquecillos formados por arbustos floridos. Al pie de mi ventana había una jovencita que contaría quince años, muy bien vestida, artísticamente peinada, que jugaba con una niña de unos doce años, en cuyo semblante el idiotismo había dejado su marca indeleble, una risa estúpida, una mirada vaga que adquiriría expresión cuando su joven compañera le hacía daño mordiéndole las manos o apretándole la garganta, riendo y blasfemando a la vez. Dos enfermeras acudieron solícitas y las separaron, y yo, mirando a las dos niñas pensé: ¿qué habrán sido estos dos seres? Hoy se encuentran en una casa de curación, se lastiman con sus juegos brutales, se miran y sus miradas no demuestran el menor cariño, y sin embargo se buscan, y pregunté a mi amiga si sabía quiénes eran aquellas niñas. —Sí, me contestó; la mayor es una condesita inmensamente rica, sin padres, que está loca desde que nació, pero es una locura tranquila: con la única que se desmanda es con esa niña idiota, que la han traído aquí a ver si la ciencia le da lucidez a su inteligencia; las dos separadas, no molestan a nadie, pero en cuanto se encuentran en el jardín, si las buenas madres no tienen cuidado de separarlas, se destrozarían la una a la otra a mordiscos y puñetazos. Cuando se encuentran, las dos lanzan un rugido de salvaje alegría y se acarician al principio para destrozarse después, si las dejaran. Los médicos hacen un estudio con las dos, dejándolas algunos momentos juntas,

pero no tienen más remedio que separarlas en cuanto las ven dispuestas a cometer un atropello. De nuevo oí risas y lamentos, miré por la ventana, y las vi que, burlando la vigilancia de las enfermeras, las dos niñas se golpeaban brutalmente. Las separaron dos médicos que acudieron, y yo me quedé tan impresionada y tan convencida de que aquellos dos seres no eran extraños el uno al otro, que al momento pensé en ti y dije: Yo le pediré a Amalia que pregunte sobre estas dos desdichadas, la una loca y la otra idiota; se ve que se odian; su odio no ha nacido ahora. Dicen que separadas son dos seres inofensivos; la loca no molesta a nadie, al contrario, la dejan libre todo el día y habla tranquilamente con las enfermas, y la idiota tampoco hace daño a nadie, pero al encontrarse las dos se enfurecen. ¿Qué recuerdan? ¡Quién sabe! Créeme Amalia, si tú hubieras visto aquel cuadro, te hubieras impresionado tanto o más que yo.

—Sólo con tu relato has conseguido impresionarme y yo te prometo que aprovecharé la primera oportunidad para preguntar sobre esas dos desgraciadas criaturas que hoy viven sin vivir.

II

Desde que hablé con Dionisia, no he pensado en otra cosa que, en la pobre loca y la infeliz idiota, y en cuanto pude, interrogué a un Espíritu y éste me contestó lo siguiente:

"Tu amiga y tú, estáis en lo cierto al creer que esos dos seres a quienes el infortunio reúne hoy en un hospital de lujo no es la primera vez que se encuentran en la Tierra. Hace algunos siglos que esos dos Espíritus ocupaban una posición brillantísima; los dos pertenecían al sexo fuerte y fuertes eran por su poder feudal, por sus inmensas riquezas y su carácter violento. La loca de hoy se llamaba Ramiro, y la idiota del presente Ataúlfo.

Ramiro y Ataúlfo pertenecían a dos familias enemigas y se odiaban francamente haciendo alarde de su odio, peleándose continuamente por un pedazo de tierra más o menos. En una de esas batallas, Ramiro se apoderó de una sierva de Ataúlfo, una joven hermosísima que éste amaba y esperaba hacerla suya en el momento que contrajera matrimonio con uno de sus siervos, ya que tenía derecho de pernada sobre sus vasallos. Ramiro al verla, la quiso para sí y se la llevó abusando de su poder. Ataúlfo se encolerizó de tal modo al enterarse de lo ocurrido, que juró arrasarlo el castillo de Ramiro; reunió sus mesnadas, y rodeado de sus mesnaderos, cayó como una tromba sobre el castillo de Ramiro, incendiando la fortaleza y buscando a Ramiro con tal saña que consiguió matarle, muriendo él también a manos de Ramiro. Y tan embriagados estaban aquellos dos Espíritus por su odio recíproco, que durante muchas existencias se mataron el uno al otro, no calmándose nunca su sed de venganza.

"Ramiro conserva todavía su odio implacable; Ataúlfo ha progresado más y compadece a su enemigo; por eso, cuando hoy se juntan, la niña idiota sufre las embestidas de la joven loca sin hacerle daño. ¡Quién dirá que esas dos niñas infelices han sido en otro tiempo el terror de sus vasallos, siendo siempre su voluntad obedecida, aunque sus mandatos fueran verdaderamente inhumanos! La una es una pobre loca sin el cariño de nadie; no tiene en su favor más que sus inmensas riquezas, por la cuales vive en la abundancia sin saber lo que

son los goces de la vida. La otra es idiota, y aunque tiene familia que la quiere, ella no puede apreciar su cariño. Los tiranos de ayer, son los esclavos de hoy, y hoy el dolor las reúne en un hospital para comenzar el ensayo de quererse, pero aún pasarán muchas centurias antes de que esos dos seres se amen, pero al fin se amarán, porque ningún Espíritu ha sido creado para odiar eternamente. Adiós".

III

Razón tenía Dionisia al impresionarse contemplando a esas dos niñas, la una loca y la otra idiota.

Mientras más se estudia el Espiritismo, más íntimo es el convencimiento que se adquiere de que el odio es el Caín de los siglos. ¡Cuántos crímenes se cometen por la influencia del odio y cuántos se cometerán aún! ¡Dichosos los espiritistas convencidos, porque ellos no pueden odiar, y bendita sea la divulgación del Espiritismo!

¡LOS GRANDES DE AYER!

I

Siempre que encuentro en mi camino alguno de esos desventurados que no tienen casa ni hogar, murmuro con profunda tristeza, con inmensa compasión: ¡He aquí un grande de ayer! Para carecer de todo, para no tener un rincón donde cobijarse, ¡cuántos crímenes se deben haber cometido! ...

Esto pensé cuando leí últimamente el siguiente suelto:

MUERTA POR EL ALCOHOL. — Anoche fue encontrada muerta en uno de los calabozos del cuartelillo de la Guardia municipal de la calle de San Sadurní, una mujer de unos sesenta años, sorda y muda, de la que se ignora su nombre, quien por la tarde había sido encerrada por habérsela encontrado tendida en el rellano de la escalera de la casa número 9 de la Indicada calle por el guardia Emilio Valle, después de haberla auxiliado en la casa de socorro del distrito y diagnosticar los médicos que presentaba síntomas de alcoholismo agudo.

Esta infeliz mujer vagaba siempre por las calles completamente alcoholizada, llamando la atención de las gentes y provocando continuos escándalos. El Juzgado de guardia ordenó el levantamiento del cadáver y su conducción al cementerio.

¡Qué expiación tan horrible! ... ¡Cuánto tiempo estuvo cruzando esa infeliz la calle de la amargura!, y cuando más ensimismada me encontraba con mis amargos pensamientos, recibí una carta de una íntima amiga mía, que vive en El Granado, Huelva, y en ella me contaba a grandes rasgos la muerte de un pobre loco que, arrojado de su casa y de quien todos huían, incluso su familia, recorría las calles, y aunque se muriera de hambre y de frío no exhalaba una queja; por la noche se refugiaba en una casucha ruinoso y allí dormía junto a algunos cerdos.

Un día le entregaron a mi amiga una carta, diciéndole el dador de ella que se la había dado el Loco; la carta estaba llena de garabatos ininteligibles, nadie la pudo leer, pero mi amiga la leyó con el corazón, contestando a aquel jeroglífico de la miseria y del dolor, del modo siguiente: llamó a sus hijos y les dijo: Hijos míos, ayudadme para hacerle un colchón al pobre Loco, que está durmiendo en el suelo. Los niños ayudaron a la buena obra, mi amiga hizo limpiar la casucha y arreglar una habitación, para que en ella durmiera el pobre Loco, el cual, al ver su nueva cama lloró silenciosamente, y al preguntársele quién le había llevado el colchón, contestó: Mi ángel. Su ángel se impuso la santa obligación de llevarle la comida diariamente, satisfaciendo sus caprichos, cuanto le pedía, café, chocolate y cigarrillos. El pobre Loco vivió así algún tiempo, y cuando veía a su ángel, su semblante se iluminaba con la más dulce sonrisa y miraba a los niños de mi amiga como si fueran verdaderos ángeles. Al fin enfermó, y no murió como un perro; su ángel le rodeó de tiernos cuidados, y así tuvo quien cerrara sus ojos y enterrara sus restos decorosamente. Y al leer tan triste historia reflexioné y dije: He aquí dos seres que, aunque muy lejos el uno del otro,

¡qué iguales sus destinos!... Ella sordomuda, abandonada de todos, el Loco, arrojado de su hogar y despojado de sus bienes, pues algunos poseían, negándole su ingrata familia el pan y la sal de la hospitalidad. ¿Qué habrán sido ayer estos dos desventurados?, contestándome un Espíritu lo siguiente:

II

"¿Qué quieres que hayan sido? Dos grandes de la Tierra. Cuando veas a un ser sin casa ni hogar, perseguido por la turba callejera, sin que nadie se interese por él, ten el íntimo convencimiento de que aquel individuo, a semejanza de Atila, rey de los hunos, que la historia le puso por mote El azote de Dios, porque en el campo que cruzaba su caballo ya no crecía la hierba. Atila ha tenido, tiene y tendrá, durante mucho tiempo, fieles imitadores; y esos dos infelices que te inspiran curiosidad y compasión han sido dos azotes de la humanidad, dos hombres dominados por los vicios. La que hoy ha muerto alcoholizada, tuvo el vicio de la lujuria y por satisfacer sus groseros e impuros apetitos, causó numerosas víctimas; entre ellas hizo enmudecer de espanto a una niña casta y pura, primera que le impresionó, y en memoria de la cual volvió a la Tierra sordomuda, comenzando así a pagar sus innumerables deudas. Y el que hoy ha pasado por loco, que en realidad no lo era, tuvo el vicio de la más insaciable avaricia, confiscó los bienes de muchísimos inocentes acusados de herejes, y hoy le han usurpado los suyos, porque no merecía poseer ni un palmo de tierra, ya que él había arrojado de sus hogares a muchísimas familias que con el sudor de su frente habían conseguido tener una vivienda y un poco de terreno para sembrar en él el trigo necesario y la viña fecunda cuyo fruto tan útil le es al hombre. Ya al hablarte así leo en tu pensamiento una pregunta que no te atreves a formular, pero a la que yo te contestaré. Tú dices, para tu fuero interno, que si merecen ser tan desdichados, no son culpables los que los miran con desprecio y los que les niegan el agua y el pan.

"Pues sí, lo son, porque ya te he dicho repetidas veces que el papel de verdugo no necesita desempeñarlo ningún Espíritu, porque cada ser es el verdugo de sí mismo cuando llega la época de cumplirse la sentencia que él mismo se ha impuesto en cumplimiento de la más justa de las leyes.

"Mucho escriben ahora vuestros filósofos sobre si la expiación existe o deja de existir, pero sobre todas las opiniones de vuestros sabios están los hechos. ¿Existen o no existen seres en vuestro mundo que no tienen casa ni hogar, que carecen los unos de la vista, los otros del movimiento de sus miembros, aquéllos del don de la palabra, y, como consecuencia inmediata, del oído? ¿Se puede negar la existencia de estos desgraciados? No; pues si existen, ¿por qué son más desventurados que el resto de la humanidad, si nacieron como los demás hombres? Si una mujer los llevó en su seno ¿por qué tan enorme diferencia se opera ya que unos viven entre flores y otros entre zarzas espinosas? Si todo en la Creación es efecto de una causa, ¿no va a tenerla el inmenso dolor, el abandono, la humillación en que viven muchos desgraciados careciendo de todos los goces, mientras otros se hastían por el exceso del placer? La expiación es una ley justa, como son justas todas las leyes emanadas de Dios, y el deber de los terrenales es compadecer a todos los esclavos de sus propias miserias y, te lo repito, nadie tiene derecho a hacer justicia por su mano, razón por la cual

no se necesitan verdugos, cada ser cumple la sentencia que él mismo se impuso cuando encarnó en la Tierra. El deber de la humanidad es el de compadecer a los vencidos, no el de remachar los tornillos de sus cadenas. Compadece a los que han saciado su sed con sus lágrimas, porque hay dolores irresistibles que merecen inmensa compasión. Adiós".

III

Dice muy bien el Espíritu, debemos compadecer a los que carecen de todo lo indispensable para vivir, porque los que tanto sufren son los pecadores reincidentes que han ensangrentado la Tierra con sus crímenes.

Los grandes de ayer, son los parias de hoy. ¡Pobrecitos! ¡Es tan malo ser malo!

A UNA MUJER

Me pides versos, con insistencia,
me pides versos, porque te dé
un buen consejo, que a tu existencia,
cambie de rumbo; pero... no sé

si podré darte lo que deseas,
porque te obstinas tanto en pensar,
que con el vuelo de tus ideas
hasta otros mundos quieres llegar.

Tienes la fiebre del desconsuelo,
tienes el ansia de ver más luz,
te da la duda su cruel desvelo
y te anonadas ante tu cruz.

Soñaste amores, porque en la vida,
¡quién no ha soñado con dulce afán! ...
pero soñando fuiste vencida:
(¡cuántos soñando cual tú caerán!)

Crees que en la tumba todo se acaba,
pero esta idea, te causa horror,
y de tus dudas eres esclava
pues te esclaviza tú mismo error.

Es necesario mirar al frente,
siempre adelante con noble afán,
es necesario que seas valiente,
los que no luchan no vencerán.

Cuando padeces, ten por seguro
que no mereces ningún placer,
si fueras digna de un goce puro
en torno tuyo verías crecer

plantas lozanas llenas de flores,
aves canoras en tu redor
entonarían cantos de amores,
¡tu hogar sería nido de amor! ...

Mas... no lo tienes, pasan tus días
sin un ensueño, ¡pobre mujer! ...

van en aumento tus agonías
porque tus dudas te hacen caer.

Si tú no quieres, no me es posible
darte consuelo para tu mal,
si no me escuchas, es imposible
que yo destruya tu error fatal.

Me pides versos, pero es en vano
si me los pides por distracción,
que yo descubra el hondo arcano
donde se esconde tu corazón.

Escucha atenta, si es que tú quieres
hallar consuelo, reposo y paz;
al convencerte, que sin deberes
la dicha es humo, ¡humo fugaz!

Lánzate en busca de sensaciones
que vigoricen tu corazón;
no te entristezcan las decepciones
ni te embriagues con la ilusión.

Busca la vida que presta aliento,
busca la vida de la verdad,
busca la vida del sentimiento,
busca la vida de la piedad.

A este consejo, yo te lo ruego
que le dé abrigo tu corazón;
que una creencia te dé su fuego,
para que alcances tu redención.

¡AY DEL QUE CAE!

I

Hace pocos días, hablando con Amparo, una de mis mejores amigas, Espíritu muy observador y reflexivo, me dijo así:

—Hoy me han contado una historia de dos niños que me ha conmovido extraordinariamente.

—¿Sí? pues mira, ya me la estás contando.

—Así pensaba hacerlo, porque me gustaría saber algo del pasado de esos dos niños; no por mera curiosidad, sino para estudiar un capítulo más de la historia de la humanidad.

—Yo te prometo que como el asunto lo merezca, preguntaré al guía de mis trabajos, porque ya sabes que yo no me canso nunca de estudiar en esa gran obra inédita que van escribiendo eternamente las humanidades; comienza, por tanto, tu relato.

—Pues daré comienzo diciéndole que en un colegio de Barcelona el director estaba casado y tenía una hija pequeñita que contaría poco más de un año; el director y su esposa eran felices viendo crecer a su tierna hija, la que era muy hermosa, muy desarrollada y hablaba con ese lenguaje que sólo los padres entienden, pero asemejándose a un pajarillo loco, siempre cantando con su media lengua. Tula era el encanto de todos los chiquillos del colegio que a la hora del juego tomaban a la niña por su cuenta, pasando de unas manos a otras y siendo la pequeñuela la alegría de todos. Entre sus amiguitos figuraba Antonio, un niño de siete a ocho años que siempre la tomaba en brazos y la levantaba en alto colocándola sobre una mesa y haciéndola bailar. Tula saltaba y brincaba, porque a pesar de su corta edad, corría más que un gamo, siendo la primera en buscar a Antonio para que la hiciera dar volteretas. Un día, no se sabe cómo, jugando con Antonio, Tula se cayó de una mesa al suelo, y, cosa rara, no exhaló ni un grito. Antonio llamó a la madre de Tula y ésta acudió, tomó a la niña en sus brazos y advirtió con espanto que ella lloraba en silencio, sin exhalar ni un gemido; llevaron a la niña a una farmacia, le dieron un antiespasmódico, buscaron a un médico, a dos, a varios, y todos dijeron lo mismo. Tula se había quedado muda; no tenía ningún miembro fracturado, no había recibido golpe alguno que amarotara su blanca piel, pero enmudeciera, quizá para siempre. La madre de Tula se desesperó por completo, el padre lloró por dentro, como lloran los hombres, y Antonio, el autor inocente de tanta desventura, abrazaba a Tula, pidiéndole perdón; la niña le acariciaba como le hacía antes, y su madre le decía al niño: Tú, tú eres la causa de la desgracia de mi hija; yo tendría que odiarte y maldecirte, pero...la niña se desvive por ti. ¡Dios mío! ¡Dios mío, en qué mala hora la pusiste sobre la mesa!

La madre de Antonio fue a suplicarle a la madre de Tula que no reconviniera tanto al pobre niño, porque éste, cuando llegaba su casa lloraba amargamente y no quería dejar de ir al colegio, antes, al contrario, le pedía a su madre de rodillas que lo dejase ir, pues él no podía

vivir sin Tula. Cuando menos se esperaba, trasladaron al padre de Tula a un pueblo de la provincia de Gerona, y allí se fue con su esposa y su niña. Antonio enfermó de pena y siempre hablaba de lo mismo, de la niña muda.

A fuerza de cuidados llegó a cumplir trece años, y al cumplirlos le exigió a su madre que lo llevara a ver a Tula, quien a la sazón contaba siete u ocho años. Cuando Antonio vio a la niña, la abrazó y besó apasionadamente, diciéndole a la madre de Tula: Vengo a decirle que yo estudiaré tanto, que dentro de pocos años seré un hombre, y entonces me casaré con Tula. Ya que he sido la causa de su desgracia, quiero labrar su felicidad con mi cariño. La madre de la mudita abrazó a Antonio, diciéndole: ¡Qué peso me quitas de encima, hijo mío, Dios te bendiga! Tuya es mi hija.

Antonio se quiso quedar en compañía de su prometida, pero, como estaba muy delicado de salud, le obligaron a quedarse en una casa de campo, cercana al pueblo donde vivía Tula. Antonio siempre que podía iba a ver a su novia, como él decía, pero la tisis galopante se apoderó de su endeble organismo, y ya no pudo dejar el lecho, agravándose tan rápidamente que pocos días después murió llamando a Tula. Excusado es decir que las dos madres quedaron inconsolables, y ahora digo yo: ¿No le parece usted muy extraño lo ocurrido entre esos dos niños, especialmente a Antonio, que en su tierna edad fue tan consecuente con su primer amor?

—Sí, Amparo, tienes razón; Antonio y Tula, indudablemente se han conocido antes, y en cuanto pueda, preguntaré a mi guía a ver qué me dice. Pregunté en cuanto tuve ocasión y obtuve comunicación siguiente:

II

"No estás desacertada al creer que esos dos niños se han querido anteriormente; ya llevan varias existencias enlazados el uno otro. En su encarnación anterior los unió el vínculo del matrimonio, pero entonces Tula pertenecía al sexo fuerte y se llamaba Leoncio, y Antonio llevaba la hermosa envoltura de una mujer de llamada Adriana. Desde niños sus padres concertaron su enlace Leoncio y Adriana se criaron juntos y muy jovencitos se unieron ante Dios y los hombres. Durante muchos años fueron complemente felices, llegando a la edad madura sin haber tenido el más leve contratiempo en su tranquila existencia. No tenían hijos, pero se bastaban el uno al otro; siempre iban juntos a todas partes llamándoles el matrimonio feliz. Mas llegó un día fatal en el que tuvieron que recibir en su casa a un noble extranjero que venía muy recomendado por unos parientes de Leoncio. Este y Adriana recibieron al huésped con palmas y olivas, y Adriana, la perfecta casada, la enamorada de su marido, la que desde niña le adoró, al ver al extranjero se estremeció, sintió un vértigo desconocido y en lugar de huir del peligro, se acercó a él, como se acerca las mariposas al fuego en cuya llama queman sus alas. El huésped era uno de esos hombres temibles, un libertino que hacía rendir todas las mujeres, y Adriana cayó en sus brazos ebria de felicidad. Leoncio al principio ignoró por completo la tempestad que desencadenaba en torno suyo, pero un anónimo le hizo sospecha de la fidelidad de su esposa y pronto se convenció de su desgracia, tomando la venganza por su mano, matando a su rival de un tiro, queriendo concluir con la vida de su infiel compañera con otra bala, pero no dio en el

blanco y aterrado, enloquecido, huyo de su patria para ocultar su deshonra, mientras que Adriana, no volvió a exhalar una queja, pues se quedó muda al oír las dos detonaciones, pero, como conservó todo su conocimiento, se apoderó de ella tan profunda pena, se arrepintió tan sinceramente de su caída, que pidió a Dios con todo el fervor de su alma expiar su crimen. Murió al poco tiempo y en el Espacio vio claramente la enormidad de su falta, pidiendo volver a la Tierra para buscar a Leoncio y hacerle completamente feliz con su inmenso amor. Leoncio, por su parte, como era muy bueno, perdonó la caída de Adriana y se dio palabra a sí mismo de venir y enmudecer para sufrir lo que ella había sufrido; volvió con la bella envoltura de mujer, y Adriana, perteneciendo al sexo fuerte, siendo el niño Antonio que, sin saber el porqué, tanto amaba a Tula, su esposo de ayer; pero su Espíritu estaba tan avergonzado de haber caído, que murió, no por la tisis, murió abrumado por el peso de su remordimiento, en tanto que Tula sigue en la Tierra pagando una deuda que, si la contrajo, motivos tuvo para herir y matar, pues en la Tierra como en el Espacio Tula y Antonio son dos Espíritus buenos; sus sufrimientos tendrán término en época no muy lejana, porque los dos reconocen su falta: ella el olvido de sus deberes, y él su arrebato y su violencia matando a su rival y queriendo matarla a ella también.

"Ya ves si tienen historia esos dos niños; preguntad siempre que podáis sobre los misterios de ayer, pues el pasado es la base del presente. Adiós".

III

Cuántas gracias les doy a los Espíritus por sus comunicaciones; por ellas, en medio de mi ancianidad y de mi impotencia, uno puedo aprender y enseñar.

UN EPISODIO

I

—Créeme Amalia —me dice mi amiga Luisa— yo quisiera creer en el Espiritismo y no puedo, y cuando veo que tú crees con tanta facilidad en todas sus manifestaciones, te envidio, porque a todo le encuentras salida.

—Como que todo la tiene, pues no es que yo se la quiera dar, es que no hay efecto que no tenga su causa; lo que hace falta es saber observar y saber inquirir: ésta es la gran ciencia de la vida. No hace muchos días vino a verme Claudina, a quien tú ya conoces, y me contó un sueño que había tenido, el cual le llamó muchísimo la atención y a mí también me interesó vivamente su relato, tanto, que pregunté a un Espíritu y me dio una comunicación muy interesante, y la encontré tan racional, que la creí sin titubear un segundo.

—¡Ay!, cuéntamela, a ver si yo también la encuentro tan lógica como tú.

—Quizá no, porque tú no tratas a Claudina con la intimidad que la trato yo.

—Eso también es verdad, pues vale mucho conocer las interioridades de una persona, y tú y Claudina parecéis dos cuerpos y un alma.

—Sí; porque hay bastante parecido en nuestras vidas. Claudina es una mujer que ha vivido sin vivir porque no ha realizado ninguno de sus sueños, ha sido muy desgraciada en sus amores, ha sufrido innumerables desengaños, ha suspirado por un hogar tranquilo y, a semejanza del judío errante de la leyenda, siempre ha escuchado una voz que le ha dicho: ¡Anda!, y la pobre ha tenido que andar sin encontrar lo que tanta falta hace para reposar: unos brazos amigos.

—Pues, ¿y los tuyos?

—Los míos no le sirven, ella necesitaba los brazos de un buen marido y de unos hijos cariñosos, únicas flores que se encuentran en el erial de este mundo.

—Pero, y el sueño, ¿no me lo cuentas?

—Sí, mujer; pero para apreciarlo en su justo valor, tenía que decirte algo sobre la vida íntima de Claudina, que es un árbol seco con las raíces al descubierto.

—Vaya una comparación.

—La más exacta, porque Claudina es sola, enferma y pobre. Pues bien, no hace muchos días que vino a verme y me dijo: Voy a contarte un sueño muy particular que he tenido, y digo que es muy particular porque no se aparta de mi memoria. Soñé que una noche se me presentó una niña como de ocho a nueve años, muy delgadita, muy pálida, con el cabello muy lacio, de un rubio ceniciento y vestida pobremente, me miró con fijeza y me dijo:

—Acabo de salir del hospital, no tengo dónde guarecerme y vengo a quedarme aquí.

—Aquí es imposible —le dije con desabrimiento— yo no te conozco, no sé quién eres, vete a cobijarte en un asilo, aquí no te puedes quedar. Le volví la espalda retirándome a mi gabinete, pero sintiendo remordimiento por mi proceder, queriendo olvidar a la niña y sin poder conseguirlo; y aquella carita triste la veo siempre, y siempre resuena en mi oído su voz angustiada, tanto, que pensando en ella improvisé estas dos estrofas:

¿Quién eres, niña? ¿Qué me recuerdas?
cuando en mi sueño tu rostro vi
en mí vibraron distintas cuerdas:
¿qué lazo, dime, me ha unido a ti?
Tu voz doliente vibró en mi oído
y al contemplarte... no sé, no sé,
miré la sombra de algo perdido,
y ante la sombra ¡me avergoncé! ...

—Yo no sé, Amalia, yo no sé; pero la imagen de aquella niña me persigue, y tan pronto siento por ella simpatía, como inexplicable repulsión. ¿Qué será esto, Amalia?

—Algo que debe tener su historia y no muy agradable; en cuanto pueda preguntaré qué existe entre esa niña y tú.

—Mucho te lo agradeceré —me contestó Claudina— porque verdad es que desde aquella noche yo no estoy bien.

—¿Y lo preguntaste?

—Sí, lo pregunté.

—Y ¿qué te dijeron?, estoy deseando saberlo.

—Déjame hablar, y no seas impaciente, el Espíritu me dijo lo siguiente:

II

"No es extraño que Claudina se impresionara contemplando a esa niña, que no es tal niña; es un Espíritu que se presenta bajo esa forma a fin de despertar el sentimiento de esa pobre mujer, pues no siempre ha vestido el sayal femenino, muy al contrario, su traje habitual era la ropilla de terciopelo, la capa espléndida y el airoso chambergo con negras plumas. En una de esas existencias de aventuras y desafueros, la que hoy se llama Claudina y entonces se llamaba Claudio, requirió de amores a una hermosa joven perteneciente a una gran familia, abusó de su inocencia y de su credulidad, dejándola después como dejaba a todas las mujeres que se fiaban de él, creyendo en sus amorosos juramentos. Renata, al conocer que iba a ser madre, participó a sus padres su desventura, y éstos la arrojaron de su casa lanzando sobre ella su maldición. Renata fue a ver a su seductor, y éste le volvió la espalda negándole su participación en su deshonor, lo que la movió a refugiarse en un hospital donde dio a luz un niño, muriendo poco tiempo después sin conseguir de Claudio ni una mirada de compasión.

"Con tan inicuo proceder, Renata debía odiar a su seductor, mas no fue así; al verse en el Espacio le compadeció tiernamente y se propuso su regeneración, la que aún no ha conseguido, presentándose ante él del modo que más le pueda impresionar, y como sabe que Claudina ama a los niños, se presenta con la débil envoltura de niña enfermiza para despertar sus sentimientos, pero el Espíritu de Claudina siente una impresión muy distinta, se avergüenza de sí mismo al estar tan cerca de una de sus víctimas, es aún muy pequeño y no puede apreciar el inmenso amor que por él siente Renata. Claudina es digna de lástima porque ha pecado mucho, comienza a despertar de su letargo, y por eso se avergüenza sin saber por qué ni tampoco la razón de que la imagen de la niña enferma la persigue. Ya era hora de que comenzara a sentir. Adiós".

III

- ¿Y qué ha dicho Claudina?

-Qué quieres que dijera, que encuentra muy lógica la comunicación del Espíritu y que ahora comprende por qué no ha podido realizar sus sueños amorosos. Por eso yo no creo porque sí en las revelaciones de ultratumba, creo en ellas porque levantan el velo que cubre el pasado; si así no fuera, creería que las comunicaciones de los Espíritus eran otras tantas imposturas aceptadas por el fanatismo y la ignorancia; pero como encuentro en las revelaciones de los Invisibles tantas verdades, creo en la verdad y cada día estoy más contenta de haber conocido el Espiritismo.

—Dichosa tú que puedes creer; yo no puedo.

—Ya creerás, no todos los Espíritus tienen los mismos alcances ni están preparados convenientemente; no te impacientes, la luz brilla para todos, y para ti también brillará, todo es cuestión de tiempo y de voluntad; querer es poder, y si tú quieres llegarás a creer en lo que yo creo: ¡en la justicia y en la grandeza de Dios!

LOS INCENDIARIOS

I

De Valparaíso me escribe Alemanno Gori, enviándome recortes de dos periódicos de aquella localidad, en los cuales se dan detalles de una verdadera catástrofe y, para mejor inteligencia de mis lectores, copiaré los párrafos más interesantes de dichos relatos:

Poco después de las diez de la noche, ocurrió ayer en esta ciudad una de aquellas desgracias que por sus tristísimas y dolorosas consecuencias conmueven al espíritu y oprimen angustiosamente al corazón.

Valparaíso parece un puerto predestinado a toda clase de ruinas y dolores.

Todos los contrastes de la fortuna y todos los golpes de un negro destino se han dejado caer en el último tiempo, con fuerza aplastadora, sobre esta pobre ciudad, tan digna de mejor suerte.

Aún no se cicatrizaron en el alma de los habitantes las heridas abiertas en una catástrofe, cuando sucede una tras de otra, llevando el luto y el dolor a los hogares, el pesar a los amigos y agregando una página de muerte a la historia ya larga y dolorida de nuestros Infortunios.

Nuestro público fue sobrecogido anoche con la más espantosa y cruel noticia: la última nota de dolor en este horrendo concierto de tristeza, en el cual nos vemos fatalmente envueltos.

Las víctimas de la catástrofe de anoche fueron dos distinguidos jóvenes de nuestra primera sociedad; dos decididos y fieles soldados del deber, llevado a sus límites más extremos.

Don Rafael Devés Casanueva y don Alberto Van Buren, eran el tipo acabado de esa ardorosa y entusiasta juventud de nuestro puerto, cuyo espíritu de trabajo y sacrificio la distinguiera siempre de un modo especialísimo.

LA CATÁSTROFE

En vista del buen éxito de este primer ensayo, se resolvió alargar en toda su extensión la escalera, que quedó con una longitud de veintiún metros sobre el nivel de la calle. Con el objeto de probar la solidez y seguridad de la escalera, así colocada, subieron hasta el tope algunos voluntarios de la 8ª Compañía, pudiendo observar que el aparato ofrecía suficiente resistencia. Una vez que bajaron los voluntarios antedichos, se fijaron nuevamente las mangueras con amarras en los tramos de la escalera y el teniente Devés invitó nuevamente a subir a los compañeros que quisieran tomar parte en la maniobra.

La escalera, entretanto, seguía inclinándose, hasta que llegó un momento en que, no encontrando ya ninguna resistencia en su base, se desplomó con un ruido terrible y aterrador con su carga humana sobre los subterráneos cubiertos de escombros, destrozándose casi por completo. Un grito unánime y pavoroso se levantó entonces de la multitud aterrada. Los que estaban más cerca de los subterráneos acudieron al instante para socorrer a los heridos, otros pedían desesperados un médico, otros, aturdidos ante aquella escena terrible, lloraban como niños, y los más, sobrecogidos, casi inmóviles, sin darse cuenta cabal de lo que allí acababa de ocurrir, parecían petrificados por el espanto.

LAS VÍCTIMAS

La parte superior de la escalera, donde estaban los señores Van Duren y Devés, cayó sobre la segunda de las bodegas subterráneas siguiendo la dirección del Almendral. De allí, entre un muro de piedra y un montón de escombros, fueron sacados los cuerpos de los infortunados voluntarios.

Han muerto los señores Devés y Van Buren en la plenitud de la vida y de la juventud, en la edad más hermosa y alegre, cuando chispea el alma con todas las vivacidades de la juventud, ya templada con las primeras reflexiones graves que dan rumbo a las acciones y hacen mirar el porvenir más de cerca. Éste se les prometía brillante, iluminado por los fulgores de la próspera fortuna del hogar respetable y prestigioso. Eran vigorosos, llenos de ardor y nobles energías, y aunque no les hubiera abierto el sendero el claro nombre de sus padres, ellos se hubieran labrado un camino amplio, recto, bien abierto y despejado para avanzar de frente y sin mezquinas batallas. Tanta desgracia contrista el alma, aun de los que no están ligados a esos dos desgraciados jóvenes ni por familia, ni por compañerismo, ni por amistad.

Lamentamos esa desgracia como nuestra, y con todo el corazón y con toda el alma nos unimos muy íntimamente al dolor de las atribuladas familias y al severo luto de la institución que los contaba entre los mejores de los suyos.

II

El relato de la catástrofe es muy extenso, pero para dar una idea de ella, creo que basta con lo que he transcrito. Era un ejercicio de bomberos, de esos hombres abnegados que consagran sus vidas al bien de la humanidad, los que para instrucción y provechoso ensayo colocaron la escalera de veintiún metros sobre el nivel de la calle, muriendo esos dos hombres, víctimas de sus humanitarios sentimientos, y dignos, al parecer, de mejor suerte.

Como es muy cierto que hay presentimientos —me dice Alemanno Gori— Van Buren, el mismo día de la hecatombe estaba en casa de unos amigos, y como éstos le encontraron muy triste, le preguntaron por la causa de su tristeza, a lo que él contestó: "No sé, pero algo me debe pasar", y aquella misma noche desencarnó.

Me ruega Alemanno Gori que pregunte al guía de mis trabajos qué relación había entre esos dos Espíritus en otras encarnaciones, ya que han tenido que sucumbir juntos cuando todo les sonreía, cuando eran amados por sus familias y admirados y respetados por sus bellísimas cualidades.

Es verdad que impresiona la muerte violenta de cualquier hombre, pero cuando sucumben seres que han llegado a ser un modelo de virtudes, la impresión es más honda, le parece a uno imposible que tenga cuentas pendientes el que es un ejemplo de amor y sentimiento.

III

"Os parece imposible —me dice un Espíritu— porque no sabéis mirar, porque os contentáis con las apariencias, y es por ello que confundís el oro con el oropel; si os fijarais más en los seres que os rodean, descubriríais en su semblante las huellas de un pesar profundo, de un dolor íntimo, tan íntimo que no sale a la superficie, pero que existe en el individuo, como existe en la fruta el gusanillo que la devora interiormente. Esos dos jóvenes hermosos, atractivos, simpáticos, hace muchos siglos que están unidos por el vínculo estrecho de una verdadera amistad; jamás se han hecho traición el uno al otro, y han sido tan afines en sus aficiones que los mismos vicios y virtudes han arraigado en ellos simultáneamente; nunca han tenido que sonrojarse el uno ante el otro, juntos han caído y juntos se han levantado.

"Han sido Espíritus aventureros, muy dados a los goces del amor, pero no de fáciles amores ni de afectos plácidos y tranquilos, no el amor de una buena compañera, no el goce de una familia, no; han buscado siempre el misterio, el rapto, las mujeres escondidas en los claustros, las vírgenes consagradas al Señor, las hermanas de la caridad que consumen su juventud en los hospitales, todo lo imposible ha sido para ellos manantial de delicias, y cuando no han podido penetrar en los conventos, a pesar de derramar el oro a manos llenas, han apelado al incendio, y entre las llamas por ellos encendidas han arrebatado a las novicias que un día vieron a través de las triples rejas del coro. Como es lógico, la satisfacción de sus goces han ocasionado víctimas y muchas, en distintas ocasiones, porque ellos, conseguidos sus objetivos, huían del lugar incendiado y el fuego consumía cuanto a su paso hallaba.

"Como no hacían el mal por el mal mismo, como no gozaban con la destrucción y sólo les dominaba el deseo de poseer las vírgenes consagradas al Señor y vencer los imposibles, no fue tarea difícil la que sus guías se impusieron con ellos, perdiendo lentamente su vicio dominante, arrepintiéndose de sus malas obras quienes tantos incendios habían producido en diversas existencias, consagrándose hace ya mucho tiempo a luchar con el fuego para arrebatarse sus víctimas. Por eso han muerto en el ejercicio del deber que se habían impuesto.

Para ellos el ser bomberos era la gloria prometida, era el paraíso de su Espíritu; decididos a progresar han llegado a ser grandes por su abnegación, por su sacrificio, por su amor sin límites a la humanidad. Son dos Espíritus destinados a grandes empresas, merecen respeto y admiración, porque se han sabido levantar sobre el lodo de torpes apetitos y hoy se elevan

por su amor sobre todas las glorias que se pueden soñar. No les lloréis, pues los héroes no deben ser llorados: deben ser admirados y amados por la humanidad. Adiós".

IV

¿Qué podré decir después de lo que ha dicho el Espíritu? Que efectivamente, debemos respetar y admirar a todos aquellos que se sacrifican por sus semejantes, porque es prueba innegable de que son Espíritus de luz, y los Espíritus de luz ¡son los redentores de los pueblos!

DOBLE TRAGEDIA

I

Varios periódicos han publicado un suelto con el epígrafe "Tragedia amorosa", y otros le han dado otro título "Crimen pasional", y yo, al ocuparme de tan triste asunto lo bautizo con otro nombre: "Doble tragedia", porque indudablemente son dobles los asesinatos cometidos ayer y hoy.

Yo, al leer el relato que copio a continuación, dije enseguida: el desenlace de este drama no se ha escrito indudablemente en la época actual; las primeras escenas se desarrollaron ayer. ¿Dónde? ¡Quién sabe! Leamos.

TRAGEDIA AMOROSA. — He aquí cómo relata un corresponsal italiano un drama triste de amor ocurrido el día 13 del corriente en la ciudad de Pisa:

Armando Roglero, joven perteneciente a acaudalada familia, se enamoró hace pocos meses con violencia extraordinaria de una lindísima marquesa, Margarita Ferri, que estaba prometida al banquero Orsi.

El lunes se formalizó el matrimonio, y Armando lo supo. Su desesperación entonces fue tremenda. Corrió al palacio Ferri y pidió una breve audiencia a Margarita, la cual, para desengañarle de una vez, no tuvo inconveniente en concedérsela. Entró Armando en la estancia donde se hallaba Margarita y se arrojó a sus pies llorando y suplicándole que rompiera el compromiso matrimonial. Si no me escuchas —terminó diciendo— me mataré aquí mismo.

Ella rompió a reír, y Armando, arrodillándose, sacó un revólver y se atravesó la frente de un balazo.

No se comprende lo que ocurrió después. Acto seguido, Margarita Ferri, acaso enloquecida, tomó el revólver que se había desprendido de la mano de Armando, disparándose un balazo en el corazón.

He ahí otros modernos Amantes de Teruel que han venido a patentizar que el romanticismo no es una afección de tal o cual época, sino de todos los tiempos, porque él está en la naturaleza humana, sobre todo en la juventud.

No creo que sea romanticismo la muerte de estos dos desventurados; causas más poderosas, más reales, más positivas habrá sido la fuerza impulsiva que causó la muerte a dos seres jóvenes llenos de vida, de esperanza y de amor; y dominada por el noble deseo de aprender y de enseñar, he preguntado al guía de mis trabajos y he obtenido la comunicación siguiente:

II

"Dices bien; los dramas más sensacionales escriben su prólogo en una existencia y el epilogo en otra. Margarita y Armando, no se han conocido ahora, hace muchos siglos que se conocieron y en varias encarnaciones han estado enlazados por el vínculo de la amistad. Compañeros de armas, han muerto juntos en los campos de batalla, otras veces han estudiado en las universidades las leyes y las letras, y siempre se han distinguido por su amistad duradera. Mas ¡ay!, llegó un día que los dos amaron a una misma mujer. Margarita entonces era un mozo arrogante con el título de marqués de las Almenas y Armando, de noble familia, pero sin título alguno, también entonces llevaba el mismo nombre de hoy, pero no era de tan nobles sentimientos como tenía últimamente; su corazón estaba corroído por la envidia, envidiaba a su amigo el marqués que era más afortunado en amores, y al querer los dos a una misma mujer, su envidia se acrecentó porque la dama de sus ensueños le dio la preferencia al marqués, diciéndole a Armando que nunca le amaría.

Armando entonces ocultó su enojo, aparentó resignarse con su suerte, y el marqués creyó buenamente que buscaría en otros amores nuevas ilusiones, pero se engañó. Armando amaba a la mujer que le había despreciado, y con la mayor astucia y el más perfecto disimulo, acusó al marqués de hereje, y de estar en tratos muy íntimos con algunos judíos que hacían todo lo posible para levantar sus sinagogas sobre las ruinas de los templos católicos, y tejió tan bien la calumnia, apareció el marqués tan culpable, que la familia de su amada lo despidió del modo más ignominioso, puesto que la Iglesia le sancionó con la excomunión, viéndose el excomulgado abandonado de sus más íntimos amigos, incluso Armando.

El marqués entonces puso tierra por medio y Armando, aprovechando tan buena ocasión, empleó sus malas artes hasta conseguir casarse con la prometida de su amigo el marqués de las Almenas. Éste, que, aunque estaba lejos, contaba con servidores que le tenían al corriente de cuanto ocurría en su ciudad natal, al enterarse del casamiento de Armando con la mujer que debía haber sido su esposa, cayó la venda de sus ojos y vio claramente que Armando había sido el infame calumniador que le había deshonorado y arrebatado su felicidad, por lo cual, seguro de no equivocarse, volvió a sus patria, a su castillo señorial donde había visto la luz del día, en el que le esperaban sus fieles servidores, tras lo cual se presentó en casa de Armando, sereno y tranquilo, diciéndole: "A los reptiles se les aplasta con el pie; yo podría aplastarte, pero confío en que te aplastará la justicia de Dios; tomemos los dos nuestras espadas, el duelo será a muerte, Dios será el juez que dicte nuestra sentencia". Y Armando y el marqués se batieron y en el primer encuentro Armando cayó herido de muerte, diciendo el marqués a los testigos: "¡Dios es justo!, los calumniadores tienen que morir envenenados por la baba ponzoñosa que brota de sus labios".

"El marqués no sobrevivió mucho tiempo a su infiel amigo; su venganza le entristeció, y casi se arrepintió de haberle dado muerte, dado que ¡le había querido tanto! Habían crecido juntos, y juntos habían dormido muchas veces en la misma cuna; sus madres les habían dado el primer alimento, gustando el placer de amamantarlos y atendiendo tan pronto a uno como al otro; cada uno de ellos tenía dos madres; y después de una niñez dichosa y de una juventud risueña, ¡qué final tan horrible! El marqués se puede decir que murió de pena, y,

al llegar al Espacio, perdonó sinceramente a su infiel amigo, proponiéndose su regeneración y engrandecimiento.

Volvieron los dos a la Tierra, el marqués vino con la envoltura de una mujer bellísima, llevando el precioso nombre de Margarita, y Armando volvió con su mismo nombre, enamorándose locamente de su matador de ayer. Margarita le despreció, sintiendo lo que no podía explicarse, dado que estaba muy reciente la tragedia anterior, por lo que rechazaba a su matador; pero cuando le vio muerto, recordó, sin ella comprenderlo, que le había dado muerte anteriormente, y olvidando la ofensa recibida, sólo pensó en el castigo que le impuso, no encontrando otro medio de pedirle perdón que morir con él. Margarita se mató, no por romanticismo, se mató por remordimiento de haberle dado muerte dos veces a Armando; olvidó su infortunio y su deshonra; sólo recordó que había tomado la venganza por su mano.

Margarita es un Espíritu de gran porvenir, porque no se fija en el daño que recibe, sino en el daño que produce; no se duele de sus heridas, aunque éstas fuesen tan hondas que no pudieran cicatrizarse; siente el dolor producido por su vengativo arrebato. Los que olvidan los pecados ajenos y sólo recuerdan las propias culpas ¡cuánto tienen ganado para su eterno adelanto!

"Dices bien que esa tragedia amorosa es una doble tragedia. Armando y Margarita son Espíritus que aún tardarán en unirse y ser dichosos. No pueden ser felices los calumniadores ni los seres vengativos. La calumnia y el odio no pueden dar más fruto que la muerte violenta. Compadeced a las víctimas de tan torpes pasiones, pues para ellas es la desesperación y el remordimiento. Adiós".

III

¡Cuánto hay que estudiar en todos los acontecimientos de la vida!... y cuán lejos estamos la generalidad de las veces de conocer y apreciar el porqué de las cosas que, al parecer, se presentan tan claras, sencillas y al alcance de todas las inteligencias; pero como por regla general la historia no tiene capítulos en los cuales se pongan de relieve excelsas virtudes, esto aleja a muchas personas de los estudios espiritistas, pues es muy poco grato desprenderse de las vestiduras de púrpura y presentarse con los harapos de los mendigos, ya que mendigos son todos aquellos que no tienen otro patrimonio que violentas pasiones, rencores profundos y odios insaciables. Pero no hay otro camino que el de la verdad; todo lo demás es ir por el atajo, donde se suele caer por lo escabroso del sendero; las mentiras son flores de un día; por hermosas que sean, pierden su lozanía de la noche a la mañana; en cambio la verdad es la siempreviva sin perfume, pero duradera, y lo durable es lo que tiene que buscar el Espíritu.

¡Bendita la hora en que los Espíritus se comunicaron con los hombres y les dijeron: Tenéis un pasado, un presente y un mañana; tenéis muchas cuentas pendientes; procurad saldarlas cuanto antes, porque el que paga descansa, y el que descansa piensa, y el que piensa eleva su pensamiento y reconoce la grandeza de Dios!...

TODO TIENE SU HISTORIA

I

Mi amiga Amparo, que es un Espíritu muy observador, me entregó hace días el recorte de un periódico que dice así:

CELOS DE UN NONATO. — París, 5. — En La Rochela se ha ahorcado una joven de dieciséis años, por un motivo un tanto raro.

Noémie Brillouet, que así se llama la suicida, estaba desesperada de ver que su madre iba a traer próximamente al mundo un nuevo hijo, y no pudiendo tolerar esto, se suicidó.

A simple vista, parece una aberración incomprensible, un ataque de locura, huir de un ser que aún no ha nacido, y, por consiguiente, se está en la duda de si llegará a puerto el viajero, esto es, si nace con vida y si permanece en la Tierra, caso por el cual Amparo me decía:

—Pregunte usted al guía de sus trabajos, nunca con más motivos que ahora, porque es muy original ese suicidio, si es que esa joven no estaba monomaniática.

—Tienes razón en lo que dices, y yo te prometo preguntar el porqué de ese sangriento suceso. Y efectivamente, pregunté y me contestaron lo siguiente:

II

"Como sé que tu deseo es bueno, por eso siempre escucho tus peticiones, que no tienen otro objetivo que aprender y enseñar.

"Esa joven suicida tenía claro entendimiento y sus facultades mentales estaban perfectamente equilibradas, pero en lo más recóndito de su memoria palpitaba un recuerdo dolorosísimo, recuerdo que vive con ella desde hace muchísimo tiempo, el que es superior a su voluntad, pues cada Espíritu tiene su carácter especial y sólo a fuerza de multiplicadas existencias y de diversos acontecimientos se van borrando las huellas de pasados dolores.

"En una de sus anteriores existencias la suicida de hoy era una joven hermosísima, hija de una gran familia por su nobleza y por sus cuantiosos bienes, pudiéndose decir, que en sus vastos dominios no se ponía el Sol, tantas eran sus posesiones rústicas y urbanas en varios continentes. Clarisa, indudablemente, era completamente feliz, sus padres la adoraban, sus hermanos la querían con delirio y su prometido no vivía más que para ella; la única nube que eclipsaba algunas veces el sol de su felicidad era que su familia tenía fama de no ser muy adicta a la Iglesia de Roma, y sólo respetando su alta posición social se iban librando de las iras del Santo Oficio, si bien siempre la acechanza religiosa pesaba sobre todos ellos.

"Celebró la Iglesia la coronación de la sagrada imagen de la Virgen de Covadonga, y con tal motivo acudieron a la ciudad donde vivía Clarisa muchos prelados, no sólo del reino, sino también extranjeros, entre ellos fue un cardenal italiano que se hospedó en casa de

Clarisa, muy a disgusto de su familia; pero hay exigencias sociales que, si no se atienden en épocas de fanatismo religioso, se juega a veces hasta la vida. El cardenal Mauricio fue atendido ceremoniosamente, y el prelado se dio por satisfecho con el trato que recibía, y, muy especialmente, porque podía contemplar muy de cerca a Clarisa, que obedeciendo las órdenes de sus padres escuchaba respetuosamente las pláticas morales de aquél. El cardenal, ver a Clarisa y desearla todo fue uno, se contuvo al principio para no asustarla, hasta que al fin le dijo claramente que no podía vivir sin ella y que de ella dependía ser muy feliz o muy desgraciada. Que él la dejaría casar con su amado, siempre que pudiera después acariciarla en el tálamo nupcial, pues de no ser así, sería suya únicamente, llevándosela lejos, muy lejos, donde nadie volvería a saber de ella. Clarisa contestó claramente que ella no sería nunca infiel al amado de su alma, que la olvidara, que la dejara cumplir sus deberes y que él a su vez cumpliera con los suyos. El cardenal no insistió más y se marchó, y Clarisa, temiendo promover un conflicto, no dijo nada de lo ocurrido ni a su prometido ni a su familia, sabiendo como sabía que ésta era el blanco de infames sospechas, pues se decía que los padres y hermanos de Clarisa protegían a los judíos en muchas de sus empresas. Clarisa comenzó a sufrir grandes inquietudes y pronto comprendió que sus temores eran bien fundados, porque una noche asaltaron el palacio enviados del Santo Oficio, siendo Clarisa y sus familiares trasladados a los calabozos de la Santa Inquisición acusados de proteger las rebeliones de los judíos.

Clarisa fue sometida a varios interrogatorios, obligándosela a marchar a Roma, donde encontró al cardenal Mauricio, quien le dijo: “De ti depende la salvación de tu familia; sé mía, y todo volverá a estar como antes”. Clarisa lo apostrofó duramente, diciéndole que con su deshonor no compraba la libertad de sus padres, porque éstos, al saber el precio de su salvación la matarían cien veces, maldiciendo su infamia y su debilidad.

"El cardenal Mauricio, viendo su obstinación en no quererle, se empeñó a viva fuerza para que fuera suya, empleando tan pronto los halagos como los tormentos; pero Clarisa no se rindió jamás, y Mauricio llegó a enloquecer ante aquella mujer tan esclava de su honra, llegando a quererla más cuanto más la martirizaba; la dejaba largas temporadas tranquila, porque sobre todo no quería que se muriera; le horrorizaba la idea de perderla para siempre; jamás la dejaba sola, temiendo que atentara contra su vida, pasando en esta lucha horrible un período de veinte años. Clarisa y Mauricio murieron en el mismo día y a la misma hora, encontrando Clarisa en el Espacio a sus padres y a su prometido, y cuando ella se dio cuenta de todo lo que había sufrido, sintió tal espanto que perdonó a su verdugo por mandato de su guía y de sus padres, pero el perdón no pudo borrar el terror que sentía al pensar en aquel Espíritu que la había hecho salir del paraíso para arrojarla en el infierno.

Ella — ¡tan amada, tan dichosa! —, caer de repente en una mazmorra; su cuerpo tan resguardado, tan casto, verse profanado por los hombres que la sometían al tormento y la dejaban completamente desnuda, cayendo sobre ella una menuda lluvia de agua de nieve. ¡Sufrió tanto la infeliz! ... que es perdonable su inextinguible espanto. El Espíritu de Mauricio, que llegó a sentir por ella una verdadera pasión, sintió en el Espacio tan grande arrepentimiento como lo era su amor, y en varias existencias ha procurado acercarse a Clarisa, pero ésta, sin darse cuenta de lo que le sucedía, huía horrorizada del lugar en que

Mauricio encarnaba. Por eso, sin explicarse ahora el porqué, ha huido del ser que llevaba su madre en su seno; le es imposible estar cerca de Mauricio, no le odia, no, porque Clarisa es un Espíritu que no sabe odiar, pero tiembla aterrorizada al sentir desde muy lejos el fluido de un Espíritu que le hizo sufrir los mayores tormentos, y tardará siglos aún en irse debilitando el espanto que siente al presentir que Mauricio va en su seguimiento. Mucho te pudiera decir sobre este asunto, pero basta por hoy para darte una idea del estado de ánimo de la joven suicida. Adiós".

No encuentro frases para demostrar a los Espíritus mi profunda gratitud por su condescendencia para conmigo, porque en medio de mi impotencia aún puedo hacer algún bien a la humanidad dando cuenta de algunos episodios de la historia. Dios quiera que hasta mis últimos momentos pueda obtener comunicaciones de los Espíritus para publicarlas sirviendo de enseñanza a los vencidos en la lucha de la vida. Con el estudio del Espiritismo se encuentra solución a muchos problemas y se ve muy claro lo que antes estaba envuelto en las sombras del misterio.

¡Bendita sea la comunicación razonada de los Espíritus!

LOS INSEPARABLES

I

*El que nunca ha amado,
no puede ser bueno.*

CERVANTES

¡Cuán cierto es lo que dijo Cervantes! El amor es la cadena magnética que enlaza a todas las especies. Metastasio aseguró que el amor no establece divisiones entre pastores y reyes. Víctor Hugo sentaba el hermoso principio de que, si no existiera el amor, se apagaría el Sol. ¡Son tan conmovedoras todas las manifestaciones del amor! y, por lo mismo que escasean, ¡cuánto se aprecian, cuánto se admiran y qué placer tan puro e inmenso siente el alma ante la prueba inconcusa de un verdadero amor!

La prensa de todos los matices se ha ocupado últimamente de la muerte del eminente sabio Marcelino Berthelot, acaecida en París, diciendo que la muerte ocurrió del modo siguiente:

Acaba de fallecer el eminente sabio Marcelino Berthelot. La muerte ocurrió del siguiente modo: Hallábase enferma su esposa, la que ha fallecido poco antes de llegar Berthelot. Este ha sido llamado para que la viera. Al verse en presencia de la muerta le ha dado un síncope a consecuencia del cual ha fallecido.

Este gran químico, uno de los hombres de ciencia que más gloria han dado a la humanidad, acaba de morir en París en circunstancias verdaderamente conmovedoras. A pesar de sus ochenta años de edad, Berthelot conservaba una gran energía, pero en estas últimas semanas habíase abatido mucho con la enfermedad de su esposa, a quien quería con afecto entrañable.

Dícese que anunció a sus hijos su muerte si la esposa fallecía antes que él. La triste predicción se ha cumplido, pues al regresar Berthelot de la Academia de Ciencias, supo del fallecimiento de su esposa, y no pudiendo sobreponerse a su dolor fue atacado de un síncope que le produjo la muerte.

Francia ha rendido un gran homenaje al sabio ilustre y su entierro fue una verdadera manifestación de duelo.

ENTIERRO DE LOS ESPOSOS BERTHELOT

PARIS, 22, a las 21.45. — El domingo próximo, sin pompa alguna, serán trasladados los restos mortales de los esposos Berthelot desde el Instituto al Panteón, donde quedarán expuestos.

La ceremonia oficial empezará el lunes por la mañana.

El señor Briand hablará en nombre del Gobierno, habrá luego desfile de tropas y el público será admitido también a que desfile ante los cadáveres. Al anoecer los féretros serán descendidos a la caverna del Panteón para ocupar su tumba definitiva.

PREPARATIVOS PARA EL ENTIERRO

PARIS, 24, a las 20.40. — En el Panteón se trabaja activamente para terminar el decorado de la fachada, que se halla severamente enlutada.

Grupos de banderas nacionales con corbatas de crespón negro cobijan unos medallones con las iniciales del ilustre muerto, adornando los altos del edificio. En la puerta central se eleva un imponente catafalco. Esta noche los féretros de Berthelot y su esposa serán trasladados al Panteón y depositados en el catafalco. El desfile lo efectuarán dos divisiones completas con la respectiva artillería y caballería.

LOS FUNERALES DE BERTHELOT

PARIS, 25, a las 15.25. — Se han celebrado los funerales de los esposos Berthelot con asistencia de una numerosísima concurrencia. El discurso que ha pronunciado el señor Briand ha producido muy profunda emoción. El desfile de las tropas al mando del gobierno militar de la plaza ha sido brillantísimo. En estos momentos desfila el público ante los cadáveres colocados en el centro de la nave. Las cercanías del monumento han estado atestadas de público. El día ha sido espléndido. —

Los hijos de Berthelot hicieron presente al Gobierno que consentirían que los restos de su padre descansaran en el Panteón de hombres ilustres, siempre que pudiera enterrarse al lado del profundo sabio el cadáver de su idolatrada esposa, pues en vida se habían prometido que no los separaría ni la muerte.

¿No es verdad que un amor tan inmenso y una manifestación de duelo tan unánime, como ha llevado a cabo todo París, debe tener una causa muy poderosa? ¿No es verdad que esos dos seres, unidos hoy por el amor más puro y duradero, deben haberse amado en otras existencias? ¿No es verdad que en un mundo donde la humanidad que lo puebla es tan ingrata, los honores concedidos al sabio y a su compañera deben ser el premio y la gloriosa recompensa de grandes hechos?

II

"No te equivocas — me dice un Espíritu —, esas dos almas enlazadas por el amor más tierno, merecen todas las consideraciones, todas las atenciones y todas las muestras de admiración y de respeto que le ha prodigado un pueblo culto y agradecido. Se les debía a esos dos Espíritus la glorificación que hoy le han concedido los hombres eminentes de una nación civilizada y el pueblo en masa. No le han dado nada por gracia, no han hecho más que premiar escasamente el heroísmo y la abnegación de esos dos Espíritus unidos desde la noche de los siglos.

"Se encontraron en época muy remota, en un país salvaje, y, al verse, los dos sintieron la misma sensación, ¡se amaron instantáneamente!, fueron desde aquel momento dos cuerpos

y un alma, no tuvieron más afán que engrandecerse y ponerse a igual altura moral e intelectual para no separarse jamás, y cuando uno se desviaba de la línea recta, el otro le servía de guía y, de este modo, han ido avanzando por el camino del progreso, complementándose el uno con el otro, teniendo tanta afinidad sus almas, siendo tan idénticas sus aspiraciones y sus anhelos, que les ha bastado mirarse para comprenderse y seguir los dos la misma ruta y, muchas veces, a través de largas distancias, separados uno del otro, les ha sido suficiente pensar en llevar a cabo una empresa gloriosa para los dos emprenderla a la vez. Ellos no se han contentado con amarse mutuamente, pues por regla general los que se aman y viven el uno para el otro suelen mirar con indiferencia cuanto les rodea, razón por la cual decís entre vosotros que el amor es egoísta; pero no, esos dos Espíritus se han amado cuanto se pueden amar dos almas verdaderamente enamoradas y apasionadas hasta llegar a la idolatría, mas sin que ese inmenso amor les haya hecho olvidar sus deberes para con la humanidad en todas las etapas de su larga vida y en las diversas esferas sociales a las que han pertenecido. Unas veces, poderosos como los cesares y otras impotentes como los esclavos, siempre han pensado lo mismo: evitar el derramamiento de sangre entre las multitudes; queriendo siempre el triunfo, no por la razón de la fuerza, sino por la fuerza de la razón, y cuando la bestia humana ha estado demasiado hambrienta y han tenido que hartarla para que cesaran sus rugidos, ellos siempre han sido los primeros en ofrecer sus cuerpos pidiendo por ellos el rescate de muchos prisioneros. Han sido héroes repetidas veces; valientes por temperamento, revolucionarios en el buen sentido de la palabra, han militado siempre entre los soldados del progreso y llevaban con ellos tan buenos Espíritus, que no pedían gracia que no les fuera concedida.

"En su penúltima existencia eran dos bravos generales a los que les llamaban los inseparables, porque desde niños crecieron juntos y juntos recibieron el bautismo de fuego en el campo de batalla. En ocasión de grandes cambios políticos se encastillaron en una plaza fuerte, plaza a la que cercaron sus enemigos; durando el sitio varios meses, se vieron obligados a rendirse y, conociendo que tras la victoria viene el martirio de los vencidos, ellos pidieron para sus compañeros, al general en jefe de los vencedores, la consideración que es debida a los hombres valientes y sufridos, para lo cual se ofrecían como víctimas propiciatorias de tal rescate. Hablaron con tanta elocuencia y sentimiento que el general vencedor les dio la palabra de honor de no fusilar más que a varios revoltosos de los más encarnizados, y los inseparables, en unión de otros compañeros, recibieron la descarga mirando a sus matadores, porque ni uno ni otro se dejaron vendar los ojos, y los soldados que habían estado a sus órdenes lloraron como niños al pasar ante los cadáveres de aquellos dos héroes que murieron contentos confiando en la palabra del general vencedor, quien, efectivamente, cumplió con su deber de hombre honrado respetando la memoria de dos mártires.

"Tras de aquella existencia de incansable lucha, pidieron una encarnación de reposo, que es la que han tenido últimamente los inseparables, quienes han vivido amándose como lo vienen haciendo hace muchos siglos. El homenaje que le ha rendido un pueblo civilizado se les debía desde mucho tiempo atrás. Esos dos Espíritus han sido siempre dos bienhechores de la humanidad, no han tenido más afán y deseo que evitar el derramamiento de sangre;

tan valientes, atrevidos, temerarios y amantes del progreso, sólo han pensado en el bien universal, y como a cada uno se le da según sus obras, por eso Francia, la culta Francia, ha ofrecido en su Panteón de hombres ilustres una tumba gloriosa a los dos inseparables.

¡Dichosos los que aman a la humanidad!, ésta, a su debido tiempo, premia a sus libertadores. Adiós".

III

¡Qué historia más hermosa!, ¿no es verdad? ¡Qué bueno es ser bueno! En medio de tantas miserias, de tantos egoísmos, ambiciones y crueldades, el alma se consuela cuando se entera de que han estado en este mundo verdaderos apóstoles del bien y del amor.

¡Dichosos los esposos Berthelot, que han dejado tras de sí la luminosa huella de su inmenso amor! ¡Benditos sean los inseparables de los siglos! ¡Benditos sean!

A LA MEMORIA DE ALLAN KARDEC

Conforme transcurre el tiempo
tu figura se agiganta,
y un Redentor se levanta
¡gloria de la humanidad!

De todas las religiones
la tuya es la más sencilla,
porque en su código brilla
la razón y la verdad.

Son todas sus enseñanzas
ampliación del Cristianismo;
por eso el Espiritismo
es la mejor religión.

No tiene templos ni altares,
ni sacerdotes pagados,
ni ángeles privilegiados
en la celestial mansión.

No tiene más que hombres libres,
despreocupados, serenos,
que trabajan por ser buenos
¡porque ser bueno es vivir!...

Plenamente convencidos
que ninguno a otro redime,
y que a cada cual oprime
lo que le debe oprimir.

Que no hay santo que nos salve,
ni virgen que nos proteja,
que el que se queja...se queja
porque tiene que pagar
muchas deudas contraídas
en otras encarnaciones,
que esclavo de sus pasiones
tan sólo pensó en gozar.

Muchos rechazan tu credo
porque se creen humillados,
al conocer sus pecados,
y reniegan de su ayer.

Pero es vana su porfía,
cada cual en su existencia
demuestra en su penitencia
el cómo llegó a caer.

De todos los redentores
que en la Tierra han encarnado,
nadie como tú ha logrado
el implantar la verdad.

Nadie, Kardec; tú tan sólo
has demostrado y has dicho
que la suerte en su capricho
no da la fatalidad.

Son los árbitros los hombres
de su destino en los mundos,
son sus anhelos profundos,
su esfuerzo, su abnegación.

Los que les abren las puertas
de todos los grandes templos;
cuando son vivos ejemplos
de amorosa compasión.

Entonces y sólo entonces
son los hombres venturosos;
nadie nos hace dichosos
por una gracia especial.

Del mismo modo nacemos,
del mismo modo morimos,
hoy pagamos lo que hicimos
no halla el bien quien siembra el mal.

¡Qué enseñanzas tan sublimes!
por ti, por ti hemos sabido,
que se levanta el caído
si sabe llevar su cruz.

Esto, Kardec, has demostrado
difundiendo tus ideas;
¡bendito, bendito seas...
porque nos diste la luz! ...

A UNA JOVEN ESPIRITISTA

Carta Primera

Hija mía: He tenido una satisfacción inmensa al saber que te vas a casar enamorada, única dicha que alcanza la mujer en este mundo; porque las mujeres, por regla general, son el rigor de las desdichas. Los padres de la Iglesia, desde tiempo inmemorial han lanzado sobre ellas todos los improperios y denuestos habidos y por haber.

Hubo un santo —creo que San Jerónimo— que tuvo el valor de decir que hasta el beso de una madre era impuro. Si esto decía la Iglesia, ¿qué se podía esperar de los demás hombres?

Que consideraran a la mujer como lo hacía Aristóteles con los esclavos, a quienes conceptuaba como propiedad animada. Pues bien, ¿qué han sido las mujeres en todos los tiempos, incluso en nuestra época, sino esclavas? Instrumentos de placer, mientras les dura la juventud; muñecas de salón, las que nacen entre plumas y encajes, y bestias de trabajo las hijas del pueblo, siendo el único rayo de sol el que tienen las mujeres en su vida el casarse con el elegido de su corazón, pues no tienen otra dicha, dado que lo demás es todo pasajero, todos sus goces son flores de un día; la belleza y la lozanía de la juventud, ¡es tan breve!, la edad madura, ¡es tan melancólica!... y la vejez, ¡es tan dolorosa!

Se cuentan los días por los desengaños, todos huyen de los árboles secos, pues son los esqueletos insepultos de las glorias humanas, ¡pobres viejos! Pero la mujer, que encuentra en el camino de su vida a su alma gemela, para esta mujer la juventud es eterna, porque vive la vida del Espíritu, se ve renacer en sus hijos y tiene un puerto en el amor de su esposo, y este porvenir es el que veo para ti. Tú no eres una mujer vulgar, tú no te casas por no quedarte soltera, como se casan la generalidad de las mujeres; tú te casas porque desde niña amas al hombre cuyo nombre algún día llevarás; y ya que me pides que te dé mi regalo de bodas, te diré lo que dijo un poeta árabe a una joven que le pidió un regalo de boda.

"Arrullaos como las palomas.

"Enlazaos como la hiedra.

"Estad unidos como la perla a la concha".

No se puede decir más en menos palabras; pero yo ampliaré tan hermosos pensamientos.

¿Qué es el arrullo? "Es el canto con que se enamoran las tórtolas y las palomas, el cantar con que se adormece a los niños pequeños al tiempo que se les mece. Es halago y ternera". Esto dice el Diccionario, y dos almas enamoradas deben arrullarse con su propio amor, porque el amor es el arrullo del infinito. Alguien ha dicho que la atracción es el amor de los mundos, y el amor la atracción de las almas.

¿Qué es el enlace? Unir unas cosas con otras, como los pensamientos y los afectos; vivir dos en uno es vivir, lo demás no es vida, y así deseo yo que vivas, hija mía, pero al mismo

tiempo no quiero que tu amor te vuelva egoísta, quiero que recuerdes lo que dijo Augusto Comte, sintetizando su doctrina: "Vivir para los demás". Esto dijo en su obra inmortal La Religión de la humanidad.

Tú, que desde niña has estado rodeada de buenos espiritistas, puedes hacer mucho bien donde quiera que te halles; no te contentes en vivir en la luz, aseméjate al Sol, que reparte su luz y su calor a todos los ámbitos de la Tierra. Ama a tu esposo y respétale, y si tienes hijos haz que éstos vean en su padre la primera figura de la humanidad; y para que más le amen y le vivan agradecidos visita con ellos a los pobres enfermos que gimen en los hospitales, diciéndoles al cruzar aquellas salas sombrías: Hijos míos, gracias al trabajo de vuestro padre y a sus desvelos por todos nosotros tenemos un hogar donde guarecernos de las inclemencias del tiempo y de las enfermedades.

Si tienes lo suficiente para darle a tus hijos goces superfluos, no les des más que el goce necesario para el esparcimiento de la niñez y enséñales a pensar en los niños pobres que no conocen los placeres de la infancia.

Decía Séneca que "las costumbres de los filósofos no están conformes con sus preceptos; pero si no viven como enseñan, enseñan cómo se ha de vivir", y tú, como buena espiritista, debes enseñar a tus hijos —si llegas a ser madre— cómo deben vivir los hombres dignos y las mujeres honradas.

La mujer espiritista, casada y madre, si sabe cumplir bien su misión, si se posesiona de la importancia social que tiene en este mundo, es la mejor maestra de la humanidad; todos los sabios quedan eclipsados ante sus racionales instrucciones.

La madre espiritista es más tolerante con sus hijos si nota en ellos aversión, desvío, brusquedad y diferencia; lo mismo que si en su marido advierte desapego y olvido de sus deberes, pues con el estudio del Espiritismo levantamos una punta del velo que cubre nuestro pasado, y estudiando en nosotros mismos, cuando nos sentimos lastimados por los que nos rodean, decimos sonriendo tristemente: Me duele, me duele por el lado que he pecado.

Siempre que he hablado contigo he admirado tu ingenuidad y tu buen sentido, por lo cual —salvo que mucho me engañe— serás la perfecta casada de fray Luis de León.

Puedes hacer mucho bien en este mundo; aprovecha el tiempo que para ti parece que será bonancible; sé agradecida a la Providencia que te brinda un puerto de salvación, porque la mujer que como tú se casa enamorada, entra en el verdadero paraíso cantado por todos los poetas.

El amor todo lo embellece; lo pintan ciego porque en realidad el que ama no ve los defectos del ser amado, y si los ve ama aquellos defectos porque son suyos, como decía el general Lacalle.

Ama a los buenos por recompensar su bondad y ama a los imperfectos, porque los pobrecitos no tienen quien los quiera, ¡y son tan desgraciados!...

Adiós, hija mía; guarda mi regalo de boda, no entre tus joyas, guárdalo con las cartas de tu madre.

A LA MEMORIA DE ALLAN KARDEC*

Muchos años han pasado
de tu desagregación;
y con ello se ha aumentado
la profunda admiración
que en todos has despertado.

Soy muy niña todavía
para apreciar tu grandeza
y tu innegable valía:
pero tengo la certeza
¡de que te ama el alma mía!

Es aún débil mi razón,
pero no importa, yo siento
por ti tanta admiración,
que al nombrarte experimento
una profunda emoción.

Yo tengo sed de adelanto,
de progreso universal,
de amor puro, sacrosanto,
que devuelve bien por mal,
y que en risa trueca el llanto.

Hombres sabios te proclaman
como un pensador profundo;
porque tus obras derraman
tanta luz en este mundo,
¡que todos, todos te aman!...

Porque tú ofreces consuelos
para todos nuestros males,
por ti se acaban los duelos,
y las zozobras sociales,
y los mundanos anhelos.

Por ti, la muerte, no es muerte,
por ti, es un renacimiento,
sólo el cuerpo queda inerte,
pero vibra el pensamiento
más poderoso y más fuerte,
cuando el hombre desprendido
de su carnal envoltura

se da cuenta de que ha sido
un penado que ha cumplido
su condena de clausura.

Y si ha sabido sufrir
con energía en su expiación,
da término su gemir,
y obtiene en compensación
un glorioso porvenir.

¡Y esto es tan consolador!...
que tus frases dan la vida;
por ti se calma el dolor
de la más profunda herida,
y la muerte no da honor.

Soy muy niña todavía
y no te puedo explicar
lo que siente el alma mía;
si me pudiera expresar
¡cuánto, cuánto te diría!...

Porque yo te he presentido,
tus sublimes enseñanzas
resonaron en mi oído,
y plácidas esperanzas
en mi mente han sonreído.

Antes de que mi razón
se diera cuenta cabal
de lo que es una ecuación;
eras el bello ideal
de mi fe y mi religión.

¡Kardec!, tu nombre bendito,
grabado en mi mente está;
yo te amo, te lo repito;
por ti he visto más allá,
la vida del infinito.

Te debe la sociedad
el consuelo más profundo,
pues por ti la humanidad
buscará de mundo en mundo
¡la Razón y la Verdad!

* Esta poesía fue escrita expresamente para ser recitada por la niña Conchita Vilaplana.

NO HAY DOLOR SIN HISTORIA

I

Sigo recibiendo diariamente cartas a cuál más conmovedoras: ya una madre que siente repetidas veces los dolores de un próximo alumbramiento, y, cuantas veces cree llegado el momento dichoso de estrechar a su hijo entre sus brazos, otras tantas se paraliza su cuerpo, queda inerte y el ser que se agitaba en sus entrañas muere dentro del claustro materno, sufriendo la pobre madre todas las agonías de la muerte sin llegar a morir.

Ora es una madre desolada que me dice: "Yo tenía un hijo de veintiséis años, ¡uno solo, que era mi gloria, mi vida!, Espíritu adelantadísimo, librepensador, periodista culto y discreto, que no tenía más afán ni anhelo que engrandecer su pueblo natal, queriéndome con delirio y yo a él con idolatría; de pronto, repentinamente, sin poder decirme adiós por falta de tiempo, ¡se murió!, y yo estoy loca, desesperada, por más esfuerzos que hago no puedo resignarme con la ausencia de mi hijo, ¡era mi vida, era mi esperanza, era mi dios en la Tierra! Usted dice que me conforme, ¡que me resigne! ¡Ah, señora, de seguro que usted no ha tenido hijos!..."

La carta de esta infeliz me conmovió profundamente y no me quedó otra cosa que preguntar al guía de mis trabajos por el joven tan tiernamente Horado — por su madre especialmente — que me dirigía las súplicas y los ruegos más conmovedores pidiéndome noticias de su hijo, y el Espíritu me contestó lo siguiente:

II

"Dile a esa débil mujer
que se abstenga de llorar,
porque el hijo que ha perdido
siempre a su lado estará.

"Sí, siempre acompañará a su madre, pues ¡la quiere tanto!... y no es de ahora, no. Son dos Espíritus que van encarnando juntos desde hace mucho tiempo; en su última existencia los unió el lazo del matrimonio: el hijo de hoy era la tierna esposa de ayer y la madre de hoy el marido de ayer que no cumplió con su deber conyugal, puesto que su joven esposa le amaba con delirio, y él se dejaba querer únicamente, dado que, siendo aficionado a los amores fáciles, la candidez y la ternura de su compañera no le atraían lo suficiente para serle fiel. Ella notó al fin su desvío y murió de pena, pero, le amaba tanto, que murió perdonándole y compadeciéndole por su veleidad. Espíritu voluble, pecaba porque sí, sin comprender todo el mal que hacía, puesto que, careciendo de sentimiento, no podía apreciar el de los demás. Cuando los dos Espíritus se vieron en el Espacio, el culpable se avergonzó y víctima le dijo: "No llores de vergüenza, yo haré que llores de dolor para que te regeneres, para que estemos a igual altura, para que podamos volver a la Tierra siendo modelos de amor inmenso, de ese amor que engrandece y santifica. Tú volverás con la envoltura de mujer, porque las mujeres siempre lloran de dolor y yo seré tu hijo amado, yo

te ofreceré todas las delicias que ofrece un buen hijo y, cuando más te mires en mis ojos, cuando yo sea tu mundo, tu esperanza, tu dios, cuando digas con orgullo a tus parientes: Como mi hijo no hay dos, entonces, en menos de un segundo, mi Espíritu dejará su envoltura, y tú, loca, desesperada, dirás en tu delirio: ¡No hay Dios!... Y llorarás con ese llanto que quema los ojos y fritura el corazón, y comenzarás a sentir lo que nunca has sentido: un amor sin límites, y yo estaré a tu lado para sostener tus pasos, para embriagarme con tu sentimiento, para gozar con tu regeneración, porque nunca más serás indiferente para con la ternura de tus deudos.

Necesitas llorar, necesitas bautizarte en el Jordán de tu dolor inmenso. Yo te quiero grande, yo quiero que tu alma despierte, yo quiero que los dos sirvamos de útil ejemplo a los demás”.

"Y se cumplió el nobilísimo deseo del alma que ayer murió de frío y en esta existencia, el hombre voluble de ayer, es la mujer apasionada que cifró su ventura en amar a su único hijo, y éste ha llevado a cabo lo que se propuso: regenerar a su madre por medio del dolor. Es un Espíritu adelantadísimo, vive en la luz y en la luz quiere que viva el Espíritu que hace tiempo vive enlazado al suyo, Espíritu éste que, sin ser malo, nunca ha sido bueno, porque ha sido siempre juguete de sus ligerezas y veleidades. De hoy en adelante serán muy distintos sus derroteros: amaré, sufrirá y llegará a ser bueno.

Su hijo de hoy está muy contento de verla ya en el buen camino, en la senda del progreso, en la cual no se dan los primeros pasos sin los andadores del dolor. Hay que llorar para sentir, hay que sentir para despertar, y cuando el Espíritu despierta es cuando contempla a la Creación y adora a Dios en la Naturaleza. Dile a esa madre dolorida que bendiga sus lágrimas, pues por ellas encontrará la escala luminosa que la lleve al cielo. Adiós”.

III

Mucho agradezco al Espíritu la comunicación que me ha dado, pues servirá de consuelo a una madre desolada. No todas las comunicaciones pueden publicarse ni entregarse a los interesados, porque hay historias ¡tan horribles!... que no se pueden relatar. Hay crímenes que espantan, y hay que correr sobre ellos el velo del silencio y del olvido. Por eso no contesto a muchos de los que me preguntan por su historia de ayer, y sólo les diré que no se ocupen en remover cenizas empapadas en sangre; que procuren sembrar el cariño, la compasión, la tolerancia, y así conseguirán algún día ser felices, dicha que sólo se alcanza pensando en asegurar la dicha de los demás. Para regenerar a un mundo sólo hace falta: ¡Amor, Amor y Amor!...

Amalia Domingo Soler

Extraído del libro “Los albores de la verdad”

¡HAY QUE PAGAR!

De Santiago de Cuba me escribe Antonio Giro, diciéndome lo siguiente:

"Hermana mía: Leyendo en sus dignos periódicos relatos de existencias pasadas, viendo que el que mal siembra hoy malos frutos recogerá mañana, y que éstas son las calamidades de este mundo, dispéñeme una y mil veces que la moleste, pero como curioso que soy de aprender los asuntos de ultratumba, quisiera le preguntara al guía de sus trabajos, cuando tenga oportunidad, por qué se ha visto envuelto en llamas el sacerdote católico, párroco de la catedral de esta ciudad. Se ha comunicado diciendo que la ley era justa. Él era muy bueno. Adjúntole el relato de la catástrofe".

Anoche, como a las diez, y en momentos en que el señor Gabriel Moreno y Castro, natural de la Coruña, España, blanco, de cuarenta y ocho años, segundo teniente cura de la parroquia de la catedral, se encontraba quemando papeles para espantar los mosquitos, tomó una lata de petróleo con el objeto de echar un poco de dicho líquido sobre los papeles que tenía colocados sobre un hornillo; se inflamó la lata, reventando por su fondo, derramándosele encima el petróleo que, a su vez, le incendió la sotana y las ropas interiores.

El hecho ocurrió en una habitación del curato, situado en San Pedro esquina Heredia. Envuelto por las llamas que lo devoraban, salió la víctima al pasillo, en cuyo lugar fue divisado por las personas que se encontraban en el parque Céspedes, quienes, tal vez por la distancia, no se dieron cuenta que fuera una persona la que veían ir de un lado para otro.

Cuando se dieron cuenta de lo que era corrieron hacia el curato y se encontraron con la puerta cerrada, y a un niño llamado Pepito García que acompañaba al cura lo vieron subido a la baranda de las persianas; el público le gritaba que abriera la puerta o se tirase a la calle, haciendo lo último. Tanto el niño como el cura no acertaban a abrir la puerta de calle.

El público, en número de más de treinta personas, estaba perplejo. Entonces los señores José P. Mogicas, Ballesteros, Creus y el Curro, se lanzaron hacia la puerta y la derribaron a empujones, saliendo a la calle el cura, cuya sotana estaba convertida en cenizas. El quemado quedó inmóvil, dando gritos de auxilio; el público también estuvo lo mismo por unos instantes.

Se oyeron algunos gritos: "Señores, quítenle las ropas a ese hombre". Al fin algunos corrieron hacia él y empezaron la piadosa tarea. Ropas y carnes caían a pedazos; el señor Ballesteros le arrancó los pantalones.

El sacerdote quedó completamente desnudo, siendo entonces envuelto en una sábana y llevado a la Casa de Socorro en un coche de plaza, donde fue asistido por el doctor José Amado Salazar, a quien ayudó el practicante José Cabrera. [. . .] El sacerdote Moreno, según pronóstico facultativo, recibió quemaduras graves de primero y segundo grado. [...] Según nos hemos podido informar hacía varias noches que el señor Moreno se entregaba a la tarea

de quemar los mosquitos, que no le dejaban dormir. A las 11 de la mañana de hoy, tras horribles dolores, murió en el Sanatorio de la Colonia Española el presbítero Gabriel Moreno y Castro.

Verdaderamente es muy triste el relato de la muerte del pobre sacerdote, y en cuanto he tenido ocasión he pedido luz sobre este asunto, obteniendo la siguiente comunicación al respecto:

II

" ¡Cuántas calamidades!, ¿no es verdad? Es muy triste vivir en un presidio, porque los penados tienen ¡tan pocas horas felices! Un dolor alcanza a otro dolor, una enfermedad a otra enfermedad, un quebranto a otro quebranto, y no hay más remedio que habitar en el lugar que a cada uno le pertenece. Ten en cuenta, que mal estáis ahí, pero peor estaríais en un mundo dichoso no siendo vuestra categoría igual a la de los moradores de aquel paraíso, porque nunca se ve uno más pequeño que al lado de los que parecen grandes. Decís con vuestros refranes muchas verdades, tenéis un adagio que dice: Cada oveja con su pareja. Por eso en la Tierra os juntáis tantos penados, os buscáis unos a otros por afinidad, y aunque te parezca que vives fuera de tu centro, no olvides que si merecieras habitar en otro mundo no estarías en el globo terráqueo, pues si cada especie ocupa su sitio, la raza humana también ocupa el suyo sin descender del lugar que le corresponde, ni entrar en terreno vedado a sus conocimientos y aspiraciones.

"De vez en cuando asistís a algunas ejecuciones en las cuales los verdugos de la Tierra no ejercen su triste ministerio y mueren los culpables sin que la justicia humana levante el patíbulo. Ahora ha muerto un criminal de otro tiempo, devorado por el fuego, elemento del que él hizo uso en su larga carrera eclesiástica.

"Ese Espíritu, desde que se dio cuenta de que pensaba, se dedicó al sacerdocio de la religión católica y gozaba con las matanzas de los herejes, con los autos de fe; era feliz cuando el fuego quemaba a los judíos, gozaba con el exterminio, su religión le hacía cruel. En una de sus encarnaciones conoció a un joven librepensador que empleaba sus cuantiosas riquezas en obras benéficas; alguien le dijo al celoso inquisidor que aquel joven tan bueno no cumplía con los mandamientos de la Iglesia, por lo cual el prelado citó en su palacio al joven, el cual le dijo con sencillez que no le habían engañado; que él, en lugar de visitar las iglesias visitaba a los enfermos, y en vez de vestir a los santos de madera, vestía a los niños huérfanos y a los ancianos desvalidos, creyendo que era mejor levantar un hospital para enfermos que construir un templo para el culto.

"El prelado se indignó y encerró en una mazmorra al librepensador; pero como éste era muy querido por sus buenas obras, no se atrevió el inquisidor a quemarlo públicamente; abrazó su cuerpo con un líquido corrosivo dentro de su calabozo, y por primera vez sintió remordimiento por haber asesinado a un hombre tan bueno. Se apoderó de él honda tristeza, y cuando tenía que firmar una sentencia de muerte, la pluma se caía de su diestra, llorando avergonzado, asombrado de su emoción, que obedecía a la bondad del Espíritu cuyo cuerpo él quemó sigilosamente, Espíritu generoso que, en vez de odiar a su matador, se consagró a

despertar su sentimiento, a hacerle comprender la verdadera religión, y gracias a esa benéfica influencia, el cruel inquisidor reconoció sus errores y sus crímenes, llegando a ser un buen ministro de Dios, como lo fue en su última existencia; pero quería pagar la deuda que más le preocupaba: la muerte horrible que le dio al librepensador, razón por la cual eligió la soledad de la noche y el retiro de su hogar para morir como murió su víctima.

Como ya era bueno, despertó rápidamente, ayudado por su guía, por el Espíritu que desde hace muchos siglos ha adorado a Dios en espíritu y verdad, amando a los débiles y a los vencidos en las rudas batallas de la vida. El librepensador le perdonó el martirio de su muerte y se consagró a regenerarle, a despertar su dormida inteligencia, haciéndole ver la luz del amor. Ha conseguido su nobilísimo deseo, ha sensibilizado a un ser que era de piedra tosca, le ha hecho sentir y amar por él. El sacerdote sin corazón será un hombre que se sacrificará por la humanidad. Adiós".

III

¡Cuán cierto es que hay que pagar! ... y dichosos los que pagan sus deudas verdaderamente arrepentidos, porque de los arrepentidos es el reino de los cielos.

Dice muy bien el Espíritu que me ha dado la comunicación: muchas veces asistimos a horribles ejecuciones sin que los hombres levanten el patíbulo ni el verdugo tome parte en la ejecución. Nos bastamos nosotros para instruir el sumario y ejecutar la sentencia a su debido tiempo.

¡Cuánto hay que estudiar en la vida eterna del Espíritu! ¡Qué bien tan inmenso nos ha proporcionado la divulgación del Espiritismo! ¡Cuántos orgullos caen a tierra sabiendo lo que hemos sido antes! ¡Cuántos que se consideraban grandes, a pesar suyo se reconocen muy pequeños!

Estudiemos el Espiritismo para vernos tal como somos, pues los terrenales necesitamos no mirarnos con cristales de aumento, sino tal como somos. Espíritus débiles que tenemos que regenerarnos por el sacrificio y el amor universal.

LA MUERTE

— Me encuentro muy mal, y cree que me alegro — me decía mi amiga Luisa en un momento de angustia.

— Y, ¿por qué te alegras, crees acaso que con la muerte se acaban las penas?

— Ya lo creo; mira lo que dijo Campoamor, si mal no recuerdo:

Del dolor todo el rigor
muere con la muerte fuerte,
luego la muerte es mejor:
porque el dolor de la muerte,
es la muerte del dolor.

— Pues se equivocó de medio a medio el gran poeta en ese sentido, estando mucho más acertado cuando dijo:

¡Ay!, que el variar de destino
¡sólo es variar de dolor!

— Pero, mujer, ¿me querrás negar que con la muerte se acaban las luchas por la existencia? Un muerto ¿tiene que pagar casa, tiene que vestirse, alimentarse, lamentar la pérdida de los valores en la bolsa? Yo creo que no. Tú misma dijiste en una poesía hace mucho tiempo:

Dulce es dormir el sueño de los sueños;
donde no hay sensación, no hay agonía.

Los muertos no sienten, luego, no padecen; no me puedes negar que tú lo has dicho.

— Efectivamente, lo dije cuando no conocía el Espiritismo, cuando creía lo que cree la generalidad, que muerto el perro se acabó la rabia; pero, cuando en buena hora escuché la comunicación de los Espíritus, cuando me convencí de que los muertos vivían, cuando no me quedó la menor duda de que mi madre, después de dieciocho años de ausencia, sin yo evocarla, sin yo recordarla, se comunicó por medio de Miguel Vives, en Tarrasa, al escuchar su voz entrecortada, al ver al médium que lloraba como un niño, yo sentí una sacudida violentísima en todo mi ser, y vi mi perdido hogar, mi casita de Sevilla con su patio lleno de macetas, en las cuales crecían plantas floridas, y contemplé toda mi vida pasada, escuchando una voz que me decía: "No dudes, es tu madre la que te habla; no te ha dejado nunca ni te dejará hasta que se termine tu condena". Y veía que el médium me hablaba sollozando, diciéndome palabras dulcísimas, las mismas que me decía mi madre en mi niñez; entonces, ¡ah!, se abrió ante mis ojos un horizonte ilimitado, y confusa, aturdida, sin saber si soñaba o estaba despierta, murmuré: "¿Se vive siempre, Dios mío? ..." "Siempre"
— me dijo mi madre; y tanto me conmovieron sus palabras que el médium enmudeció repentinamente para no aumentar mi turbación. Ante la verdad del Más Allá, tuve que convencerme que no es el dolor de la muerte la muerte del dolor; el dolor sigue su marcha,

porque el Espíritu sigue viviendo; el cuerpo se disgrega, pero el yo pensante sigue su lucha a través de los siglos, y si bien no tiene que preocuparse en el Espacio de las necesidades terrenales, en cambio ve con más claridad y lucidez, con más conocimiento de causa sus hechos malos y buenos, sus envidias, sus rencores, sus odios escondidos, su indolencia, su pereza y otros defectos innumerables, pequeños como los átomos; pero como de átomos se componen los mundos, también con defectillos invisibles forma el Espíritu una masa compacta tan voluminosa, que no puede con ella, cayendo vencido por el peso enorme de sus miserias. Así es que, créeme, Luisa, no debes morir pensando que todo se acaba con la muerte; la muerte no es más que un cambio de decoración en el gran escenario de la vida.

— Pues, hija, vaya un consuelo que me das. Entonces ¿no se acaba nunca de sufrir?

— Sí; se acaba de sufrir cuando se acaba de pecar. Eso que se dice de la muerte del justo, que se muere sonriendo sin el estertor de la agonía, quiere decir que el justo entra en el reino de Dios cuando ha cumplido con todos sus deberes, y tiene todo el descanso y la tranquilidad que él ha proporcionado a los demás, porque no hay sacrificio que no tenga su recompensa.

— ¿Qué quieres que te diga? Yo estoy más conforme con morirme de una vez, porque eso de nunca acabar ¡me horroriza!

— Pues tú no tienes motivos para horrorizarte, porque por esta vez figuras en las filas de las almas buenas; has velado por tus padres enfermos, entregaste a tu marido un corazón lleno de amor, te has sacrificado por tus hijos, has corrido afanosa a visitar a los enfermos pobres, y si te habías de comprar un traje de terciopelo, te lo has comprado de franela para tener dinero disponible, distribuyendo entre los más necesitados tus economías, y tus ahorros los has colocado siempre en la caja de los pobres. No has conocido el odio, no sabes qué color tiene la envidia, tu hoja de servicios por esta vez es indudable que no tendrá el menor borrón. Así es que tu miedo a la muerte no tiene razón de ser y te atormentas sin causa justificada.

— Pues, hija, yo no lo puedo remediar; yo digo como dijo Zorrilla, contemplando, creo que el cadáver de Larra:

Triste presente por cierto
se deja a la amarga vida;
abandonar un desierto
y darle a la despedida
la fea prenda de un muerto.

— ¡Mira que un muerto es feo! ...

— No te fijes en esas pequeñeces, mujer, eleva más tu pensamiento.

— Lo que es por esta vez no me conquistas.

— Quizá te conquistaste el dolor; tal vez si pierdes un hijo querrás saber entonces si los muertos viven y no te parecerán ellos tan feos.

— Todo pudiera ser, pero hoy por hoy me asusta la muerte.

— Y, sin embargo, la muerte es la reproducción eterna, porque todo muere para renacer.

A UNA JOVEN ESPIRITISTA

Carta Segunda

Mucho me alegro, hija mía, que mi regalo de boda sea para ti la joya más preciada y que guardes mis artículos en el santuario de tus recuerdos. No esperaba menos de ti; eres un alma sensible y delicada que aprecias más una buena intención que todas las riquezas materiales. O mucho me engaño o puedes ser un verdadero apóstol del renacimiento cristiano, si después de casada te posesionas de tu gran papel en el drama de la vida, porque una mujer casada tiene otra representación social muy distinta a la de la joven soltera, a la cual ciertas demostraciones de ideales adelantados no le cuadran bien, pues, como decía Espronceda:

Es la mujer un fanal
transparente de hermosura.
¡Ay de ti! si por tu mal
rompe el hombre en su locura
tu misterioso cristal.

La mujer es un cristal que el hálito del hombre empaña, y para mantenerse en el lugar que le corresponde, no puede hacer alarde de ciertas despreocupaciones; en cambio, cuando el nombre de su marido le presta sombra, entonces puede propagar sus ideas sin temor alguno, porque tiene quien la proteja en las luchas sociales; por eso es tan necesario que una mujer espiritista se case con un hombre que profese su mismo credo, para que los dos caminen unidos y sean útiles a la humanidad.

No soy partidaria de que las mujeres espiritistas hablen a tiempo y fuera de tiempo, abandonando su hogar para propagar la buena nueva, no; primero hay que hacer la propaganda dentro de casa, asegurar la armonía del hogar, procurar por todos los medios posibles que reine la paz y la verdadera tolerancia, y después de haber sembrado buena semilla en nuestro campo, entonces podemos ocuparnos de las heredades de los demás, porque en la propaganda del Espiritismo se han cometido muchos abusos, tanto ellas como ellos, pues nuestras familias se han desunido por dedicarse al apostolado algunos mal aconsejados, quienes no han conseguido otro resultado que el escándalo y la ruina de familias modestas que han llegado a maldecir la divulgación del Espiritismo.

Hace algunos años que cayó en España una plaga sobre el Espiritismo: los apóstoles, médiums curanderos que abandonaron sus hogares para curar a los enfermos incurables y dejando en sus casas, algunos de ellos, enfermos tan graves que murieron de pena. Yo conocí a uno de esos apóstoles, quien confesaba sencillamente que hacía diecinueve años que estaba casado con una mujer que reunía todas las virtudes: humilde, cariñosa, trabajadora, económica, la cual no pensaba más que en ayudar a su marido en su oficio, que era el de zapatero, y en cuidar a sus hijos, que eran su encanto; y de la noche a la mañana, el nuevo apóstol abandonó su alegre casita de Sevilla sin darle a conocer a su mujer su

intención, por lo cual la infeliz abandonada murió de pena, en tanto que su marido hacía andar a los tullidos y daba vista a los ciegos, según él aseguraba, corriendo de Ceca en Meca. Yo le escuchaba tristemente y decía con amargura: Triste apostolado el que deja tras de sí niños huérfanos y hogares abandonados. Hay que ser útil a la humanidad con el don que se posee — decía el apóstol. ¡Ah!, no; no es muy positivo el que da la salud a unos y para ello causa la muerte de otros. Sobre ruinas no se pueden levantar más que escombros; la verdad y la justicia no tienen más que un camino; el que destruye su hogar no puede llevar la paz y el consuelo a ninguna parte. Aquellos infelices alucinados fueron víctimas de sus propios desaciertos; los unos, perseguidos por la justicia, durmieron muchas noches en húmedos calabozos; los otros se retiraron avergonzados y maltrechos y la compasión tendió el velo del olvido sobre sus extravíos.

El estudio del Espiritismo es luz para los seres prudentes y reflexivos y sombra para los que no saben pensar y obran ligeramente sin medir la distancia que existe entre el deber y el capricho. Muy bueno es que no se oculte la luz debajo del celmín y que cada cual, según sus conocimientos y aptitudes especiales, procure dar a conocer la verdadera ley de Dios, pero cuidando ante todo de no perjudicar a un tercero. Los espiritistas tienen obligación de dar a conocer la inestimable riqueza que poseen comunicándose con los Seres de ultratumba; pero al propagar la Buena Nueva han de atender antes al bienestar y sosiego de sus deudos, pues mal puede difundir la luz el que vive en tinieblas.

Sí, hija mía, yo sé que tú eres muy entusiasta del Espiritismo, que por defender su verdad innegable aceptarías el martirio como lo aceptaron los primeros creyentes del Cristianismo; pero créeme, los tiempos de los mártires han hecho ya su tiempo; ya no se necesita morir para implantar una verdad; la verdad misma tiene vida propia. Los moldes de los cruentos sacrificios los ha roto el progreso y hoy se hace la luz dentro de los hogares, no en los circos luchando con las fieras; hoy la persuasión, la tolerancia, la paciencia y todas esas virtudes humildes que se desarrollan dentro del hogar, son las encargadas de hacer progresar a los pueblos.

El adelanto de las humanidades no desciende de lo alto, asciende desde el fondo de la Tierra y sube con paso seguro hasta escalar los cielos. Tú serás una de esas mujeres que forman un hogar modelo; tu casa será un centro espiritista, en el que los buenos Espíritus te ayudarán, inspirarán e impulsarán a formar una familia cuyos individuos se recomienden por sus virtudes.

Mucho espero de ti, hija mía; Dios quiera que el éxito más lisonjero corone mis presentimientos, y cuando sonrías satisfecha de ti misma ¡conságrame un recuerdo! ...

A MIGUEL VIVES

Miguel: a tu memoria, a tu recuerdo santo,
tus hijos del espíritu, hoy se unen con afán,
para enjugar solícitos el abundante llanto
de aquellos que carecen de albergue, lecho y pan.

Pero antes de reunirse en fraternal banquete,
tus hijos del espíritu, con religioso amor,
acuden a tu tumba, y cada cual promete
el ser de tus virtudes un fiel imitador.

¡Feliz tú! porque al irte, dejaste una estela
de luz resplandeciente, de aurora boreal;
y al recordarte el triste, se anima y se consuela,
porque fuiste un apóstol del bien universal.

Tú fuiste el abogado de todos los vencidos,
tú fuiste el refugio, el puerto salvador
de todos los humildes y pobres perseguidos;
porque tu fuiste el Verbo del verdadero amor.

Tú amabas, porque tu alma para el amor nacida,
amar era tu cielo, tu centro de atracción,
y empleabas generoso las horas de tu vida
en prodigar al triste, consuelo en su aflicción.

Amor había en tus ojos, amor en tus consejos,
amor era tu credo, amor tu caridad;
amabas a los niños, amabas a los viejos,
y límites no tuvo tu amor y tu piedad.

Tus hijos del espíritu, tus huellas van siguiendo,
cual tú a los pobres llaman, y en fiesta fraternal
harán como tú hiciste, con ellos compartiendo
el pan que nutre el cuerpo, y el pan del ideal.

Pero antes a tu tumba acuden presurosos
y en ella dejan flores, las flores de su amor,
te están agradecidos, y quieren generosos
unirse a los que sufren la fiebre del dolor.

Bendita la semilla que pródiga tu mano
sembró por todas partes, comienza a florecer;
tus hijos del espíritu, se extienden por el llano
y calman del que sufre su inmenso padecer.

Miguel: a tu memoria, siguiendo tu enseñanza
tus hijos del espíritu, hoy se unen con afán,
a repartir gozosos la miel de la esperanza
entre los que carecen de albergue, lecho y pan.

Miguel: ¡cuán bien hiciste llamando a los caídos!
con ellos compartiendo tus horas de solar:
tus hijos del espíritu, de gozo conmovidos
celebran en tu nombre la fiesta de la paz.

Tus hijos del espíritu, bendicen tu memoria,
y unánimes te siguen para ir del bien en pos:
tus huellas van siguiendo para alcanzar tu gloria
cumpliendo como buenos la voluntad de Dios.

¡DESEAR... ES VIVIR!

Ten paciencia, corazón,
que es mejor a lo que veo:
deseo sin posesión,
que posesión sin deseo.

CAMPOAMOR.

Entre las muchas verdades que dejó escritas Campoamor, en la redondita que antecede a estas líneas se puede decir que está compendiada la historia de la humanidad.

Al deseo, se lo representa con la figura de un joven virtuoso con alas que se lanza hacia cualquier objeto y de cuyo pecho se ven salir llamas; y la llama del deseo, es el alma de la vida. El hombre desea desde el instante que sale del claustro materno, y, al parecer, concluye su deseo cuando abandona su envoltura carnal, pero su deseo, en realidad, no se extingue con su último suspiro, porque viviendo su Espíritu, éste tiene que alimentarse con el deseo de penetrar en lo desconocido, de adquirir nuevos conocimientos, de conquistar nuevos afectos, de encontrar nuevos caminos por los cuales pueda llegar al paraíso soñado.

¡Desear... es vivir! Por eso los potentados de la Tierra suelen ser en el fondo de sus vidas profundamente desgraciados, porque nada desean, porque le sobran los placeres, las adulaciones, las mentiras, porque no corren tras de algo que huye; son las satisfacciones y las abundancias las que les salen al encuentro, y vivir sin desear, es vivir sin vivir.

No debe confundirse el deseo inmoderado de poseer fabulosas riquezas y de llegar a puestos encumbrados con el deseo sensato de adquirir lo que esté en relación con nuestros conocimientos y posición social, porque los que se empeñan en salir de su esfera, jugando el todo por el todo, esos ya son ambiciosos incorregibles, y una cosa es la ambición desenfadada, y otra el natural deseo de vivir descansadamente, que es lo que más cuesta adquirir: el descanso del cuerpo y el reposo del alma, sin que nunca se esté del todo satisfecho, porque para vivir es preciso desear.

Se cuenta que una hermosa joven, rodeada de todas las comodidades que dan las riquezas y de todos los afectos de una familia amorosa, teniendo a sus pies rendidos adoradores que esperaban su sonrisa, esta joven, a pesar de tantas dichas reunidas, lloraba de continuo y le decía a su madre: — ¡Madre mía!, ¿qué querré yo? Su madre no sabía qué contestarle, y tuvo la buena idea de decirle a su hija: —Mira, hija mía, iremos a ver a un anciano médico que, aunque ahora no visita, a nosotras nos atenderá, porque fue muy amigo de mi padre. Y, efectivamente, fueron a verle y la joven enferma le contó sus cuitas, diciéndole al terminar:

—¿Qué querré yo?

—Vivir —le dijo el anciano—, porque ahora no vives; y no vives, porque no deseas; y no deseas, porque todo te sobra; pero yo te daré un remedio infalible para curarte de tu fatal dolencia. Ya que no tienes que desear para ti, yo haré que desees para los demás. Desde

mañana iremos los dos juntos a visitar a los pobres del hospital, te pondrás en relación con una hermana de la caridad, que es verdaderamente un ángel en la Tierra, y ella te indicará los pobres más necesitados de consuelo.

Y dicho y hecho, al día siguiente la joven y el anciano se fueron al hospital, hablaron con la buena religiosa y, desde aquel día, la joven que lloraba sin saber por qué, dejó de llorar y ocupó su pensamiento en desear el bien y el alivio de los males de sus enfermos predilectos.

También recuerdo lo que me contó una amiga mía, referente a una señora inmensamente rica, la que se aburría en medio de su opulencia, diciéndole un día a mi amiga: — ¡Qué harta estoy de vivir! Mis días son interminables y mis noches fatigosas. Me sobra el tiempo para todo; no sé qué hacer.

—Pues, véngase conmigo —le dijo mi amiga— deje usted el coche y vámonos a pie a visitar a una pobre familia que si almuerza no cena y si cena no almuerza. Lleve usted la bolsa bien repleta y verá qué pronto se le pasan las horas comprándoles zapatos a los chiquillos descalzos y mantas de abrigo a los que se tapan en la cama con sus mismos harapos.

La señora no se hizo rogar y fue con mi amiga a ver a una pobre familia que carecía de lo más necesario, y desde aquel momento se dedicó por completo a enjugar lágrimas de los indigentes; cuando llegaba la noche se acostaba deseando que amaneciera para seguir su tarea de consolar al triste, pareciéndole pocas sus riquezas y hallando que la renta de sus bienes era escasa para atender a los desgraciados que le pedían amparo, por lo cual muchas veces le decía a su amiga: —Me ha hecho usted feliz, dado que ha despertado mis deseos, y deseando he comenzado a vivir.

¡Y es tan hermoso desear el bien de los demás! ...

¡Bendito sea el deseo!, porque desear es progresar, es relacionarse con la humanidad, es ponerse en contacto con todo lo grande y todo lo bueno. Por eso el Espiritismo es fuente de vida, porque es el deseo de mañana, el deseo de otras vidas mejores, de otros adelantos, de otros descubrimientos, de otros acontecimientos más prósperos para el engrandecimiento de las humanidades.

¡Qué inspirado estuvo Campoamor al decir que era mucho mejor deseo sin posesión, que posesión sin deseo!

LA HONRA

LA HONRA. — En cierto día salieron juntas a pasear por un lugar donde se celebraba una hermosa fiesta la Ciencia, la Fortuna, la Resignación y la Honra.

En el camino dijo la Ciencia:

—Amigas, como puede darse el caso de que nos perdamos en la fiesta entre nosotras, es bueno convenir el lugar donde podamos encontrarnos nuevamente; a mí podéis encontrarme en la biblioteca del sabio médico, el doctor X, que, como sabéis, es uno de mis viejos y mejores amigos.

La Fortuna dijo:

—Yo iré a esperarlas en el lujoso palacio de aquel poderoso millonario, a quien casi siempre acompaño.

La Resignación dijo a su vez:

—A mí me encontraréis en la pobre y triste choza de aquel buen viejecillo a quien con tanta frecuencia veo y que, sin soltar jamás una queja, ha vivido tantos años sufriendo los honores de su negra suerte.

Como notasen las compañeras que la Honra se quedaba callada, le preguntaron:

—Y a ti, amiga, ¿dónde te encontraremos?

La Honra, bajando tristemente la frente, les respondió:

—A mí, quien una vez me pierde, jamás vuelve a encontrarme...

(Extraído de El Diluvio).

Leyendo El Diluvio, me fijé en las líneas que anteceden a este artículo, murmurando con melancolía: ¡Qué horizontes tan limitados contempla la mayoría de los hombres! Puesto que estrechan el círculo en que se desarrollan sus acciones, también Campoamor dice en sus célebres Humoradas:

La amo poco, es verdad, mi alma rendida,
¿a quién dirás que adora?
a la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

¡Cuán equivocados están todos los que piensan que en este pobre mundo acaban todas las luchas y las ansiedades del hombre! ¡Qué horroroso sería vivir en un círculo tan reducido!
¡Se cae tantas veces! Hay situaciones en la vida tan críticas, tan terribles, tan apremiantes, tan desesperadas... que el hombre más honrado cae vencido ante el lecho de su hijo

moribundo o ante una madre paralítica que le dice: - ¡Dame pan, me muero de hambre y de frío!, y el hijo, enloquecido, roba y mata si es necesario para darle a su madre lo que ésta le pide; y si para aquel desgraciado no hubiera un plazo más o menos largo para borrar la mancha de su deshonra, ¡qué horrible sería la vida! Afortunadamente el hombre vive siempre, y viviendo eternamente, todos los crímenes se borran con el agua del sacrificio, sacrificios realizados siglo tras siglo. Las más relevantes virtudes son el fruto de grandes dolores, de innumerables humillaciones, de atropellos y locuras sin número. Decía un novelista francés que "es necesario haber querido morir para apreciar lo que vale la vida", y es verdad.

El dolor es el gran maestro de la humanidad; se aprende más en un día sin pan y en una noche a la intemperie que en todas las universidades donde centenares de sabios explican a sus discípulos las diversas ciencias, pues sin aquel conocimiento el hombre vive sin vivir.

Recuerdo que leí hace tiempo un episodio que me hizo pensar profundamente: un lord, que ya era millonario, heredó los cuantiosos bienes de un pariente lejano, y queriendo emplear dignamente el tesoro que le venía como llovido del cielo, quiso estudiar el modo y manera de hacer una obra meritoria, para lo cual, sin decir nada a nadie de su intención, se despidió de su servidumbre diciendo que iba a emprender un largo viaje y que a su regreso arreglaría sus negocios pendientes. Dejó encargado a su administrador general que velara por sus bienes hasta su vuelta; su leal servidor, que le había visto nacer, le prometió solemnemente aumentar su hacienda realizando buenos negocios.

El lord se marchó sin ningún criado, salió de Londres y fuera de la capital se disfrazó de mendigo, no llevando con él ni una libra esterlina, estudiando durante tres años vividos en la mendicidad el medio y manera de emplear sus tesoros en bien de sus semejantes, conviviendo junto a seres de lo más degradados; mas como él no estaba acostumbrado a vivir de aquel modo errante, durmiendo una noche entre beodos y otra rodeado de asesinos, enfermó, como era natural, pasando varios meses en un hospital y sufriendo todos los horrores de la miseria. Salió triunfante de la prueba y a los tres años volvió a Londres completamente desconocido. Ya no era el joven elegante y distinguido, era un hombre vulgar con el rostro amarillento y las manos ennegrecidas; su leal administrador lloró como un niño al verle en aquel estado, pero su señor le dijo: "No llores. Vengo más rico de lo que me fui. Ahora ya sé lo que valen mis palacios y mis lechos de plumas con sus colgaduras de púrpura, mis coches y mis caballos. ¿Sabes por qué? Porque he dormido en los pajares, porque creí morir en un hospital, porque he andado leguas y leguas con los pies descalzos y chorreando sangre, dándome por muy contento si al llegar la noche encontraba un cobertizo donde guarecerme de la lluvia. Ahora seré un buen rico, porque emplearé mis riquezas en grandes empresas que proporcionen honroso trabajo a centenares de infelices que se hunden en la degradación comenzando a pedir limosna, pues ésta es la ocupación que más degrada al hombre". Y el lord fue en realidad uno de los muchos redentores que de vez en cuando vienen a este mundo para aprender y enseñar.

Lo que hizo el lord en una existencia lo hace el Espíritu en sus encarnaciones sucesivas, y si en una existencia pierde la honra, la recobra en otra encarnación, porque no es la muerte la

sola poseedora de todos los descansos de la vida, pues no hay descansos en la vida infinita, no hay más que cambio de talleres; el trabajo y la lucha siempre son los mismos: los mineros de ayer suelen ser los marinos de hoy y los negociantes y acaparadores de otro tiempo son los humildes aprendices de los más penosos oficios que hoy se disputan en la Tierra las ganancias indispensables para comprar el pan de cada día.

Todo cuanto se pierde en una encarnación se recobra en otra. El hombre ha nacido para ser grande, no para ser pequeño, por eso su vida no se acaba: pierde su cuerpo, pero queda su Espíritu con más ansias de saber y de progresar, porque basta que nos falte un organismo para que deseemos otro, puesto que el Espíritu antes de llegar a los mundos superiores necesita engrandecerse por su propio esfuerzo.

Si el Espíritu perdiera algo que no pudiera encontrar jamás, Dios sería injusto, condenándole al tormento de Tántalo, quien veía el agua junto a su boca y no la podía beber. Para el Espíritu son todos los mundos y todas las glorias, porque es hijo de Dios.

A MIGUEL VIVES

Otra vez estoy aquí,
pues quiero en este lugar
mi débil voz levantar
para que llegue hasta ti.

Fija tu mirada en mí;
que aunque muy pequeña soy,
agradecida te estoy
por el bien que has difundido:
dando aliento al desvalido
y yo, con los tristes voy.

Me dicen, que fuiste amparo
de todos los afligidos,
que por levantar caídos
nunca pusiste reparo.

Me dicen que fuiste un faro
en los mares de la vida,
que era tu dicha cumplida
prestando al débil consuelos,
siendo todos tus anhelos
el dar tu amor sin medida.

Yo sólo anhelo seguirte
y en tus hechos imitarte;
¡ay, quien pudiera expresarte
lo que no acierto a decirte! ...

Yo quisiera describirte
mi profunda admiración,
y como mi corazón
apresura su latir,
oyendo a muchos decir
cual era tu religión.

¡Tu religión! sacrificios,
abnegación desmedida,
pues consagraste tu vida
a luchar contra los vicios.

Por ti, de los precipicios
muchos hombres se alejaron,

cuantos tu voz escucharon
se sintieron conmovidos,
y por ti muchos caídos
del cieno se levantaron.

¡Qué hermoso es vivir así! ...
¡vivir para los demás! ...
¡Cuán satisfecho estarás
de lo que hiciste aquí!

Has dejado tras de ti
una estela luminosa,
y toda alma generosa
se sentirá conmovida
al analizar tu vida
¡tan útil, tan provechosa!

Aquí, donde las pasiones
nos subyugan y embrutecen,
donde las angustias crecen
por nuestras imperfecciones,
por las míseras traiciones
que unos a otros nos hacemos,
porque lo que poseemos
poco siempre nos parece;
nuestra ambición crece, crece,
y ambicionando... ¡caemos!

Donde hay tantos malhechores
un hombre digno y honrado,
debe ser glorificado:
por eso a ti tantas flores
te dan tus admiradores,
y quieren seguir tu senda
y cual tú, rasgar la venda
del fatal oscurantismo,
y por ti el Espiritismo
dar al mundo por ofrenda.

¡Gloria Miguel, gloria a ti!
por el bien que nos hiciste,
por la luz que difundiste
mientras estuviste aquí.

Yo tus escritos leí,
y en ellos vida encontré,

el amor a Dios hallé,
la esperanza en el mañana,
la resignación cristiana
y la verdadera fe.

¡Gloria a tu nombre bendito!
¡gloria a tu gran sentimiento!
la luz de tu pensamiento
¡era luz del infinito! ...

Tú levantaste al proscrito
con tu mágico decir;
Miguel, yo quiero seguir
tu ejemplo, ¡quiero dar luz!
y como Cristo en la cruz,
¡quiero un mundo redimir! ...

PLEGARIAS

Mucho se ha escrito sobre la oración, unos en pro y otros en contra, pues sabido es que no hay dos seres que piensen de igual manera, puesto que cada Espíritu tiene su adelanto especial, los unos en moralidad, los otros en ciencia, aquéllos en amorosos sentimientos, por consiguiente, como cada individuo mira el conjunto de la vida por las cristales de su adelanto, los unos creen que pidiendo siempre se gana el cielo, y los otros están convencidos que se debe poner en práctica el antiguo refrán: A Dios rogando y con el mazo dando, esto es, pidiendo pero trabajando al mismo tiempo, no olvidando el adagio de ayúdate y Dios te ayudará.

Yo siempre he pertenecido a estos últimos, creyendo que estaba en lo cierto el que dijo irónicamente: Fíate de la virgen y no corras. Yo siempre he corrido huyendo del peligro, confiando más en mis esfuerzos que en la protección de ningún santo, en los cuales nunca he creído, considerando que Dios había hecho sus leyes inmutables y que éstas no se alterarían por una plegaria. Así he vivido muchos años, creyendo en la eterna justicia de Dios y en el progreso indefinido de mi Espíritu desde que estudio el Espiritismo, el cual comencé el año 73 del siglo pasado. Desde esa fecha he leído con más aprovechamiento que antes distintas obras filosóficas y en algunas de ellas he encontrado modelos de plegarias que me han satisfecho, puesto que salían de la rutina ordinaria. Una de ellas decía así: "Infinito y eterno espíritu del Bien, danos un nuevo poder para corregir y destruir todos nuestros defectos. Danos también un creciente espíritu de benevolencia para con todos nuestros semejantes. Danos la fe, y has que veamos cada día más claramente la ley y el camino y los medios por los cuales hemos de obtener la salud y la paz, y la felicidad y el bienestar más firmes y perdurables. Danos, finalmente una perfecta fe en la ley de la vida eterna".

Otra plegaria digna de ser estudiada es la de Prentice Mulford, que se haya en su admirable obra Las fuerzas mentales, a la que se puede llamar: ¡el Evangelio de la razón! Dice así:

"Yo pido a la Fuente de todo bien suficiente poder para alejar mis pensamientos de las vías por donde han corrido durante la última semana. Yo pido comprender cada vez más claramente el gran bien que han de recibir mi cuerpo y mi Espíritu mediante la practica repetida de dejar mi mente en descanso un día de cada siete. Yo pido ver cada día más claramente que la práctica repetida de este descanso periódico me ha de dar fuerzas para resistir a la enfermedad y que estas fuerzas además fortalecerán mi cuerpo y aclarará mi mente, dándome nuevas ideas y nuevas energías para ser empleadas durante la semana próxima, cuyos trabajos pido ahora olvidar enteramente para permitir la auto adquisición de las fuerzas espirituales que han de impulsar mi actividad hacia futuro éxito y triunfos. Yo pido, además, que continuamente se me den nuevas pruebas de la realidad de esta ley espiritual. Yo pido también que pueda sentir el espíritu de este maravilloso Universo, fuente de toda vida en este planeta que habitamos. Yo pido que mi sentido espiritual quede iluminado hasta ver en el Sol la más grande expresión de la mente divina y eterna, a la cual vea cada día más cerca de mí. Yo pido ver y sentir y recibir energías de todas las formas de

la Naturaleza, de las plantas y de los animales, quienes del mismo modo que yo, reciben el calor de vida de los rayos del Sol y son igualmente expresiones de la vida que se encierra en ellos".

No se puede decir más, indudablemente, en una plegaria racional; pero como he dicho antes, cada uno ruega y pide a su manera. Yo, indudablemente, debo haber abusado mucho de mi verbosidad, o tal vez no está aún acostumbrado mi Espíritu a pedir auxilio a otras fuerzas espirituales, porque yo al levantarme, mejor dicho, al sentarme en mi lecho para vestirme, digo con íntimo sentimiento: ¡Dios mío!, que sea muy buena y que trabaje mucho. Si el tiempo lo permite, subo al terrado de mi casa y mirando al Sol con verdadero arrobamiento siento en todo mi ser un bienestar inexplicable y murmuro con inmensa satisfacción: ¡Qué grande eres, Dios mío!, has que sea buena y que trabaje mucho. No sé decir más al dirigirme a Dios, y mientras más medito en el laconismo de mis plegarias, menos comprendo —como he dicho antes— si he pecado por hablar de más o es que doy ahora los primeros pasos en la senda de la meditación religiosa. Casi, casi, estoy por creer que no he pedido nada en mis anteriores existencias a ningún ídolo, pero en cambio, ¡cuánto he amado a la Naturaleza! Siempre que me he encontrado entre flores, he dicho con íntima convicción: ¡Qué bueno es Dios! ... ¡Las flores son sus palabras, las mariposas sus sonrisas, el Sol su imagen! ...

Los templos más grandes de la Tierra, los he mirado siempre con lástima; cuando he visitado las catedrales de Sevilla, de Toledo y de Tarragona, me han parecido chozas de bambú, y cuando he leído las descripciones de San Pedro de Roma y de otros templos, verdaderas maravillas del arte, he dicho con desdén: ¿Y qué es eso ante la espléndida Naturaleza? ¿Qué son esas torres con sus lenguas de bronce comparadas con las cordilleras de montañas cuyas cumbres se elevan hasta perderse entre las nubes?

Si yo supiera orar nunca oraría dentro de esas casas de piedra; si estaba en un paraje montañoso subiría a la montaña más alta y allí hablaría con Dios.

Los sabios locos, preguntan muchas veces: ¿Dónde está Dios? ... y a Dios se le ve en todo cuanto existe, en el átomo y en el mundo más voluminoso, en la gota de rocío y en los saltos gigantescos del agua llamados cataratas. Dios es la vida. ¿Nosotros vivimos? Pues bien, nosotros demostramos su existencia. Dichosos los Espíritus que, comprendiendo su divino origen, se hacen dignos por sus virtudes de llamarse hijos de Dios y pronuncian con sus buenas obras la mejor plegaria.

A UNA JOVEN ESPIRITISTA

Carta Tercera

Hija mía: Terminaré con esta carta mi regalo de boda, porque, aunque hay mucho que decirle a una joven que se casa, y más si ésta es espiritista, como tú ya tienes andado la mitad del camino, huelgan también la mitad de los consejos que yo pudiera darte, porque tú eres una mujer que, o mucho me engaño, o tienes muy buen sentido, no seduciéndote vanidades mundanas, ni amas a tu prometido porque éste sea gallardo, gentil y apuesto, sino que le quieres por la grandeza de su alma, por sus sentimientos, por su honradez, por ese conjunto de cualidades que tiene que reunir un hombre para crearse dignamente una familia y ser útil a la sociedad en que vive y a la humanidad en general; y la mujer que gana un alma, tiene mucho logrado para ser dichosa, por lo cual no será tan fácil que pierda el tesoro de sus ilusiones, como puede perderlo la que únicamente elige a un hombre porque éste sea un tipo arrogante, vista con elegancia y sepa presentarse en sociedad con esa soltura de buen tono que tanto halaga a las mujeres que son esclavas de la última moda. No, yo creo que tú serás mucho más racional que la generalidad de las mujeres, con lo cual, te lo repito, tienes asegurada tu dicha terrena, porque los cuerpos se desfiguran, se descomponen, pierden sus atractivos por una enfermedad, por una desgracia inesperada; pero las almas conservan eternamente su belleza. ¡Dichosa la mujer que quiere a un alma!

Yo creo que tú serás muy parecida a una mujer que conocí en mi juventud, la que se enamoró casi niña de un joven elegantísimo, simpático, con unos ojos negros que prometían todas las dichas soñadas por la juventud y el amor; y Clarisa se creyó feliz cuando Luis le dijo que la amaba. Él era marino y emprendió un viaje de algunos meses, encargando a su amada que fuera preparando sus galas de novia para casarse en cuanto regresara. Clarisa, ni torpe ni perezosa, se puso enseguida a preparar su nido; sus padres eran propietarios y le regalaron una casita, que fueron amueblando y embelleciendo con la mayor alegría. Luis le escribía unas cartas amorosísimas; cada día estaba más enamorado de su prometida; mas de pronto cesaron sus cartas; se supo que el buque en el que navegaba había naufragado y que la tripulación, por lo menos la mitad, había sucumbido, sin que nada se supiera de los sobrevivientes que deberían haber arribado a un puerto de la India.

Clarisa se conceptuó viuda y se vistió de luto, si bien decía algunas veces: "No; yo no acabo de perder la esperanza de que veré a Luis". Así pasó más de un año, cuando una mañana se presentó en su casa un sacerdote diciéndole a Clarisa que se preparara para recibir una sorpresa triste y alegre a la vez; triste porque Luis ya no era el que había sido; y alegre, porque no la había olvidado, porque seguía queriéndola del mismo modo.

Clarisa se abrazó al sacerdote diciéndole: "¿Luis viene? ¿Luis no me ha olvidado? ¿Luis confía en mi amor? Pues que venga ciego, cojo, manco, tullido, ¿qué me importa su cuerpo? ¡Lo que yo quiero es su alma!" "Pues su alma es completamente tuya —le dijo el sacerdote. Yo soy el capellán que prestaba servicios espirituales en el buque en el que navegaba Luis, y no pasaba día en el que no me hablara de su Clarisa. En mala hora

naufraamos, salvándonos milagrosamente diez hombres; pero Luis, a causa del susto recibido y las angustias pasadas antes de llegar a tierra, pasando horas interminables asidos a los restos de un bote hecho pedazos, vio desfigurarse su rostro por completo, sus ojos querían salir de sus órbitas, no los podía cerrar; había sufrido horriblemente y al fin se había quedado ciego y con la inteligencia tan perturbada que tiene a veces arrebatos de verdadera locura; pero en sus horas de lucidez, que son las menos, llora como un niño llamando a Clarisa. Por ello vengo en su nombre a decirte si lo quieres recibir". "¿Dónde está?" —preguntó Clarisa. "En el Hotel de Londres". "Vamos por él" —dijo Clarisa llorando y riendo a la vez, y acompañada de sus padres y del sacerdote fue en busca de su amado.

Luis no era ni su sombra, había envejecido extraordinariamente; canoso, con los ojos medio abiertos, inyectados de sangre, hablaba medio tartamudo; y cuando vi a Clarisa, después de tener a Luis en su casa, me llamó vivamente la atención la triste serenidad de la joven, que me dijo: "Lamento cuanto le ha ocurrido a mi Luis; pero al mismo tiempo, como el amor es tan egoísta, pienso que siendo desgraciado será mío exclusivamente. Yo seré su ángel tutelar, yo guiaré sus pasos, yo le haré feliz. Sí; yo espero verle sonreír todavía". Y Clarisa no se engañó; se apoderó de él un médico excelente que consiguió tranquilizar su imaginación hasta el punto que curó por completo sus arrebatos de locura, completando su curación de un modo radical el nacimiento de su primer hijo. El no quiso separarse de Clarisa en el momento del alumbramiento, y al sentir llorar al niño, Luis lanzó un grito, diciendo: " ¡Dios mío! ..." Y desde aquel instante Luis recobró por completo su buen sentido; le faltaba la luz del cuerpo, pero le sobraba la luz del alma; y Clarisa fue para Luis esposa, hija, madre, hermana, compañera, amiga íntima; todos los afectos conocidos en la Tierra los tuvo Clarisa para su esposo; y yo tengo el íntimo convencimiento de que tú harías lo que hizo Clarisa si el infortunio hiciera presa de ti, como le aconteció a mi joven amiga.

Su casa era un cielo; muchos hijos rodearon a Luis y él me decía muchas veces: "Si hubiera muchas mujeres como Clarisa, la Tierra sería un paraíso". Dios quiera, hija mía, que sea tu actual existencia un compás de espera en la lucha que todos tenemos que sostener en este mundo, donde la mayoría de sus habitantes hemos dicho anteriormente: Mañana será otro día; y ese mañana es el actual presente, en el cual tenemos que pagar una parte de las letras que nos negamos a pagar ayer; y como no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, los unos de una manera y los otros de otra, todos tenemos que padecer, pues como decía Benjumea:

En el mundo del placer,
apenas repica el alba
ya tocan a anochecer.

Pero los espiritistas sabemos perfectamente que nunca anochece en el día eterno del progreso indefinido del Espíritu; ya puede éste verse perseguido, calumniado, olvidado de propios y extraños, si él se convence que de él depende su estacionamiento o su adelanto, que puede llegar a donde llegaron los sabios y los buenos sólo con su esfuerzo, sólo con su voluntad, sólo con su perseverancia en el trabajo y en el bien obrar, él disipará las sombras

de la noche que le envuelven y hará brillar en el horizonte de su vida los fulgores de la aurora del día eterno de su porvenir.

Adiós, hija mía; cumple como buena cuando te unas en matrimonio con el elegido de tu corazón. Y si llegas a ser madre, ¡ah!, entonces recuerda lo que decía la célebre escritora Fernán Caballero: que "un hijo es una enfermedad de nueve meses y una convalecencia de toda la vida". Y es verdad. Las madres son las enfermas incurables, ¡tienen tanto en qué pensar, tienen tantos deberes que cumplir! ... Pero, ¿dónde hay mayor gloria que en el sacerdocio de la maternidad? Las madres son los ángeles buenos de la Tierra; de todos los amores, el suyo es el más duradero; sólo las madres saben compadecer y perdonar, y a través de los siglos son los guías que en el Espacio se apiadan de los delincuentes.

Adiós, hija mía; que Dios te conceda lo que yo te deseo: que seas mujer ángel, para que a la sombra de tus alas viva dichosa tu familia terrenal.

¡QUÉ HORRIBLE ES LA VENGANZA!

I

El odio es como el árbol que lleva por nombre el manzanillo, cuya sombra dicen que provoca la muerte. El fruto del odio es la venganza, y ésta, es una espada de doble filo o un puñal de dos puntas que hiere sin piedad a todo cuanto toca.

Nunca experimento más horror que cuando le oigo decir a cualquiera: ¡Ah, odio tanto a fulano o a mengano, que el día que pueda vengarme de él será el día más feliz de mi vida! ¡Qué mal me produce escuchar semejantes palabras! ...

Hace pocos días recibí el suelto que transcribo a continuación:

SUICIDIO. — En Dresde, Alemania, acaba de ocurrir una de las catástrofes domésticas de más resonancia y más horripilantes detalles de que tengamos noticia.

Vivía en esta ciudad un hombre de apellido Wilsdorf, de cincuenta y un años de edad, guardabosque del rey durante mucho tiempo y más tarde humilde pensionado que vivía con su exigua pensión en una modesta casita en compañía de su esposa y seis hijos, el menor de los cuales sólo tenía once años de edad.

Los vecinos habían averiguado que la familia se había visto en apuros financieros, contrayendo muchas deudas, pero nadie esperaba que estas circunstancias produjeran tan tremendo resultado.

La otra mañana al llevar el lechero la leche a la puerta de la casa, vio que no habían recogido la del día anterior. Llamó la atención de la policía sobre este hecho y recelando que hubiese ocurrido algo grave, determinaron hacer uso de la fuerza.

Entonces se comprobó que, a excepción de la hija mayor, que todavía daba señales de vida, toda la familia había sido muerta a tiros. Todos los indicios revelaban que la horrible tragedia se había llevado a cabo con el consentimiento de las víctimas, a excepción de la hija mayor, todavía sobreviviente, quien, al parecer, sostuvo con su padre una lucha terrible, sin que aquél lograra vencerla, pero consiguiendo alojarle varias balas en el cuerpo.

Al terminar su lectura, dije entre mí: ¡quién sabe si el matador y suicida no ha sido impulsado por algún enemigo del Espacio! Y un Espíritu contestó a mi pregunta, diciéndome lo siguiente:

II

"Ningún enemigo ha levantado el brazo del matador, ha sido su voluntad la que ha obrado libremente y no creas que sea un Espíritu cruel ni que esté sediento de sangre, ha sido siempre un hombre tranquilo y resignado que nunca ha deseado la fruta del cercado ajeno; dedicado al cultivo de la tierra durante muchas existencias, ha pasado siglos y siglos sin ver más monumento que la iglesia de su aldea; se creaba familia, trabajaba para ella y sus hijos

le enterraban piadosamente cuando la muerte cerraba sus ojos. Era religioso sin él saberlo, amaba a Dios cavando la tierra sin ocuparse de las luchas políticas ni religiosas, y cuando más tranquilo vivía, se le presentaron cinco frailes, diciéndole que le llamaba el prior de un convento cercano para darle un trabajo muy lucrativo, como era el de cuidar unos viñedos que daban un vino excelente. Creyó Juan lo que le dijeron los frailes y se fue con ellos para hablar con el prior. Llegado al convento éste lo hizo pasar a su celda, diciéndole:

"—Juan: tú no eres lo que aparentas; sé de muy buena tinta que en tu casa se reúnen varios herejes, dime sus nombres, ponme al corriente de sus inicuos planes y te daré en recompensa muchas hectáreas de terreno fértil que te harán rico y podrás enriquecer a tu familia; y te advierto que, si te obstinas en guardar silencio, tus huesos se triturarán en el potro del tormento.

"Juan se quedó viendo visiones, porque no tenía la menor noticia de tales herejes, y así se lo hizo presente al prior, pero éste, muy mal informado, creyendo que Juan mentía como un bellaco, lo sujetó al tormento y murió el infeliz labriego completamente despedazado, el cual en su agonía pedía a Dios que sus hijos vengaran su muerte, y cuando después se cercioró en el Espacio que el alma vive eternamente, entonces se dio palabra a sí mismo que haría morir por sus manos a los seis verdugos que le atormentaron sin piedad. Volvió a la Tierra, regresó al Espacio y siempre pensó en lo mismo: en matar a sus atormentadores.

Para borrar odios, la familia en esta existencia se componía del prior y de los cinco frailes que le llevaron engañado al convento. Él, despierto, los amaba, pero durante su sueño, es decir, mientras reposaba su cuerpo, sabía quiénes eran los seres que le rodeaban: su esposa era el prior de ayer; sus hijos, los frailes que le arrebataron de su hogar; despierto, exasperado por la miseria decidió acabar con todos, y en su sueño veía su pasado y decía: Todos deben morir, incluso yo; ya es tiempo de que sacie mi sed de venganza. Y la sació aquel infeliz, siendo éste el primer crimen que ha cometido y que probablemente será el último, porque no es Espíritu dado a la crueldad, no goza haciendo el mal por el mal mismo; él era muy feliz en su ignorancia y la pérdida de su reposo le irritó extraordinariamente; la injusticia que cometieron con él le exasperó de tal modo que se despertó en él el odio más cruel, tuvo sed de sangre y hasta que la sació no se calmó su rabia homicida. ¡Cuánto daño han hecho las injusticias religiosas! ¡Cuántas ovejas inofensivas se han convertido en lobos feroces, hambrientos de carne humana! ¡Cuántos crímenes cometidos en nombre de un Dios de amor! Adiós".

III

Dice muy bien el Espíritu que las religiones han despertado la ferocidad y los hombres, más sanguinarios que las fieras hambrientas, se han despedazado unos a otros al pie de los altares de sus dioses. Parece increíble que el sentimiento religioso, que debía de ser todo amor, mansedumbre y misericordia, se haya convertido en el odio más implacable y en las venganzas más horribles.

La demencia religiosa es la más incurable. ¡Cuántos locos han sacrificado a sus semejantes en aras de sus dioses! Todos han sido crueles, lo mismo los paganos que los adoradores de un solo Dios.

Cuánto tiene que trabajar el Espiritismo para que la humanidad se convenza de que las creencias religiosas no deben ser encubridoras de crímenes, sino, muy al contrario, su deber es el de enseñar a los hombres que Dios es amor y que su ley sólo tiene un mandamiento: Ameos los unos a los otros.

IMPRESIONES TRISTES

I

—Oye —me dice mi amiga Leontina— tú que crees a ojos cerrados que hay otros mundos habitados en esas apartadas regiones, ¿hay en ellos tantos cuadros tristes como aquí? Porque lo que es a la Tierra habría que prenderle fuego y luego sembrar sal en el suelo calcinado para que no brotara nunca más la hierba.

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué enfadada estás!

—Ya lo creo que lo estoy; tú ya sabes mi plan de vida, que parezco el judío errante, siempre corriendo de un lado a otro, buscando a un hombre feliz, y no encuentro más que desgraciados.

¡Mira que es pena!

—Ya lo creo que lo es; pero en un presidio, ¿qué quieres encontrar? Penados, que los unos llevan el grillete al pie y los otros las esposas en las manos.

—Lo que es yo te aseguro que, si no fuera porque me parezco a Bertoldo, que no encontraba un árbol donde ahorcarse, hacía la procesión del niño perdido, me eclipsaba totalmente para dejar de ver ajusticiados.

—Harías muy mal, porque entonces no verías a los otros, te verías a ti misma y, créeme, la figura de un ahorcado es muy fea. Y vamos a ver, ¿qué has visto últimamente que tanto te ha impresionado?

—Lo más horrible que pueda verse: un matrimonio con cuatro hijos pequeños, el marido ciego y tísico por añadidura, y la mujer más muerta que viva, sin más amparo que la caridad oficial; el pobre enfermo se acabó de morir y ha estado el cadáver depositado en su casa ¡tres días! y la mujer le ha velado sin tener más compañía que sus pobres hijos aterrorizados de ver a su padre muerto...

—Horrible es lo que usted cuenta —exclamó mi amiga Lorenza, que escuchaba atentamente lo que decía Leontina— pero yo conozco otro episodio que no sé si no es aún más doloroso que el usted ha relatado.

—¿Más aún? ¡No me diga! —replicó Leontina.

—No sé, lo que es a mí me causa más honor lo que les voy a contar. En un cuartucho miserable, en una habitación parecida a un calabozo, estaba un hombre echado en un jergón, su esposa sentada en el suelo calentaba entre sus manos las manos del moribundo, era de noche y reinaba la más completa oscuridad, el agonizante se quejaba débilmente hasta que la muerte lo hizo enmudecer, mas, como no había luz, la infeliz mujer no pudo recibir la última mirada de su marido, permaneciendo con las manos del muerto entre las suyas toda la noche sin fuerzas para moverse ni aliento para gritar.

— ¡Qué horror, cielo santo! —exclamó Leontina. Yo no dije nada, pero sentí una punzada dolorosísima en el corazón, murmurando con espanto: — ¡Morir sin luz... es el colmo de la miseria! Los que mueren en un hospital morirán mejor. ¡Morir sin luz!... —y en mi mente vi el cuadro pintado por mi amiga Lorenza, temblando convulsivamente.

—Oye —me dijo Leontina— tú que siempre estás hablando con los de allende la tumba, pregunta a ver qué te dicen de esos horrores.

—Sí que lo preguntaré, porque me ha impresionado muchísimo lo que nos ha contado Lorenza.

—Pues mira que tener a un muerto tres días en depósito, ¡no sé qué será peor, si asistir a la muerte de un ser amado careciendo de luz —que es el colmo de la miseria— o tener un cadáver en descomposición sin poderlo enterrar por falta de recursos!

—Tienes razón, todo eso es mal que mata; pero no, es que al pensar en el hombre que murió sin luz siento un dolor agudo en el corazón y me parece que algo me une con ese infeliz.

Y en aquel momento me sentí impulsada violentamente, tomé la pluma y escribí rápidamente lo que transcribo a continuación, mientras que Leontina y Lorenza me dejaron sola para que escribiera con más facilidad, por más que yo estaba tan dominada por el Espíritu que sólo veía mi mesa y mis flores.

II

"Mucho te has impresionado —me dijo el Espíritu—, en particular con la muerte de ese infeliz que murió sin luz. Ya tienes razón: murió sin luz, pues aunque hubiera estado rodeado de focos eléctricos, mejor dicho, de soles esplendentes, hubiera muerto igualmente ¡sin luz!; su compañera le hubiera visto morir, pero él, como vivió en la sombra, en la sombra murió.

"Te impresionó su dolorosa muerte, porque ese infeliz y tú habéis estado ligados por un afecto profundo hace algunos siglos; él y tú habéis sido compañeros de locuras y desenfrenos y juntos habéis perdido muchas existencias en los garitos, en los lupanares y en las plazas públicas, armando camorra a otros tan perdidos como vosotros. Tú al fin te cansaste de aquella vida en la cual derrochaste tu ingenio chispeante, tu sátira mordaz, tu gracia epigramática; tuviste en el Espacio quien te aconsejara y la oveja descarriada volvió al redil y se propuso ganar los siglos perdidos. Tu compañero, en cambio, se obstinó en ir descendiendo y, naturalmente, os separasteis por completo y no os habéis vuelto a encontrar. Como lección saludable, al enterarte de la muerte de ese infeliz, yo te dije sin saber tú quién te lo decía: Ya ves cómo mueren los hombres que no se quieren regenerar, ¡mueren sin luz! Viven en la sombra el tiempo que están en el Espacio, y vuelven a la Tierra en la más completa oscuridad. Tú también morirías como él si no te hubieras decidido a desandar el camino andado. Tu Espíritu nunca ha sido ingrato para la amistad, guarda el recuerdo de muchos afectos extinguidos por el tiempo y ha vibrado tu sentimiento

al recordar —sin tú saberlo— a tu amigo y compañero de ayer, pues ¡es muy malo ser malo!

"El otro pobre ciego, cuyo cadáver ha contemplado su compañera tantas horas, ¡horas horribles!, horas en las cuales se puede enloquecer de dolor, ha pagado en esta existencia una de sus deudas de ayer. Aún le quedan muchas por pagar. El ciego de hoy y su esposa vienen encarnando juntos desde hace mucho tiempo; en su encarnación anterior los dos pertenecían al sexo fuerte, el ciego era un poderoso señor y su esposa de hoy un criado fiel que se hubiera dejado matar por su dueño. Entre los dos causaron la desventura de una joven hermosa y honrada que perdió la vista a causa de su desesperación al verse deshonrada. La infeliz causó con su deshonra la muerte de su padre y ella tuvo que mendigar su sustento abandonada por su miserable seductor, que no tuvo para ella una mirada de compasión, aconsejado por su criado que sólo le inducía al libertinaje. Como ves, es muy justo lo sucedido al ciego de hoy y a su esposa; juntos labraron la ruina de muchas jóvenes inexpertas, hoy no han tenido quien acompañe sus restos a la sepultura, y ella ha sufrido un dolor que no tiene calificativos en la Tierra. ¡Pobres Espíritus, qué malo es ser malo! Amparad a los desvalidos, ¡pobrecitos! Cooperad a la buena obra de su arrepentimiento, que no dejen la Tierra desesperados, porque la desesperación es la sombra del Espíritu. Adiós".

III

Leontina y Lorenza esperaban impacientes que yo concluyera de escribir. Les leí la comunicación y Leontina, que no es espiritista, se quedó muy pensativa. Lorenza es espiritista desde hace muchos años, encontrando muy lógica la comunicación. Leontina, en cambio, trató de sonreírse, diciendo: —No sé, no sé, no acabo de convencerme de que se pueda nacer y morir repetidas veces, pero, en fin, por si acaso es verdad, trataré de ser muy buena para no morirme sin luz.

—Sí, amiga mía, sí, procuremos vivir en la luz, pues en la luz viven los que hacen suyas las penas de los demás.

¡TODO LO DESCUBRE EL TIEMPO!

I

ESPECTROS EN FOTOGRAFÍAS. — Negativos que anticipan el porvenir. — Los hombres de ciencia ingleses, especialmente los que se dedican al estudio de los fenómenos psicofísicos, hállense en la actualidad intrigadísimos ante un caso ocurrido a cierta señorita de Southampton, llamada Gladys Manning, y del cual se ocupa extensamente toda la prensa londinense y norteamericana. He aquí los hechos, narrados en pocas palabras:

La referida señorita se hallaba para contraer matrimonio con un teniente de infantería, de nombre Gordon Waters, en la actualidad de servicio en la India. Deseando aquélla enviar un retrato a su prometido, fue a Londres, dirigiéndose a casa de uno de los mejores fotógrafos de la capital. Hecho el retrato volvió la señorita Gladys a Southampton, donde recibió a los pocos días una carta del fotógrafo, participándole que los negativos tenían ciertos defectos, por lo que era necesario hacer nuevos retratos.

Volvió a posar ante la cámara la señorita mencionada, no sin que el fotógrafo hubiera adoptado —según su propia declaración— las más minuciosas precauciones, tanto respecto a las placas como a los daños reveladores y fijadores. Pero con gran sorpresa del profesional, tampoco por esta segunda vez dio la operación un resultado satisfactorio. La señorita Gladys tuvo necesidad de realizar un tercer viaje a Londres y la correspondiente ascensión a casa del fotógrafo; viaje y ascensión perdidos, pues, con gran consternación del operador, advirtió éste al llevar a cabo el revelado de las placas que todas ellas ofrecían el mismo espantoso defecto: algo capaz de llevar la consternación a la fotografiada y a su familia y de crear en tomo del establecimiento cierta atmósfera de brujería nada favorable a los intereses del pobre profesional.

Ello era que en el negativo como en las pruebas, detrás de la figura de la señorita Gladys —una verdadera obra maestra desde el punto de vista técnico—, aparecía indecisa, pero perfectamente reconocible, una figura masculina vistiendo uniforme militar y empuñando en una actitud amenazadora un agudísimo puñal. Mostrados los negativos y las pruebas a la señorita Gladys, pudo descubrir ésta con espanto que el espectro reproducido por la cámara fotográfica tenía facciones idénticas a las de su prometido, el teniente Waters. Convulsa de terror, abandonó la fotografía, y no bien llegó a Southampton, se apresuró a escribir al novio, dando por terminadas las relaciones. La señorita Gladys había considerado a aquel extraño e inexplicable fenómeno como un aviso providencial de trágicos acontecimientos futuros.

Divulgado el caso, se han ocupado de él los periódicos y revistas de Londres, en los que pueden verse numerosos artículos suscritos por diversas personas, tratando de explicar lo ocurrido desde el punto de vista científico.

Para unos, no es más que una nueva demostración de la fotografía del pensamiento, habiendo podido ocurrir que el de la joven, impresionado por la vista de algún grabado o

pintura melodramática, y al mismo tiempo puesto en las facciones de su novio, diera como resultado el que quedara estereotipada en la placa una escena tan fantástica como terrible. Para otros, ello debe ser obra de los rayos ultravioleta, aunque no especifican el porqué del hecho. Para otros, en fin, y a nuestro juicio, deben ser los que más se aproximan a la verdad, tratándose solamente de una maniobra de taller hábilmente llevada a cabo por el fotógrafo, obedeciendo a Instrucciones de una tercera persona. Se debe tener en cuenta, en efecto, que la señorita Gladys Marming, según ha descubierto un periódico, dio calabazas hace algún tiempo a cierto joven de la aristocracia británica, para prometerse en matrimonio al teniente Waters. El hallazgo de este tercer factor pudiera ser, pues, la explicación del problema psicofotografico que tan preocupados trae a los sabios de allende el canal de la Mancha.

II

Después de leer el anterior relato, me quedé verdaderamente preocupada, y en cuanto tuve ocasión me puse en relación con el guía de mis trabajos y le pedí una explicación sobre tan extraño suceso, contestándome el Espíritu lo siguiente:

III

" ¡Todo lo descubre el tiempo! ... De poco os asombráis, dándole a lo sucedido mayor importancia de la que en sí tiene, formulando juicios verdaderamente erróneos.

"Comenzaré por decirte que el fotógrafo, sin él saberlo, es médium de efectos físicos que ahora empieza a producir fenómenos verdaderamente sorprendentes.

"El original del retrato, la señorita inglesa, fue en su encarnación pasada un apuesto militar; tenía una figura arrogante, bienes de fortuna; pero en su carrera de las armas no era todo lo afortunado que él deseaba, porque siempre se le atravesaba en su camino un compañero que llegaba una hora antes que él a todos los puntos donde se pudiera ganar honra y provecho. Arturo llegó a cansarse de su amigo Jorge, quien siempre se adelantaba para llegar a los sitios más peligrosos; pero Arturo ocultaba su enojo y su contrariedad, porque Jorge era un buen amigo para él, no tenía la menor queja de su compañerismo y de su amistad. Pero llegó a hacersele insoportable la buena suerte de su compañero, que salía victorioso en todos los asaltos en que tomaba parte: morían centenares de hombres en torno suyo y él no recibía ni un leve rasguño.

"La envidia es una serpiente que cuando comienza a enroscarse en los miembros inferiores del hombre no abandona a su presa hasta conseguir la estrangulación de su víctima. Arturo fue acometido por ese reptil venenoso y sólo pensó en deshacerse de Jorge cuanto antes mejor. Para realizar sus inicuos planes se le presentó una ocasión oportuna: pusieron sitio a una plaza fuerte, y una noche en que iban los dos amigos recorriendo el campamento, a la entrada de un bosque Arturo se quedó algo rezagado, sacó un puñal y se abalanzó sobre Jorge, que se volvió al sentir los pasos precipitados de su amigo, clavándole entonces Arturo el puñal en el corazón a su infeliz compañero, quien quedó muerto sin lanzar un grito.

"Como los dos oficiales eran tan amigos y Arturo demostró tanto pesar por la muerte de Jorge, nadie sospechó que él fuese el matador; se le creyó víctima de algún espía de los sitiados, y Arturo vivió tranquilo sin que nadie le molestaran en lo más leve.

"Pocos años disfrutó de su carrera honrosa; murió sin haber logrado realizar sus sueños de gloria y volvió a la Tierra con la bella envoltura femenina, dispuesto a comenzar el saldo de sus muchas cuentas pendientes. El Espíritu de Jorge juró vengarse, de su matador, y él es el que se ha presentado detrás de la joven inglesa amenazándola con el puñal, dándole a su rostro alguna semejanza con el del prometido de la joven, quien está muy lejos de ser un criminal; pero ella, atemorizada y dominada por la influencia de su enemigo del Espacio, cree firmemente que la fotografía es un aviso que recibe del cielo para que rompa cuanto antes su compromiso con su prometido, mas, cuantas veces se relacione con un hombre para casarse, tantas serán las dificultades y los obstáculos que la obligarán a deshacer todo lazo matrimonial. Ya veis cuán equivocados están todos los que creen que son seres terrenales los que juegan en este asunto; no hay tal cosa, no hay más que el cumplimiento de una ley justa. ¡Todo lo descubre el tiempo! Pueden pasar años, pueden sucederse los siglos a los siglos, el tiempo es el fotógrafo de Dios, y cuando menos se piensa aparecen las placas de nuestro pasado en las cuales vemos nuestros vicios y nuestros crímenes. Adiós".

IV

¡Cuánto hay que estudiar! Bien podemos decir como decía el sabio griego: Sólo sé que no sé nada.

UN ENEMIGO

I

No siempre lo bueno es bueno, dice un antiguo adagio, y es la verdad. Muy útil y necesario es el estudio del Espiritismo para sobrellevar las innumerables penalidades de la existencia en la Tierra, pues no hay hombre dichoso en ninguna esfera social; todos tienen algo que lamentar: los unos la miseria en que viven, los otros las dolencias físicas que les mortifican, aquéllos la intranquilidad moral que les aqueja, otros las pérdidas de seres queridos, todos, todos, sin excepción, se quejan de su suerte; y estudiando el Espiritismo, no diré que la felicidad absoluta nos abra las puertas del templo de la dicha, pero de creerse uno víctima de la ciega fatalidad a considerarse víctima de uno mismo, hay mil mundos de por medio, porque el estudio razonado del Espiritismo nos demuestra matemáticamente que cada uno es hijo de sus obras y que según hayamos empleado nuestras facultades morales e intelectuales en bien del prójimo, o bien dañándolos, así será la cosecha que recojamos; mas no por relacionarnos con los Espíritus debemos abdicar de nuestro buen sentido, dejando de ejercitar las fuerzas que vigorizan nuestra razón, puesto que no hemos venido a la Tierra para ser juguete de los Invisibles y a que éstos nos manejen como manejan los niños sus caballitos de cartón. No, mil veces no; hay que estar en guardia, hay que pensar, pues si nos engañan quienes tenemos a la vista, figuras de carne y hueso a las que podemos leer en sus ojos las intenciones que abrigan, con mucha más facilidad nos pueden engañar los Espíritus, a quienes no los vemos. Decía Allan Kardec*, y decía muy bien: "Más vale rechazar diez verdades que admitir una sola mentira, una sola falsa teoría".

** Es muy común atribuir está feliz asertiva a Allan Kardec —tal como lo hace en esta oportunidad Amalia— mas en realidad ella pertenece al Espíritu Erasto, figurando en el párrafo 230 de El Libro de los Médiums. [Nota de la Editara.]*

Hace pocos días se suicidó en Evora, Portugal, un joven ... pero mejor será que copie la carta que me envían desde dicho lugar:

"Hace días que se ha suicidado un muchacho que estaba por terminar el curso de derecho en la Universidad de Coímbra, dejando escrita la declaración de que se suicidaba porque, consultando al Espíritu de su padre, éste le había aconsejado en tal sentido. El muchacho se dedicaba desde hace tiempo al estudio del Espiritismo, era rico y tenía salud. Nuestra hermana Amalia ¿podría consultar a sus Espíritus? Si le fuese posible me haría un gran favor, porque así estudiaríamos sobre el terreno".

Como mi único deseo en este mundo es trabajar en el campo del Espiritismo, he preguntado sobre tan triste acontecimiento, respondiendo un Espíritu a mis fundadas sospechas de que el joven suicida había sido víctima de un miserable engaño. He aquí la comunicación:

II

"Estás en lo cierto al creer que un Invisible ha jugado con la buena fe de un creyente fervoroso, lo que te probará que los creyentes son perjudiciales en todas las escuelas, por avanzadas que éstas sean; la creencia es la sombra del entendimiento; la ciencia de la vida es saber dudar. Ni la negación por sistema, ni la credulidad por hábito. El suicida de hoy tiene en su historia algunas páginas no muy recomendables: ha causado la ruina de algunas personas por las calumnias que sobre ellas ha lanzado. Esos crímenes suelen pasar desapercibidos en la Tierra, dado que no hay derramamiento de sangre; pero lo que aquí queda oculto, se descubre más tarde en el Espacio, y cada cual recoge la cosecha que por justicia le pertenece.

"El suicida de hoy tiene en el Espacio varios enemigos, entre los cuales hay uno que le profesa un odio implacable, dado que en una existencia anterior fue víctima de una calumnia horrible que aquél le levantó, por cuyo motivo lo expulsaron ignominiosamente del ejército español, en el cual ocupaba un puesto distinguido. Le exoneraron e hicieron blanco de todos los desprecios y humillaciones que puede sufrir un hombre digno y pundonoroso; él pedía la muerte, y le dijeron sus jueces que ni era digno de morir herido por las balas de los soldados españoles.

Quedó libre, pero maniatado por su deshonor, y enloqueció, porque no pudo resistir tanta ignominia. En el Espacio su odio se acrecentó; fueron inútiles los consejos y las amonestaciones de su guía, y ebrio de rabia, se apoderó de su calumniador y le ha seguido paso a paso hasta que ha conseguido su muerte. El padre del joven suicida jamás se ha comunicado con su hijo; está muy lejos de la Tierra. De la misma manera que hizo su trabajo el calumniador de ayer, que nadie se enteró de su inicuo proceder, del mismo modo ha obrado su enemigo, tendiéndole la red de la comunicación paternal. Sirva de escarmiento a los espiritistas crédulos el suicidio de este joven que creía a ojos cerrados cuanto le decía su enemigo, disfrazado de padre amorosísimo; nunca un Espíritu de buena ley aconseja el suicidio, antes al contrario, todas las comunicaciones dadas por Espíritus de buena voluntad aconsejan la paciencia, la resignación, la resistencia en los momentos más críticos, la energía para luchar con las adversidades de la vida, sin desmayar un solo instante, sin perder la esperanza en la eterna justicia de Dios. Adiós".

III

Muchísimo agradezco al Espíritu que nos ha comunicado sus buenos razonamientos, sus sabias instrucciones. No basta creer, es necesario saber distinguir el oro del oropel y no dejarse dominar por ningún Invisible, pues bastante ya nos dominan nuestras pasiones y debilidades.

La verdad no tiene más que un camino; el progreso no se alcanza dejando que otros piensen por nosotros, porque entonces los Espíritus representarían el mismo papel que los confesores católicos, quienes se apoderan de sus hijos de confesión.

El estudio del Espiritismo es luz y vida si los estudiantes son racionalistas, y es sombra y muerte si los estudiantes son creyentes fanáticos.

¡Paso a la luz!

¡Paso a la verdad eterna!

¡Paso al progreso indefinido de las humanidades!

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

I

Leyendo los periódicos, me fijé en el suelto siguiente:

Dublín. — Durante la noche pasada se inició un incendio en la iglesia de San José, donde se hallaba depositado un cadáver para ser enterrado hoy. Al llegar los bomberos encontraron el cadáver convertido en un montón de cenizas.

¡Qué horror! —murmuré con espanto—, hasta después de muerto ha tenido ese infeliz que ser víctima de la fatalidad de su destino.

II

"Estás en un error —me dice un Espíritu—, no debéis juzgar por las apariencias, que muchas veces os engañan. Ese cuerpo carbonizado fue de un Espíritu, no diremos impecable, pero sí de los mejores que han encarnado en la Tierra. Espíritu muy desprendido de las pompas terrenales. Decía en su última existencia que, si por su gusto fuera, destruiría todos los cementerios y en los vastos terrenos que ocupan levantaría sanatorios para los enfermos, asilos para los ancianos, talleres y fábricas modelo para los jóvenes y casas de refugio risueñas y anchurosas para los niños huérfanos, y todas las tumbas lujosas, todos los monumentos levantados por la vanidad de los poderosos y de sus deudos los derribaría sin piedad, porque cada panteón es una mentira social, pues los muertos no deberían dejar más recuerdo que sus virtudes o sus desaciertos, lo demás no era más que darle la razón a San Agustín, el cual decía, refiriéndose a las costumbres sociales: ¡Vanidad de vanidades y todo es vanidad!

"Él soñaba con la cremación de los muertos, con la completa desaparición de los cuerpos inservibles, y como él, durante su permanencia en la Tierra había satisfecho los deseos de sus deudos, complaciéndolos al dejar su envoltura, sus amigos invisibles aprovecharon diversas circunstancias y sin perjuicio de tercero hicieron que su cuerpo fuera pasto de las llamas, ya que tan opuesto era a las mentiras fúnebres. El Espíritu del muerto asistió a la cremación de sus restos, no dándose perfecta cuenta de lo que contemplaba, pero, sin embargo, como estaba perfectamente desprendido de su envoltura, se complacía en ver realizados sus sueños de no dejar en la Tierra lo que debía por justicia desaparecer.

"El que merece conseguir lo que desea, lo consigue, basta querer para obtener; no precisamente en el momento que se pide se realiza nuestro sueño cuando se han empleado todos los medios necesarios, tanto da que sea en un siglo como en otro; la medida del tiempo la hacen los hombres, pero para el tiempo en realidad no se han inventado todavía las medidas exactas que le quieren atribuir ellos. El pasado, el presente y el porvenir son como las cuentas de un rosario que las vais contando al recitar vuestras oraciones; cada minuto que pasa pertenece al pasado, al instante que respiráis podéis llamarle presente y a la hora que esperáis que marque el reloj, es el porvenir. Adiós".

III

Me dejó muy preocupada la anterior comunicación, y por ella me vi con toda mi pequeñez microscópica. Seguí leyendo periódicos y me encontré con el suelto siguiente:

La Prensa, el periódico más importante de Buenos Aires, publica el extraño suicidio de un joven cadete, hijo de una distinguida familia chilena que había ingresado en el Ejército Argentino en calidad de voluntario, quien, habiendo sido puesto de centinela en una garita, se suicidó, pegándose un balazo con su fusil, sin que hasta ahora se hayan podido averiguar los móviles que le impulsaron a tan terrible resolución.

Lo que hace más raro el caso es que, con éste, ya suman cuatro los soldados que se suicidan en la misma garita y de idéntico modo, sin que se haya podido saber el porqué.

Estos casos justifican, a nuestro parecer, la teoría de que hay ciertos lugares en los cuales moran Espíritus inferiores que influyen sobre las personas que allí están, intuyéndoles malos pensamientos y procurando hacerles cometer toda clase de malas acciones.

¿Qué enemigo de la humanidad será éste que devora a tantas víctimas? ¿Qué hay dentro o en torno de dicha garita que difunde la desolación y la muerte?... Espíritu bondadoso que me guía en mis investigaciones, ¿quieres una vez más demostrarme tu benevolencia, quieres responder a lo que te pregunta mi pensamiento?

IV

"Los Espíritus siempre respondemos a todos aquellos que al dirigirse a nosotros no les guía más deseo que aprender y enseñar. Tú eres uno de esos seres cuyo destino es ser maestro de párvulos; tú enseñas a los niños del Espiritismo, a los pequeñitos de buena voluntad, quienes entienden tus historias e interesan tus relatos, porque te comprenden, porque tu lenguaje sencillísimo y vulgar está al alcance de su limitada inteligencia, pues a cada cual hay que hablarle en su lengua, y como tu fin es bueno, por eso nunca preguntas en vano, por eso siempre encuentras quien te escuche y responda a tus preguntas.

"Tú ya has echado a volar tu pensamiento y piensas que en la garita donde se han verificado cuatro suicidios debe haber un Espíritu sediento de sangre y en la mayor turbación, cuya historia debe ser verdaderamente terrible; pues bien. . . estás en un error. El primero que se suicidó fue un joven sin historia sangrienta que cuando lo pusieron de centinela en aquel lugar acababa de recibir una carta de su prometida, en la cual le decía que su familia le prohibía en absoluto que siguiera en relaciones con un hombre sin porvenir, y tanto se impresionó el pobre soldado que no vio otro camino que morir para terminar su calvario. Se mató y su Espíritu aún está en la garita, todavía lee la carta de su amada, no sabe que ha muerto y busca compañeros que hagan menos penosa su soledad. Muchos son los soldados que hacen guardia en aquella garita; los fuertes, los que confían en el porvenir, los que no lloran desengaños huyen de aquel lugar fatigados, enfermos, pero resisten a la mala influencia del suicida, y los débiles, los que alimentan un recuerdo de amorosos desengaños, los que sueñan con la muerte, los que está abrumados por el peso enorme de su expiación, sienten un vértigo extraño, la locura se apodera de ellos y ponen fin a sus días,

pero no a sus sufrimientos, por lo cual, el centinela de la garita, el que busca compañeros que hagan menos penosa su soledad, se queda solo porque los suicidas abandonan aquel lugar, los unos horrorizados, los otros porque encuentran seres amigos que se los llevan, compadecidos de su debilidad y de su locura.

"Ya ves lo que son las cosas, el primer suicida no tenía en su historia una página manchada de sangre, y después de muerto ha causado el suicidio de tres hombres con sus sugerencias, con su pernicioso influencia, con su afán de tener un compañero en su espantosa soledad.

"Cuando el estudio del Espiritismo esté más generalizado, cuando los hombres se preocupen más de la vida del mañana, entonces se visitarán los lugares donde ocurran sangrientos sucesos y los médiums videntes darán cuenta de lo que ven, y así se sabrá que muchos de los que mueren violentamente por su voluntad o por la influencia de otros, permanecen en Espíritu en el mismo punto en el que cayó su cuerpo y siguen allí cometiendo, por su turbación, lo que no cometieron en vida —como decís vosotros— aunque lo mismo se vive con el cuerpo material que careciendo de él; la voluntad del Espíritu funciona siempre, la única diferencia que existe es que tarde más o menos tiempo en realizar lo que desea. Adiós".

V

En realidad, la mayoría de los terrenales no sabemos mirar, usamos casi siempre el microscopio y el telescopio fuera de tiempo, le damos proporciones gigantescas a lo infinitamente pequeño o queremos mirar a largas distancias lo que tenemos delante de nuestros ojos. Gracias que los Espíritus, compadecidos de nuestra ignorancia, se convierten en maestros de primeras letras y, gracias a ellos también, llegaremos un día a saber mirar, pues saber mirar es saber vivir.

LA VERDADERA SANTIDAD

— ¡Ay, Amalia! ¡Qué chasco me he llevado! —me dice mi amiga Leontina.

—¿Por qué?

—Porque yo creía que todos los espiritistas erais unos benditos de Dios, y encuentro que entre vosotros hay las mismas miserias que entre los religiosos y los ateos.

—Naturalmente que las hay; el saber que se vive eternamente no nos da el privilegio de ser virtuosos, generosos y abnegados de golpe y porrazo. No tenemos más ventaja sobre la generalidad de los hombres, que el saber que de nosotros depende el hundirnos en el abismo o remontarnos a los cielos. Es la única diferencia que nos separa de las otras religiones y del indiferentismo; por lo demás, ya se pueden aparecer vestidos y calzados nuestros deudos más queridos y decirnos que ellos viven y que como ellos viviremos nosotros, que si somos de mala ralea diremos: si para allá me las aguardas, échame cuartillo y medio, esto es, si he de vivir eternamente, tengo tiempo de sobra para ser bueno. No te diré que las enseñanzas espiritistas no sean de gran utilidad para las almas pensadoras dispuestas a reconocer las grandezas de la vida eterna del Espíritu y que no sirvan para guiarnos y salvarnos de los muchos tropiezos que encuentra el hombre en su camino; pero de esto a convertirnos de buenas a primeras en seres perfectos y angélicos, hay mil mundos de por medio; la verdadera santidad no se infiltra en el alma del hombre porque crea en un Dios único o en muchos dioses o en ninguno; la verdadera santidad se adquiere en un plazo tan largo que en la Tierra no se ha escrito aún la suma de siglos que necesita el hombre para desprenderse de sus vicios y adquirir en cambio las virtudes necesarias para ser bueno y útil a su semejante.

—Pues hija, yo creía que abrazar el Espiritismo y ser un santo era todo uno; por eso me he llevado el chasco del siglo, dado que al tratar a varios espiritistas he visto que, si no son peores que los demás hombres, les falta muy poco para serlo.

—No, si no les falta nada para serlo; recuerdo que hace muchos años me dijo Jaime Peyró: Desengáñese usted, Amalia, los espiritistas somos los hombres más imperfectos del planeta Tierra.

—¿Qué está usted diciendo? — le dije muy ofendida.

—Pues sencillamente la verdad; un espiritista medianamente instruido sabe que tiene que vivir eternamente, que de su voluntad depende vivir en la luz o en la sombra; pues bien, si a pesar de saber todo lo necesario para conocer lo bueno que es ser bueno y lo malo que es ser malo sigue cometiendo abusos, asalta el cercado ajeno, miente, calumnia y es un miserable que explota a los débiles y a los vencidos, ¿no es mil veces peor que aquellos que creen que muerto el perro se acabó la rabia? Pues sí que lo es, señora. Y bien sabemos, los que hemos leído algo, que Cristo no vino para curar a los sanos, sino para sanar a los

enfermos; y el Espiritismo, que es la esencia del Cristianismo, viene a dar luz a los ciegos, no a los que tienen vista.

—Es por eso que, si bien se observa, muchos médiums dejan mucho que desear en su vida íntima y, dominados por los Espíritus, encantan con sus comunicaciones y hacen numerosos prosélitos con sus instrucciones y sus enseñanzas. Ya ves, Leontina, cuán equivocada estás creyendo que ser espiritista y ser santo es todo uno. El Espiritismo viene a despertar a los perezosos, a los indiferentes; viene a dar el quié vive a los embriagados por los vicios; pero de esto a santificarles hay mil mundos de por medio.

—Pues para no conseguir un resultado inmediato, me quedo con mis santos y mis Cristos milagrosos y mis vírgenes piadosas.

—Tanto da que te pases la vida al pie de los altares como que no te acuerdes de encomendarte a ningún santo; nadie te hará más buena de lo que tú quieras ser; eres tú únicamente la que, según tu voluntad, te irás despojando de tus defectos o irás acumulando imperfecciones sobre ti. La verdadera santidad es obra de uno mismo.

—Pues yo creía, francamente, que le ayudaban a uno los Espíritus para llegar a la cumbre de las grandezas humanas y divinas.

—Claro está que nos ayudan; pero hay aquello de ayúdate y yo te ayudaré y a Dios rogando y con el mazo dando; las enseñanzas espiritistas, dicen a los indolentes: Si no ponéis voluntad de vuestra parte para hacer girar la rueda del progreso, ella no se moverá. Los Espíritus no fabrican santos, pero enseñan el modo de conquistar la santidad.

—Encuentro más cómodo ganar el cielo con unos cuantos centenares de duros empleados en misas y responsos.

—¿Pero no ves que no hay cielo?

—Eso no se sabe.

—Sí, mujer, se sabe perfectamente; la ciencia astronómica ha demostrado que hay muchos mundos, pero no ha encontrado ni el infierno ni la gloria; desengáñate, Leontina, el reposo del alma no se compra con salmos ni con ofrendas a los santos; no tiene tarifa la verdadera santidad; todos los tesoros acumulados en la Tierra no son bastantes para pagar un segundo de esa dicha inefable que siente el alma cuando comprende que ha hecho una buena obra. Las religiones, las filosofías, las negaciones de los sabios, las instrucciones de los Espíritus, todo es letra muerta si el hombre no se decide a ser bueno; nadie redime a nadie; cada cual se redime a sí mismo. La verdadera santidad no es un mito, no es una ilusión, sino una hermosísima realidad y todos podemos llegar a ser santos si hacemos nuestras las penas de los demás.

—Es que sufriendo por todos no se vive.

—Estás en un error; el que vive para los demás hoy, mañana los demás vivirán para él.

EL MAL ENGENDRA EL MAL

I

Desde Cayey, Puerto Rico, me escribe Faustino Isona lo siguiente:

"Hermana mía: ¡Cuántas desdichas pesan sobre la humanidad! ¡Cuántas monstruosidades se contemplan! Muchos casos horribles acontecen, pero le voy a manifestar dos, que no sé cuál de ellos pesará más en la balanza eterna de la vida.

"Hace pocos días un joven puso fin a la existencia de su padre de una manera horrorosa, verdaderamente cruel, según ha informado la prensa de este país. No sé los motivos que originaron tan desastrosa tragedia, pero yo creo que tan triste suceso tendrá su origen en la historia del pasado de esos dos infelices.

"Hace poco tiempo que me presentaron un niño de siete a ocho años, tullido, se arrastra penosamente por el suelo y habla con mucha dificultad, a media lengua; el infeliz es hijo de una desdichada mujer que, presa de enajenación mental, depositaron hace años en un departamento de la cárcel de este pueblo. Cuando entró en dicho lugar, no había en ella la mancha de la deshonra, según certificaron los médicos que la reconocieron; después... después... aquella desgraciada dio a luz un niño, y aún no se ha podido averiguar quién es su padre. El niño, con su medio lengua dice, cuando se exalta, que él antes fue muy malo con las mujeres. ¿Qué historia tendrá ese Espíritu?

"Le refiero estos dos casos, por considerarlos muy dignos de estudio, tanto el uno como el otro. Pregunte, Amalia, pregunte al guía de sus trabajos, pues los relatos de las historias pasadas sirven de útil ejemplo a los que buscan la verdad".

Siguiendo el consejo de mi buen amigo, he preguntado al guía de mis estudios de ultratumba y éste me ha dicho lo siguiente:

II

"El mal engendra el mal; esto es indudable, aunque lo nieguen todos aquellos que no quieren mirar al pasado, pero que no porque no se quiera mirar deja de existir en la pizarra del infinito, escrita con grandes caracteres, la historia de nuestro ayer, lo mismo nuestras infamias que nuestras buenas obras, único capital que poseen los Espíritus. Quedan en la Tierra las riquezas materiales, los aplausos y las coronas de laurel, quedan los monumentos levantados a la memoria de los héroes, de los sabios; todo queda en la Tierra, menos las virtudes y los defectos del Espíritu, pues tanto los unos como los otros, sin necesitar maletín de viaje para llevarlos en nuestra compañía, los encontramos en el Espacio, y allí vemos todo lo que necesitamos ver para proseguir nuestro eterno viaje.

"El joven parricida que ha cometido el más monstruoso de los crímenes —según te refiere tu buen amigo— no creas que es un criminal de oficio, puesto que es el primer crimen que comete. Espíritu sencillo, ignorante, pacífico, en su encarnación anterior fue soldado por

necesidad, porque su país, asolado por la guerra, necesitaba de todos sus hijos para conservar su territorio, y Juan fue soldado sin comprender las obligaciones a que estaba sujeto. Sitiando una plaza fuerte, le pusieron de centinela en un desfiladero, encargándole su capitán que estuviera muy alerta, por lo mismo que era un punto muy peligroso. Juan miró a su capitán y le vio alejarse sin guardar en su memoria el menor recuerdo del encargo que le había hecho, y rendido de cansancio, lo venció el sueño, quedándose profundamente dormido recostado contra una roca.

"Su capitán, antes de la hora del relevo, quiso cerciorarse si el centinela cumplía con su deber, y al verle profundamente dormido, le dio un puñetazo en la cabeza, despertándose Juan sobresaltado. Aunque de escasa inteligencia, comprendió enseguida la enormidad de su falta y se postró en tierra suplicando al capitán que lo perdonara y que si sólo él le había visto dormido tuviera piedad, pero el capitán no escuchó sus palabras, y dos horas después fue fusilado para escarmiento de sus compañeros.

"Juan se despertó en el Espacio sediento de venganza, y a pesar de los consejos y de los ruegos de su guía, él se daba palabra a sí mismo de que mataría a su matador. El capitán de ayer ha sido su padre de hoy, quien, aconsejado por su guía, emprendió la difícil tarea de borrar odios; pero ha sido vencido en la lucha, ha podido más el odio y el deseo de venganza que el amor filial de esta existencia, pues el mal engendra el mal.

"Respecto al niño tullido y a su infeliz madre, en una de sus anteriores existencias también fueron madre e hijo; ella, dama opulenta, soberana en un castillo feudal, que por capricho se fijó en uno de sus siervos, y después de satisfacer sus carnales deseos, lo acusó de haberla violado, mandando su padre encerrar a él en una mazmorra, en la que vivió muriendo muchos años. Ella dio a luz un niño al que llevaron muy lejos del castillo, dejándolo en poder de unos campesinos que, cuando vieron que nadie iba a ver al niño y que el dinero que éste llevaba tocaba a su fin, le maltrataron de tal modo que a los ocho años abandonó a sus verdugos y tras muchos azares lo recogió una cuadrilla de bandoleros. Con ellos creció y se hizo célebre por sus crímenes y más aún por su odio a las mujeres; siempre que veía una mujer con su hijo en brazos decía con rabia, con verdadera desesperación: " ¡Yo no he tenido madre!, ninguna mujer me ha querido; la que me sirvió de nodriza tampoco me quiso. ¡Malditas sean las mujeres, malditas sean!" Y como el Espíritu que no ama es el símbolo de la perversidad, aquel desgraciado fue un verdadero criminal y murió en la horca maldiciendo a su madre.

"Hoy vuelven a ser madre e hijo; ella loca, él sin poderse tener en pie, pues los que andan por el camino del crimen vuelven después con grilletes más fuertes que los que se forjan en las fraguas de la Tierra. ¡Cuántas historias tristes!... ¡Cuántos dramas ocultos desarrollados en suntuosas moradas! La justicia humana no persigue a los criminales que duermen bajo pabellones de púrpura, pero. . . pasa algún tiempo y la dama de ayer, cuya voluntad era obedecida por centenares de siervos, hoy está en la Tierra loca y deshonrada, con el hijo que ayer abandonó sin el menor remordimiento. ¡Qué malo es ser malo!, porque el mal engendra el mal. Adiós".

¡De cuánta enseñanza son los relatos dados por el Espíritu que se ha comunicado! Por mucho que pese a los que no quieren reconocer la vida del pasado, esa vida es verdad. Es humillante para muchos seres, es muy dolorosa, pero no por eso deja de ser una triste realidad. Y dejando vanos orgullos a un lado y haciéndose cargo de lo mucho que se aprende estudiando la historia de nuestro pasado, cuánto puede aprender el Espíritu en su misma historia y cuánto puede adelantar sabiendo en parte lo que ha sido. Cuando el hombre se convence de que la injusticia no existe, que todo es obra de ese engranaje que forman los hechos de la vida humana, ¡ah!, entonces, entonces se extinguen esos odios de raza, los pobres no miran a los ricos como a tiranos sin piedad, ni los ricos consideran a los pobres como propiedad animada, como llamaba Aristóteles a los esclavos. El desencanto es grande, ¿quién lo duda?, para aquellos que se creen con derecho divino para esclavizar a los pueblos y luego se encuentran con que todos son iguales, sin privilegios ni títulos de nobleza ante ese Tribunal Supremo cuyos jueces ni se compran ni se venden.

¡Bendito sea el estudio del Espiritismo! ¡Bendito sea! Dichosos mil veces los que hemos comenzado a deletrear en ese alfabeto divino, ¡en ese A B C del infinito!

¡LA INMENSIDAD!

A todo va la inmensidad unida;
 si entre el ser y no ser media un instante,
 tiene el punto presente de la vida
 un infinito atrás y otro delante.

CAMPOAMOR.

Es verdad, la inmensidad nos rodea; no necesitamos estar en el campo ni a la orilla del mar, ni en la cumbre de la más alta montaña, ni en medio de los mares, ni ascendiendo en un globo, pues donde quiera que estemos nos hallaremos en la inmensidad, en la inmensidad de nuestra ignorancia, pues no sabemos por qué nacemos, por qué morimos y por qué no podemos detener el curso de las horas. La ciencia podrá haber destruido las sombras de la noche, los soles eléctricos podrán hacer de la noche día, pero los crepúsculos matutino y vespertino siempre son los mismos, no tienen más variantes que las producidas por las estaciones de primavera, verano, otoño e invierno, en las cuales son distintas las horas de la aparición del Sol en su lecho de fuego y el hundirse entre rojizas nubes.

Mucho estudian los sabios atrevidos y valientes exploradores que se encaminan a los polos para descubrir los gérmenes de la vida en aquellas lejanas latitudes, pero después de todos sus esfuerzos, de su verdadero heroísmo para aclimatarse en las regiones de las nieves eternas o del fuego abrasador, al final de su accidentado viaje pueden contar los días que han empleado en su arriesgada y peligrosa exploración, pero ignoran por completo los que emplearán para volver a sus patrios lares: lo desconocido es lo que halla el hombre después de su titánica lucha en todas las esferas de la vida.

Bien dice Campoamor que tenemos un infinito atrás y otro delante; el infinito de atrás tiene la inmensidad de no poder deshacer la urdimbre de nuestra historia, los hechos consumados no tienen remedio, podrán las civilizaciones deshacer los lazos matrimoniales y los votos religiosos por medio de sus nuevas leyes, pero lo que el corazón ha sentido, lo que la mente ha soñado, las sensaciones que ha experimentado el hombre en las diversas etapas de su vida, ésas el tiempo no las destruye, no las borra, quedan grabadas en la pizarra del infinito y el hombre recuerda, aunque sea vagamente, los hechos de su existencia, pero no puede darse cuenta exacta del porqué de sus acciones; una fuerza misteriosa le empuja al abismo o le impulsa a la altura, pero siempre atrás está lo inmenso, lo desconocido, lo incomprensible, y delante de sí, la inmensidad del mañana, ese día sin noche del porvenir.

Dice un adagio popular que el día de hoy es de uno, el de mañana de nadie; y yo digo que el minuto del presente es de uno, pero el minuto que viene después, ¿quién puede asegurar que podremos contar sus breves segundos? El estudio razonado del Espiritismo es el primer auxiliar que encuentra el hombre en nuestra época para estudiar y apreciar la inmensidad que nos rodea, pues por ese estudio sabemos que nuestro cuerpo deleznable se deshace por diversos medios y en menos de un segundo el hombre más fuerte queda reducido a un

montón de carne podrida sobre un espíritu muerto —como decía Eugenio Sellés— ; teniendo razón en cuanto a lo de carne podrida, pero no sobre lo de un espíritu muerto, porque el Espíritu no muere jamás, el Espíritu es una luz que nunca se apaga, es una fuerza que jamás deja de funcionar, sea cometiendo hechos bárbaros o actos grandes y heroicos; el Espíritu no conoce la desmembración de sus facultades en ninguna época de su inacabable vida él siempre trabaja, él siempre lucha, él siempre avanza y siempre asciende porque es la encarnación del progreso indefinido. Esto lo ha demostrado el Espiritismo, esto lo han manifestado los Espíritus comunicándose con los terrenales por conducto de seres especiales llamados médiums, pero queda en pie la incógnita del pasado y la del mañana, la inmensidad de lo que fue y la inmensidad de lo que será.

Hemos adelantado bastante con las enseñanzas e instrucciones de los Espíritus, pues por ellos sabemos que no somos hojas secas del árbol de la vida, que se caen y se pierden a merced del huracán, sino que recobramos en plazo más o menos largo nuestra lozanía y belleza.

Sabemos que nuestra historia no se reduce a las páginas que escribimos en una existencia y que cada encarnación es un capítulo de nuestra interminable historia, cuyo prólogo nadie sabe dónde lo escribió y cuyo epílogo no se escribirá jamás, y esto ya es mucho saber, sin que dejemos de flotar en la inmensidad que tenemos delante y en el infinito que dejamos atrás.

Mucho se ha escrito sobre el origen del hombre, innumerables sabios se han quemado las pestañas para averiguar cuándo el hombre comenzó a sentir, a pensar y a querer; pero los que han sido sencillos y francos han dicho como el sabio griego: Sólo sé que lo ignoro todo y que muero aprendiendo.

Decía César Cantú que la poca ciencia nos aparta de Dios y la mucha ciencia nos acerca a Él; y es verdad, el sabio presuntuoso, el que lee mucho y al final de la jornada se encuentra tan ignorante como cuando comenzó sus estudios, éste suele negar, no digo ya la existencia de Dios, niega hasta su propia personalidad; en cambio, el verdadero sabio, el que adivina que la inmensidad está llena de la inmensidad de una Causa Suprema que, si llegáramos a comprenderla, entonces seríamos los hombres otros tantos dioses.

Estudiemos el Espiritismo con calma, sin apasionamientos, sin fanatismo, y lograremos con nuestro estudio decir lo que dijo Campoamor: ¡Un infinito atrás y otro delante!

¡HORAS DE SOL!

Para los seres que han venido a este mundo con el peso de su expiación, hay días cuyas horas se eternizan, porque cuando se llora, ¡qué largo parece el tiempo!, y aun cuando brille el Sol con su maravillosa esplendidez, todo se ve envuelto en la neblina que forman nuestras lágrimas; en cambio, cuando por un momento cesa la tempestad de nuestros infortunios, aunque el cielo esté cubierto de negras nubes, nos parece que todo sonrío en la Naturaleza, y es que sonrío nuestro Espíritu; y a esos breves instantes de reposo yo les llamo ¡horas de sol!

Sí; horas de sol en las cuales nuestro cuerpo abatido se vigoriza, la esperanza nos envía su fluido vivificante y decimos con íntimo convencimiento: ¡Qué bueno es Dios! ...

Esto dije yo ayer en medio del campo, en la cumbre de una montaña. Una familia amiga comprendiendo quizá el estado aflictivo de mi alma, me brindó un asiento en su coche y me llevó fuera de Barcelona para olvidar siquiera momentáneamente la lucha incesante de mi vida.

¡Qué bien se está en el campo! Si yo llegase a comprender cuándo será el momento solemne de desprenderme de mi vieja envoltura, me haría llevar al campo, a la cumbre de un monte, y allí haría un verdadero examen de conciencia y moriría pensando en Dios, sin temor, sin angustia. Es imposible que yo traslade al papel lo que siente mi Espíritu lejos de las grandes ciudades; soy mucho más buena, soy mucho más inteligente en la cima de una montaña; allí veo a Dios, allí presiento su grandeza, allí no soy la mujer de la Tierra débil y avergonzada de mi pequeñez, allí soy un Espíritu fuerte, valiente, confiado, satisfecha de mí misma; pero... dejaré estas digresiones aparte y consagraré un recuerdo al hermoso día que pasé últimamente en el campo rodeada de seres amigos.

Nos detuvimos en un bosquecillo de pinos y me senté sobre una piedra que manos cariñosas habían colocado lo mejor posible para que yo me sentara con relativa comodidad; me senté, y al expresar mi agradecimiento a la joven que tanto se interesaba por mi bienestar, vi ante mí a un joven de cuerpo mediano, delgado y pálido, vestido con el honroso traje del más pobre trabajador, el cual me miraba sonriendo dulcemente. Viendo mis ademanes de contento, movió la cabeza como si dudara de la comodidad de mi asiento, diciéndome con el mayor cariño:

—Ahí no está usted bien.

—Sí que estoy muy bien; así estuviera en la gloria.

—No, no; yo haré que esté usted mucho mejor, porque le traeré una silla de mi casa, pues vivo ahí a la vuelta.

Y dicho y hecho, se fue mi hombre y a poco vino una niña con una sillita baja y una almohada color de rosa; acepté el obsequio ofrecido con tan buena voluntad y al volver el joven le dije muy agradecida:

—Le doy mil y mil gracias por su amabilidad.

—Usted se merece esto y muchísimo más, pues nunca podré yo pagarle todo cuanto le debo.

—¿A mí?...

—Sí, a usted; usted me ha dado la mayor riqueza.

—¿Cuándo, cómo?, si yo creo que ésta es la primera vez que le veo.

—Podrá ser que usted no se haya fijado en mí, pero yo la conozco hace mucho tiempo y tengo un cofrecito lleno con sus libros y sus periódicos. Ese cofrecito es mi tesoro, le tengo en más estima que todas las riquezas de este mundo y eso que, como usted ve, soy un pobre trabajador de las carreteras que guardo las herramientas de mis compañeros y habito en una barraca falto de comodidades, pero con abundancia de amor y tranquilidad; tengo a mi esposa y tres hijos, y ellos y mi cofrecito componen mi tesoro. Y para que vea que le digo la verdad, mire usted el libro que yo leo todas las noches antes de acostarme —y me entregó un tomo de: ¡Te Perdono! — Memorias de un Espíritu, primorosamente encuadernado y con su cubierta de papel para no echar a perder la encuadernación.

Al tomar el libro en mis manos, sentí una emoción inmensa, indescriptible, y miré al joven con el mayor cariño, mientras él me decía: —Créame usted, yo he leído todas las obras de Allan Kardec y de otros muchos escritores, pero ninguno de ellos me ha convencido con sus profundos razonamientos como me ha convencido usted con su lenguaje sencillo. Usted cuenta las cosas de una manera que el más ignorante comprende lo que quiere decir, como me ha sucedido a mí. Yo a los veinte años no conocía ni la O, pero tenía deseos de saber leer, y un compañero me dijo: —Mira, yo te daré unos carteles con unas letras muy grandes, y te enseñaré a juntar las letras. Tan buena maña me di, que pronto aprendí a juntarlas, y entonces mi amigo me dio la Historia de Colón, diciéndome: —Ensáyate, a ver si puedes leer—. Y leí, pero el contenido de aquel libro no hablaba a mi alma. Poco después otro amigo me dijo: —Ya que estás tan sediento de saber, ven conmigo a un Centro Espiritista, y me llevó al Centro Barcelonés y después al Centro La Buena Nueva, y ya tuve bastante. Compré todos los periódicos donde usted escribía y desde entonces me creo feliz, por lo cual nunca podré pagarle la felicidad que le debo; mi esposa vendrá para conocerla, porque para ella usted es una santa. Y vino la esposa del obrero, la que me fue sumamente simpática, mucho más al decirme que ella y su marido eran completamente felices por mis escritos.

Yo, ¡tan pobre!, había dado un tesoro a aquellas almas buenas y sencillas. Visité más tarde su pequeña morada y me encontré muy bien bajo aquel humilde techo; él lo comprendió así, y me dijo sonriendo: —Yo también he levantado un templo, y en él adoramos a Dios en espíritu y verdad mi mujer y mis hijos. Yo soy el cura de este templo y todas las noches, después de cenar, leo en alta voz un capítulo de ¡Te Perdono! ¡Ah, mi cofrecito, mi cofrecito es mi tesoro! ¡Cuánto le debo a usted, por usted vivo en la luz! ... Y

efectivamente, el semblante de aquel hombre aparecía iluminado con la luz que irradiaba su Espíritu.

Nunca olvidaré el 30 de agosto de 1907, es un día para mí de dulcísimos recuerdos, pues en él disfruté de ¡horas de sol, horas benditas, horas cuyo recuerdo me dará aliento para seguir mi peregrinación por la Tierra!

¡No soy tan pobre, no soy tan inútil! ... Vive mi recuerdo en un hogar humilde, muy humilde, pero bajo aquel techo una familia honrada y laboriosa estudia mis libros, lee mis escritos y ¡bendice mi nombre!... ¡Bendito sea Dios!

Mi paso por la Tierra no ha sido estéril, mi voz ha encontrado un eco y allí, en un rinconcito, al pie de una montaña, cuando llega la noche, un obrero, rendido por el trabajo del día, toma uno de mis libros y le dice a su esposa: —Escúchame, atiéndeme, que voy a leer una página del Evangelio. ¡Evangelio escrito por una mujer!

¡Qué hermosas son las horas de sol!

UNA FLOR EN LA TUMBA DE UN ÁNGEL

El 15 de setiembre dejó la Tierra una mujer que, indudablemente, vino a este mundo por equivocación. El Diluvio, muy poco amigo de dar bombos, dijo lo siguiente, refiriéndose al entierro de la mujer ángel:

UN ENTIERRO POPULAR. — María Josefa Samá. — Desde las siete y media de esta mañana empezó a notarse en los alrededores de la estación de Francia la llegada de numerosos carruajes y extraordinario público.

A las ocho ya se hallaban en los andenes muchos centenares de personas conocidas por su elevada posición y por sus cargos de autoridad o políticos.

El público, a pesar de las medidas adoptadas, llenaba por completo el resto de aquellos vastos arroyos, el recinto de la estación y el amplio paseo de la Aduana, desde la plaza de Palacio hasta el Parque.

El tren llegó a la hora señalada, formando una de sus primeras unidades el furgón, convertido en lujosa capilla ardiente, forrado de blanco en su interior. La manifestación se acercó al convoy y descendieron de otro coche próximo el hermano de María Josefa Samá, su tío materno, señor Sarriera, y otros parientes más lejanos.

Infinidad de manos estrechaban las de estos desconsolados señores, cuya emoción se contagiaba a todos los presentes, incluso a los grupos de la gente del pueblo, donde se comentaban las simpatías populares de que gozaba la joven muerta. De todas estas conversaciones se extraía la misma deducción: Era una muchacha que, por su temperamento expansivo, por su carácter jovial y sencillísimo, aparte de la simpatía de su persona, había llevado la tranquilidad a muchas casas donde faltara el pan y la alegría, a quienes ocupaban posición inferiorísima a la suya. Había hecho sonreír a muchos desgraciados y era natural que si su vida interesaba, su muerte hiciera latir el corazón de los agradecidos y de cuantos se rebelan contra esa anomalía de que sean los buenos quienes primero hayan de desaparecer de esta vida. Por eso en el curso que siguió la fúnebre comitiva se apiñaban tantas mujeres de pueblo llorando, no a la mujer rica y protectora, sino a la joven que en su mayor esplendidez desaparece de este mundo.

El duelo ha sido presidido por don Salvador, hermano de la víctima, los parientes que antes mencionamos, el gobernador civil, el capitán general, el alcalde y el confesor de la casa. Detrás seguían aristócratas, políticos, amigos e infinidad de público. El cadáver iba en ataúd de paño blanco sobre carruaje de igual color y con caballos empenachados. A continuación, marchaban dos landós cubiertos de gasa negra y conduciendo infinidad de hermosas coronas blancas.

La comitiva siguió por el paseo central hasta la puerta del Parque y desde éste hasta el Palacio de Bellas Artes por uno de los laterales, con objeto de no interrumpir la circulación de tranvías y carros. Pero todo fue en vano, pues al despedirse el duelo frente al citado

Palacio, tal era el gentío que han tenido que parar multitud de vehículos. Después han seguido hasta el Cementerio viejo las autoridades y un centenar de carruajes que conducían a los amigos más íntimos de la respetable familia Samá.

Al leer la descripción tan conmovedora que hace El Diluvio de tan solemne acto, dominado mi Espíritu por una emoción inmensa, tomé la pluma y la dejé correr sobre el papel, en el cual quedó grabada una mínima parte de las innumerables ideas que se agolpaban en mi mente. El lenguaje humano es tan pobre para expresar la admiración y el respeto que inspiran ciertos seres superiores, que así como es imposible trasladar al lienzo toda la luz de un día de sol, así también me es imposible describir la simpatía, la atracción que siente mi alma por una mujer que nunca he visto; pero mi Espíritu busca al suyo; dejó una flor en su marmórea tumba, en tanto que en mis horas de recogimiento evocaré su recuerdo y le diré:

¡Dichosa tú! que en la Tierra
fuiste rica y fuiste buena;
que ante la desdicha ajena
palpitó tu corazón.

Fuiste un ángel; con tus alas
diste sombra y diste abrigo
al desdichado mendigo;
¡qué hermosa fue tu misión! ...

De carácter expansivo,
tan sencilla y tan humilde,
que en tu historia no había una tilde
que amenguara tu bondad.

Naciste en dorada cuna;
pero más que tu riqueza
y que tu antigua nobleza
valió tu inmensa piedad.

En las benéficas lides
tú eras siempre la primera,
y el lema de tu bandera
era: ¡Consuelo al dolor!

Tú llamabas a los niños
para darles muchos besos,
que en tus castos embelesos
para ellos era tu amor.

En todas partes querida,
en todas partes amada,
eras divina enviada
¡de los mundos de la luz!

Ricos, pobres, todos, todos
te aclamaban a porfía;
por ti el pobre no sentía
el gran peso de su cruz.

¡Dichosa tú! que en la Tierra
fuiste rica y fuiste buena;
tu alma sencilla y serena
siempre fue del bien en pos.

¡Cuánto los pobres te lloran! ...
¡cuánto sus lágrimas dicen! ...
que al que los pobres bendicen
¡es un Enviado de Dios!

LA IGUALDAD ETERNA

LUCHA MACABRA

La misma tapia cercaba
los cementerios rivales,
y un mismo azadón cavaba
aquel suelo que tragaba ateos y clericales.

Otra tapia recia y fuerte
ambos campos dividía ...
¡Libertad y tiranía
ni en presencia de la muerte
cejaban en su porfía!

La Iglesia, en el paredón
de su fúnebre mansión
puso la cruz nazarena,
mientras el otro frontón
mostraba un reloj de arena.

Y en la augusta soledad
de los que en la eternidad
yacían en hondo sueño,
reñía la humanidad
su psicológico empeño.

Sobre losas sepulcrales
y entre galas funerales
la tradición y la duda
fieros y eternos rivales
proseguían en lid ruda.

En el católico osario
los nichos en largas filas
fingían al visionario
quietos ojos de pupilas
mirando al campo contrario.

Así, buscando motivos
hasta en los despojos yertos
siempre fieros, siempre esquivos,
se amenazaban los vivos
sobre el polvo de los muertos.

En aquel combate vano
con escrúpulo servil
cuidaba el rencor humano
el cementerio cristiano
y el cementerio civil.

Mas en su torpe ceguera
los combatientes no ven
que, mientras en lucha fiera
sucumben por su quimera
y por su mutuo desdén.

Subiendo en opuesto lado,
sobre este muro elevado
que divide a los rivales,
con amor se han abrazado
las ramas de dos rosales.

Porque sus entrañas puras
a todos abre la tierra,
y desde azules alturas
el sol alumbra su guerra
y besa su sepultura.

V. Serrano Clavera

Dice muy bien el poeta, la Naturaleza demuestra que es la igualdad eterna, puesto que como dijo otro poeta:

En el sepulcro y la cuna
todos nos vemos iguales;
son miserias mundanales
los títulos y fortuna.

Al nacer llora el magnate, aunque lo envuelven en pañales de batista o de nipsis, y llora el niño de la mendiga que da a luz a la entrada de una alcantarilla y no tiene para abrigar a su hijo más que sus propios harapos.

Si los hombres se fijaran en esa igualdad eterna que reina en los actos más trascendentales de nuestra vida, no habría tantas rivalidades ni se cometerían tantos crímenes, porque al final de la existencia, ¿qué diferencia existe entre la fosa común y el panteón de los reyes? Ninguna; los muertos lo mismo se disgregan en el seno de la madre tierra que dentro de un ataúd, aunque éste sea de oro macizo y el cadáver esté embalsamado. ¿Tiene vida aquel cuerpo rígido vendado primorosamente y conservado entero por los procedimientos científicos que se emplearon para su conservación? No; aquel cuerpo yace inerte, ninguno de sus miembros tiene movimiento, tanto da que se conserve entero el esqueleto como que se disgreguen sus moléculas; no hay vida ni en la fosa común ni en la marmórea tumba, los

muerdos estarán desnudos o vestidos, pero sus funciones son las mismas, por lo cual hay que decir como decía Campoamor al ver a los terrenos luchar y despedazarse los unos a los otros por la posesión de un pedazo de tierra: ¡Penar tanto por tan poco!

¡Ah!, si no fuera por el estudio del Espiritismo, ¡qué poco valdría la vida! ... ¡Cuántas angustias! ¡Cuántas zozobras! Y todo ¿para qué? Para no saber por qué hemos venido y por qué nos hemos de ir cuando menos deseos tenemos de irnos, pues por regla general, la muerte viene siempre adelantada. Pues si bien hay muchos que salen a su encuentro suicidándose, la mayoría de los hombres la reciben contrariados, y muchos Espíritus al comunicarse han dicho: "He dejado la Tierra cuando había formado los más hermosos proyectos, cuando pensaba emplear todas mis actividades en bien de mis semejantes, cuando iba a crear un hospital modelo, un asilo para ancianos, una escuela para la niñez, y en menos de un segundo he quedado reducido a la impotencia, viendo como mis deudos hacen todo lo contrario de lo que yo soñaba. ¡Ah, terrenales, terrenales! ¡No dejéis para mañana lo que podáis hacer hoy!" Esto lo he oído decir a muchos Espíritus, que entre las ventajas que nos reportan las comunicaciones de los muertos, la principal indudablemente es la de que por ellas aprovechamos mejor el tiempo y nos despojamos de ese vicio que tenemos casi todos los hombres de decir esto, o aquello, o lo otro, hay tiempo sobrado para hacerlo, lo haré mañana. No; el mañana es la perdición de la humanidad; hoy, hoy, hoy es cuando debemos poner en práctica lo que pensamos, para no llegar una hora más tarde al punto donde queremos llegar. Muchos espiritistas dicen: "Pues, si es eterna la vida, tanto da el día de hoy como el de mañana; si la lucha no tiene fin, descansemos todo el tiempo que nos parezca". No, esa cuenta es errónea, mientras más pronto se desprende el Espíritu de sus vicios añejos, más cerca está de otros mundos de luz. Somos iguales al nacer y al morir, la igualdad eterna nos mide con un mismo nivel, en el claustro materno y en la hora de la muerte dejamos de ser lo mismo en el patíbulo que en un lecho oculto entre cortinas de púrpura, el alma abandona su organismo de igual manera; pero si el Espíritu ha sabido aprovechar el tiempo, su entrada en el Espacio es muy distinta del recibimiento que le hacen a un Espíritu indolente.

La igualdad eterna sólo reza con nuestra envoltura material, ésta pierde todos sus atractivos lo mismo en la choza del campesino que en el palacio imperial; pero para el Espíritu es otra la igualdad eterna, a cada uno le dan la herencia que se ha ganado, no obtiene un grano de arena que sobre él no haya depositado antes una gota del sudor que ha bañado su frente por el esfuerzo de su trabajo. Reina la igualdad eterna para posesionarse el Espíritu de las hectáreas que ha labrado con el arado de su inteligencia, lo mismo que para encontrarse sin un palmo de tierra donde posar su planta. La ley de Dios es la igualdad, ¡hermosa ley!; mas a esa ley la desconocen todos aquellos que no han estudiado el Espiritismo. El espiritista racionalista, el espiritista medianamente entendido adquiere la íntima convicción que Castelar ratificó como una gran verdad al repetir la frase de Cremutius Cordus: "Lo que no se gana, no se obtiene". ¡Bendita sea la igualdad eterna! Dios no inclina los platillos de su balanza. ¡Bendita sea la justicia de Dios!

SE DEBE ENTRAR POR LA PUERTA, PERO NO POR LA VENTANA

Dije hace mucho tiempo que, de cien centros espiritistas, si me fuera posible haría cerrar gubernativamente noventa y nueve; y recuerdo que el general D. Pascual de Lacalle, espiritista de muy buena fe, al que yo llamaba el aristócrata del presente y demócrata del porvenir —alma de niño, vestida de soldado—, vino a verme diciéndome que parecía mentira que yo hubiese escrito semejante barbaridad cuando los centros espiritistas eran el refugio de los desventurados, de los afligidos, de los vencidos en el rudo combate de la vida, y cuando yo le debía al Espiritismo el no haber ingresado a algún asilo benéfico, habiendo adquirido entre los espiritistas una familia numerosa que se interesaba por mi presente y mi porvenir. Yo le dejé hablar cuanto quiso, porque le quería, le respetaba y admiraba por su inmensa fe, y cuando concluyó de reconvenirme y de hacerme cargos muy severos, acusándome de desagradecida, entonces le dije:

—Pues mira lo que son las cosas, por lo mismo que si no hubiera sido por el estudio del Espiritismo yo hubiera apelado al suicidio antes que vivir recluida en un asilo benéfico, por lo mismo que he adquirido una familia cariñosa compuesta por todos los espiritistas que hablan la lengua de Cervantes, por lo mismo que en las comunicaciones de los Espíritus he encontrado la explicación de las anomalías y de las aparentes injusticias que se observan en cuanto nos rodea, por lo mismo que he hallado la esplendente luz de la verdad y con ella la íntima convicción de que Dios existe y que su ley es la justicia en acción, por eso mismo mi Espíritu se subleva cuando veo que a la sombra del Espiritismo se cometen verdaderas infamias, fingiendo comunicaciones de Espíritus familiares que piden a los suyos misas y responsos y cantidades más o menos importantes para suprimir los sufrimientos de un Espíritu o para borrar con un poco de oro el odio que nos tiene un Ser de ultratumba.

—Eso no puede ser —me contestó Lacalle— yo no puedo creerlo.

—Pues desgraciadamente es verdad. Él trató de convencerme de que yo no estaba en lo cierto, pero no lo consiguió, porque yo sabía de muy buena tinta que a la sombra de los Espíritus se engañaba miserablemente a personas ignorantes e impacientes que entraban a la escuela espiritista no por la puerta del estudio, sino por la ventana de la curiosidad, y nada más imprudente y que dé peores resultados que pedir comunicaciones a médiums de oficio que mienten descaradamente, unas veces los Espíritus y otras los mismos médiums.

Por lo mismo que el Espiritismo es la ampliación del Cristianismo y sus enseñanzas no pueden ser más morales y consoladoras, por eso son más lamentables los inicuos abusos que se cometen a su sombra.

Han pasado los años y he ido adquiriendo la tristísima experiencia de que yo estaba en lo cierto al desear la supresión de la mayoría de los centros espiritistas, pues muchos de ellos son semilleros de obsesiones y otros a semejanza de árboles cuyas raíces sobresalen a la superficie de la tierra, formándose con esas raíces grupos familiares donde corren parejas la audacia de los médiums y la ignorancia de los concurrentes que, de buenas a primeras,

quieren comunicarse con toda su parentela sin haberse tomado el trabajo de leer un libro espiritista, y estos desgraciados que entran por la ventana de la curiosidad en la escuela espiritista son las víctimas de los explotadores del Espiritismo, inventando comunicaciones y ofreciendo mediumnidades a los incautos que, con sobrada ignorancia y buena fe, se perjudican ellos mismos y perjudican a los demás, pues como decía el Espíritu del padre Germán, "aquel que tolera y consiente el abuso, es tan culpable como el abusador".

Estas reflexiones se me ocurren por haber hablado con una buena señora a quien, para su desgracia, alguien le habló de Espiritismo, y ella, cuya mirada demuestra que tiene sed de infinito y quizá algunas mediumnidades en germen, acudió a uno de esos antros donde se roba a los incautos sin riesgo alguno, y allí la supieron embaucar de tal manera que para comprar el perdón de un Espíritu que la atormentaba desde el Espacio por el odio que le profesaba, la cuitada entregó doscientos duros, menudeando después otras cantidades menores para quedarse libre de enemigos espirituales. Resumiendo: la engañada ha entregado más de quinientos duros para adquirir todas las mediumnidades habidas y por haber, pero, en honor a la verdad, lo que ha conseguido es una gran excitación nerviosa, no encontrando reposo en ninguna parte.

Me cabe la satisfacción de haber hecho en su favor todo cuanto he podido para hacerle comprender lo que es el Espiritismo; ha comprado las obras de Allan Kardec y va estudiando la Filosofía Espiritista con el mayor deseo de conocer la verdad.

¡Qué lástima me daba al oír sus cuitas! No es una mujer completamente ignorante, sabe apreciar lo que oye; si escucha una buena comunicación se conmueve extraordinariamente y llora lamentando su torpeza. Revela buenos sentimientos y escucha mis consejos atentamente, sorprendiéndole muchísimo que yo le dijera: No siempre lo bueno es bueno, no siempre las comunicaciones de los Espíritus iluminan nuestra inteligencia; antes de relacionarnos con ellos, debemos prepararnos para no caer en las garras de los explotadores de aquí y de los mal intencionados de allá.

El estudio razonado del Espiritismo es luz, es vida, es acercarse a las fuentes del saber y de la virtud; el verdadero espiritista sabe sufrir, sabe esperar, distinguir con su claro y educado entendimiento el oro del oropel: no se impacienta, no se desanima, no se desespera ni apela a la violencia del suicidio en un caso extremo, como tampoco hace proyectos de venganza para martirizar a sus enemigos, no; el verdadero espiritista vive plenamente convencido de que cuanto le acontece, sea próspero o adverso, es obra de sí mismo, pues nadie, absolutamente nadie ha echado leña en la hoguera donde se consume a fuego lento su dolorosa existencia; él, y sólo él, es el que sembró en su escabroso camino las punzantes espinas que hoy le hieren sin piedad sus ensangrentados pies, ya que nadie le empujó al abismo del crimen; él fue quien descendió por la resbaladiza pendiente de los vicios hasta caer en el pozo sin fondo de la degradación, olvidando lo que el hombre se debe a sí mismo.

El Espiritismo rompe los múltiples velos que cubren nuestro pasado; es el potente telescopio con el cual se miran a través de los siglos nuestros hechos punibles y es el perfeccionado microscopio con el cual vemos lo infinitamente pequeño de nuestros

innumerables defectos, de esos defectos que son como los infusorios que a simple vista no los vemos, pero que sin embargo existen, como existen en una gota de agua millares de diminutos seres a los cuales ni remotamente observamos con nuestros ojos materiales, lo cual nos es muy ventajoso para vivir en este mundo, pues basta con recordar lo que decía Bartrina: "Si quieres ser feliz como me dices, no analices muchacho, no analices". Si nos viéramos tal como somos, ¡cuántos moriríamos de vergüenza! Por eso los impacientes del Espiritismo que preguntan a los Espíritus lo que han sido ayer, en el pecado llevan la penitencia. Nuestro afán en todo sólo debe ser uno: entrar por la puerta, jamás por la ventana.

SALDOS DE CUENTAS

I

Continuamente trae la prensa noticias aterradoras sobre muertes violentas, y no de un solo individuo, sino de familias enteras, dejando aparte los siniestros de incendios, terremotos, naufragios, explosiones en las minas y otras calamidades.

Últimamente me llamó la atención que en distintas ciudades de España, en pocos días habían muerto asfixiados varios individuos, en un punto tres hermanos jóvenes que vivían en un casucho ruinoso, en otro lugar dos mujeres ancianas, y en Madrid, cuatro personas, a quienes hallaron muertas por asfixia. Dice así el telegrama:

ASFIXIADOS. — A las cuatro de la tarde la portera de la casa número 18 de la calle de la Princesa, notó humo en el último piso. Llamó a la puerta del cuarto que habitaban una madre con dos hijos, de 18 y 19 años respectivamente, y un huésped, no obteniendo contestación. Dando parte al juzgado de este hecho, éste ordenó a un cerrajero que abriese la puerta, presentándose ante su vista un tristísimo cuadro. Todos se hallaban en ropas menores sin dar señales de vida y envueltos en densa humareda.

La madre, llamada Rita Tejero, era cadáver. Estaba tendida en el suelo. Sus hijos, Francisco y Miguel, muertos también en sus lechos. El huésped, que también estaba acostado, respiraba aún, pero falleció momentos después.

Las cuatro víctimas se acostaron anoche, y habiéndose producido un pequeño incendio en el fogón, murieron todos asfixiados a causa del humo y las emanaciones de óxido carbónico. También aparecieron muertos por el mismo efecto un pájaro y dos gatos.

Al concluir de leer el anterior relato, dije con tristeza: ¿qué habrán pagado esos cuatro infelices? Diciéndome un Espíritu inmediatamente:

II

"¿Qué quieres que paguen? Desaciertos de ayer: los que se reúnen para hacer el mal, es muy justo que se reúnan después para saldar sus cuentas, y un saldo de cuentas ha sido la muerte de esos cuatro individuos que han muerto sin ruido, en el mayor silencio, del mismo modo en que ellos cometían sus crímenes en anteriores existencias; no siendo ellos únicamente los que han pagado en estos días su triste tributo a la justicia eterna; otros muchos diseminados por España han terminado su actual existencia muriendo asfixiados, porque todos ellos pertenecieron en otro tiempo a una cuadrilla de bandidos que durante muchos años fueron el terror de la nación española, quienes escondidos entre las breñas y amparados por lo abrupto del terreno, sin vías de comunicación, eran los dueños absolutos de comarcas enteras cuyos habitantes, dominados por el terror, obedecían sus mandatos, plenamente convencidos de que si así no lo hacían, los días de su vida estaban contados. Pero como todo tiene un término, la cuadrilla triunfante fue perdiendo sus miembros más valientes y temerarios, quedando un grupo de forajidos capitaneados por la mujer que ha

muerto últimamente asfixiada y la que entonces era un hombre valiente, pero al mismo tiempo reflexivo, el que se convenció de que siguiendo aquella vida concluiría, como sus jefes, muriendo en la horca o en los despeñaderos. Así propuso a sus compañeros realizar un robo de consideración y embarcarse todos para un punto lejano, donde con el producto de la última hazaña pudieran vivir libres de persecuciones y de continuos sobresaltos y encuentros con la fuerza armada.

Unos cuantos de sus compañeros aceptaron su plan, otros siguieron su vida aventurera. Los que se unieron a su capitán, llevaron a cabo el asalto a una casa de campo habitada por un matrimonio anciano y algunos hijos. Efectuaron el saqueo atando fuertemente a los dueños y demás familia, dejando en las habitaciones grandes hornillos repletos de carbón a medio encender, cerraron las puertas y se fueron con su gran botín, consiguiendo escapar a la persecución de la justicia, que días después se enteró de que habían muerto asfixiados los dueños de la casa de campo escondida entre montañas, pues atados como los dejaron tuvieron que sucumbir entre las mayores angustias.

"Los autores de tan horrendo crimen, se repartieron sus ganancias muy lejos de su patria y algunos vivieron honradamente —como decís vosotros—, sin acordarse de sus últimas víctimas, muriendo todos en su lecho sin que la justicia humana tuviera nada que ver con ellos; pero quedaba la eterna justicia, y, de común acuerdo, se reunieron para volver a la Tierra y morir del mismo modo que habían hecho morir a una familia numerosa, pues no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla, muriendo en pocos días asfixiados todos los que tomaron parte en aquella tragedia. No es la casualidad la que une a los hombres para morir de un modo violento, es la ley que los une para que juntos paguen el mal que juntos hicieron.

"En los terremotos, en las inundaciones, en las explosiones que ocurren en las minas, en los naufragios, en todas esas hecatombes que de vez en cuando llenan de luto a diversos pueblos, siempre —o casi siempre— se salva uno o dos individuos de la muerte, y dice el vulgo en son de mofa: Se salvó uno para contarlo, y en realidad se salva el que no está condenado a morir entre tantas angustias, el que no merece dejar la Tierra en medio de tantas maldiciones como lanzan los que mueren atormentados por el fuego o luchando con las olas.

La humanidad terrena tiene su historia escrita con sangre, las guerras religiosas han sido crueles y aun en vuestros días hay matanzas de judíos y cristianos y se atormenta a los hombres que sueñan por la libertad con una crueldad execrable; y tantas infamias cometidas llevan aparejadas las más terribles consecuencias. Leo en tu pensamiento que razonas, diciendo mentalmente: ¡Dios mío!, entonces no se acabarán nunca los cataclismos en la Tierra, porque si se han de pagar todos los crímenes cometidos por la intolerancia de las religiones, la Tierra será siempre un infierno, porque su historia es horrible, y yo te contesto que el hombre es castigado, no por la destrucción que produce su obcecación e ignorancia, sufre únicamente por el goce que siente viendo agonizar a sus víctimas, por el placer que le proporciona ver una ciudad incendiada, diciendo con orgullo: ¡Qué inmenso es mi poder! ¡Hasta la muerte me obedece!

Los que gozan matando son los que luego viven muriendo; pero los ejércitos que destruyen las ciudades obedeciendo maquinalmente las órdenes de los generales que les llevan al combate, los que matan en defensa propia, porque saben que si no hieren serán heridos, esos no son responsables de sus actos; se adquiere la responsabilidad cuando se goza con el exterminio, cuando se hiere sin compasión al vencido; esos son los verdaderos culpables, esos son los que al llegar al Espacio se deciden a pagar algunas de sus deudas sufriendo una mínima parte del dolor que causaron a sus inocentes víctimas. La voz de la conciencia le dice al criminal que no tiene derecho a ser dichoso si antes no ha padecido el tormento que a otros hizo sufrir. Esto no lo quieren admitir ni creer la mayoría de los que os llamáis espiritistas, porque humilla a la certidumbre de la propia inferioridad; pero ¿qué verdad no ha sido negada y escarnecida? Ninguna. Todos los adelantos científicos han sido ridiculizados y negados por la mayoría de los sabios; ¿qué extraño es, entonces, que la revolución que producen los Espíritus con sus comunicaciones y sus revelaciones de otras existencias sean rechazadas hasta con indignación por la generalidad y sobre todo que sean culpables de esto quienes se consideran semidioses? Pero la verdad es superior a todas las negaciones, y aunque la humanidad entera niegue la expiación a que están sujetos los terrenales por sus culpas pasadas, ahí están los hechos: en un segundo se hunden las ciudades más florecientes, sucumbiendo entre sus escombros multitudes delirantes, llenas de vida y de juventud, mas ¿por qué sucumben? He aquí el problema, he aquí el arcano que no se quiere estudiar, mas el hecho se ha cumplido, desapareciendo pueblos enteros. ¡Compasión para las víctimas, compasión!... Adiós".

III

De gran enseñanza es la comunicación que he obtenido, pues ella encierra innegables verdades. La casualidad no existe, la causalidad, sí; y todo acontecimiento desastroso tiene su origen en la sombra del crimen.

¡Desgraciados de aquellos que tienen que ser los actores en las grandes tragedias que llenan de espanto a los pueblos y dichosos los que pueden descansar tranquilos en el rincón de su hogar ni envidiados ni envidiosos!

EL COLOR DEL CRISTAL

Dijo Campoamor, muy acertadamente:

Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.

El hombre, efectivamente, desde que nace mira el camino de su vida con un antejo que tiene al principio un solo cristal: éste es blanco, límpido, sin una mancha; después se van aumentando los cristales; cada año es un nuevo cristal que se une al primitivo, y ya el antejo cambia de color, según viva el individuo. Así son los cristales de color más o menos claros, no se ve la vida tal cual es en realidad: la vemos a través de nuestros engaños, de nuestras desilusiones, por lo cual, lo que dijo el Dante a la puerta de su infierno lo repetimos nosotros con profunda amargura: ¡No hay esperanza! ...

Mas ésta es una afirmación que no tiene valor real, porque somos nosotros los que miramos por el cristal ahumado de nuestras decepciones. La vida siempre es la misma; en su inmensa llanura siempre se encuentran ríos anchurosos, pero vadeables; montañas altísimas, pero con veredas para llegar hasta la cumbre; abismos profundos, pero bordeados de piedras para no caer en su fondo; y nuestra inteligencia es la llamada a vencer y a triunfar en todos los combates que nos presentan los accidentes del terreno que pisamos y las condiciones de los seres que nos rodean.

Todo en la vida tiene sus ventajas —decía una buena cristiana, una joven que más pensaba en el cielo que en la Tierra— ya que el morir en la flor de la juventud era muy beneficioso, por aquello de que corta vida, corta cuenta. Es verdad; pero también la ancianidad tiene inmensas ventajas, porque el antejo de nuestra experiencia se enriquece con cristales tan claros y límpidos, que se ven las cosas de muy distinta manera que en la aurora de la vida.

Yo recuerdo que hace más de treinta años tuve el inmenso placer de conocer y tratar con mucha intimidad al Kardec español, a Fernández Colavida. Éste, cuando yo le conocí, si no era un anciano, le faltaba poco para serlo, más que por los años por su profunda experiencia; y recuerdo que una noche fui con él y su familia a un teatro donde se estrenaba una pieza en la cual, con muchísima gracia, se ridiculizaba a la mediumnidad escribiente, puesto que por un ingenioso cambio de papeles, en el mismo cuaderno en el que el señor de la casa escribía sus comunicaciones, sólo de un lado, como se escriben las cuartillas para la imprenta, en el reverso de las hojas que quedaba en blanco la criada apuntaba la ropa que entregaba a la lavandera y la cuenta de todo lo que compraba en el mercado. Así es que cuando el señor, muy ufano, reunió a varios amigos para que leyeran sus comunicaciones, éstos leían una página llena de pensamientos filosóficos, y al volver la hoja leían con asombro y riéndose después: tres libras de patatas un real. La confusión que se produjo entre ellos fue indescriptible, ya que todos hablaban a la vez; el médium escribiente juraba

y perjuraba que él no había escrito tales apuntes, hasta que la criada se presentó y dijo sencillamente que, no encontrando papel para escribir sus cuentas, las escribió, no fiándose de su memoria, en el primer papelucho que encontró.

El señor puso el grito en el cielo al oír llamar papelucho a su cuaderno de comunicaciones, y todos sus amigos le dirigieron las chanzonetas más ocurrentes, riéndose de sus comunicaciones y de sus creencias, siendo el diálogo tan animado y gracioso que los espectadores todos se reían a más y mejor; y Fernández Colavida se reía con tanto entusiasmo, diciéndome: " ¡Esto es soberbio! ¡Esto es magnífico! Es una sátira intencionadísima, pero de buen género. He pasado un rato delicioso".

—Pues yo no —le dije con enojo.

—Pero, mujer, si la trama es tan ingeniosa, que no hay otro remedio que felicitar al autor.

—¿Felicitarle? ¿Por qué? ¿Por qué lo hemos de felicitar? ¿Porque nos pone en ridículo?

—¿A quién pone en ridículo?

—Hombre de Dios, a los espiritistas.

—¿A los espiritistas? Esta usted en un error; a los espiritistas verdaderos, a los que buscan la luz del Más Allá, a ellos no los ridiculiza nadie. Ya se conoce, amiga Amalia, que hace poco tiempo que estudia el Espiritismo; cuando cuente los años que yo cuento estudiando su filosofía, créame usted, Amalia, que entonces se reirá de todas las sátiras que se escriban sobre el Espiritismo, como yo me he reído esta noche; y me río del ingenio tan graciosamente empleado en ridiculizar al Espiritismo, porque éste ni gana ni pierde con semejantes ataques. La verdad ni sube ni baja, siempre está a la misma altura.

Yo me quedé perpleja, muy confusa, porque creo que aquella noche yo mandaba a la Siberia al autor de la piececilla si hubiera tenido autoridad suficiente para ello, sin dar lugar a iniciación de causa.

Desde aquella noche han pasado ¡treinta años! ¡Y cuántas veces me acuerdo de Fernández cuando leo las acerbias críticas que muchos que se llaman sabios hacen del Espiritismo! Y digo como él: ¡trabajo inútil! Todas vuestras negaciones son burbujas de jabón que se deshacen al soplo de la verdad.

Ya decía bien Campoamor: Todo es según el color del cristal con que se mira. En la juventud miramos con un cristal muy distinto del que usamos en la ancianidad; en la primera edad creemos que las burlas pueden deshacer una montaña de granito; en la ancianidad sabemos que la verdad resiste a todas las descargas de la incredulidad y del orgullo científico. Los viejos miramos con un cristal cuyo color no lo empaña ni el recelo ni la duda; los espiritistas que durante muchos años hemos estado en relación continua con los Espíritus, sabemos distinguir el oro del oropel; y sin dejar de reconocer que en el Espiritismo hay todavía muchos puntos oscuros y muchos problemas que resolver; aunque conozcamos que es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos, a lo que ya conocemos le damos todo el valor que tiene, ya que es inmenso, y puramente persuadidos

de que en el Espiritismo, que es la ciencia eterna, nunca se dirá la última palabra, pues siempre habrá algo nuevo que investigar y los Espíritus, aprovechando los adelantos científicos, podrán utilizar instrumentos, es decir, médiums más perfectos y desarrollados que los que hasta ahora han utilizado.

El cristal con que miramos los viejos tiene un color que no palidece nunca; la verdad es como el Sol: siempre da vida y calor; la verdad resiste a todas las injurias del tiempo y a todas las burlas y negaciones de los hombres.

¡Qué hermoso es el cristal de la verdad!

TODO LLEGA A SU TIEMPO

I

—Está visto que —me dice mi amiga Matilde— por más que hago, no puedo creer que los muertos se comuniquen con los vivos, y lo que más me llama la atención es que, si bien he conocido a muchos espiritistas que son tontos de remate y creen ciegamente que los jumentos vuelan, en cambio hay muchos hombres de talento que dicen con cierto misterio: Aquí, entre nosotros, los muertos hablan, pues yo he tenido comunicaciones innegables de muchos de mis difuntos, pero me guardaré muy bien de decirlo públicamente, porque no me conviene en manera alguna salir del redil de la Iglesia romana. Y yo, por más que leo y asisto a las sesiones espiritistas, me pasa lo de aquel cuentecillo vulgar: Predícame, padre, por un oído me entra y por el otro me sale. Y tú, de buenas a primeras, te declaraste espiritista sin más ni más, sin haber visto la danza de las mesas ni haber asistido a ninguna sesión de efectos físicos, ¿no es así?

—Así es; yo iba por la Tierra a semejanza de Diógenes: éste buscaba un hombre, yo en cambio procuraba una religión que armonizara con mi razón; entraba en los templos y envidiaba a las mujeres creyentes que, arrodilladas ante los altares, miraban a las imágenes con verdadera adoración; yo quería creer como ellas y eran vanos todos mi esfuerzos; hice cuanto pude en mi juventud por creer y esperar en el poder de tal santo o de tal virgen, mi corazón no apresuraba sus latidos; miraba las imágenes más veneradas y ¡verdadera iconoclasta! las hubiera derribado a todas, porque me parecían una profanación. Yo creía en Dios y me parecía el mayor de los absurdos darle forma. Yo encontraba a Dios en las florecillas del campo, en los insectos más escondidos, en el ramaje de los bosques, en lo más humilde, en lo más pequeño, allí encontraba mi alma un algo inexplicable que me decía: ¡Existe Dios!

La historia sagrada y todos los libros religiosos no lograban despertar mi atención ni se ocupaba mi pensamiento del más allá de la vida. Me hablaron de las capillas protestantes y acudí a ellas, gustándome la sencillez de su decorado, su carencia de imágenes y sus elocuentes pastores, pero su doctrina de la gracia y la necesidad de creer en Jesús para ser salvo, apagó mi naciente entusiasmo, y, en ese estado de triste dualismo leí un artículo de un periódico espiritista, exclamando enseguida: ¡Gracias a Dios!, ya encontré lo que buscaba, el hombre se salva por sí mismo, el hombre se redime por sus obras, el hombre se hunde en el abismo o se eleva hasta la cumbre de la ciencia y de la virtud sin necesidad de salmos ni de responsos, ni pagando crecidas sumas a los sacerdotes para que recen por el descanso de su alma. El hombre reúne en sí todas las condiciones para ser un héroe, para ser un santo, para ser un redentor, pues Dios le ha dado entendimiento y voluntad; en todas las latitudes de la Tierra no hay un solo ser que no pueda trabajar por su progreso, aunque nos parezca que los salvajes no podrán avanzar en su eterno camino y que siempre serán refractarios al progreso. Todo llega a su tiempo, por consiguiente, a ti también, amiga mía, ha de llegarte el día en que lo que hoy te parece inadmisible lo has de hallar lo más lógico y

natural y admitirás las reencarnaciones y las comunicaciones de los Espíritus como moneda corriente.

No por mucho madrugar amanece más temprano —dice un antiguo adagio— y es la verdad. Por lo tanto, no te ufanes por creer en el Espiritismo; estúdiate a ti misma, entra en un templo y si allí te encuentras bien, si tu alma reposa en aquel silencio, en aquella semioscuridad y te das palabra a ti misma de perdonar a tus enemigos, si haces un examen de conciencia y quedas satisfecha de ti misma, no salgas de tu círculo microscópico, pues así como el pez no puede vivir fuera del agua, el Espíritu tampoco puede vivir fuera del lugar donde se encuentra en su reino, en su campo de operaciones. Un campesino, un hijo del bosque, ¿podrá aclimatarse en una casa completamente cerrada? No; se asfixiará dentro de ella, aun cuando la casa sea un palacio decorado con el mayor lujo. Pues lo mismo le sucede al Espíritu: si está acostumbrado a la quietud religiosa, a la obediencia pasiva, no le pidas que enarbole la bandera de la rebeldía y de la independencia. ¿No necesitan los niños andadores antes de comenzar a caminar por sí solos? Pues bien, los Espíritus con instintos religiosos son niños que necesitan de los andadores de las religiones. Ya los dejarán, y tú también los dejarás.

—Pero es que yo no estoy bien en ninguna parte, ni en el templo ni el círculo revolucionario ni en las bibliotecas, en todas partes encuentro un vacío. . . y como veo que tú todo lo encuentras llano con tus creencias espiritistas, por eso quisiera ser como tú.

—Ya lo serás, todo llega a su tiempo, cuando menos lo pienses vendrás a decirme que has hablado con el Espíritu de tu madre o de tu marido.

—Lo que es por no llamarlos no es, pero hija, con mis evocaciones logro lo del negro del sermón: los pies fríos y la cabeza caliente.

—Es que pides por un lado y rechazas por otro, los llamas y piensas al mismo tiempo que los muertos, muertos son.

— Es verdad, tienes razón, creo y niego todo a la vez.

—Te lo repito: todo llega a su tiempo, y tú también verás la luz de la verdad cuando tu Espíritu sea digno de alcanzar tanta felicidad.

A LOS BUENOS OBREROS DEL ESPIRITISMO
EUDALDO PAGÉS Y FELIPE SENILLOSA

Muchos dicen que a los muertos
no se les debe alabar;
que es querer enderezar
o desfacer sus entuertos.

¿Quién habrá que desaciertos
no haya en vida cometido?
Pues si perfecto no ha sido,
y también cayó en errores,
¿por qué prodigarle flores
al que no lo ha merecido?

Esto creen; mas mi opinión
es que se debe ensalzar
al que consigue alcanzar
tener buena inclinación.

¿Acaso la perfección
viene de golpe y porrazo?
No; se necesita un plazo
de tantos y tantos meses,
que pasan siglos a veces
sin que desate el lazo.

Que nos une a la impiedad,
al miserable egoísmo,
al mal, que por el mal mismo
gozamos en la maldad.

Por esto, si la bondad
vislumbramos en un Ser
debemos hacerla ver
repetiendo a voz en grito:
¡bendito sea! ... ¡bendito
quien cumple con su deber!

De dos hombres hoy queremos
honrar la grata memoria,
ya que en su presente historia
nada de punible vemos,
sin que por esto juremos
de que los dos no pecaron;

pero el tiempo que emplearon
en prodigarnos consuelos
rasgando los negros velos
que nuestro ayer ocultaron.

¿No se debe agradecer
el gran bien que nos hicieron,
y la luz que difundieron
con su noble proceder?

El uno, con el poder
de su gran mediumnidad,
apóstol de la verdad
que siempre vivió entre abrojos
dándole grandes enojos
la mísera humanidad.

El otro, gran escritor,
filósofo, insigne sabio,
que también le hirió el agravio
de un pueblo murmurador.
Fue un profundo pensador,
quiso el bien de sus hermanos,
sus esfuerzos fueron vanos,
mas por eso el luchador
no dejó en su noble ardor
de instruir a los ciudadanos.

Escribió libros profundos,
descifró grandes problemas,
probó que los anatemas
son letra muerta en los mundos.

Aprovechó los segundos
de su existencia penosa,
pues dolencia dolorosa
devoraba su organismo;
pero él se decía a sí mismo:
¡Es la verdad tan hermosa! ...

Que hay que difundir la luz,
hay que decir a las gentes:
¡Despertad, masas durmientes!
rasgad el negro capuz
que os envuelve; vuestra cruz
os pesa porque queréis,

tenéis ojos y no veis
ni oís aunque tenéis oídos,
y vivís entumecidos
porque nada comprendéis.

Yo os diré por qué nacemos,
yo os diré que no morimos
que seremos y que fuimos,
y que siempre viviremos,
que a nuestro alcance tenemos
cuanto encierra el infinito,
que tiene patria el proscrito
si en conquistarla se empeña,
que Dios a nadie desdeña,
que no hay ningún ser maldito.

Esto dijo Senillosa
en sus obras inmortales,
y consoló grandes males
su voluntad generosa.
Su actividad prodigiosa
¡cuánto bueno nos legó!;
los libros que él escribió
dan enseñanzas tan buenas
que el hombre en sus grandes penas
al leerlos, se consoló.

Entonces, si Eudaldo y él
con afán nos consolaron,
y los dos nos presentaron
el verdadero nivel;
si a veces en un vergel
nuestro infecundo erial
convirtieron, ¿será un mal
consagrar a su memoria
una página en la historia
del progreso universal?

No es un mal, es un deber
recordar sus beneficios;
ellos en los precipicios
no nos dejaron caer.
¿No es muy justo agradecer
todo el bien que nos hicieron?,
porque ellos nos impidieron

aumentar nuestros errores,
¿qué menos que darles flores
a los que la luz nos dieron?

Senillosa, Eudaldo, ¡gloria!
¡gloria, nobles campeones!
que por vuestras instrucciones
leemos en la eterna historia,
por vosotros la victoria
nuestra será; pues los dos
nos dijisteis: Id en pos
del progreso y la verdad,
diciendo a la humanidad
que cumpla la ley de Dios.

Que no tiene otro mandato
que el amarnos mutuamente,
ser tolerante y clemente
con el torpe y el ingrato;
reconocer que insensatos
es quien no quiere entender
que ciencia, amor y deber
nos llevan del bien en pos,
que a todos nos dice Dios:
¡Subid! ¡Querer es poder!

¡CUÁNTA SOMBRA!

I

Un espiritista de Puerto Rico me envió el tristísimo relato que transcribo a continuación. Dice así:

DOLOROSA ESCENA — La señora Crescioni visita a su hijo en la cárcel. — Hoy, por la mañana, ocurrió una escena desgarradora en esta cárcel. La señora Crescioni, madre de los jóvenes hermanos que ayer tuvieron un encuentro personal y como consecuencia de ello cayó herido de muerte el mayor de ellos, llegó y suplicó que le permitieran ver a su hijo.

Él había pasado una noche agitadaísimas. Preocupado con el incidente ocurrido, temía que su hermano muriera. Él no sabía que era cadáver a las dos horas de haber recibido el balazo.

Delirante, nervioso, exaltado, nos consultaba el caso, y todos le consolábamos y alentábamos; pero, nada; la sombra de su hermano le perseguía y no podía evitar los sollozos y las lágrimas. Él mismo decía que no se dio cuenta del percance ocurrido. Un impulso irresistible, fatal, lo arrastró, y consumó el crimen que tan horriblemente gravitaba sobre su conciencia.

Cuando llegó la madre, el encuentro fue conmovedor. Ella, llena de valor y como si ya no tuviera lágrimas en sus ojos, reprochó el triste ánimo de su hijo, diciéndole: "Hijo mío, no llores; ¿no ves como no lloro? ¿Para qué? Tu hermano es más feliz que nosotros; él está allá, en casa, solo con Mercedes. No he querido que nadie lo vea, sino nosotras. ¡El mundo está lleno de hipócritas!

"He cumplido con tu hermano y vengo a cumplir contigo, a darte valor. Hoy lo llevaré a enterrar; pero iré yo sola, ¡sola!

"No he querido ponerle mortaja; lo he dejado con el mismo traje bañado en la sangre que le vertió la herida.

"Confórmate, hijo mío. No has sido tú el asesino de tu hermano, ha sido. . . (aquí hizo mención de un nombre); él ha sido, sí, porque él sembró la cizaña entre vosotros.

"Pero voy a pedirte que mueras también. Muere, sí, hijo mío, porque... yo puedo vivir; pero... no quiero vivir.

"Resístete a tomar alimentos, a tomar medicinas, y tu cuerpo débil tiene que sucumbir. Yo necesito verte cadáver, y después... yo caeré boca abajo, y la familia Crescioni acabará.

"Pensé hacerte, para mandarte, un buen alimento; pero, no; quiero que mueras; tu hermano está bien; pero tú eres un infeliz.

"Mejor es que mueras, hijo mío, porque de otro modo morirás tísico. Yo tengo que morir y no quiero dejarte en el mundo sufriendo.

"Tu padre murió tísico y así toda tu familia y parte de la mía; así es que, por herencia, tu hermano y tú hubierais muerto de la misma enfermedad.

"Dios no ha querido que tu hermano sufriera lo que vuestro padre y le dio una enfermedad de tres horas; y tú... tú morirás pronto y enseguida yo.

"Enterraré a tu hermano hoy; lo dejaré descansando y luego me vendré aquí contigo; yo conseguiré tal concesión y te acompañaré hasta que mueras

"No llores, ten valor, hijo mío. ¿No ves como no lloro? Tú fuiste el asesino de tu hermano; pero tú eres inocente; en ti obró una voluntad extraña.

"Alguien precipitaba lo que al fin sucedió.

"Adiós, hijo mío; voy con tu hermano, que me espera. Después de enterrado volveré contigo; pero no olvides que tu madre quiere que tú mueras..."

El joven Crescioni no cesaba de llorar, y las palabras de la heroica y resignada madre lo llevaron a la más horrible desesperación. A pesar de que se revelaba en el semblante pálido de la señora Crescioni el profundo dolor que la embargaba, durante la escena ocurrida no vertió una sola lágrima: parece que todas las había vertido durante la noche.

La señora Crescioni se marchó a las siete de la mañana, acompañada de su sobrino José Parodi. Todos los que presenciamos la escena sentimos la natural emoción y admiramos el heroísmo de aquella madre cuya alma rota se paseaba en el cuadro donde estaba un hijo en el lecho mortuario y otro en la prisión.

LUIS FELIPE DESSUS.

Cárcel de Ponce, octubre 10 de 1907.

Este relato venía acompañado de una carta cariñosísima, en la cual me suplicaba el buen espiritista que procurara saber el porqué de tan triste accidente. Interesada yo también en averiguar la causa de tan doloroso efecto, pregunté al guía de mis trabajos y estudios, obteniendo la comunicación siguiente:

II

"Ya está tu imaginación dándole vida a seres imaginarios; ya crees que una obsesión irresistible levantó el brazo del infeliz matador, y no hay nada de eso; fue únicamente un arranque de su poderosa voluntad, fue un recuerdo de fuego que cegó su inteligencia; vio allá lejos, muy lejos, un campamento, muchas tropas formando un cuadro inmenso integrado por sus hombres, y dentro de ese cuadro estaba él, a quien le fueron quitando todas sus condecoraciones; un general daba las órdenes con voz de trueno y oficiales muy serios las obedecían. Quitadas todas las cruces y las placas, lo despojaron de su uniforme de general y un pelotón de soldados le apuntó a la cabeza, cayendo a tierra un jefe del ejército. Todo esto lo vio el matador claramente en el momento que su hermano mayor se acercaba a él, y en su hermano reconoció al general que dio las órdenes para exonerarle y fusilarle

después. He ahí toda la historia de ese fratricidio; el matador es un médium vidente muy desarrollado, vio claramente su muerte anterior y se vengó de su enemigo.

"Esos dos hermanos, en su existencia anterior llegaron los dos a generales, pero militaban en distintos bandos políticos y se odiaban el uno al otro por defender a su rey; la mujer que hoy los ha llevado en su seno, era entonces un soldado fiel aliado al Espíritu que hoy ha pagado con su vida, su crimen de ayer. Era un espía listo y astuto que denunció los planes del que hoy se ha vengado de su enemigo. Éste, el general servido fielmente por su espía tenía derecho a prender al general revolucionario, pero no a quitarle la vida, a eso no llegaban sus atribuciones, pero, dominado por la ambición y por el odio que le profesaba, se dijo: Ahora es la mía, ahora puedo destruirle por defender mi causa, y lo mató, pero antes lo atormentó contentísimo de su obra, porque los odios políticos ciegan a los hombres. Mas luego, cuando en el Espacio se ve la realidad de la vida, ¡de qué distinta manera se juzgan las ambiciones y las locuras terrenales! Los dos rivales se encontraron y, como no son Espíritus afectos al crimen, se reconciliaron y el soldado espía se unió a ellos, formando los tres una familia para comenzar el difícil ensayo de quererse y protegerse; pero no siempre se consigue lo que se desea, y por esta vez la víctima de ayer ha visto un cuadro de su pasado y consideró justo matar a su verdugo de ayer, mas al desaparecer el cuadro de su muerte y de su deshonra, no encuentra explicación satisfactoria a su arrebató ni la hallará hasta que esté en el Espacio.

Ya ves como tú pensabas erróneamente; no hubo obsesión, no hubo obcecación, no hubo más que la visión clara de la injusticia que con él se cometió en aras de una pasión política. ¡Política, cuántos crímenes se cometen por entronizar a determinados ídolos que suben a sus tronos pisando cadáveres sin sentir por los muertos la más leve compasión!

"Muchos siglos han de pasar todavía antes de que los pueblos se gobiernen por leyes humanizadas y sin que sea precisa la destrucción de millares de hombres para darle el poder a un individuo inferior, quizá a uno de sus mismos llamados vasallos.

"Basta por hoy. Adiós".

III

Ciertamente que me equivoqué en mis cálculos; por eso es tan útil la comunicación de los Espíritus, porque se ve mucho más claro el gran lienzo histórico de nuestra vida.

Es muy conveniente estudiar en el pasado y en el presente, porque solo así se explican las anomalías que nos sorprenden y a sombran en el desarrollo y desenvolvimiento de los acontecimientos de nuestra existencia.

Sí; sí; así como el cuerpo necesita del alimento material para su funcionamiento, del mismo modo el alma necesita del alimento espiritual para resistir los embates de la adversidad, porque en este mundo son más los accidentes desgraciados que los acontecimientos prósperos, y cuando se desconocen las múltiples causas de tantas desdichas, ¡cuánto se sufre, cuanto se delira y cuánto se divaga pensando siempre en lo que está más lejos de la verdad!

Nunca me cansaré de aconsejar a todos aquellos que prestan atención a mis palabras que estudien el Espiritismo sin apasionamiento, pero sí con buen deseo de conocer la verdad, porque sabiendo que hemos vivido ayer y que viviremos mañana, sufriremos el peso de nuestra cruz sin desesperarnos, sin impacientarnos, dándole a nuestro dolor el lenitivo de nuestra racional resignación.

A LA MEMORIA DEL MÉDIUM PARLANTE

EUDALDO PAGÉS

¡Cinco años hace! ... cinco años
que abandonaste este mundo.
Desde entonces... ¡cuántos daños
me han hecho los desengaños!
sin reposar un segundo.

¡Qué amarga se hace la vida
al perder un ser querido!,
sin un punto de partida...
el alma es ave perdida
arrojada de su nido.

Tú eras mi nido y mi fe;
tú eras el padre, yo el niño;
¡cuánto al perderte lloré!...
porque en ti el consuelo hallé
de un verdadero cariño.

Por tus comunicaciones
me salvé del hondo abismo;
por tus sabias instrucciones
envié a diversas regiones
la luz del Espiritismo.

Tu constante propaganda
hizo un bien grande ¡profundo!...
tú al hombre dijiste: ¡Anda!
la ley del progreso manda
ser útil en este mundo.

Cada cual a su manera,
el pobre y el potentado
han de correr por doquiera,
diciéndole al triste: Espera,
que no estás desheredado.

No le temas al infierno
que es una imbécil mentira;
el castigo no es eterno,
quien cree que existe el averno
es un loco que delira.

Tampoco existe la gloria
con su enojoso quietismo;
es más grande nuestra historia:
la derrota y la victoria
todo es obra de uno mismo.

¿Quieres ser libre?, trabaja
en tu perfeccionamiento,
y guarda siempre en tu caja
como la mejor alhaja
compasivo sentimiento.

No atesores, no atesores
centenares de ducados,
perdona a los impostores
y emplea tus horas mejores
en consolar desgraciados.

Ama mucho, porque amar
es la ventura mejor;
se puede hasta Dios llegar
si subimos sin cesar
por la escala del amor.

Esto, Eudaldo, tú decías
en tus comunicaciones;
la luz del bien difundías
y la esperanza esparcías
en las lóbregas prisiones.

¡Qué hermosa fue tu misión!
diste a raudales la luz;
esa luz de la razón
que nos da resignación
para llevar nuestra cruz.

Resignación racional,
que al más pequeño engrandece,
pues devuelve bien por mal,
y en infecundo erial
la buena semilla crece.

Eudaldo, pronto te fuiste,
y muy sola me dejaste;
mas por el bien que aquí hiciste,

por la luz que difundiste,
tu libertad conquistaste.

Fuera sobra de egoísmo
quererte tener aquí,
en este lóbrego abismo,
donde el mal por el mal mismo
hace el hombre, porque sí.

Porque goza haciendo el mal,
porque goza destruyendo
el poder de un ideal;
y se siente un frío glacial...
y la fe se va perdiendo.

¡Dichoso tú!... que rompiste
las cadenas de tu ayer;
mucho en la Tierra sufriste,
mas valiente combatiste
y llegaste a vencer.

No me dejes, te lo pido,
que estoy como ave perdida
arrojada de su nido;
y es tu recuerdo querido
el sol de mi triste vida.

LOS FALSOS MÉDIUMS

¡TODO POR LA VIDA!

PALET.

¡Falsos médiums, mezquinos, egoístas!
vivid entre la farsa y el pillaje;
mas no os llaméis ¡por Dios! espiritistas,
no hagáis a la Doctrina tal ultraje,
ya que los espiritistas verdaderos
no explotan a ninguno.

Son a la vez humildes y sinceros
y sólo un pensamiento tienen, ¡uno!
hacer el bien, ¡el bien por el bien mismo!
ése es el Cristianismo
dando a la caridad, ferviente culto,
separan a los ciegos del abismo
y perdonan la befa y el insulto,
pidiendo a sus hermanos de ultratumba
instrucción, paz y trabajo,
no los medios rastreros
de vivir en la holganza como viven
los mal llamados médiums curanderos,
y los que los fenómenos exhiben.

¡Raza sin fe, sin Dios, teme al mañana!,
no del falso satán la torpe ira,
ya que la verdad no es sombra vana
no es cómo crees tú, falaz mentira.

¡Dios existe! ¡La vida no concluye!
¡Raza sin fe!, comprende en tu idiotismo,
que el médium falso labra su ruina,
que su engaño se extiende hasta sí mismo.

Criminal contumaz porque conoce
la luz del claro día,
y prefiere insensato las tinieblas
de la noche sombría.

Volviendo a practicar de rancios cultos
las torpes paradojas,
privación de alimentos, necedades

que la razón rechaza
al comprender las bíblicas verdades.

¡Perdóname, Señor!, si Cristo un día
de tu templo arrojó a los mercaderes,
no extrañes si mi mente desatina
al ver a tantos seres,
mintiendo y deshonrando la doctrina
que predicó Jesús; callar no puedo,
fuera indigno callar, callar por miedo,
sébase la verdad, la verdad entera:
el gran Espiritismo
¡no debe nunca abandonar su esfera!
su credo es este: Amar y rendir culto
al Ser Omnipotente,
sin altares, sin templos y sin ritos;
por altares tenemos los planetas,
por templo el infinito,
por lámparas los soles del espacio,
por incienso el perfume de las flores.

El cantar de las aves
por cánticos sagrados;
por ofrenda, miserias y rencores
que tanto nos halagan, apartar de nosotros.
¡Éste es el sacrificio verdadero!